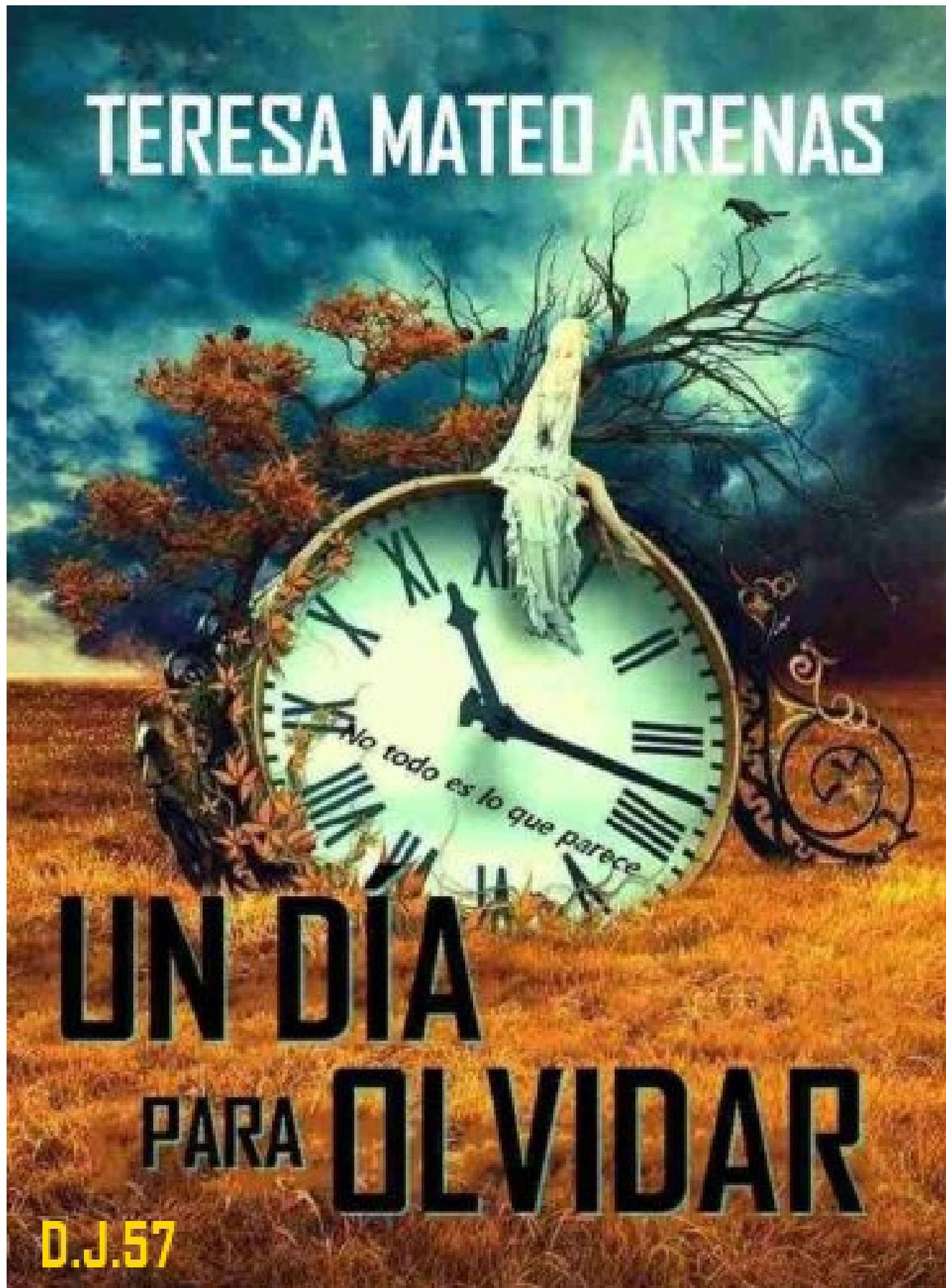


TERESA MATEO ARENAS



**UN DÍA  
PARA OLVIDAR**

**D.J.57**

Teresa Mateo arenas

## **UN DÍA PARA OLVIDAR**

Esta historia puede ser real o no,  
todo dependerá de lo que creas,  
de tu mente o de tu corazón.  
Todo dependerá de lo que sientas al leerla.

# Capítulo 1

Ramiro volvía para casa contento. La carretera por la que subía estaba desierta, solo los álamos que la bordeaban eran sus compañeros de viaje en aquella oscura tarde. Un gélido viento había empezado a soplar y el frío era más acusado que un rato antes, aunque él nunca parecía sentirlo. Ramiro era un hombre fibroso. Caminaba mucho. Todo el día lo pasaba de aquí para allá y eso le impedía engordar, aunque eso no era algo que le preocupase demasiado. Mientras sus pies lo llevasen a dónde le apeteciera ir, él seguiría corriendo. Era algo que llevaba haciendo desde que empezó a caminar hacía ya cuarenta y cuatro años.

Estaba oscureciendo y eso no le gustaba demasiado. Apretó el paso. Tenía que llegar a casa cuanto antes. No quería que su madre o su hermana se enfadaran con él, bueno, más su hermana que su madre, pensó. No entendía por qué su madre había dejado de regañarle, aunque siempre lo hacía con cariño, incluso cuando se quitaba la zapatilla. La oía silbar cuando pasaba por su lado casi rozándole la oreja. Su madre nunca tuvo muy buena puntería, o mejor dicho, nunca apuntó a dar. Aunque ahora la que le ponía los puntos sobre las íes era Yolanda, su hermana pequeña. Sonrió al recordarlo. Se había vuelto un poco gruñona, como su madre, se dijo, pero era su hermana y por gruñona que fuese no la dejaría de querer. Él quería mucho a su madre y también a su hermana... sí, también a su hermana. Todo esto lo iba pensando porque era nochebuena y vendrían sus otros hermanos a casa a celebrarla. ¡Qué bien! Se frotaba las manos pensando en la cantidad de regalos que le iban a traer. Por otro lado, su equipo de fútbol le había regalado la última gorra de la selección, se la miró disfrutándola, era la gorra del equipo del

pueblo, y esta le faltaba. Su equipo era el mejor, y él conocía a todos los jugadores. Estaba tan contento con el regalo que se lo quería enseñar a todo el mundo, pero se hacía de noche y aquel día no pasaba nadie por la carretera que llevaba a su casa. Echó a correr. Quería llegar cuanto antes y enseñarles la gorra a su madre y a su hermana. Ellas también estarían contentas, pensaba, era navidad y también habría regalos para ellas. Una enorme sonrisa se instaló en su rostro. Un rostro de cuarenta y cuatro años, en una mente de tan solo siete.

Un coche aceleraba tras él en la carretera. Le pareció que corría mucho. Empezó a sentir miedo y se pegó a la pared tal como le habían dicho siempre en casa, "*la carretera para los coches, la acera para los peatones*", siempre que notaba peligro repetía esta frase como en una letanía. Desde que era muy pequeño su madre le había inculcado frases así, como si fueran canciones, para que las tarareara y se las repitiera, de este modo le era más fácil recordarlas, ya que tenía la tendencia, como cualquier niño, de andar muy cerca del bordillo o saltando con un pie arriba y otro abajo jugando.

A medida que iba cumpliendo años su madre no lo podía tener todo el día bajo sus faldas. Tuvo que darle un poco de autonomía. Por mucho que fuese un niño en el cuerpo de un hombre, para ella siempre sería su niño.

De pronto el coche se puso a su altura. Aminoró la marcha. A Ramiro se le aceleró el corazón. Le daba pánico la oscuridad y se había hecho de noche muy temprano a consecuencia de la tormenta que se avecinaba. También temía lo desconocido. La carretera estaba desierta. Su madre le regañaría, no le gustaba que se le hiciera tarde en la calle. Se frotó la nariz en un tic nervioso. Siempre que tenía miedo o se ponía nervioso por algo, se frotaba la nariz. Sus pasos eran cada vez más rápidos. Notaba que el auto se le acercaba peligrosamente por mucho que él se pegase a la pared. De pronto, al ir a cruzar la carretera, el coche se paró delante de él cortándole el paso. Ramiro

se estremeció temblando de miedo. Aunque al ver que era una persona conocida se relajó ligeramente. A lo mejor lo que quería era llevarlo en coche a su casa y su madre no se enfadaría. ¡Qué bien! Pensó.

---¡Ramiro! ---lo llamó.

---Ho... hola ---dijo mirando por la ventanilla que la persona que conducía había bajado previamente.

---Acércate, quiero decirte una cosa ---le gritó desde dentro---. Lo que has visto esta tarde no tiene importancia. Solo quiero decirte que no se lo digas a nadie, ¿vale?

---Se lo tengo que decir a mi madre. Estabas haciendo cochinas. Os he visto. Se lo diré a tu madre y también se lo diré a su madre, eso no se hace. ¡Marranos! ---contestó Ramiro retorciendo la gorra nueva entre las manos.

---¡No se lo vas a decir a nadie!, ¿lo oyes? Escúchame bien ---suavizó el tono---. Es algo que hacemos los mayores. No tiene importancia. A ti también te gustaría hacerlo. Te propongo una cosa. Desde hoy ese será nuestro secreto.

---Mamá dice que no debo tener secretos. Se lo tengo que decir.

---Haz lo que quieras, pero si se lo dices a lo mejor te pasa algo malo y tu madre se pondrá muy triste...

Ramiro arrancó a correr, intimidado por aquella amenaza, mientras repetía que su madre no le dejaba tener secretos, que eran unos cochinos.

El coche arrancó tras él para ponerse de nuevo a su altura. No podía dejar que abriera la boca, se dijo el conductor. Pisó el acelerador asustando más a Ramiro. A este le empezó a faltar el aire en los pulmones. Acrecentó el ritmo de la carrera jadeando por el esfuerzo. El coche paró. Ramiro pensó que le daría un respiro, que le estaba gastando una broma. La persona que conducía aumentó el volumen de la canción que sonaba en la radio, llevaba puesto un CD de villancicos y ese le gustaba especialmente: *Santa Claus is coming to*

*town*, empezó a tararear. Ramiro miró hacía atrás desesperado al ver que el coche volvía a perseguirlo. Casi sin aliento aumentó la velocidad de nuevo. Sus pies se enredaron. En su cabeza las imágenes daban vueltas vertiginosamente. El corazón bombeaba sangre a un ritmo frenético. Ramiro cayó al suelo perdiendo el control de los esfínteres. Veía sin poder evitarlo como el coche se acercaba sin piedad y le pasaba por encima. Un dolor traspasó su columna vertebral. Quiso arrastrarse para quitarse de en medio. Intentó llamar a su madre, pero de su boca no salía sonido alguno, solo una bocanada de sangre que lo ahogaba por momentos. En un instante de lucidez su cabeza le decía que debía apartarse de allí, pero el cuerpo no le respondía. Al momento, el coche, que había dado marcha atrás, volvía a acelerar pasando de nuevo sobre el maltrecho cuerpo de Ramiro. Esta vez no hubo dolor, solo un estallido dentro de su pecho. Y ya todo fue oscuridad.

La música seguía sonando. La persona que conducía bajó a mirar los desperfectos del coche. Al pasarle a Ramiro por encima uno de sus zapatos había salido disparado en una rocambolesca carambola y le había estropeado ligeramente el parachoques. Sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió la zona, como si de aquella manera pudiera borrar todo rastro de lo que había ocurrido, como si fuese una simple mancha. Arrugó la nariz con disgusto. El coche era nuevo. Miró con rabia, no, no era rabia, era asco lo que sentía por Ramiro. Lo observó tendido en el suelo. Se acercó y con la punta del zapato le dio la vuelta. Aquel suceso estaba retrasando sus intenciones. Menuda molestia, se dijo.

Sacó unos guantes del maletero, los mismos que servían para no ensuciarse las manos al cambiar las llantas. Arrastró a Ramiro y lo levantó como pudo, aunque era un hombre delgado pesaba más de lo que podía parecer a simple vista. El esfuerzo de levantarlo le hizo jadear y sudar copiosamente pese a la baja temperatura. Cuando por fin lo introdujo en el

maletero respiró con alivio. Se sacó los guantes y los arrojó con coraje sobre el cuerpo inerte de su víctima. A lo lejos divisó las luces de un coche que se aproximaba por la carretera. Otro contratiempo, se dijo, resoplando. Bajó de golpe la puerta del maletero y se acomodó la ropa limpiando los restos de una suciedad imaginaria que se le hubiera podido adherir. El coche, al pasar por su lado aminoró la marcha hasta parar y preguntarle si necesitaba ayuda.

---No, gracias, se me había pinchado una rueda. Pero ya la cambié. Todo está bien ---paseó la vista por la rueda. En ese momento vio el zapato de Ramiro. Con el pie lo empujó detrás de la llanta esperando que el inoportuno conductor no se hubiese dado cuenta.

---Perfecto, buenas noches y ¡Feliz navidad!

---¡Feliz Navidad!

Hizo ademán de subir al coche, pero en cuanto el otro auto se perdió en la distancia se agachó, recogió el zapato y lo tiró con rabia dentro del capó.

Llegó a la casa y metió el coche en el garaje. Repasó con mejor luz la zona del impacto por si había algún otro desperfecto. Cogió un paño y lo limpió de nuevo sacándole brillo. La abolladura era minúscula, apenas una rozadura. En la penumbra le había parecido más grave, y, aunque apenas se veía era una fatalidad para él que era un perfeccionista. Si alguien se fijaba podía tener problemas. En cuanto pudiera lo llevaría al taller, pero no en el pueblo, algún curioso podía hacer preguntas.

Se quedó pensando qué hacer con el cuerpo. La adrenalina corría por sus venas. La satisfacción de que las cosas salieran bien era lo mejor de todo aquello. Entró en la casa, le gustaba aquella casa, siempre le había gustado. Conectó la televisión, necesitaba relajarse. En casi todas las cadenas la programación era especial de nochebuena, música y humor se mezclaban. Rió a carcajadas con un *sketch*. Se sentía bien y se contagió del buen humor del programa. Al final estaba siendo una noche redonda. Al rato salió al

jardín tropezando con unos materiales que los albañiles habían dejado esparcidos por el césped. Perjuró al golpearse el tobillo con una pala. Aquello le dio una idea. Necesitaba deshacerse del cuerpo. Estaban construyendo una piscina en el espacioso jardín y el agujero ya estaba abierto detrás de la casa. No se lo pensó dos veces. Se puso manos a la obra, cogió la pala y empezó a cavar con bastante esfuerzo, le costó ya que la tierra estaba muy dura, casi congelada. Agrandó un poco más el agujero. Fue al garaje a buscar el cadáver de Ramiro. Lo arrastró por la parte del jardín que no tenía césped evitando de ese modo huellas innecesarias. Lo hizo rodar hasta la parte más profunda y empezó a echar paladas de tierra sobre él renegando del peso de Ramiro. Le estaba suponiendo un esfuerzo demasiado grande, se quejaba entre dientes. Cuando terminó era bastante tarde ya que repasó milímetro a milímetro el terreno. Hasta que no quedó todo como estaba en un principio, no descansó. Al terminar echó un vistazo supervisando por última vez la zona. Viendo que todo parecía correcto entró en la casa de nuevo; se duchó, puso en una bolsa las ropas que había usado y se vistió de fiesta. Había quedado para celebrar la nochebuena y se acercaba la hora. Antes de salir se preparó una copa, se la tomó con calma y se fue a su cita con una enorme sonrisa de satisfacción.

Como todas las nochebuenas desde hacía más de cuarenta años, desde su primer año de casada, en casa de Marina se juntaban todos a cenar. Antes con sus hermanos y padres, ahora con sus hijos, al igual que hacen la mayoría de las familias españolas. La nochebuena es para celebrar. Es una fiesta para estar con los seres queridos y pasar una noche de risas y cantos. La familia de Marina Delgado estaba bastante dispersa, pero ese día era sagrado. Ese día se reunían todos sus hijos, con sus respectivas parejas. Celebraban la navidad alrededor de la mesa. Se explicaban las vivencias del tiempo que llevaban sin verse, unos más que otros, y aunque tuvieran sus discrepancias, siempre fueron una piña al lado de su madre, ahora, por desgracia, aquejada de

Alzheimer. Este año con más motivo era una noche familiar. El peso de la casa, desde que su enfermedad se había apoderado de su mente, había recaído en Yolanda, la menor de sus cuatro hijos.

La cena estaba preparada. Los aperitivos repartidos por la gran mesa de comedor, engalanada con el mejor mantel de lino. La vajilla de los días de fiesta y la cristalería que solo salía de la vitrina en días como aquel.

Solo faltaba Ramiro. Marina no se daba cuenta. Un par de años atrás ya estaría poniendo el grito en el cielo y removiendo mar y tierra preguntando por Ramiro. No podían comunicarse con él, hacía tiempo que se le tuvo que requisar el móvil, porque no sabía usarlo. No le servía más que para que los chavales del pueblo llamasen a diestro y siniestro. Ramiro era así, no tenía nada suyo, si tenía algo en las manos y "otro" niño se lo pedía, él se lo daba. Era generoso en exceso, como cualquier niño de su edad mental.

Era raro que tardase tanto. Ramiro era el mayor de los hijos de Marina, pero era como un niño, por lo tanto, cuando se le decía que debía llegar a una hora siempre solía volver a tiempo. Más de una vez si algún vecino lo veía por la calle y era un poco tarde, lo acercaba con el coche, pero aquella noche no pasó. Nadie encontró a Ramiro a mitad de camino. Nadie lo acercó a casa. Habían pasado más de dos horas de la hora convenida para volver, y era más raro aún siendo la fecha que era, ya que Yolanda, su hermana, le había dicho que vendrían sus otros hermanos y le traerían regalos, palabra mágica que le hacía estar todo el día feliz.

Yolanda estaba nerviosa. No hacía más que mirar el reloj. Sus hermanos acababan de llegar. Juan, que era dos años menor que Ramiro preguntó por él, no entendía que su hermana lo dejase salir solo y menos en una noche como aquella, y así se lo recriminó. Javier era un poco más pasota, dijo que ya llegaría, que siempre estaban encima de él, que le dieran un poco de margen. Dicho lo cual, se acercó a la mesa y se sirvió una copa mientras

esperaba que Yolanda y Juan dejaran de discutir. Las dos cuñadas se mantuvieron al margen, como cada vez que se hablaba de Ramiro. Intentaban mantenerse al margen, no fuese a ser que les tocara llevarlo a sus casas por temporadas, tema que alguna vez quiso tocar Yolanda, sobre todo desde que se había agudizado la enfermedad de su madre, pero al que siempre daban largas con la mayor educación, para que al final, quedase todo en agua de borrajas.

---Juan, tú no tienes ni idea de lo que es lidiar con mamá, en el estado que está, y con Ramiro a la vez. Sabes que si no sale a la calle se pone muy nervioso y a veces se encierra en sí mismo y cuesta mucho que vuelva a estar bien, además, aquí no hay peligro, esto es muy pequeño y todo el mundo lo conoce. También sabes que si tarda, siempre hay algún vecino que lo trae de vuelta a casa. Supongo que se habrá despistado jugando con algún chaval en el campo de fútbol, también sabes que cuando se pone a jugar se le olvida todo, voy a ver si lo veo ---contestó Yoli intentando disimular la angustia que sentía.

---Te acompaño ---indicó Juan.

---Está bien, vamos antes de que sea más tarde.

---¿Queréis que os acompañe? ---comentó Javier casi por obligación.

---No, vosotros os quedáis por si aparece, y si lo hiciera, avisáis.

---Está bien, lo que vosotros digáis.

Salieron los dos hermanos con el coche. Bajaron al centro del pueblo muy despacio por si subía por la carretera poder verlo. Llegaron a los sitios donde solía estar. El primer lugar al que acudieron fue al club de fútbol del que era asociado y donde ayudaba a los camareros a recoger las mesas cuando había partido. Él era el último en salir y el primero en entrar. Era el niño mimado del club, casi una mascota, si Ramiro no estaba cuando empezaba un partido los jugadores lo extrañaban.

El club estaba cerrado, no era día de partidos ni de partidas. Todo el mundo estaba en sus casas con sus familiares celebrando de una u otra manera la nochebuena.

Dieron vueltas por todo el pueblo. Apenas había gente por la calle, pero a las pocas personas que encontraron le preguntaron por Ramiro. Nadie lo había visto desde hacía unas horas.

Yolanda miró a su hermano con creciente preocupación. Aquello ya no entraba dentro de la normalidad en lo más mínimo. Aquello no parecía un despiste. Definitivamente a Ramiro le había pasado algo. Juan había llegado a la misma conclusión a la vez que su hermana.

Llamaron a casa por si había alguna novedad y no les hubiesen avisado, era la última esperanza, aunque muy remota, que les quedaba, pero no hubo suerte. Ante lo inevitable decidieron ir a la policía a poner la correspondiente denuncia por desaparición.

---¿En qué puedo ayudarles? ---preguntó un joven con cara de pocos amigos, a nadie le gusta trabajar en una noche como esa.

---Venimos a denunciar la desaparición de mi hermano ---fue Yoli la que habló.

---¿Cuánto tiempo hace de la desaparición?

---No lo sabemos con certeza, unas horas.

---Le informo que hasta pasadas cuarenta y ocho horas no se considera desaparición. Dígame el nombre de la persona desaparecida.

---Ramiro Duperly Delgado.

---¿Edad? ---seguía preguntando el policía con una profesionalidad exenta de emoción.

---Cuarenta y cuatro años, pe...

---Señorita, con esa edad y en una noche como esta...

El policía se la quedó mirando con una media sonrisa en la cara. Juan se

lo miró a su vez preparado para saltar, había dejado a su hermana menor que hablara ya que estaba estudiando criminalística y se desenvolvía bastante bien en esos ámbitos. Él no tenía la paciencia de Yolanda para seguir contestando las preguntas que les iban haciendo a cuentagotas, y en aquel momento le hervía la sangre. El policía, que parecía recién salido de la academia, seguro le había tocado guardia por eso, no tenía las tablas suficientes para lidiar con casos como aquel, se dijo Juan, respirando hondo intentando mantener la calma.

---Si no me hubiese cortado la palabra, le habría podido explicar que mi hermano padece una discapacidad. Su edad mental es la de un niño de siete años, por lo tanto requiere prioridad absoluta. Si pudiera llamar a algún superior se lo agradecería, porque veo que para usted nuestra angustia carece de importancia ---contestó Yolanda con toda la contundencia posible dentro de la calma que pudo reunir.

Cuando el joven policía estaba a punto de ser devorado por dos pares de ojos, los de Yolanda y Juan, apareció un superior, notando la tensión que flotaba en el ambiente preguntó si había algún problema.

---Desde luego que lo hay. Ha desaparecido mi hermano y llevamos dos horas dando vueltas a las mismas preguntas sin adelantar nada ---contestó Juan que no pudo callar por más tiempo.

---Señorita, tengo que rellenar el expediente ---se dirigió a Yolanda el joven policía esperando que su superior no le metiese bronca.

---Está bien. Acaben de rellenar el informe y pasen a mi despacho. Veremos que se puede hacer, todo depende del tiempo que lleve desaparecido. Creo que eso ya se lo habrá dicho mi compañero.

---No hace falta que nos lo diga ---terció la hermana---. Sabemos perfectamente que han de pasar dos días en cualquier situación, pero es que mi hermano es discapacitado. Se le debe considerar un menor, y como tal,

hay que actuar de inmediato.

El agente de mayor rango se disculpó por su subordinado y les dijo que en cuanto hubiesen respondido todas las preguntas del informe pasasen inmediatamente a su despacho.

Al terminar con el agente, tal como les había indicado, llamaron con los nudillos a la puerta del oficial y pidieron permiso para entrar en el despacho del superior. Alex Moreno, inspector; indicaba el letrero de la puerta, al igual que el de encima de la mesa. Yolanda entró primero, pasando su hermano tras ella y cerrando la puerta tras él. El inspector les dijo que tomaran asiento y que le explicaran con detalle qué era lo que había pasado. Les preguntó si tenía enemigos o alguien le quería algún mal a Ramiro. Lo habitual en casos así.

Tanto Yolanda como Juan fueron describiendo la personalidad de Ramiro. Su ternura. Su disposición a ayudar en todo lo que se le pedía. Su minusvalía y cómo todo el mundo en el pueblo lo quería, e incluso que lo mimaban en exceso, dándole caprichos como a cualquier niño, aunque él ya no lo fuera.

---Es imposible no quererlo ---remató Yolanda su declaración.

---Es complicado decir qué puede haberle pasado, pero ahora mismo pongo a la patrulla a buscarlo. Daremos el aviso y si se ha extraviado esperemos que para medianoche lo tengáis con vosotros ---prometió el inspector sabiendo que no debía hacer aquello. Él no podía tener la seguridad de que lo fuesen a encontrar. Era un caso bastante extraño, si siempre hacía el mismo recorrido y nunca se había perdido ¿por qué había de hacerlo precisamente el día de nochebuena? Viendo la cara de angustia de la joven pensó que le vendría bien un poco de ánimo. No entendía qué le había pasado. Él intentaba ser un buen policía y lo primero que le habían enseñado en la academia era no dar falsas esperanzas, no decir algo que no pudiera

cumplir. "Bueno, ya está hecho", pensó.

Juan y Yolanda llegaron a casa casi rozando la medianoche. La cena se había enfriado. Nadie de los presentes tenía ánimos para sentarse a la mesa y disfrutar del succulento banquete que Yolanda había preparado. No era un velatorio, porque esperaban encontrarlo pronto, pero se parecía mucho. Cada dos minutos uno u otro se asomaba a la ventana a ver si llegaba una patrulla con su hermano, pero por mucho que se asomasen la patrulla no llegaba. Los teléfonos no querían sonar ni con buenas ni con malas noticias. Silencio. La casa se había sumido en el más absoluto silencio.

Al despuntar el alba del día de navidad más desastroso de sus vidas, Yolanda no podía soportar tanta inactividad, se levantó, se sentó ante el ordenador y estuvo confeccionando unos carteles para distribuir por todo el pueblo, aunque toda la gente lo conocía, eran días en que familiares y amigos se juntaban, por lo tanto, había mucha gente desconocida. Yolanda no descartaba la posibilidad de que alguien lo hubiese visto. Cuando los tuvo listos les advirtió a sus hermanos que se iba a repartir los carteles.

---¿No sería mejor que llamásemos a la policía antes de tomar ninguna iniciativa por nuestra cuenta? ---Dijo Javier siempre dentro de su habitual pasotismo.

Para Javier nunca había prisa para nada. No parecía tener sangre en las venas. Todo le daba bastante igual. Mientras no le faltasen sus caprichos, el resto del mundo sobraba. Yolanda estaba alucinada, ni la desaparición de su hermano mayor había conseguido que se le moviera un pelo.

---La policía está más que avisada, si no han pasado por aquí será por que no ha habido novedades ---se enfadó Yoli---. No te estoy diciendo que me acompañes, no sea que te ensucies tu immaculado Armani, ah, no, que es de imitación. Trabajas tanto que no te llega para vestir de marca por mucho que te mueras de ganas. No necesito a nadie. Si quieres puedes irte a tu casa,

duermes y si tienes una comida con la estirada familia de tu mujer no faltes, no sea que no te perdonen y no te vuelvan a dejar entrar en sus círculos.

---¡Hostia!, Yoli, te has pasado, solo he dicho que esperemos a ver qué dice la policía ---se quejó Javier, aún a sabiendas que su hermana tenía razón.

---Y yo te he dicho que no te preocupes que ya me muevo yo. Han pasado muchas horas, pero quizá para vosotros es lo mejor. Así desaparece la tara de la familia.

Yolanda estaba que se subía por las paredes. Había dicho cosas de las que era consciente que después se arrepentiría, pero la pasividad de su hermano y su cuñada era superior a sus fuerzas. Con aquella frase había dado en el clavo. La mujer de su hermano, abogada de profesión, aunque nunca había ganado un caso, tenía muchos aires de grandeza. Montse venía de una familia de abogados y aunque ella no se distinguía por su capacidad, trabajaba en el bufete de su padre, así pasaba desapercibida y, si cometía un fallo, ellos le cubrían la espalda. Montse era tan egoísta que no soportaba ver algo que "desentonase" en su entorno y Yoli sabía que Ramiro le repugnaba. Un hombre al que había que regañarle como a un niño, o que a veces no sabía qué cubierto tenía que usar en cada ocasión, le molestaba. También sabía que ella habría sido incapaz de hacerle daño, no tenía el valor ni la inteligencia para ello, y tampoco su hermano se lo hubiese perdonado si le pasaba algo a Ramiro por culpa de ella, y ella estaba loca por Javier, eso a Yoli también le constaba.

Metió los folios en una carpeta y salió dando un portazo. Si se quedaba allí seguiría despotricando contra la insensible de su cuñada y el poca sangre de su hermano. Bajó hasta el centro del pueblo y empezó a colocar carteles en todas las farolas, tiendas, bares, cualquier sitio era bueno con tal de dejar la foto de su hermano desaparecido la noche anterior. Estaba poniendo un celo cuando una mano se posó sobre la suya.

---Yo te ayudo ---dijo una voz a su espalda.

---Gracias, puedo sola.

---Perdona, pensé que te iría bien un poco de ayuda.

---¿Ayuda, dices? Menuda ayuda que es la policía de este pueblo, ¿en toda la noche no habéis sido capaces de encontrar a una persona desamparada y asustada?

---Créeme que estamos haciendo todo lo posible, pero no es fácil. No tenemos ninguna pista que nos indique un camino a seguir. Ven, tomemos un café y hablemos. No estoy de servicio esta mañana, así que será en plan amigos si te parece bien.

---No tengo tiempo para cafés.

---A ver, esa actitud no ayuda. Debes dejar que la policía haga su trabajo. Estas cosas son lentas, pero no creas que no hacemos nada. Te entiendo, de verdad que lo hago, pero no comer no te va a devolver a Ramiro.

---Está bien, tomemos ese café.

Entraron en la cafetería/panadería que tenían enfrente. Era el día de navidad y no había nadie por la calle, solo los madrugadores de turno estaban, como todas las mañanas, desayunando, así que se sentaron en un rincón algo apartado para conversar con tranquilidad.

---Buenos días, madrugadores ---saludó Maruja con una sonrisita pícaro--  
-, ¿qué os pongo?

---Madrugadora a la fuerza ---contestó Yoli--- ¿No habrás visto a Ramiro por aquí?

---No, chiquilla, es muy temprano. Si casi ni han puesto las calles esta mañana, ¿no celebrasteis la nochebuena qué estáis levantados tan pronto?

---Pues no mucho, la verdad, por eso te he preguntado. Mi hermano no volvió a casa anoche. Estamos desesperados. Si no te importa estoy poniendo estos carteles a ver si alguien lo ha visto ---se le empañaban los ojos mientras

lo decía.

---¡Pero, chiquilla!, ¿qué me estás contando? ---Se cuadró delante de ellos limpiándose las manos en el delantal--- ¡Dónde se ha podido meter esa criatura! Hay, Dios mío, no gana una para disgustos. Ahora mismo llamo a mi Manolo y le digo que te ayude a buscar, ¡¡Manolo!! ---gritó desde mitad de la cafetería.

---Señora, no hace falta, de verdad. Para eso estamos los policías, para buscarlo ---comentó Alex algo molesto.

---Entonces eres policía, vaya. Ya decía yo que no te había visto mucho por el pueblo, seguro que eres el de la capital. Te voy a decir algo, aquí vuestros métodos no funcionan, aquí lo que funciona es el boca a boca y esa criatura tiene que aparecer como que me llamo Maruja.

Al momento apareció "su" Manolo, como ella lo llamaba cariñosamente. Maruja le explicó, con muchos aspavientos, lo que había pasado. Al momento empezó a correr la voz. Los vecinos a los que avisó Manolo se pusieron en marcha. En nada se había reunido un grupo de personas dispuestas a todo para encontrarlo. Alex no daba crédito. Estaban preparando delante de él, y sin contar con su inestimable ayuda, una patrulla de búsqueda. Aquello era inaudito, pasaban olímpicamente de la autoridad. Llevaba poco tiempo destinado en aquel recóndito pueblo, pero pensaba que la ley y la justicia funcionaban igual en todas partes, por grande o pequeño que fuese el municipio.

Si Alex había pedido el traslado a un sitio pequeño como aquel era por aislarse del mundo, de los conflictos a los que se había visto abocado, cada vez con más frecuencia. Todos decían que era un buen oficial, pero él no estaba tan seguro. Se involucraba demasiado en los problemas de la gente y ya le había acarreado algún que otro disgusto, sobre todo el último; se vio envuelto en una disputa de pareja. El marido le estaba propinando una brutal

paliza a su mujer, pero ella no quería denunciar, así que lo denunció él. No podía quedarse con los brazos cruzados. Él era policía para eso, para evitar que personas como aquella siguieran haciendo daño. Era consciente que las mujeres, la mayoría de las veces, no denunciaban por miedo a futuras represalias, pero eran vecinos y le dijo que si surgía algún problema él estaría allí para ayudarla. Si quería separarse y necesitaba cualquier cosa también. Incluso le ofreció un cambio de identidad, asegurándole que su marido nunca la podría encontrar, pero ella se opuso. Su vecina llegó incluso a decirle que le gustaba que su marido le pegase. Sabía que era miedo, que lo decía por el terror que le producía cuando llegaba a casa borracho o colocado con sustancias algo más fuertes y peligrosas. No pudo hacer nada. Se culpaba por no haberla obligado a salir de aquel infierno. Ahora era demasiado tarde, ella estaba muerta, era una más de la larga lista de mujeres asesinadas en sus domicilios por la persona que se supone que tanto las aman. Aquel suceso para él fue el detonante de una incipiente depresión. Por eso pensó que en un pueblo no muy grande de montaña y bastante aislado, esas cosas no pasarían. Al menos por un tiempo necesitaba poner orden en sus pensamientos y en sus sentimientos. Si se paraba a analizarlos no estaba seguro si lo hizo porque era su obligación, o porque se estaba enamorando de aquella vecina, que nunca más le daría los buenos días con su triste sonrisa.

---¡Alex! ---Chasqueó Yoli dos dedos delante de su cara--- ¿te ocurre algo?

---Eh... esto, no, no me pasa nada, estaba pensando ---mintió azorado.

---¿En qué pensabas? Si puede saberse, claro ---preguntó Yoli curiosa.

---Pensaba... pensaba en lo solidarios que son aquí los vecinos.

---Prueba otra vez.

---¿Cómo dices?

---Que pruebes otra vez, mientes muy mal ---respondió ella con más

curiosidad que antes.

---Por qué dices que miento, no miento, estaba pensando en lo curioso del caso ---siguió mintiendo descaradamente.

Para nada iba a explicar allí, delante de todos, sus debilidades, porque eso eran para él, debilidades, era ser débil, se decía, el no ser capaz de desvincular el trabajo de las emociones. Ya se lo dijo en una ocasión el instructor de tiro: "Alex, esto es igual que ser médico, no te puedes implicar y tú te implicas demasiado." Volvió a su ensimismamiento, Yoli estaba pendiente de su rostro, por momentos, casi podía leer los pensamientos que iban pasando por su mente.

Terminaron el café y Yolanda se levantó con prisas, le pesaba haber perdido aquel tiempo precioso en el que podía estar pegando carteles y alguien dar noticias de su hermano. Alex salió de su ensimismamiento al notar que algo a su alrededor se movía, fue a la barra a pagar las consumiciones pero Maruja no se lo consintió, les dijo que esos cafés corrían por su cuenta. Al salir a la calle ya se había corrido la voz. Un grupito de vecinos estaban hablando con Manolo de lo que podían hacer, intentando coordinar a los que llegaban y ponerlos al corriente del caso. En menos de una hora ya había una expedición de búsqueda preparada.

## Capítulo 2

En casa se habían quedado su hermano Juan y su cuñada Gemma, esta era un poco más persona que la mujer de su hermano Javier, mientras, cuidaban a su madre y le hacían creer que todo estaba bien. Por desgracia o por suerte, en aquel momento para ella los períodos lúcidos pasaban rápido y volvía a su mundo interior. Vivía en un mundo en el que no cabía la realidad. Un mundo lleno de tinieblas en el que cada vez se sumergía más a menudo y le costaba más salir de esa zona nebulosa en que se mantenía ajena a la realidad.

Gemma estuvo recogiendo lo que habían preparado para la cena de nochebuena, que había quedado intacto, era una mujer activa y no podía estar mano sobre mano. No quería pensar, tenía un mal presentimiento y a medida que pasaban las horas sin noticias de Ramiro, ese presentimiento se acentuaba. Juan no hacía más que dar vueltas arriba y abajo de la casa, cosa que estaba sacando de quicio a Gemma. Entendía perfectamente que estuviese nervioso, pero sería más productivo ayudándola a ella o sacando a su madre a pasear para distraerla, que desgastando las baldosas del suelo.

---Juan, por favor, ¿puedes parar un poco de dar paseos? Cariño, todos estamos nerviosos, pero no por eso aparecerá antes.

---Lo sé, pero no puedo evitarlo, esto me huele muy mal, no entiendo cómo se ha podido perder de esta manera ---le dijo bajando la voz para que no lo escuchase su madre.

Le costaba pensar que le hubiese pasado otra cosa que no fuera que se había despistado, aunque en su fuero interno sabía que aquella era la más improbable de todas las hipótesis. Ramiro era un niño grande y como niño que era, sus costumbres eran fijas. Su día a día era uno calcado del otro, por

eso todos en la casa tenían esa sensación en la boca del estómago. Todos menos Marina, en su mundo apenas se daba cuenta de que su hijo hacía más de dieciocho horas que no aparecía por casa, ella, que desde que con tres añitos, los pediatras detectaron que Ramiro padecía una discapacidad intelectual, debido a un medicamento prescrito durante el embarazo, no se había separado de él en ningún momento. Ahora, solo en alguna esporádica ocasión se daba cuenta que no estaba, pero no recordaba cuánto tiempo hacía desde que lo había visto por última vez, así que preguntaba por Ramirito, así le llamaban en casa, ocasionalmente, entonces Juan le decía que acababa de salir, que en un rato volvería y ella volvía a sumirse en su mundo de sombras nuevamente.

Juan accedió a la recomendación de su mujer y sacó a su madre a pasear, más por él que por ella, pero tenía que hacer algo. Mientras tanto, Gemma terminaba de ordenar la cocina esperando una llamada de su cuñada, se ponía en la piel de ella y la verdad era que no podía dejar de admirarla, a sus treinta y dos años llevaba tiempo haciéndose cargo de una madre enferma y un hermano que, aunque se valía perfectamente por si mismo, había que estar pendiente de él, ya que si no le decías que comiera él no comía, y si no le decías que se duchase él no sabía que lo tenía que hacer, incluso le tenía que ayudar con el afeitado, la maquinilla eléctrica no la sabía hacer servir y con las desechables se cortaba, así que cada dos o tres días, Yolanda, incluso lo afeitaba.

Gemma se quedó pensativa, se estaba nublando, el tiempo se había vuelto desapacible y húmedo, los nubarrones cada vez oscurecían más la montaña y el olor a tierra mojada se sentía en el ambiente. De pronto un escalofrío atravesó su columna vertebral, cruzó los brazos abrazándose a sí misma, no sabía bien si para darse calor o ánimos, así que por hacer algo cogió un par de troncos y los echó en la chimenea atizando las brasas para que a continuación

prendieran y caldearan un poco más la estancia. Nadie se había acordado de avivar el fuego y este prácticamente se había apagado. Viviendo en una casa rural la calefacción eléctrica no tenía sentido. En la chimenea se quemaban todos los rastrojos y troncos de la poda de los árboles del pequeño huerto que tenían detrás de la casa, y que ya solo acogía unos cuantos frutales, que cada vez más se iban retorciendo en nudosas y viejas ramas, como si se solidarizasen con Marina. Ella los había cuidado siempre con tanto cariño que ahora notaban que no eran las mismas manos las que lo hacían, perdían vitalidad al mismo ritmo que lo hacía ella.

Javier después de llegar a su casa se arrepintió de haberse ido. No había estado a la altura. No obstante, vio a Montse revolverse inquieta en el sofá, para ella aquello no tenía la menor relevancia, ya que ella no empatizaba con la familia de su marido. Tampoco era un secreto; hacía tres o cuatro visitas al año y con eso cumplía. En realidad siempre pensó que su familia política no estaba a su altura. No le supuso ningún esfuerzo marcharse, así que llegó a su casa y tranquilamente se fue a dormir. Habían quedado con su familia para comer el día de navidad en un restaurante bastante lujoso y quería estar perfecta. No así Javier; en aquel momento tenía una sensación de culpa y remordimiento, un desasosiego que no lo dejaba en paz. Se puso en pie de pronto y le dejó una nota a su mujer. Una nota en la que le decía que sintiéndolo mucho aquel día no estaba para fiestas, que lo excusase ante sus familiares, pero tenía que estar con sus hermanos. No podía dejarlos solos en aquellas circunstancias.

Llegó a casa de su madre casi a mediodía. Al entrar por la puerta, Juan, por unos segundos, pensó que era Ramiro, estaba a punto de preguntarle dónde había estado cuando vio que era Javier.

---Ah, ¿eres tú? ---dijo con malestar.

---¿Esperabas a otra persona? ---respondió con igual tono.

---Pues claro. No te pongas mordaz que no te pega. Ramiro no ha aparecido, pero ni siquiera has preguntado por él.

---No me has dado tiempo. No estés a la defensiva, estoy aquí, ¿no?

---Está bien, tenemos que estar unidos, pero no creas que voy a olvidar el desplante de anoche.

Javier agachó la cabeza mientras su mirada se posaba en algún punto indeterminado de la alfombra. Movi6 el pie intentando sacar una inexistente mancha para evitar a toda costa el contacto visual con su hermano.

Fuera, el día cada vez se oscurecía más. Un espantoso trueno sobrecogió a los dos hermanos. Se miraron y esta vez Javier preguntó por su hermana menor. Juan le informó que se había ido a pegar carteles y todavía no había vuelto, que estaba a punto de llamarla cuando él había aparecido por la puerta.

En el pueblo, el grupo que se había formado estaba de vuelta. Habían salido a la desbandada sin un plan de búsqueda. Sin nadie que coordinara la expedición, cosa que Alex imaginaba. Nadie quiso escuchar a un poli de ciudad, así que se sumó a la búsqueda como un vecino más; pensó que cuando vieran que las cosas no salían como esperaban, se decidirían a dejarle actuar como le habían enseñado en la academia. No se había separado de Yoli en ningún momento, a ella no le parecía necesario, pero él la convenció y le dijo que si aparecía era mejor que él estuviese a su lado, por si había que hacer algún informe, (aquello no era del todo cierto, no era capaz de decirle que una de las posibilidades era que Ramiro estuviese muerto). Alex les dejó muy claro que si lo encontraban y estaba herido, sobre todo, que no lo tocasen. Les avisó que podía ser peor. Gracias a las benditas series de policía de la tele, todo el mundo estuvo de acuerdo.

De pronto empezó a tronar y a caer una lluvia torrencial. Yolanda quería seguir buscando a toda costa pero Alex se negó rotundamente. Casi a la

fuerza la obligó a volver. Con esa lluvia no podían caminar por el monte, se hundían los pies en el fango y no quería sumar una desgracia más, le dijo inflexible.

Casi a la fuerza la condujo a su casa con una promesa: en cuanto escampara haría venir a los perros rastreadores y las patrullas que hiciesen falta. De aquella manera no podía seguir, le dijo. Además no había comido nada en todo el día y si quería ayudar tenía que alimentarse. Sin fuerzas, le dijo, no sería de mucha ayuda, con eso la acabó de convencer.

Invitó a Alex a pasar cuando llegaron. Le presentó a su otro hermano, puesto que a Juan ya lo conocía. Se saludaron aunque con cierto recelo. Javier desconfiaba de todos los hombres que se acercaban a su hermana, cosa que a ella le indignaba, pero aceptaba por ser el que siempre había estado allí para ella. Era el más cercano en edad y cómplice de sus travesuras infantiles.

Se dieron la mano como caballeros, pero ninguno se quitó el ojo de encima. Yoli se daba cuenta que sin conocerse de nada había una tensión entre ellos inexplicable, así que le dijo a su cuñada que llevase a su madre a la cocina, que tenían que hablar. Una vez solos invitó a Alex a explicar los planes de búsqueda, este se metió a fondo, intentando agradar al hermano tanto como a ella e intentando que lo que decía no sonase ni demasiado optimista, ni demasiado pesimista, cosa que era bastante complicado, dadas las circunstancias.

Terminado el discurso se dispusieron a cenar algo. Había sido un día muy duro y estaban exhaustos, ninguno tenía hambre, pero como les dijo Alex, en aquel momento no podían desfallecer, y alimentarse bien era primordial para todo lo que les esperaba. Sin querer ser fatalista les dijo que estuviesen preparados para cualquier noticia, mala o buena. También les dijo que haría todo lo que estuviera en su mano para que aquel caso se esclareciera lo antes posible, dicho esto, Alex declinó la invitación a cenar con ellos, aludiendo

que tenía trabajo que hacer y se marchó.

Cuando Alex llegó a comisaría, bien entrada la noche, lo primero que hizo fue poner en marcha un dispositivo de búsqueda urgente. Estaba dada la voz de alarma pero el protocolo que se había seguido era el normal; pidió perros rastreadores, patrullas de montaña, *etc.* Movilizó los refuerzos necesarios para escudriñar el monte de arriba abajo. Aunque llevaba lloviendo torrencialmente toda la noche, esperaba, cuando dejase de llover, hallar alguna pista que diera con su paradero.

Una vez que tuvo todo preparado, salió a desayunar. Salió sin una idea preconcebida, era un hombre metódico. Siempre hacía las comidas en el bar de al lado de la comisaría, pero esa mañana ni siquiera se dio cuenta que se había alejado más de lo normal. Caminaba ensimismado en sus pensamientos, concentrado en el problema que se le avecinaba. Nunca pensó tenerse que enfrentar de esa manera al dolor de una familia. Un dolor que le estaba afectando demasiado... de nuevo.

---¿Qué tomará el agente? ---preguntó Maruja displicente.

Se la quedó mirando como si la mujer, en realidad, fuera un fantasma o un extraterrestre. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí.

---Capitán ---sonrió Maruja al decirlo--- le pongo algo o ¿ha venido a pasar el rato?

---Inspector, solo soy inspector ---aclaró sin darse cuenta de la mofa de la dueña de la cafetería---. Un café con leche y un cruasán, gracias.

Maruja se fue a preparar el encargo, cuando volvió se lo puso delante, entre el periódico y él, y, sin pedir permiso, se sentó a la mesa.

---Puede sentarse, está usted en su casa ---reaccionó por fin.

El retintín de Alex no le pasó inadvertido, pero le daba igual. Estaba acostumbrada a lidiar con todo tipo de personas y un inspector de tres al cuarto llegado de la gran ciudad no la asustaba a ella. Aunque seguiría

llamándole capitán, "le va bien el grado", pensaba.

---Gracias, lo sé ---contestó ligeramente agresiva--- ya que está aquí, capitán, le quiero preguntar cómo va la búsqueda de Ramiro, ¿lo han encontrado ya? ¿Tienen alguna pista, por lo menos?

---Lo siento, no puedo darle ningún tipo de información. Usted no es familiar del desaparecido.

---A mí no me vengas con tecnicismos. Esto es un pueblo pequeño, nos conocemos todos y somos como una familia... Bueno, casi todos --- puntualizó insolente---. Además, veo que no está de servicio, o sea, que se lo estoy preguntando a un amigo, ¿o me equivoco con usted?

---No, no estoy de servicio, pero eso no quiere decir que pueda ir dando información de un caso sin el consentimiento explícito de sus familiares más directos.

---Mire, capitán...

---Inspector, ya le dije antes que solo soy inspector.

---No se enfade, le estoy dando categoría, además, te queda bien lo de capitán, te veo --- poniéndole una mano en el brazo lo tuteó de repente. Podía ser su madre, no se iba a andar con remilgos, pensó, haciéndolo callar cuando empezaba a protestar---. Mira, te lo voy a decir claro, esa criatura tiene que aparecer. Así que en vez de estar tomando cafecitos ¿por qué no estás pateando el bosque?, o el pueblo o lo que sea que haya que patear hasta que aparezca.

---Mire, doña Maruja, lo primero, no puedo ni debo darle explicaciones. Me doy cuenta que no soy santo de su devoción, pero hago mi trabajo lo mejor que puedo. No tenemos pistas. No tenemos un rastro que seguir. Por lo tanto vamos a ciegas, pero no descartamos ninguna vía de investigación. Se está montando un dispositivo. Estoy esperando que lleguen los perros y el material necesario. Los voluntarios están peinando la zona, por el momento

no podemos hacer nada más.

---Sigues con tu palabrería de policía de ciudad. Resumiendo, que no tienes ni idea, vaya, mucho policía de ciudad, mucho material, muchos perros, pero na de na ---se levantó Maruja y se fue rezongando para atender a los demás parroquianos y a las "marujas" de turno, que con la excusa de comprar el pan, se ponían al día las unas a las otras.

Alex salió de la panadería-cafetería con ganas de dar un puñetazo en algún sitio, eso era lo más ingrato de la profesión, por mucho que hicieras, apenas había tenido tiempo de dar una cabezada, que vale, que no era culpa de nadie, pero que encima le dijeran que no hacía nada porque estaba tomando un café. Aquella mañana lo necesitaba algo más fuerte que el de la máquina de la comisaría. Necesitaba despejarse un poco y seguir con el ritmo de trabajo que se había impuesto. Aquello lo superaba, otra vez le llegaban a la mente las palabras de su instructor: "te implicas demasiado" pero se había hecho policía para eso, para ayudar, ¿cómo hacer para no implicarse?, se preguntaba.

La mañana de Yoli no había empezado mejor. Apenas había podido cerrar los ojos en toda la noche. Se imaginaba a Ramiro en las peores circunstancias. Lo veía en un país de esos en que las vidas humanas no valen nada. Un ricachón necesitaba un trasplante de algún órgano y se lo habían cogido a su hermano. Cuando volvía a cerrar los ojos lo veía tirado en una cuneta, incluso siendo el objeto de culto de una secta y Ramiro el cordero a sacrificar para una ofrenda a algún Dios pagano. Se levantó muy temprano. Se duchó y preparó café para sus hermanos y su cuñada que todavía estaban allí. Recogió la casa y levantó a su madre para llevarla al centro de día. Gracias a Dios en pocos días le concederían una plaza en una residencia, ya que su estado cada vez era más precario. Circunstancia que le daría a ella un respiro, menos mal, pensó, si no fuera así no podría hacer todo lo que tenía

pensado. Lo primero pedir unos días en la empresa donde trabajaba, si no se los daban se iría, para ella la búsqueda de su hermano era primordial. Después de eso se uniría a la investigación, decidió, aunque antes hablaría con sus hermanos. Ellos tenían que volver a sus vidas. Ella intentaría mantenerlos informados, les dijo, pero no podían dejar sus obligaciones, así que los convenció de volver a sus rutinas, aunque a regañadientes, pero lo hizo.

Pasó por la panadería de Maruja, le dijo que le hiciera un bocadillo, ya que no pensaba volver hasta que Ramiro no apareciera, y se fue directamente a comisaría. Allí estaban distribuyendo las zonas a rastrear por los voluntarios que se iban apuntando.

Fue directamente hacía el despacho de Alex, este la hizo pasar inmediatamente. Cada vez que la veía, no sabía qué le pasaba pero se alegraba, quizá más de la cuenta y en aquel momento eso era contraproducente. No había sanado todavía de su última experiencia, menos debía involucrarse con ninguna persona implicada en un caso suyo, y ese caso era suyo, eso lo tenía claro, por mucho que le hubieran dicho desde la central que si era necesario le enviarían algún especialista y, si hacía falta, también un psicólogo.

---¿Se sabe algo de mi hermano?

Alex se la quedó mirando con ternura, aquella criatura tenía algo que le deshacía los huesos, le mermaba la voluntad y lo dejaba sin habla, tanto que...

---Lo siento ---tardó en contestar algo más de lo normal--- esto... están llegando los perros, ya he distribuido a los voluntarios. Ahora, en cuanto lleguen los de la científica, intentaremos buscar alguna pista o alguna huella. Si recuerdas algo, por insignificante que parezca, me llamas, a la hora que sea.

Yolanda se quedó sin palabras, ella que iba pensando tirarle la caballería

por encima en aquel momento no supo qué decir.

---Has debido levantarte muy temprano para que te haya dado tiempo de todo eso.

---No me he acostado. He dado una cabezada en esa butaca ---señaló con la barbilla un incómodo sillón que había en una esquina de la oficina. Yolanda la miró pensando que así tenía las ojeras que tenía. Supo que algo había pasado cuando lo vio tan desaliñado, aunque tampoco esperaba eso. Las pocas veces que se habían visto, siempre iba impecable. Aunque no era el típico gentleman, sino que era una elegancia algo más de andar por casa. Siempre lo había visto con jerseys gruesos. Hacía mucho frío en aquellas latitudes y suponía que no estaba acostumbrado. En las grandes ciudades no sabían lo que era el frío, pensaba. Sus tejanos siempre impecables, aunque inapropiados para el clima y, lo que le sorprendía más, solía calzar mocasines. Nunca lo había visto con zapatillas deportivas o botas de montaña que era lo que usaban los hombres de por allí, y eso que imaginaba ella que para su trabajo serían más cómodas y sobre todo, llevaría los pies más calientes, sonrió, a pesar de aquellos pensamientos tan inoportunos dadas sus circunstancias, pero la vida sigue, pensó. Esto va a ser duro, Yoli, se dijo. Debes continuar, ser fuerte, no desfallecer en la búsqueda, pero tampoco negarte una sonrisa.

## Capítulo 3

Los días pasaban y Ramiro no aparecía. El radio de búsqueda se había ampliado a muchos kilómetros a la redonda, abarcando varios pueblos bastante distantes entre sí, pero con la esperanza que alguien lo hubiese visto o encontrado, lo hubiese llevado a su casa y él no supiera decirle exactamente dónde vivía. Algo bastante inverosímil ya que lo normal si encuentras a alguien perdido es llamar a la policía, aunque sabemos que hay gente muy rara por el mundo. Tampoco se descartaba que pudiera pasar. No se cerraba ninguna posibilidad por remota que esta fuera.

Los perros rastreadores tampoco fueron la solución. Iban del centro del pueblo hasta un par de calles más abajo de su domicilio, allí se sentaban y se perdía el rastro. Esto les hacía pensar que se había subido en algún coche.

Los voluntarios al final dejaron de acudir, ya no sabían dónde más buscar. Se había peinado el bosque de arriba abajo. Se habían empapelado las ciudades y pueblos de los alrededores y seguían sin tener noticias de Ramiro.

Había pasado más de un mes, los llantos habían disminuido, las ojeras se habían acentuado, las noches sin dormir se sucedían una tras otra, la vida continuaba.

La excedencia que le concedieron a Yolanda en el trabajo había terminado y también debía volver a la universidad. Por muchos apuntes que le pasaran los compañeros, llegó el momento en que tenía que asistir de nuevo a las clases. Lo que ella y los voluntarios podían hacer, estaba hecho, ahora tocaba hincar codos y sacar el año. Quizás cuando se le despejase un poco la cabeza le venía algo, una idea, un recuerdo, algo que sirviese para poder tirar del hilo y saber por fin qué había pasado con su hermano. Cuanto

más tiempo pasaba, más lejos estaba la posibilidad de encontrarlo con vida.

---¿Algo nuevo sobre mi hermano?

---Buenos días, yo también me alegro de verte.

---Buenos días. Lo siento. Tengo los nervios a flor de piel. Al fin y al cabo solo vengo a interesarme por mi hermano, a ver si hay alguna novedad. No vengo precisamente a hacer vida social.

---Lo sé, te pido disculpas, te he dicho muchas veces que no hace falta que vengas todos los días a comisaría. Si hay alguna novedad te avisaré. Quiero que te quede claro que no hemos dejado en ningún momento aparcado el caso, pero seguimos sin tener ninguna pista.

---Prefiero venir, así te recuerdo que no voy a dejar que este caso se diluya en el tiempo y sea uno más de los muchos que quedan sin resolver.

---Cómo quieras, a mí también me encanta verte.

Al decir esto se arrepintió, estaba banalizando un problema muy serio, pero era la pura verdad. Cada vez que la veía, algo dentro de él se revolucionaba. De pronto parecía que hacía mucho calor dentro del despacho, se pasó el dedo por el cuello de la camisa haciendo entrar un poco de aire fresco, pero no fue suficiente, la boca se le secó y hasta una sonrisa bobalicona acudió a su rostro mientras su cerebro dejaba de funcionar. No había forma de que le diera una orden coherente. Los ojos se le habían quedado clavados en una pequeña peca que tenía Yoli junto a la naricilla respingona, que tantas noches le había quitado el sueño.

Yoli había pasado por comisaría como cada día desde que dejaron de buscar a Ramiro. Sabía que no era necesario que lo hiciera, pero había algo que la impelía a hacerlo. Necesitaba hablar con Alex todos los días, "seguro le molesta que venga, pero no pienso dejar de hacerlo, que haga mejor su trabajo", se mentía Yolanda a sí misma. Qué era aquello de que le encantaba verla, ¡ja!, pensaba, estaba segura que no le apetecía en lo más mínimo. Se

daba cuenta que nunca sabía qué decir, pues ella sí sabía qué decir y lo diría bien alto, aunque ahora que lo pensaba, en realidad, no tenía mucho que decir. Pasar cada día por comisaría se había convertido en un hábito, aunque no quisiera hacerlo, los pies la llevaban hasta allá.

---Está bien, si no hay novedades me voy que tengo prisa.

---He terminado mi turno, si quieres te acompaño ---se ofreció con tal de estar una rato más cerca de ella, aun cuando aquello en realidad supusiera un suplicio para él.

---Pues si me alargas al juzgado, se me ha estropeado el coche, así que me harías un favor.

---¿Al juzgado?

---Sí, tengo un juicio, soy la tutora legal de Ramiro.

---¿Puedo saber sobre qué es el juicio?

---Es algo desagradable que pasó hace tiempo, unas jovencitas del instituto intentaron abusar de él.

Al escuchar aquello se la quedó mirando con los ojos muy abiertos. Estaba recogiendo el escritorio, dejó de hacerlo para escuchar la respuesta. Le pareció muy fuerte que no le hubiera dicho nada de aquel suceso.

---¿Puedo saber por qué no me lo habías dicho? Yolanda, por favor, pensé que tenías dos dedos de frente.

---¿Qué quieres decir con eso? Es algo que pasó hace tiempo.

---¿Tú dices que estudias criminalística? Pues desde ahora te digo que vas a suspender, sobre todo en práctica.

---No es necesario que seas tan desagradable, eso fue en verano, no tiene nada que ver con el caso.

---Y eso lo has decidido por tu cuenta, ¿verdad? Todo puede estar relacionado, si no lo está, perfecto, pero ¿y si lo está? Me vienes cada día a decir que no hacemos nada y resulta que me estás ocultando información.

---No te estoy ocultando nada. No me regañes más, está bien, no lo pensé. ¿Entonces me llevas o cojo un taxi?

---Te llevo, y si mi presencia no es demasiado molesta te acompaño durante el juicio.

---Puedo soportarla.

Habían llegado al Peugeot 206 cabrio de Alex, cosa que sorprendió a Yoli, que no pensaba que podía tener esa clase de coche. Como hacía frío todavía, la capota estaba subida. El biplaza en color negro estaba impoluto, otra sorpresa para ella, aunque dado su aspecto no debería haberlo sido. Le abrió la portezuela como todo un caballero y al ponerse al volante le dijo que se pusiera el cinturón.

---Siempre lo hago, pero ya se por qué te hiciste policía, veo que te encanta dar órdenes.

---Es una costumbre ---se limitó a afirmar---. Por el camino me puedes ir poniendo al día con el caso por el que vamos al juzgado.

---Está bien ---concedió---. Fue a finales del curso pasado. Ramiro siempre hace el mismo recorrido, se para en la cafetería de Maruja, le recoge unas cuantas mesas y ella le pone un café con leche y un cruasán. Por mucho que le digo que no lo haga, ya has visto como es ella, dice que es como un hijo más y siempre lo consiente. Luego suele ir a la peña futbolística, también lo miman en exceso, pero es que él se hace querer, siempre está dispuesto a ayudar en lo que sea, recoge las pelotas, limpia las botas de los jugadores, y ellos a cambio le dan regalos; una camiseta, una pelota firmada por ellos. Ya ves, no es un equipo de primera que digamos, pero para él son los mejores, son sus ídolos. Aquel día venía para casa, era la hora de comer y cuatro chicas se le acercaron, no era la primera vez que se mofaban de su minusvalía. Le hacían llorar con sus bromas de mal gusto, pero no habían pasado de ahí... hasta ese día.

Aquel día lo acorralaron, le hicieron desnudarse, y cosas que me avergüenzo solo de pensar. No puedo imaginar tanta maldad en unas criaturas tan jóvenes.

Al ser un pueblo no demasiado grande no había juzgados, así que tuvieron que desplazarse a la ciudad. En el coche estaba sintonizada una emisora de radio de esas que ponen música mezcla de novedades con otras de años pasados, otra sorpresa para Yoli, no esperaba que le gustase ese tipo de emisoras, lo imaginaba escuchando música clásica, o como mucho las aburridas noticias, como las denominaba Ramiro. Sonrió al pensar en su hermano, no sabía por qué, pero así era. Estaban llegando cuando empezó a sonar la última canción de Malú. A Yoli se le encogía el corazón, no sabía si era fruto de los nervios por el juicio, o por tenerlo tan cerca, y aquella canción la destrozaba. A ella también le gustaría ser invisible en aquel momento. Alex estacionó el coche lo más cerca que pudo, que no fue demasiado. Aceleraron un poco el paso, aunque no era tarde, Yolanda estaba en tensión, lo atribuía al inminente juicio, que aunque el abogado, compañero en el bufete de su cuñada, le había dicho que estaba ganado, ella no tenía nada claro. Sabía que había las pruebas eran contundentes, puesto que las chicas habían grabado todo con el móvil y se lo habían pasado unas a otras, solo aquello, decía el abogado, era concluyente.

Alex escuchaba atentamente, dando vueltas en su cabeza a toda aquella información que le había hurtado sin pretenderlo. Pensaba en cómo nos comportamos las personas de idiotas cuando las circunstancias nos superan. Estaba seguro que de otra forma no se le habría pasado por alto algo tan supuestamente importante. No podía estar seguro de que estuviera relacionado, pero tampoco podía descartar ninguna vía.

Llegaron a los juzgados, les estaba esperando Marcos, el abogado compañero del bufete de su cuñada. Marcos Medina era un hombre de

mediana edad, afable en el trato y seguro de sí mismo. Se acercó y saludó, miró a Yolanda y esta le presentó a Alex, el inspector que lleva el caso de la desaparición de mi hermano, dijo ella.

---Encantado ---le tendió la mano el abogado estrechando la del policía, ya sabemos que abogados y policías son como agua y aceite, no suelen hacer buenas migas, aunque en este caso la valoración pareció positiva por ambas partes.

---Pobre muchacho, supongo que siguen sin novedades ---comentó el abogado.

---De momento sí, pero es que nadie me había informado de este juicio ni de lo que había pasado ---contestó Alex mirando fijamente a Yolanda.

---Habéis investigado a toda la familia, igual es que no hicisteis las preguntas adecuadas ---contestó Yoli levantando el mentón y clavando la mirada en el policía.

---Para mi desgracia te voy a tener que dar la razón, quizá no estoy haciendo bien mi trabajo.

Alex se apartó de ellos y se metió directamente en la sala en que se celebraba el juicio, aunque para ello tuvo que hacer algo que detestaba, tirar de credenciales.

En pocos minutos se concentró toda la gente del juicio. Juan y Javier llegaron juntos y con el tiempo justo. Habían pasado por casa de Yoli antes de ir hacia los juzgados. La habían estado llamando, pero al no contestar al móvil se asustaron, sabían que tenía el coche averiado y no habían concretado la noche anterior, así que pensaron pasar a buscarla. Debieron pensar, conociéndola como la conocían, que ella no esperaría al último momento para llegar al juzgado.

Yoli y Alex entraron en la sala de los primeros, los nervios por lo que estaba por suceder le atenazaban las tripas a la joven, sus hermanos al llegar

se pusieron junto a ella, se colocaron cada uno a un lado, apoyándola, haciéndole saber que estaban allí. Ella lo agradeció, era lo que necesitaba en aquel momento. Después del rifirrafe que había tenido con Alex, tenía los ojos algo vidriosos, y se maldecía por ser tan sensible. Por qué tenía que afectarle tanto algo que dijera un policía, se preguntaba, aunque intuía la respuesta se negaba a contestarla. En aquel momento no estaba para jueguitos. Se repetía cien veces al día que solo podía estar por y para esclarecer la desaparición de su hermano, lo demás, en aquel momento, era secundario en su vida. El problema era que últimamente se lo tenía que repetir muy a menudo.

El juez hizo acto de presencia. Yolanda se dio la vuelta buscando a Alex, aunque no era consciente de haberlo hecho. Allí estaba él, con la mirada fija en ella. Al girarse se topó con sus ojos, aquellos ojos de mirada limpia y transparente que ella interpretaba bondadosos y hasta la fecha nada le hacía pensar lo contrario. Sentado detrás, casi al final, estaba David, el padre de la niña que dio la voz de alarma. Aina era la más jovencita de todas y la que no pudo callar el secreto de sus amigas. Ella quería pertenecer al grupito, pero no era como ellas, por suerte, puesto que, qué se hubiese asustado, hizo que la policía actuara rápidamente. Se presentaron en el instituto y requisaron los móviles, allí estaba grabado todo, por eso comentó el abogado, era imposible perder aquel juicio. David miró a Yoli con cariño, dándole ánimos. Había sido un gran apoyo durante la búsqueda, y cuando dejaron de buscar, puesto que no se halló ninguna pista y el hombre avergonzado como estaba que su hija hubiese participado, aunque solo de forma visual, en aquel despropósito, se ofreció para ayudar en la medida de lo permitido, cosa que agradeció Yolanda. En aquellos momentos necesitaba todo el apoyo que fuese posible, había días que le costaba mucho seguir hacía delante.

Casi a la vez fueron llegando las jóvenes acompañadas de sus padres.

Medio instituto estaba allí, unos por imputados, otros por curiosos. Cada niña con sus padres y un abogado que las representaba a todas. En primer lugar llamaron a declarar a la mayor de ellas, Rebeka con k, se hacía llamar así, era la mayor ya había cumplido los diecisiete y se podía decir que era la cabecilla del grupo.

---Señorita Rebeka ---llamó el fiscal---, ¿puede explicar por qué tenía en su móvil la grabación de los abusos a Ramiro Duperly, y cuál fue su participación?

---Yo no hice nada, ni siquiera estaba con ellas, solo... esto... pasaba por allí y tan solo me paré a mirar.

---No es eso lo que se aprecia en el vídeo, parece más bien que sea usted la instigadora ---prosiguió el fiscal.

Rebeka empezó a sollozar, pero el fiscal no se creyó del todo ese llanto, ni siquiera bajó la mirada, la mantuvo al frente, desafiante.

---Está bien, voy a creer por un momento que es verdad lo que dice y sencillamente pasaba por ahí, ¿cómo explica su intervención?, porque lo que yo veo es que usted le baja los pantalones a Ramiro.

---Eso no es así ---gritó al tiempo que se levantaba del asiento.

---¡Protesto! ---dijo el abogado.

---No ha lugar ---denegó el juez--- prosiga señor fiscal.

---Conteste, ¿por qué le bajaba usted los pantalones a Ramiro? ---volvió a formular la pregunta.

---No era eso lo que hacía ---contestó Rebeka nerviosa--- solo, yo solo quise ayudarlo, de verdad, ¿usted cree que yo pueda ir bajando los pantalones a nadie? Y menos a un pobre desgraciado como ese.

---Ese pobre desgraciado como usted lo llama tiene nombre y fue violentado por ustedes cuatro.

---Yo me fui, yo ni siquiera lo toqué ---contestó un tanto agresiva con el

fiscal.

---Vaya, ahora resulta que ni siquiera lo tocó, cuando antes solo pasaba por allí, para solo estar de pasada su participación en el vídeo es bastante extensa ¿no cree?

En el juicio se aclararon muchas cosas, pero ninguna de ellas hacía pensar que hubiera alguna relación con la desaparición de Ramiro, eso pareció tranquilizar a Yoli tanto como a Alex. Ella se sentía mal por no ser capaz de ver más allá de sus narices. Él tampoco estaba mejor, le había gritado y eso no se lo perdonaba. ¿Qué le pasaba con ella? Mejor no contestaba, total, ella lo odiaba, y lo entendía, había pasado mucho tiempo desde la desaparición de Ramiro y ni siquiera tenía una mísera pista por dónde empezar a hacer algo útil.

David se acercó al finalizar el juicio, abrazó a Yolanda y le dio un beso en cada mejilla, acto que dolió sobremanera a Alex, no le gustó, era un gesto muy natural, pero no le gustó, aquella familiaridad le molestaba, no sabía bien por qué. El hombre en todo momento había colaborado y parecía buena gente. Sabía que eran amigos pero los celos lo atenazaban, ¡celos!, sonrió, de quién y por qué, si no quiere más que perderme de vista, se dijo.

Terminaron las despedidas y David se alejó un tanto con su hija, la jovencita al final no estaba imputada, era la que había dado la voz de alarma y en el vídeo se veía claramente que ella no quería participar, que se había mantenido al margen. Su padre la había llevado al juicio para que se diera cuenta de lo que hubiera pasado si ella no hubiese tenido la valentía de decir que no. Esperaba que la experiencia le sirviera de lección para saber lo que no debía hacer.

El juicio quedó visto para sentencia. El abogado estaba contento por cómo se había desarrollado el proceso, sabía que no era mucho más lo que se podía hacer. Al ser menores, las jóvenes se irían a casa con una multa y una

amonestación a los padres, pero bueno, por lo menos en algo se había hecho justicia, pensaba Yoli.

Salió de la sala escoltada por sus hermanos. Todo el tiempo habían estado a su lado. Los padres de alguna de las niñas la miraban con rencor, algo que no pasó desapercibido a Alex, sobre todo los de la cabecilla del grupo, Rebeka. Una joven rebelde de familia acomodada, aunque venida a menos, pero que seguían viviendo en una burbuja de superioridad y sin ser capaces de decir no a nada de lo que pidiera su hija, única para mayor gloria suya. Los padres parecían sacados de las primeras páginas del Hola, rígidos como estacas, vestidos con sus mejores galas, pero sin un ápice de compasión en sus ojos ni en sus gestos. Incluso con su hija, todo era frialdad. Estaban allí porque al ser menor de edad no habían podido delegar, lo habrían hecho con gusto, no eran capaces de tener empatía, y según pensó Alex, la rebeldía de aquella chica era una manera de llamar la atención, de buscar un cariño que sus padres parecía que no sabían cómo darle.

Al salir de los juzgados David estaba esperando a Yoli en la puerta, le dijo que iba para el pueblo y le preguntó si quería que la llevase, continuó diciendo que así les ahorraría desviarse de su ruta a sus hermanos, que seguro tenían que volver a sus trabajos. Quiso convencerla ya que a él no le costaba nada, puesto que se había tomado el día libre. Quería que Aina viera con sus propios ojos que hacer daño tenía consecuencias. Alex los miraba desde la distancia, no era quien para involucrarse en la conversación, pero si alguien se fijaba bien, casi se podía ver como le salía humo por la cabeza. De pronto David se había convertido en su enemigo público número uno. Estaba coqueteando descaradamente con Yolanda, ¿pero es que ella no se daba cuenta?

---Gracias, pero he venido con Alex ---contestaba en aquel momento Yoli.

Alex soltó el aire retenido en los pulmones de tal manera que pensó que se había oído saltar la válvula de escape en toda la comarca. Sonrió, no era su condición ser desagradable con la gente, todo lo contrario, pero el tal David se le había atravesado desde el primer momento, era don perfecto.

---¿Nos vamos? O prefieres que me vaya con David si tienes algo que hacer ---replicó Yoli, dándose cuenta de la mirada que le había echado al pobre hombre.

---Vamos, vamos... te estaba esperando, te he traído y no pienso dejarte tirada, no soy de esa clase de gente.

---¿Todavía estás enfadado? Supongo que te habrá quedado claro en el juicio que el suceso no tenía nada que ver con la desaparición de Ramiro, así que era irrelevante que te dijera algo o que no, tampoco lo hice a conciencia, estaba segura que no tenía nada que ver una cosa con la otra y no se me ocurrió. Esperaba que se te hubiera pasado el enfado a estas horas.

---¿Quién ha dicho que yo esté enfadado? ---soltó un bufido que corroboraba la teoría de Yoli.

Subieron al coche en silencio. La tensión era notable. Siguieron prácticamente todo el camino sin abrir la boca, Yoli se moría de ganas de empezar una conversación. A Alex le pasaba otro tanto, pero el orgullo por parte de ambos lo impedía. Llegaron a su destino y la dejó en la puerta de la casa, ella estuvo tentada de decirle que pasara. Le hubiese gustado preguntarle si le apetecía un café o incluso darle las gracias invitándolo a compartir su mesa, pero no lo hizo, lo que hizo fue ahogar las mariposas que revoloteaban en su estómago cada vez con más fuerza.

Alex no se bajó del coche, Yoli apenas se despidió. Hizo un amago de invitarlo, algo que a él le sonó bastante a compromiso, adujo que tenía prisa, aunque antes le hubiese dicho todo lo contrario, pero no sabía si le sería posible mantener el tipo delante de ella, cuando a ella lo que parecía

molestarle tanto era precisamente su presencia.

Como tenía tiempo libre, al llegar a su casa se puso a investigar a los padres de Rebeka, la joven cabecilla del grupo. Le habían parecido muy altivos para estar su hija implicada en un caso tan serio, no era poca cosa el abuso a menores, ya que aunque Ramiro no era un niño, su mentalidad sí lo era.

## Capítulo 4

Alex, de buena mañana, se fue directamente a la oficina. Había llegado al pueblo solo, aunque ya llevaba unos meses, casi un año para ser exactos y no había hecho demasiadas amistades, no por nada, se llevaba bien con todos sus compañeros, pero por su parte no pretendía quedarse en el pueblo toda la vida. Cuando pidió el traslado lo hizo de forma temporal. Necesitaba sanar las heridas que lo habían llevado casi a la depresión, así que no quiso dar demasiada confianza a ninguno de sus compañeros, ni siquiera a sus vecinos de piso. No quería volver a caer en la misma trampa dos veces. Tenía que aprender a guardar bajo llave sus sentimientos y mirar los casos a través del prisma del investigador, como si se tratase de una rutina, de algo que no le concerniese, y eso era lo más difícil de su trabajo, sobre todo teniendo el carácter que tenía. Para ser hombre y policía era demasiado sensible, ese era su problema y veía que de nuevo se estaba empezando a involucrar en uno de sus casos. Exactamente en el caso de Ramiro y más de lo que debía.

Respiró hondo, se sentó frente al ordenador y empezó a recopilar información que había encontrado sobre la familia de Rebeka, abrió una carpeta nueva y empezó a incluir en ella toda la documentación que logró recabar sobre ellos. Sin planearlo, y casi sin darse cuenta, estaba investigando también a David, el padre de la jovencita que denunció los hechos. Parecía mentira que un hombre pudiera ser tan perfecto, era comercial de maquinaria agrícola y parecía ser que se ganaba bastante bien la vida, aunque claro, la empresa era de su familia, sonrió cínicamente Alex al encontrar el dato. Tampoco entendía que su mujer lo hubiese dejado ir separándose de él de la noche a la mañana. De la mujer encontró poca cosa, desde que se había

separado, según rezaba en el informe, vivía en el extranjero, en Alemania para ser exactos y se había casado con un vikingo, así que estaba fuera de toda sospecha, lo que le extrañó fue que nunca hubiese vuelto al pueblo, ni siquiera para visitar a su hija.

"Algo malo tiene que tener este tío", pensó rabioso, se lo imaginaba conquistando a Yoli y algo por dentro le desgarraba, "Baja a la tierra, Alex, a Yoli no le interesas y a ti no debe interesarte ella, en un par de años volverás a tu antiguo puesto y todo esto será historia", se repetía por enésima vez.

Cuando se levantó de delante del ordenador era prácticamente media noche, había trabajado todo el día sin descanso, no había parado ni para ir a comer. Casi sin darse cuenta había recopilado toda la información que había encontrado de los padres de todas las chicas implicadas en el suceso. Al final estaba algo decepcionado, no sabía qué pretendía encontrar, no tenía ni idea, pero le hubiera gustado enterarse que alguno de ellos estaba implicado en la mafia rusa, o eran traficantes que trabajaban para las redes de narcotráfico colombianas, lo que fuera. Le dio rabia, estaba decepcionado, no había nada de todo eso, solo gente normal y corriente, trabajadora con más o menos suerte. Los padres de Paula estaban separados, el padre era agente de seguros, la madre trabajaba para una inmobiliaria, al parecer se llevaban bastante bien. Los de Natalia eran español casado con paraguaya, era la única cosa a resaltar, ella era peluquera, el padre tenía un negocio de rehabilitación de inmuebles que no parecía irle del todo mal, todos los papeles en regla, el negocio perfectamente legal, nada relevante. Estaba viendo que su corazonada no lo llevaría a ninguna parte, había sido una chiquillada, nada más.

Guardó la información, por fin apagó el ordenador y se fue para casa. Necesitaba desconectar un rato por lo menos, su turno empezaba a las seis de la mañana y aunque no tenía sueño no quería darle más vueltas, había pasado

sus horas libres encerrado en la comisaría, vamos, que había sido un día completo, se dijo al llegar a casa. Se preparó una copa y encendió la televisión, quería desconectar, pero no había forma, en todas las cadenas había reposiciones de series policíacas, del CSI a Los hombres de Paco, pasando por Castle, vamos que de distanciarse nada de nada, optó al final por meterse en la cama con un libro y un disco de música celta para flauta y piano. Cuando estaba estresado la música suave le ayudaba a relajarse. Esperaba de ese modo ser capaz de conciliar el sueño al menos un par de horas.

Por parte de Yoli el día no fue mejor, cuando llegó a su casa se dio cuenta que tenía el tiempo justo para ir a visitar a su madre al centro en el que estaba. Procuraba ir casi todos los días aunque solo fuese un rato, así que comió a toda prisa y se encaminó hacia allá. Al llegar no estaba en la sala con las demás residentes. Tampoco en su dormitorio. Buscó a la enfermera para preguntar por ella. Quería saber por si estaba en la terraza, era muy raro, pero era una posibilidad. Cuando la vio una de las enfermeras, al cruzar el pasillo, le pareció que la evitaba, algo que no le gustó nada a Yolanda. Algo pasaba, estaba segura de ello.

---Hola, he venido a ver a mi madre, me puedes decir dónde está, no la encuentro.

---Esto, pues... no sé, debería estar en la sala... mmm, esto... acabamos de darles la merienda.

---En el comedor no está, en la sala tampoco ni en su dormitorio, ya me dirás dónde está.

En ese momento asomaba la enfermera jefe por el corredor, a Yoli le pareció que se sorprendía igual que la auxiliar. Definitivamente, algo estaba pasando con su madre.

---Buenas tardes, Yoli. Ahora mismo iba a llamarte. Tenemos a tu madre

en el hospital, se ha caído de la cama y se ha hecho un chichón, nada serio, no te preocupes, pero el médico ha preferido dejarla en observación.

Yoli se quedó de una pieza, si le pinchan en aquel momento no le sacan sangre.

---¿Desde qué hora está en el hospital? ---preguntó con sequedad.

---Pues se cayó durante la noche, la encontramos en el suelo al entrar a hacer la habitación ---contestó la enfermera evitando su mirada.

---Durante la noche, ¿me estás diciendo que se ha caído a media noche y hasta ahora nadie me ha dicho nada?, o sea, ¿qué si no vengo no me entero que mi madre se ha caído de la cama?

---No te pongas nerviosa, no ha pasado nada, no entendemos cómo ha podido pasar. Tenía las barandas protectoras levantadas, pero se ha ido resbalando y se ha caído.

---No estoy nerviosa, pero dime exactamente qué se ha hecho.

La enfermera volvió a bajar la mirada al suelo, el nerviosismo era evidente, se la veía incómoda. Yoli estaba segura que algo se guardaba, de otro modo en cuanto se hubiesen dado cuenta la habrían llamado como alguna vez que había habido algún problema lo hicieron. Sacó el móvil del bolso y envió un whatsapp a cada uno de sus hermanos, "Mamá está en el hospital, no sé qué ha pasado pero voy para allá a averiguarlo".

---Le han dado tres puntos en la frente, y lleva el ojo morado, pero el médico dice que no es nada grave ---continuó la enfermera jefe.

---Vaya, a lo mejor no me iba a dar cuenta de los puntos de la frente o de los morados, esto no se quedará aquí, os lo aseguro.

---Hay una chica nueva en el turno de noche, se le olvidó poner la contención en la cama y ya sabes cómo se pone, se pasa el día diciendo que se quiere ir a casa. Se ha vuelto muy agresiva y no le dieron las pastillas para dormir. Estamos investigando qué sucedió, te prometo que no volverá a pasar

---se excusó muerta de miedo a una denuncia por parte de Yolanda.

---Si me lo dices en un primer momento a lo mejor me lo hubiese tomado de otra manera, pero me habéis ocultado algo tan grave como esto. Podemos estar hablando de negligencia. Consultaré con mis hermanos para tomar una decisión.

Dicho esto salió de la residencia sin mirar atrás, sabían perfectamente que iba a ver a su madre cada día, ¿pensaban que no se iba a dar cuenta que llevaba puntos y golpes en la cara?

Al llegar al hospital ya estaban allí sus hermanos, al no tener coche tuvo que coger un taxi, si hubiese ido en autobús habría necesitado más de una hora y con el estado de nervios que llevaba encima no tenía paciencia para esperar.

---¿Qué ha pasado? ---preguntó Juan mientras ayudaba a su hermana a bajar del taxi.

---En realidad no estoy segura, pero esto me sobrepasa, cuando no es una cosa es otra.

Yoli se vino abajo, se abrazó a su hermano mayor y arrancó a llorar. No sabía bien por qué, pero necesitaba desbordar todas las emociones contenidas durante tanto tiempo. No solo lloraba por su madre, también lo hacía por Ramiro, hasta ese día no había derramado una lágrima. Se había hecho la fuerte, la valiente, la que podía sola. Algunas lágrimas también eran por Alex, se daba cuenta que se le había metido muy adentro, no era esa la idea, ella se había trazado unas metas y al parecer no iba a ser capaz de cumplirlas y eso la colmaba de una rabia contenida. Se sentía débil y se maldecía a si misma por esa debilidad, sin darse cuenta que esa debilidad era precisamente lo que la hacía fuerte.

Javier le dio un abrazo haciéndole notar también su apoyo, miró a su hermano y como siempre escoltaron a su hermana pequeña, volvían a ser el

trío de antaño, su hermana menor siempre escoltada por ellos dos para evitarle cualquier daño.

Entraron los hermanos en el hospital preguntando por la doctora de guardia, no era la misma que la había atendido a su llegada, aunque parecía una persona amable y cariñosa. Una mujer relativamente joven que se puso a investigar desde el primer momento intentando descifrar qué había pasado. Los acompañó al box en que estaba Marina, a Yolanda se le inundaron los ojos al ver a su madre tumbada en la camilla con la frente de color marrón del yodo desinfectante y los ojos morados a consecuencia del golpe.

La doctora no quiso ni quitar ni poner importancia a lo que había pasado, les explicó que todos los días llegaban al hospital casos como ese, personas mayores que por causa de su reducida movilidad o su cabeza algo perdida, también habían sufrido algún accidente doméstico.

---Perdone, doctora, esto no es un accidente doméstico ---le llamó la atención Yoli--- mi madre está en una residencia precisamente porque no puede estar sola. Nos costó mucho que le concedieran la plaza, es una persona vulnerable y necesita que estén por ella, y verla así me hace sentir culpable por haberla dejado allí ---decía una Yolanda cada vez más compungida.

---Creo que debemos tranquilizarnos todos un poco, está muy reciente la noticia, su madre está bien ---se dirigió a los hermanos con voz calmada--- en caliente todo lo vemos peor de lo que es ---le dijo mirando a Yoli esta vez--- vuestra madre está bien. El golpe parece muy aparatoso porque los morados son muy escandalosos, pero en unos días estará como nueva, os lo aseguro.

Al final optaron por reconsiderar lo de la denuncia, Yolanda en aquellos momentos no necesitaba más frentes abiertos.

Cuando constataron que su madre estaba bien y les aseguraron que al día siguiente estaría de vuelta en el centro se tranquilizaron un poco y cada uno

se fue para su casa. Una vez en ella, Yoli hizo balance del día. Hubo de todo aquella jornada, bueno, malo y regular, como bueno pensó en la sentencia del juicio, que como supuso el abogado, sería favorable, lo regular... no sabía qué le pasaba con Alex, cuando estaba con él sentía la imperiosa necesidad de molestarlo, de pincharlo, cuando en realidad se estaba muriendo por un beso suyo. Lo malo, ahora llegaba lo malo, quizá lo que le había pasado a su madre, con lo que ella era, verla así la desmontaba, la dejaba sin voluntad, por otra parte, su hermano seguía sin aparecer, eran demasiados días y ni siquiera tenían una mísera pista, y eso cerraba el círculo. Alex no era culpable de que no hubiera pistas, debía dejar de machacarlo, aunque tenía que reconocer que se lo pasaba bien haciéndolo y era una manera de sentirse viva.

Por primera vez desde la desaparición de Ramiro aquel día y, tras sus cavilaciones, pensó que no pasaría por comisaría, había decidido que le iba a dar una tregua al inspector.

Alex llevaba rato esperando que apareciese Yoli por la puerta, había mirado cincuenta veces el reloj, pero las agujas no querían colaborar, seguían ancladas machaconamente negándose a dejar que corriera el tiempo. Estaba deseando enseñarle los pequeños avances que había hecho la tarde anterior. Quería que supiera que no estaba de brazos cruzados, que incluso en su tiempo libre estaba pensando en el caso y que si había algo por insignificante que fuera se investigaba a fondo, y que seguiría buscando hasta averiguar el paradero de su hermano.

Volvió a mirar el reloj que seguía con su avance impasible, no quería ayudar, a aquellas horas, todos los días, Yoli ya había pasado por allí a meterle su dosis de bronca diaria. Se daba cuenta que la necesitaba, necesitaba esa inyección de adrenalina que era verla aparecer por la puerta, sonrió al pensarlo. El tiempo pasaba pero ella seguía sin aparecer. Alex había advertido que ella tenía unas pautas de conducta más o menos marcadas, así

que le extrañaba aquel retraso, ya debía estar en la universidad, de pronto pensó que le podía haber pasado algo. No quería ponerse nervioso, que aquella mañana no acudiese a darle su ración de bronca no quería decir nada. A lo mejor tan solo era que no tenía clase a primera hora, hacía sus cábalas mirando el teléfono, dudando si llamarla o no, bueno, pensó, seguro viene después, intentaba animarse, para al segundo pensar que no tenía ninguna obligación, pero bien que lo había amenazado, reía pensando en aquella discusión, lo que tenía claro era que no iba por él.

Para pasar el rato se puso a mirar expedientes de otros casos. El pueblo era muy tranquilo, quitando unas cuantas multas de tráfico y alguna que otra pelea entre vecinos, normalmente por las lindes de las fincas, no había grandes conflictos. En todo el tiempo que llevaba destinado allí el único caso relevante había sido la desaparición de Ramiro, pero con todo y eso lo que más agradecía era haber conocido a Yoli, aunque ella no estuviera interesada en él, a él le bastaba respirar su mismo aire.

Estaba clasificando la información y ordenándola en una pizarra de vinilo. Había confeccionado un croquis con las coincidencias de unos y otros, buscando puntos en común, por aquello de hacer algo y era tan poco lo que tenía que algo había que hacer. Además quería que cuando Yolanda fuese por comisaría, esperaba que pronto, pudiera ver que no estaba mano sobre mano, aunque fuese una tontería ya que no tenía por que dar explicaciones a nadie sobre sus pesquisas, vale que era la parte afectada del caso, y mientras no tuviera algo en concreto no debía darlas, pero era ella, y para él era importante tener una comunicación directa, aunque sonase un poco egoísta por su parte, era así.

Se estaba impacientando, al final Yoli no aparecía, y él no dejaba de pensar en ella, el problema estaba en que cuanto menos quería pensar en ella más lo hacía.

Yolanda llevaba toda la mañana esforzándose en no pensar en Alex, quería autoconvencerse que no necesitaba ir todos los días, que Alex tenía razón cuando lo dijo, así que nada, ya no lo molestaría más con su presencia, a ella no le decían dos veces que estorbaba, ¡cómo si ella no tuviese nada mejor que hacer!

Estaba saliendo para la universidad y al cerrar la puerta de la calle, como por arte de magia, apareció David.

---Hola, preciosa, ¿quieres que te lleve a algún sitio? Supe que tienes el coche estropeado y no tengo nada urgente que hacer.

---No, gracias, ahora voy a buscarlo al taller, espero que esté listo. Por fin puedo volver a ser independiente ---comentó sonriente.

---Como quieras, de todas maneras pensaba bajar a la ciudad, pero bueno, sube y te acerco al taller, de verdad que no me cuesta nada ---volvió a ofrecerse.

---Está bien, al taller te dejo que me lleves, me ahorro un paseo ahora que lo pienso.

Estaba subiendo al coche de David cuando Alex, que no podía más con la incertidumbre de no saber por qué Yoli no había pasado aquella mañana por comisaría, se encaminaba hacía su casa. Al verlos juntos, sin saber por qué, aceleró sin pensar en las consecuencias. David arrancaba en ese momento quedando su coche a escasos milímetros del de Alex.

---Imbécil, mira por dónde vas ---lo increpó David sin dejar ver que había reconocido al conductor del auto.

Alex al darse cuenta de lo que estaba haciendo dio un tremendo frenazo, cruzó los brazos sobre el volante y apoyó la cabeza sobre ellos, se había quedado lívido. Ni siquiera había sido consciente de haber pisado el acelerador de aquella manera. Al final será verdad que necesito ayuda psicológica, pensó muy a su pesar.

---Lo siento, no te vi, estaba algo distraído en un caso que me tiene absorto, sé que no es disculpa, pero es la verdad ---intentó parecer convincente, cosa que al menos para Yoli no coló.

---Tranquilo ---contestó David subiendo al coche de nuevo--- pero procura tener más cuidado, puedes hacerte "pupa".

Aquel tono de medio burla casi le hizo volver a bajarse del auto, no esperaba una respuesta en ese tono por parte de David. Sabía perfectamente que la culpa había sido suya y se había disculpado aún sintiendo que la sangre le hervía por dentro. Esperaba que ella hubiese dicho algo, una frase de apoyo hacia su persona, pero no, se quedó callada, ni siquiera lo miró a la cara. Eso corroboraba su teoría, para su desesperación a Yoli le era completamente indiferente.

Yoli por su parte se sintió observada, no podía creer lo que estaba pasando. Qué pretendía aquel policía de pacotilla, no la iban a amedrentar sus casi dos metros de largo, tanto que parecía un día sin pan, se dijo furiosa, siendo eso lo único insultante que se le ocurrió. Si la estaba vigilando que fuera con mucho cuidado, ella no se iba a quedar mano sobre mano, ella también sabía algo sobre leyes y sobre acoso. Si no hubiese estado con David, que no tenía nada que ver, le habría dicho cuatro cosas, pero no se iba a quedar la cosa así, desde luego que no. Menos mal que David había estado de lo más correcto, se dijo. No entendió bien las últimas palabras de David, pero la cara que había puesto Alex no decía nada bueno de él. Yolanda estaba muy enfadada, en cuanto lo viera a solas le pensaba dejar las cosas claras, aquello merecía una explicación.

David por su parte estaba más que satisfecho, lo había visto venir y había acelerado un poco a propósito, aquel poli de ciudad le caía gordo y no sabía por qué, pero así era, además parecía estar interesado en Yolanda, y hasta ahora él no había tenido la oportunidad de acercarse a ella, llevaba tiempo

esperando el momento y ese había llegado, así que lucharía por conquistarla.

Llegaron al taller en silencio. David respetó en todo momento su mutismo, pensó que el incidente la había asustado, pero en realidad lo tenía todo controlado. El frenazo había sido brusco, pero había un margen de seguridad suficiente. Si algo tenía era que controlaba los coches divinamente. Le apasionaban las carreras y de vez en cuando había ido al circuito a correr, la velocidad era lo suyo. David se apeó del coche y antes de que ella hubiese abierto la portezuela él ya la estaba ayudando. Aquel hombre sí era un caballero, pensaba Yoli, no como el patán de Alex. Estaba furiosa, pero no quería que David lo notara, así que se colocó su mejor sonrisa y le dio las gracias por acercarla.

## Capítulo 5

El correo aquella mañana llegó temprano, recogió las cartas y las depositó en la mesita del recibidor, las leería al volver del trabajo, ya que debía horas a la empresa y tenía unos días libres en la *uni*, así que rebajaría horas a ver si por fin se ponía al día.

Llevaba unos días muy calmada, pero su cabeza no paraba de buscar algo que pudiera servir. Desde el incidente del coche no había pasado por comisaría, le molestaba sentirse observada y a veces era así como se sentía. Era como si Alex pensase que ella tenía algo que ver en la desaparición de su hermano. Era normal que todas las familias tuvieran roces y más cuando se tienen dos personas dependientes en la misma casa. Durante las investigaciones que hizo la policía a raíz de la desaparición de Ramiro, Yolanda se sintió como un mono de feria. Su vida y la de su familia pasó de dossier en dossier y de departamento en departamento, así que ahora el que Alex la siguiera, o al menos eso parecía, por mucho que él lo negase, la hacía tomar precauciones, ni siquiera era consciente de haberlo planeado, pero un día se dio cuenta que lo hacía. Ella no tenía nada que esconder, a quién se le ocurriría pensar que ella le podía haber hecho algo malo a su hermano. Aunque parecía ser que la policía no pensaba lo mismo, así que esquivaba al máximo al intrépido policía como lo había apodado mentalmente.

Al volver a casa vio el montoncito de cartas encima del recibidor. Estaba cansada. Llevaba todo el día de pie atendiendo gente que no sabía muy bien lo que quería y le dolían los pies de mala manera. Se descalzó y cogió las cartas revueltas con publicidad. Una de las cartas cayó al suelo, le llamó la atención que no tuviera destinatario, le dio la vuelta y tampoco remitente, o

sea que alguien la había echado al buzón directamente. Le pareció inusual porque no parecía una carta de esas de propaganda. En realidad era un sobre de lo más anodino, de esos que se usan para la correspondencia de los bancos pero sin ventanilla, blanco y completamente liso. Yolanda abrió el sobre y su extrañeza la dejó paralizada. Aquello no le podía estar pasando a ella. En el interior; un folio doblado en tres veces que al desdoblar llevaba unas letras recortadas de alguna revista o periódico, y que componían una frase que le hizo pensar en una película de Bruce Willis, *El sexto sentido*, la frase era la que repetía el niño "*A veces veo muertos*" ¿Qué significaba aquello? ¿Qué Ramiro estaba muerto? No, eso no quería ni imaginarlo. Ramiro aparecería con vida en cualquier momento; lo presentía, tenía que ser así. Se desplomó, en aquel instante aquella situación superaba sus fuerzas. Necesitaba descargar peso de sus hombros y sus hermanos lo veían todo desde la distancia. Con razón los investigaban, eran buena gente, pero para Javier, su hermano mayor siempre había sido un lastre, ni siquiera había querido que fuese a su boda, algo que a su madre no le sentó nada bien y acabó siendo un conflicto familiar. No es que no quisiera a su hermano, es que se avergonzaba de tener una tara semejante en la familia, y Montse, su mujer, no ayudaba, era tan "pseudopija" que cuando Ramiro le daba un beso se limpiaba la cara como si se le fuese a contagiar. Marina fue a la boda de su hijo, pero solo estuvo durante la ceremonia religiosa. Después de todo, era su hijo, y quiso entregarlo en el altar. Yolanda y Juan no quisieron dar que hablar y se quedaron, excusando a su madre como pudieron ante los invitados. Ese fue el motivo por el cual la relación entre los hermanos desde entonces no era demasiado fluida. Aunque de cara a la galería pareciese que todo estaba bien. A Yoli le dolía aquella situación, no entendía a su hermano, pero era su vida, lo malo de todo esto era que en la investigación, no sabía cómo, todo había salido a relucir en el informe policial y ella no estaba acostumbrada a que se

airease su intimidad. Los trapos sucios se lavan en casa, decía siempre su madre.

Se tuvo que sentar en la silla que encontró más cerca, las piernas no la sostenían, se dio cuenta que estaba arrugando la carta entre las manos y tenía que llevarla a analizar, ¿quién podía quererla tan mal para hacerle algo así?, ¿no tenía bastante ya con lo que le había pasado? Aquello era muy cruel.

Cuando se repuso del primer impacto emocional intentó pensar con la cabeza fría. Había tocado la carta con las manos, pero es que no esperaba algo así, por lo tanto estaba exenta de responsabilidad, se dijo, estaba temblando, quería pensar pero estaba completamente bloqueada. Sonó el timbre, dio un respingo, el temblor que sentía se intensificó, no acertaba a preguntar quien era, en aquel momento estaba aterrorizada.

---Cariño, ¿estás ahí? Muñeeecaaa ---gritaba alguien a través de la puerta mientras golpeaba con los nudillos.

Yolanda contuvo la respiración, estaba aterrada... al escuchar la voz de Álvaro volvió a respirar con algo más de tranquilidad. Álvaro era su amigo del alma, desde los tiempos del parvulario que se conocieron, no se habían dejado de ver o de hablar, cuando alguno no estaba, normalmente Álvaro, ya que Yoli pocas veces se ausentaba, y si lo hacía era por poco tiempo, al verse de nuevo era como si no hubiese pasado un solo día, se adoraban.

---Hola, amor, me alegro tanto que hayas venido ---dijo Yoli nada más verlo y abalanzándose a su cuello.

---Mi reina, qué pelo más estropajoso llevas, pareces la Barbie escarola mi amor ---decía con afectación frotando las puntas de su rizada melena entre los dedos, en eso Yoli arrancó a llorar sin poder contener tantas emociones juntas ---¿Qué pasó, mi amorcito? Cuéntale a tu Alvarito qué te pasa, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

---Mira ---le tendió la carta anónima que había recibido.

---Arggg, ¿esto qué es? ---dijo un gritito cogiendo la carta con dos dedos --. Amor esto hay que denunciarlo, vamos ahora mismo, y de paso vemos al inspector ese de dos metros, hummm, no sabes cómo me pone. Lástima que sea hetero, si es que la miel no está hecha para la boca del asno ---hacía muecas a cual más afectada, por fin hizo reír a Yoli que era lo que pretendía.

El pelo podía esperar, se dijo Álvaro cerrando los ojos ante aquella indomable mata de pelo. Aquello era muy grave y tenían que llevarlo a la policía lo antes posible, y de paso ver al guaperas del poli, se decía casi relamiéndose de gusto. No entendía que Yoli lo martirizase de aquella manera cada vez que le enviaba un whatsapp con las cosas que le pasaban. Álvaro se echaba a morir, desde que había empezado todo aquello se había empeñado en emparejarlos, él veía la pareja perfecta, vale que eran casi dos metros de fibra, vale que Yolanda pasaba poco del metro y medio y estaba algo sobradita de kilos, pero era una muñeca, en ella hasta quedaban bien. Si no fuera por el pelo, qué cruz señor, ese pelo, era la pesadilla de cualquier estilista, y más uno como él, se había empeñado en hacer algo con aquel estropajo que tenía en la cabeza, pero Yolanda no colaboraba demasiado. En cuanto él salía por la puerta, ella lo dejaba a su libre albedrío, y si le molestaba, se hacía unas coletas y andando, Dios mío, dame paciencia, acababa siempre las frases.

Llegaron a comisaría casi sin aliento. Álvaro era bastante histriónico y muy cinéfilo, así que se metía en el papel de cualquier actor de la última película que hubiese visto.

---Queremos hablar con el inspector Moreno, gracias ---dijo Yoli en cuanto atravesaron la puerta---, tengo novedades sobre el caso de mi hermano.

---En seguida les atiendo ---dijo el agente de guardia en aquel momento---, pero el inspector Moreno no se encuentra aquí en este momento.

---¡Pues llámalo!, es cuestión de vida o muerte ---exageró Álvaro.

---Cielo, no me pongas más nerviosa de lo que estoy ---se quejaba Yolanda.

---Amor, no quiero ponerte nerviosa, pero esto es muy grave. ¡Por favor! Qué alguien atienda a esta niña, esto no puede estar pasando, si esta criatura es un ángel.

---El inspector Jiménez les atenderá, pueden pasar a su oficina.

Entraron en el despacho y antes de decir nada Yolanda tendió la carta al inspector, esperaba que estuviese al tanto del caso de su hermano, pero si no lo estaba le pensaba relatar todo con pelos y señales. El policía al ver la carta se puso unos guantes para no afectar a las posibles huellas.

---¿Cuándo has recibido esta carta?

---Estaba en el buzón esta mañana. Lo siento, no la vi entonces, pero esta tarde al volver del trabajo se cayó de entre el montón de propaganda que había en el buzón. No suelo recibir muchas cartas, la verdad, quizá por eso no la vi.

---Es una frase de "*El sexto sentido*" ---aventuró Álvaro.

---Me he dado cuenta, es una película muy popular, ¿tienes idea de quién ha podido dejarla en el buzón? ---preguntó a Yoli.

---No tengo ni idea, pero supongo que debe estar relacionado con la desaparición de mi hermano, a lo mejor quieren pedir un rescate.

---Si hubiesen querido pedir rescate ya lo habrían hecho, lo que no entiendo es que después de tanto tiempo salgan con esto. Si no teníamos ninguna pista, ahora nos las ponen en bandeja. Esto no tiene ningún sentido, la enviaremos al laboratorio y veremos si hay huellas. Las cotejaremos con la base de datos. Si hubiera cualquier cosa nos llamas, sea la hora que sea, ¿entendido?

---Eso hemos hecho ---volvió a mediar Álvaro, que estaba como un flan.

---Vete a casa, si puede ser no te quedes sola, al menos esta noche, no creo que se atrevan a nada, pero mejor estar prevenidos.

---Tranquilo, inspector, yo me quedo con ella, y si nos escolta el inspector Moreno se lo agradeceríamos.

---¡Álvaro!

Álvaro sacudió el aire con la mano restando importancia a lo que él pretendió que fuese una broma.

Una vez en casa preparó unas tazas de tila, le dio una a Yoli y cogió otra para él, del bolsillo sacó un frasquito con unas gotas, puso unas cuantas en su taza y le dijo a ella si quería también.

---¿Qué es eso?

---Unas gotas maravillosas, me las receta mi homeópata, sobre todo cuando tengo que resistir emociones fuertes. No era bastante ver este pelo ¡Oh, dios, qué pelo! ---Arrugó la nariz--- Para que encima me hagas pasar por un trance como este, cariño, estoy atacado. Toma, que te pongo unas gotitas, verás que bien te sientan.

---No creo en la homeopatía, pero bueno, el agua con azúcar no creo que me haga daño.

---Tan descreída como siempre, no sé por qué sigo siendo tu amigo, no me lo merezco.

---No te preocupes, no se lo pienso contar a nadie, llevaremos nuestra amistad en secreto ---se mofó Yolanda, eran amigos desde el parvulario, a aquellas alturas no creía que hubiese en el pueblo una sola persona que no estuviese al tanto de su amistad.

Álvaro hizo el gesto de clavarse una daga en el corazón, era un fanático cinéfilo y le encantaba sobreactuar, sobre todo si tenía que distraer de sus nefastos pensamientos a su amiga del alma.

---Nos vamos a relajar, vamos a poner una película y a comer palomitas,

hoy vamos a mandar la dieta a.t.p.c.

---Te odio cuando me hablas con siglas ---sabía que no decía palabrotas, pero las insinuaba a su modo---. Yo no hago dieta, lo sabes.

---Lo sé ---le guiñó un ojo---, y lo noto, pero por esta vez te lo perdono. ¿Tienes videoclub en la tele? Qué película te apetece ver.

---Pon la que quieras, el experto eres tú ---contestó Yolanda desde la cocina mientras hacía las palomitas.

---Podemos poner Psicosis jajaja, es broma, es broma.

---Mira que eres, te encanta ser el protagonista, pero si quieres esa vemos esa, cualquiera estará bien, sabes que no entiendo de cine, prefiero los libros.

---Estoy recordando una que me encantó...

---Seguro que sale Sandra Bullock, como si lo viera ---lo cortó Yoli.

---Te equivocas, estaba pensando en un clásico, Atrapa a un ladrón, o Desayuno con diamantes por ejemplo, con ese Cary Grant y esa Grace Kelly o esa Audrey Hepburn y ese George Peppard, deberías aprender un poco de glamour de ellas, esas si que eran unas damas ---decía Álvaro poniendo los ojos en blanco.

---Yo no soy una dama ni me interesa, a ti que tanto te gusta Sandra Bullock, me identifico más con Mis agente especial.

Álvaro se puso las manos a la cabeza.

---Por favor, no digas eso ni en broma, a no ser que sea en la segunda parte de la película, cuando consiguen hacer de ella una señorita.

Se decidieron por Atrapa a un ladrón, se sentaron en el sofá con el bol de palomitas entre los dos, poco a poco Yoli se fue relajando, apoyó la cabeza en el hombro de Álvaro y fue resbalando hasta quedar hecha una bolita, con la cabeza apoyada en sus piernas mientras él le masajeaba el cuero cabelludo y jugaba con su pelo, bajaron el tono de luz dejando como única fuente de iluminación la pantalla de la televisión.

Alex pasó por comisaría al terminar la jornada, como hacía siempre que se le hacía tarde en alguna investigación. Esta vez lo habían llamado por una pelea doméstica y le llevó más tiempo que otras veces. No era la primera vez que iba a aquella casa, eran como perro y gato, no podían estar juntos pero tampoco separados, el problema era que cuando estaban juntos se molían a palos el uno al otro, ya no sabía qué hacer, esta vez no se habían pegado. La esposa había dejado al niño solo en casa y había vuelto borracha. Una vecina al escuchar a la criatura llorar había llamado al 112 y se había presentado Alex, esperaba poder hacer algo, incluso amenazó a la madre con quitarle al niño y entregarlo a los servicios sociales. Cuando le bajó la borrachera se lo dijo muy serio, era la última vez que consentía aquello, una cosa es que ellos se tirasen los trastos a la cabeza, ya eran mayorcitos, pero el niño no tenía la culpa de su irresponsabilidad.

Estaba terminando de archivar los expedientes y haciendo los informes del día cuando vio encima de la mesa una carpeta con el nombre de Ramiro Duperly, le llamó la atención verla allí, la abrió y vio el informe y las fotos que habían hecho a la carta antes de enviarla al laboratorio. No se lo pensó dos veces, imaginó que Yolanda estaba sola en casa, así que fue a ver si necesitaba algo y si estaba asustada quedarse con ella aunque fuese delante de la casa dentro del coche para vigilar. Aparcó en la puerta. Vio que la casa estaba en penumbra, se asomó a la ventana y se quedó helado con lo que vio. Yoli estaba acaramelada en el sofá con el que supuso sería su novio, este le acariciaba la cabeza y comían palomitas, o sea que eran la pareja perfecta. En vista de que no parecía necesitar protección la llamaría por la mañana, se dijo. Verificaría temprano si ya estaban las pruebas. Desde ese momento sería lo que ella esperaba de él, un profesional. Le dolió, no esperaba encontrarla de aquella manera, nunca le habló de que tuviera pareja, pero vamos, la familiaridad era notoria, estaban en pijama viendo una película romántica.

Llegó a casa con ganas de descargar la tensión acumulada. Echaba de menos su saco de boxeo, le habría ido bien en aquellos momentos. El poli era él, pero le habían venido ganas de estrangular al pijito que estaba con ella. La verdad es que no lo vio demasiado bien. Había fisgado por la ventana, eso estaba penado por ley, esperaba que no se enterasen nunca o lo expedientarían. No le gustó. No le parecía que fuese alguien como para ella. Definitivamente no le gustaba nada, la verdad. Se preparó una copa, no solía beber, pero en ese momento lo necesitaba. Según el informe, ni la carta ni el sobre que le había llegado tenía nada escrito, ni con máquina, ni ordenador, ni a mano, o sea que era alguien del entorno. Cogió una libreta y se puso a apuntar nombres de sospechosos, los que habían descartado y los que no. En realidad no había ninguno que tuviera demasiados puntos, pero de momento no pensaba descartar a nadie. Volvió a incluir a los padres de las niñas; unos okupas que vivían en una casa a las afueras y que de vez en cuando también se habían reído de Ramiro, aunque Alex pensaba que cuando lo hacían era porque estaban puestos de coca hasta el culo, pero no por eso dejaban de ser sospechosos. En el primer registro a la casa solo se les incautó un poco de coca y se les arrancaron unas cuantas plantas de maría que tenían en el jardín, aunque de allí dudaba mucho que saliera algo fumable, ya que las plantas estaban bastante raquílicas. Mientras anotaba cosas en la libreta iba repasando mentalmente todas las pesquisas y las declaraciones que se habían tomado. Se estaba volviendo loco entre unas cosas y otras. ¿Cómo era posible que no hubiera nada? Ninguna pista, ningún indicio, alguien que lo hubiese visto los últimos días, nada de nada. Dio un puñetazo sobre el mármol de la cocina, empezó a sangrar por los nudillos maltrechos, aquello le hizo sentirse mejor, no mucho, pero algo se había desahogado.

Los días transcurrían lentamente. Yolanda había dejado de pasar por comisaría definitivamente. No había novedades. La carta recibida no tenía

huellas, aquello parecía obra de profesionales. Se había cruzado alguna vez con Alex por la calle, se habían saludado educadamente pero nada más, en alguna ocasión le había preguntado si había novedades, negando ella misma a continuación, contestando su propia pregunta.

---Qué tontería, supongo que si hubiera habido novedades me habría llamado alguien.

---Desde luego, sabes que es prioridad mantener a la familia informada.

---Muchas gracias, hasta pronto.

---Adiós, si recuerdas algo, por insignificante que sea, ya sabes, nos informas.

Cada uno se fue en una dirección diferente, ninguno de los dos miró hacia atrás.

## Capítulo 6

Aquella mañana abrió el correo con miedo. Como lo hacía cada vez que abría el buzón desde aquella primera carta. El problema era que cómo hacía tiempo que no llegaba nada se había relajado un poco. Su subconsciente había dejado de estar tan alerta como los primeros días. Hacía más de una semana y no había vuelto a recibir nada raro, así que quizá había empezado a bajar la guardia. Pero allí estaba; un sobre blanco igual al anterior, sin nada escrito, sin un membrete, sin dirección, blanco inmaculado. Las piernas empezaron a temblarle. Cerró el buzón de golpe y entró en la casa, le pareció una tortura extrema. ¿No era bastante el dolor que tenían que había que seguir haciendo daño?, se lo preguntaba una y otra vez. Llevaba meses sin poder dormir una noche entera. Las pesadillas se sucedían una tras otra. A veces se levantaba a medianoche, se preparaba un vaso de leche caliente, o una tila, según el estado de agitación y se sentaba tras los cristales. Necesitaba a su hermano cerca, necesitaba el ruido de la televisión a toda voz, y escuchar a su madre regañarle para que bajase el volumen. Ramiro pretendía engañar a su madre bajando algo el volumen para volver a subirlo inmediatamente, al final siempre era ella la que mediaba entre los dos. Unas lágrimas traidoras empezaron a resbalar por sus mejillas, los necesitaba tanto, de pronto le faltaban las dos personas más importantes de su vida. Con manos temblorosas cogió el móvil y marcó el número de la policía.

---Comisaría de policía, ¿en qué puedo ayudarle?

---Ha llegado otra carta ---fue lo único que acertó a decir.

---Perdone, ¿se puede identificar y decirme desde dónde nos llama?

---Me pasa con el inspector Moreno ¿por favor?

---Dígame su nombre.

---Yolanda... Yolanda Duperly.

No fue capaz de seguir hablando, ni siquiera había sido consciente de haber cortado la conexión. Se sentó hecha un ovillo en el sofá, la barbilla contra las rodillas y las manos rodeándolas, se quedó estática, sin moverse, sin respirar prácticamente. Las fuerzas la estaban abandonando.

Sonó el teléfono. Lo dejó sonar, no era capaz de contestar, estaba aterrorizada. Si era eso lo que pretendían lo estaban consiguiendo. Toda la voluntad de los primeros días, la fortaleza, la entereza la estaban abandonando. Sonó el móvil dentro del bolso que había dejado tirado de cualquier manera encima de la mesa. Lo escuchaba sonar, pero su voluntad no la acompañaba. Miró en derredor sin ver nada, ni siquiera era capaz de dilucidar lo que sus ojos debían buscar. Paró de sonar. Su corazón se tranquilizó un poco, los latidos rebajaron algo su frecuencia. Al cabo de unos minutos sonó el timbre de la puerta, de nuevo el corazón se le aceleró, estaba paralizada, nada la hacía reaccionar. La parte racional del cerebro le decía que debía abrir la puerta, la irracional le decía que podía ser la persona que echaba las cartas. Unos golpes en la ventana le hicieron que se tapara los oídos con las manos, se abrazase con más fuerza y se empezase a balancear.

---No, no, no, no, no, por favor que no sea, por favor no, no, no.

---¡¡Yolanda!!

Volvieron a golpear en los cristales llamándola.

---¡¡Yolanda!! Abre, sé que estás ahí, abre la puerta.

Le pareció que la voz era conocida, pero en aquel momento no estaba segura de nada, el terror la había paralizado.

La puertaventana que daba al comedor se rompió cayendo cerca de ella los cristales hechos añicos.

---¡¡¡Aaaaahhhhhh!!! ---gritó aterrada, a la vez que caían los cristales

rotos al suelo. Al tiempo que se tapaba la cabeza con los brazos una mano se posó sobre su hombro.

---Tranquila, somos nosotros, tranquila. Hemos venido a ayudarte ---le dijo Alex acariciándole los brazos mientras el compañero buscaba la carta a la que ella había hecho alusión en su llamada.

Yolanda en aquel momento temblaba como una hoja. Tenía la mirada perdida y no reconocía a Alex que intentaba devolverla a la realidad sin demasiado éxito, incluso pensó en llamar a una ambulancia si seguía sin reaccionar.

---Aquí no hay ninguna carta ---dijo el compañero de Alex.

---Busca bien, debe haberla dejado en algún lado, si no hubiese llegado otra carta no estaría así.

---Yolanda, por favor, tienes que darme la carta, o al menos dime dónde la has puesto.

Yolanda se lo quedó mirando como si viera un fantasma. Alex la zarandó un poco, intentando hacerla reaccionar. Fue a la cocina a buscar un vaso de agua, le hizo beber unos sorbos. Por fin pareció que sus ojos cobraban vida, empezó a respirar con mayor lentitud, el ataque de pánico estaba remitiendo.

---No... no la he tocado ---contestó sin demasiada seguridad todavía.

---Si no la has tocado, ¿dónde está? No la encontramos y es importante, lo sabes, necesitamos encontrar una huella, una pista, algo.

---No la saqué del buzón ---indicó por fin.

Les señaló las llaves que estaban sobre la mesa. El agente que acompañaba a Alex las cogió y salió a la calle. Abrió el buzón de correos y efectivamente, allí había un sobre idéntico al anterior, blanco, sin mácula alguna, nada que les diera una pista. Algo que por otro lado ya esperaban. Lo entró en la casa y con mucho cuidado lo abrieron, no fuese a ser que se

llevasen una sorpresa y no tuviera nada que ver con el caso. Por desgracia no fue así.

*"Es dura la experiencia de vivir con miedo, ¿verdad?"* era el nuevo mensaje, que como el anterior estaba escrito con recortes de periódicos, la frase les sonaba de alguna película pero ninguno sabía exactamente de cual. Ninguno de los tres era demasiado fanático del cine.

Hicieron fotos, tomaron huellas en el buzón y en el sobre, pero de nuevo; nada, el sobre estaba completamente limpio, Alex estaba seguro que los habían comprado en un paquete de esos que se compran en los almacenes o en los chinos y que van empaquetados de seis en seis o de diez en diez, si los hubieran comprado a granel, es decir, los que se compran en cualquier papelería, los dan en mano y alguien los toca, tendría alguna huella, aunque no fuese de los autores de la fechoría. De todos modos metieron el sobre y la carta en una bolsa de pruebas y se los llevaron.

Alex no quería dejarla sola, pero supuso que su novio llegaría de un momento a otro, así que se despidió de ella diciéndole lo de siempre, que a la mínima cosa que encontrase rara o fuera de lugar los llamase de nuevo. Yoli asintió, todavía no parecía estar del todo en este mundo. Hizo un esfuerzo, se levantó de donde estaba y les dijo que quería ir con ellos a comisaría. Quería saber qué debía hacer y cómo podía parar aquel sinsentido. Había notado flaquear sus fuerzas y eso ella no se lo podía permitir.

---Está bien, si tienes ánimos para declarar nos vendría bien, pero sin forzar ---le dijo---. Si no te sientes con fuerzas lo podemos dejar para mañana.

---No, quiero hacerlo ahora. Necesito hacerlo ahora.

Sonó el teléfono y todos se pusieron en guardia, el identificador de llamada anunciaba que era un número oculto. Alex le dijo que contestase, pero que antes pusiera el manos libres. Con manos temblorosas descolgó el

teléfono y conectó el altavoz tal como le habían aconsejado.

---Diga.

---Amor, te estoy llamando y nada, que no me coges el móvil. Llevo un rato y nada, me había asustado, por favor ¿cómo me haces esto?

Yolanda respiró tranquila, aunque no le hizo nada de gracia que la conversación con Álvaro fuese tan expuesta.

---Cariño, es que está aquí la policía, he recibido de nuevo otra carta anónima.

---¡*Whaat!* Pero ¿por qué no me lo has dicho antes? Voy para allá de inmediato, no hagas nada, ya sabes que no puede haber huellas. No te pongas nerviosa. Tu Alvarito llega en unos minutos.

---Tranquilo, ya te he dicho que está aquí la policía. Ellos se encargan de todo. La van a llevar al laboratorio a ver si esta vez hay algo.

---No deberías hablar de estas cosas con desconocidos ---la recriminó Alex.

---Álvaro no es un desconocido, es casi de la familia.

Aquello le dio a entender que realmente era su novio, así que optó por hacerse a un lado.

---Está bien, nosotros nos vamos, ya vendrás cuando llegue él ---le salió en un tono bastante despectivo que no pasó desapercibido para nadie.

---De acuerdo, en cuanto llegue Álvaro vamos a hacer la declaración.

Yolanda no se quedó tranquila, pero tampoco quería dar la impresión de que no estaba bien, bastante espectáculo había dado ya. Se le hacía muy cuesta arriba estar sola, aquella casa siempre había estado tan llena de vida. Tener un niño grande en ella era estresante, pero a la vez gratificante, había que estar siempre pendiente de su hermano mayor. A menudo aquellos días le venían a la memoria ráfagas de su niñez, cuando Ramiro la cuidaba, y la cuidaba tanto que su madre tenía miedo que le hiciera daño. La abrazaba de

tal modo que incluso recuerda haber llorado de lo fuerte que lo hacía. También recordaba como le contaba su madre que mecía la cuna cuando ella nació. Ramiro se pasaba el día al lado esperando que ella se despertase para ponerle el chupete y no paraba de mecerla, aunque estuviera profundamente dormida, sonrió al recordar como narraba su madre que por mucho que le dijese que no hacía falta, él no se separaba de la cuna, por eso ella había sido una niña feliz, sumamente feliz.

Sonó el timbre de la puerta, seguido de un: soy yo, cariño, tu Alvarito, que con todo lo que había pasado, la hizo sonreír. Álvaro era un amigo de verdad, siempre podía contar con él para lo que fuese, aunque estuviese de trabajo hasta arriba, si ella lo necesitaba lo dejaba todo y acudía a socorrerla.

---Hola, cielo, necesitaba verte ---dijo Yolanda nada más abrir la puerta.

Yolanda se abrazó a él y dejó correr ríos de lágrimas, con él no le importaba, todas las lágrimas que no había derramado en todo el tiempo desde que Ramiro había desaparecido, las estaba llorando ahora.

---Tranquila, mi amor, desahógate, lo necesitas, mi vida. Saca todo eso que llevas dentro, es una carga demasiado pesada para ti.

---¡Ay!, Álvaro, esto es demasiado, creo que no lo voy a poder soportar.

---Tranquila, mi amor, ya verás como todo pasa y se queda en un susto.

---Ha pasado demasiado tiempo para que se quede en un susto, cada día que pasa estoy más desesperanzada.

---No digas eso, no quiero escuchar una palabra negativa más, acuérdate del karma, lo que piensas proyectas, así que quiero que pienses positivo, ¿ok?

---Está bien, tenemos que ir a comisaría, tengo que hacer una declaración sobre la nueva carta que ha llegado.

Cómo ha podido pasar una cosa así, se preguntaba de nuevo. Aquel era un pueblo tranquilo, ni siquiera era un pueblo demasiado grande, por eso se conocía todo el mundo, apenas había edificios altos, casi todo eran casas de

una o dos plantas como máximo. Los niños jugaban en los patios, o en la calle si se terciaba. Los perros dormitaban a la sombra en verano y buscaban el sol en los fríos inviernos. Los padres estaban tranquilos, allí nunca pasaba nada... hasta que pasó. Yolanda se culpaba por no haber estado más pendiente de su hermano, tal como lo había hecho siempre su madre.

Salieron a la calle y cerró la cancela con llave, algo que antes casi nunca solía hacer, hasta entonces nunca había hecho falta. Oteó la calle con visión crítica, pero no encontró nada destacable. Las moreras se alzaban majestuosas como siempre, dando sombra y frescor a las aceras. Los patios de los vecinos con sus geranios colgando de las ventanas, los rosales con sus botones nuevos esperando el calor de la primavera para florecer y perfumar el aire con su fragancia, los jazmines cubriendo la mayoría de las tapias esperando el atardecer para abrir sus aromáticas flores. Todo seguía igual, pero nada era igual y nada sería igual a partir de entonces.

Llegaron a comisaría, al verlos llegar a Alex se le erizó la piel, allí estaba el pijo de su novio, de pronto le pareció un tanto afeminado, vaya, pensó, le gustan sensibles, bueno, no es problema tuyo, se dijo, pero entre David y el tal Alvarito, no sabía cual le gustaba menos, ¿estaría tonteando con los dos? Se preocupó de pronto, no es asunto tuyo, se repitió.

En cuanto rebasaron los controles los hicieron pasar al despacho, allí los agentes tenían las fotos que habían tomado de las dos cartas, las letras eran del mismo tipo de papel, periódico, además de uno de los más vendidos por aquella zona, o sea que lo podía haber enviado cualquiera, tampoco tenía huellas, igual que la otra. Estaban esperando el resultado del laboratorio, pero estaban seguros que sería exactamente igual a la anterior, nada, ni una huella, ni una mancha, nada que les pudiera proporcionar una pista.

---En este momento iba a buscar la frase en el ordenador, creemos que pertenece a alguna película, pero los que estamos aquí a ninguno nos suena,

esperad un momento ---les dijo---, mientras lo encuentro.

---¿Cual era la frase? ---preguntó Álvaro.

Alex se quedó mirando a Yoli, ya sabía, y le había quedado claro, que era como de la familia, pero no estaba de más preguntar si estaba de acuerdo en que lo mantuviera tan al tanto de la investigación.

---Tranquilo, no pasa nada, está al tanto de todo ---comentó escueta.

---Lo supongo ---contestó malhumorado.

---¿Puedo decir algo? ---aventuró Álvaro, mirando con ojos golosos al inspector.

---Adelante ---concedió el agente.

---Si me decís la frase a lo mejor os puedo decir a qué película pertenece, no es por nada, pero del cine no se me escapa nada ---dijo tapándose la boca a continuación---. ¡Ay Dios!, a lo mejor me estoy metiendo en un lío, pero juro por lo más sagrado que no tengo nada que ver con esas cartas, solo soy un cinéfilo empedernido.

---De momento no, aunque no descartamos a nadie, todo el mundo es sospechoso en este momento ---quiso ponerlo nervioso Alex.

Álvaro se alteró, aquello no se lo esperaba, el inspector estaba disfrutando de su pequeña revancha.

---Está bien, como ya estás un tanto implicado te la voy a decir o mejor te voy a enseñar la foto.

Alex le mostró las fotos que habían hecho de la nueva misiva, Álvaro leyó: *"Es dura la experiencia de vivir con miedo, ¿verdad?"* Le impactó la frase, era muy contundente y la película todo un clásico del cine de ciencia ficción.

---Es de Blade Runner.

---¿Estás seguro? ---preguntó el compañero de Alex.

---¡Pues claro! Es una película dirigida por Ridley Scott y protagonizada

por Harrison Ford, estrenada en el año 1982 y basada en un libro llamado...

---Es suficiente, ya vemos que te lo sabes ---lo cortó el policía--- no estás en un examen.

---Es que Harrison Ford estaba en lo mejor de su carrera.

---Tampoco es que nos interese Harrison Ford. Lo que nos interesa en este momento es por qué esta frase y no otra, por qué estas cartas ahora y no antes, demasiados interrogantes.

Álvaro se quedó mirando con la boca abierta al inspector Moreno, como lo llamaba él. Alex también lo miraba, pero desde luego, con otros ojos. Alex no entendía a qué estaba jugando, casi le parecía que lo miraba lascivamente, pero no, era el novio de Yoli, no podía ser lo que se estaba imaginando, veía fantasmas en todas partes, se dijo.

---Inspector, Álvaro tiene razón, acabo de encontrar en Internet que la frase pertenece a la película que nos ha dicho.

---¡Pero bueno! ¿Lo dudabas acaso? ---se indignó.

---Está bien, ya sabemos a qué película pertenece la frase, ahora hay que encontrar el responsable de escribirla, y a qué se refiere con ella.

---Por eso estamos aquí, grandullón ---contestó Álvaro limpiándole una imaginaria pelusa de la camisa y bastante molesto porque no se lo tuviera en cuenta.

Alex se tomó aquella respuesta como una afrenta, qué se había creído el pusilánime aquel. Desde luego no entendía qué había visto Yolanda en él, casi prefería verla con David que con este esperpento, eso era lo que parecía. ¿Dónde creía que estaba? Se fijó en su vestimenta, zapatos con hebilla lateral, sin calcetines, cosa que le llamó mucho la atención, pantalón pitillo al tobillo y una camisa que a pesar de lo delgado que era le faltaba una talla. Un atuendo imposible, se dijo, supuso que estaba muy alejado de los cánones de moda actual, pero claro, él no era tan delgado como Álvaro, ni tenía el pelo

castaño, ni llevaba ese corte impecable que dominaba a la vez que resaltaba sus rizos, ni tenía esos ojos de un azul casi transparentes. Por mucho que quisiera, que no era el caso, de ninguna manera podía competir con ese figurín.

Al salir de comisaría se toparon con David, este les preguntó si había alguna novedad, a lo que Álvaro contestó que no y Yolanda todo lo contrario, ella dijo que sí. David enarcó una ceja sonriendo amablemente a Yolanda, mientras los ojos de Alex no les quitaban la mirada de encima a ninguno de los tres. De aquellas tres personas dos no eran lo que decían ser, estaba seguro de ello, y averiguaría los secretos de los dos, su intuición no le fallaba, esperaba no empezar a errar en aquel caso.

---Bueno, novedades en sí no hay, pero sí está pasando algo que nos tiene, al menos a mí, de los nervios ---explicaba Yoli sin percatarse del mohín que había puesto Álvaro. Nunca le cayó demasiado bien David, era de aquellas personas que sin saber por qué no son santos de nuestra devoción. Para David no era un secreto, tampoco le caía bien Álvaro, el sentimiento era mutuo.

---Puedo preguntar qué es eso que tanto os preocupa, ya sabes que si puedo ayudar en algo solo tienes que decirlo.

---Desde luego, no creo que sea un secreto ---atajó Yoli cuando Álvaro empezaba a dar excusas.

---Tampoco creo que sea necesario pregonarlo a los cuatro vientos ---se molestó Álvaro.

---Con David hay confianza.

Aquello sentó mal a Álvaro, nunca le había gustado y desde que notaba que se acercaba demasiado a Yoli aún menos. David era comercial en la empresa familiar y desde que Álvaro había tenido una mala experiencia amorosa con uno del gremio, a todos les había echado el sambenito, para él todos eran iguales. Su ruptura había sido muy traumática, suerte tuvo de Yoli

que lo sacó del pozo y por eso le perdonaba cualquier cosa, pero que le empezase a gustar David no sabía si se lo podría perdonar. Otra persona detrás de las ventanas de la comisaría estaba pensando exactamente lo mismo que él.

David los invitó a tomar un café. Álvaro no estaba muy de acuerdo, pero prefirió ir antes que dejarla sola con él, a saber qué le explicaría. Una cosa era dar una información por encima y otra muy diferente pormenorizar. Estaba seguro que estando él a su lado Yoli se abstendría de decir demasiadas cosas. La cara era un poema cada vez que le preguntaba algo sobre la investigación, el rojo grana aparecía en el rostro de Álvaro, no podía disimular que estaba allí por compromiso. Después de casi media hora de suplicio un par de cervezas y mucha más información de la debida, siempre según criterio de Álvaro, por fin Yoli dijo que tenían que marcharse. David dio dos besos a Yoli y uno de ellos casi fue en la comisura de los labios, mientras se lo daba no apartaba los ojos de Álvaro que, aunque lo quisiera evitar, en su cara se reflejaba todo lo que pasaba por su mente.

---He pasado un rato muy agradable, tenemos que repetir ---se despedía David---. No te pongas celoso, Álvaro, que también tengo besos para ti.

Hizo ademán de acercarse a lo que Álvaro dio un paso atrás, pisó en falso y quedó sentado en la acera, con la consecuente carcajada de David.

---No era literal, no hacía falta ---siguió burlándose del joven.

Álvaro se levantó como pudo y se marchó sin mirar atrás. Estaba más enfadado que dolorido, más herido en su amor propio que en sus posaderas. Ni siquiera se despidió de ella, cómo no podía darse cuenta que era un cantamañanas, un bueno para nada. Si no fuera porque la empresa era de su padre seguro que su maravilloso empleo no le daba ni para comer, pero vendiera maquinaria o no, el sueldo lo tenía fijo, no era como él, la gente se burlaba porque le gustaba ir a la moda y en un pueblo vetusto como aquel las

cosas se magnificaban, pero él había iniciado el negocio en su casa y ahora tenía el mejor salón de peluquería y estética de la comarca y no pensaba irse del pueblo aunque se lo hubiesen pedido muchas veces. Por supuesto que lo había pasado mal, pero siempre era por gente como David, que no tenían sensibilidad, que pensaban que porque fuese gay no tenía sentimientos y se podía burlar de él cuantas veces le diera la gana. Había perdido su gran amor por no querer salir del pueblo, por querer dar la batalla, él era como era, y si lo querían tenía que ser con todas las consecuencias, él no se iba a esconder ni iba a dejar de ser lo que era por lo que dijese los retrógrados de sus vecinos, bastantes lágrimas derramó cuando su padre se enteró de su "desviación" como decía él y lo echó de casa. Ahora ningún David de pacotilla iba a humillarlo públicamente, él podía llevar la cabeza bien alta, nadie le había regalado nada.

Yolanda salió corriendo tras Álvaro, no entendía que se molestase tanto por una broma inofensiva, creía ella, de David. Ella nunca veía el lado malo de nadie.

## Capítulo 7

David llegó a su casa con una sonrisa enorme en la cara, le encantaba fastidiar a Álvaro y esa satisfacción la llevaba reflejada, lo que no esperaba era la sorpresa que encontró al entrar en su dormitorio. Rebeka estaba tendida en su cama, completamente desnuda, con una copa en la mano y un cigarrillo en la otra y con pose de revista porno.

---Pensé que no querías verme nunca más.

---Me molestó verte flirteando con la estúpida de Yoli.

---No estaba flirteando, me gusta de verdad.

---Eso no te lo crees ni tú, a mí no me engañas.

La joven se terminó el líquido del vaso, lo depositó sobre la mesilla de noche, se puso de rodillas sobre la cama y tiró de la camisa de David atrayéndolo hacia ella.

---No te va a ser tan fácil deshacerte de mí, lo sabes ---susurró en su oído con voz melosa aunque amenazante a la vez.

---Para ser tan jovencita tienes mucho carácter, pero ya sabes que conmigo no se juega, princesa. Sírveme una copa mientras me ducho ---ordenó dándole un beso en los labios que acabó en un mordisco.

La primera vez que la joven había hecho aquello él se había quedado petrificado, era menor de edad y él un hombre hecho y derecho, con una hija casi de la edad de ella. Rebeka se le había insinuado hacía tiempo, le había dicho que quería dejar de ser virgen y lo había escogido a él, así, sin mediar más palabras que aquellas. También le dijo que lo había observado durante un tiempo y se había dado cuenta cómo miraba a sus compañeras, le gustaban jóvenes, y estaba segura que su mujer lo había abandonado por ese motivo,

así que ella se lo pensaba poner fácil, sería un acuerdo, un contrato de colaboración, y si les apetecía a los dos y sin compromisos, de vez en cuando tendrían sexo, a ella precisamente le gustaban maduritos, le dijo, para reírse a continuación al ver la cara que había puesto él.

Desde entonces se veían de vez en cuando, normalmente ella se presentaba en su casa cuando sabía que su hija pasaba el día en casa de alguna amiga o de la abuela. Ella solía planear bien sus escapadas, de todos modos a ella nadie la controlaba y dentro de poco sería mayor de edad y entonces volaría libre, se decía siempre.

David salió de la ducha y se empezó a tomar la copa que ella le había preparado. Aquella mocosa sabía lo que le gustaba, pero sus planes no eran seguir con ella mucho más tiempo. Ahora se había encaprichado de Yolanda, no porque le gustara demasiado, era demasiado mayor para sus vicios, pero había notado cómo le gustaba al inspector y a ese inspector se la tenía jurada. En algún momento encontraría un fallo, todos tenemos fallos y Alex no iba a ser menos. Así que le interesaba tener a Yoli cerca, le gustaba estar enterado de todo lo que pasaba en el pueblo. La información es poder, decía siempre.

Rebeka le quitó el vaso de las manos, lo empujó sobre el colchón y se sentó a horcajadas sobre él.

---Cuéntame qué le ves a la gorda en miniatura que te quieres llevar a la cama, no es tu tipo, algo tramas, te conozco.

---¿Quién te ha dicho que me la quiera llevar a la cama? Además no está gorda, tiene curvas, jajaja. No saques conjeturas, límitate a hacer lo que se te da bien.

---Te conozco, no haces nada por nada, y tu repentino interés es que porque algo tramas. Yolanda siempre me mira con superioridad, la odio, me mira como a una niña mala.

---No sabe lo pervertida que eres, si lo supiera aún te miraría peor ---se

carcajeó---, ella te ve realmente como lo que eres, una niña mala, una Lolita.

---Pero no lo soy ¿verdad? ---decía mientras lo besaba con lujuria.

Sabía cómo excitarlo. Siempre hacía con él lo que le daba la gana, o casi siempre, pensó, pero mientras no le diera la información que quería no se quedaría tranquila, lo sabía, aunque también sabía que si él no estaba dispuesto a hablar, no lo haría. Ni siquiera con un litro de whisky en el cuerpo.

Tenía que ser sutil ---se decía Rebeka---, que no se diera cuenta que tenía interés en algo más que en saber por qué había cambiado sus gustos. Debía parecer celosa, pensó. Había hecho suya la frase de David "la información es poder" y a ella, como a él, le gustaba saber los secretos de todo el mundo, así conseguía lo que quería.

Rebeka intentó sonsacarlo, desde hacía días intuía que ocultaba algo, pero así como otras veces habían comentado las escasas novedades del pueblo, en esta ocasión David no soltaba prenda, negaba que le escondiera algo y eso era lo que a ella le daba la seguridad de que estaba en lo cierto, por aquel día lo dejó estar, ella era sabedora de algún que otro pecado de más de un vecino, hecho que le hacía la vida más fácil. Se vistió y se fue, ya caería, pensó.

David ya no quería tener nada que ver con Rebeka, esa insistencia en saber todo de su vida lo ponía nervioso, a veces pensaba que sabía más de la cuenta, como sabía que las amigas guardaban un secreto, se preguntaba si sabría algo de su pasado, le daba escalofríos cada vez que lo pensaba y procuraba no hacerlo muy a menudo, había cosas en su vida algo oscuras, como en la vida de cualquier persona. ¿Quién podía decir que su curriculum vitae lograba pasar el filtro de la honradez?, ¿quién no se había quedado alguna vez con un libro de la biblioteca? Estaba seguro que a cualquiera que se pusiera bajo una lupa no saldría indemne. El problema era Rebeka, ella era capaz de sonsacar al más pintado y él no estaba dispuesto a que sacara a

relucir alguna cosilla que no le interesaba que se supiera. La gente ya había especulado bastante con que su mujer hubiese desaparecido de un día para otro, incluso llegaron a decir que la había matado, estaba seguro que aquella información había salido de boca de Rebeka. Así que la tenía que vigilar de cerca, no necesitaba que la policía volviera a husmear en sus cosas, ya tuvo bastante. Tuvo suerte en aquel momento ya que la inspectora de entonces era del pueblo, se conocían desde niños y su madre tenía influencias, pero eso se había acabado, había discutido con su madre y aunque continuaba trabajando para la empresa y le seguía pagando un buen sueldo, la relación no era lo que se decía fluida. Los policías tampoco eran los mismos, ahora habían traído al perro sabueso de Alex y este no se conformaba con la explicación que uno le daba, este iba al fondo del asunto y al parecer no se dejaba influenciar por los caciques del pueblo. También por eso lo odiaba, le gustaba meter las narices en sus cosas, ese fue el motivo por el que había empezado a cortejar a Yolanda, se dio cuenta el día del juicio de lo mucho que le gustaba Yoli al inspector Alex Moreno.

Nunca, en todo el tiempo que la conocía, que era toda la vida, se había fijado en ella, pero aunque solo fuera por fastidiar al imbécil del inspector, se la pensaba llevar al huerto, y pensándolo bien, tampoco estaba tan mal, aunque fuese un tanto mayor de lo que a él le gustaban, esa cara redondita y ese tamaño tan menudo la hacían parecer mucho más joven.

Rebeka salió contenta. David le había dado un buen repaso, se entendían bien en la cama. Aquella tarde no había ido al instituto, así que hasta la hora de salida no quería dejarse ver por el pueblo, se fue a un claro en el bosque en el que tenían las chicas su guarida secreta, bueno, no era nada del otro jueves pero cuando estaban allí nadie las veía ni las molestaba. Podían tramar sus travesuras sin interferencias de ningún tipo. Envió un whatsapp a cada una de sus súbditas, como ella las llamaba, ya que se consideraba la abeja reina, "te

*espero en casa de mamá"* les llegó a todas a la vez.

En cuanto terminaran las clases se encontrarían en el sitio señalado, una vieja cabaña abandonada que usaban antiguamente los pastores para resguardarse por las noches del frío de la montaña. Las paredes estaban medio derruidas, y del techo solo quedaban cuatro palos y un poco de chamizo, pero era suficiente para que nadie supiera dónde estaban.

De la mano llegaron Aina y Natalia, faltaba Paula, según dijeron aquella tarde no había acudido a clase, tampoco les había dado explicaciones y no había conectado el móvil desde hacía un par de horas.

---¿Se puede saber qué le ha pasado a Paula? ---Preguntó un tanto molesta Rebeka.

---No sabemos nada de ella desde esta mañana, pero estaba muy rara --- contestó Aina.

En aquel momento llegaba Paula, caminaba deprisa como si alguien la estuviera persiguiendo.

---¿Os habéis enterado? Han encontrado un cadáver en el monte, lo ha desenterrado la tormenta del otro día. ¿Será Ramiro? ---preguntó Paula mirando fijamente a Rebeka.

---¿Por qué me miras así? ¿No pensarás que tengo algo que ver?

Se miraron entre sí, desde que había desaparecido Ramiro una duda se cernía sobre sus cabezas. En alguna que otra ocasión había surgido la desconfianza entre ellas aunque ninguna había osado expresarlo en voz alta, pero aquel hallazgo había vuelto a sacar a la luz viejos fantasmas.

Yolanda recibió un mensaje de comisaría, le decían que tenían novedades sobre el caso y necesitaban hablar con ella, en cuanto lo leyó dejó todo y salió corriendo. No quería hacerse ilusiones, pero necesitaba una buena noticia, necesitaba algo que la sacara del sopor en el que se estaba sumiendo. En tan solo unos meses su vida había dado un vuelco de ciento ochenta

grados. Tener a su madre internada era necesario, pero la echaba tanto de menos como a Ramiro, los había perdido a los dos a la vez y eso la estaba matando. Necesitaba las regañinas de su madre, llamar a gritos a su hermano. Necesitaba su vida, solo eso. Pensando en gritos recordó la vez en que Ramiro salió corriendo con Trasto en brazos. Trasto era el Basset que le había regalado su ex y que cuando rompieron la relación se quería llevar, Ramiro lo cogió, era su amigo, su compañero de juegos, era uno más y él no podía separarse de su mascota. Se encerró con el perro en el garaje y no había forma humana de sacarlos de allí. Cuando consiguieron abrir la puerta estaban los dos abrazados como niños. Trasto con sus patitas parecía acariciarlo mientras las lágrimas de Ramiro mojaban el pelaje color canela de sus grandes orejas. Les costó sangre, sudor y lágrimas hacerle entender a Ramiro que Trasto se quedaría con él. Durante más de una semana se mantuvo alerta hasta asegurarse de que el ex de Yolanda no volvería a aparecer por la casa, aún así no se separaba de Trasto, incluso dormía con él sobre la cama. Una lágrima suicida resbaló por su mejilla, ¿por qué?, ¿por qué le había tenido que pasar a él?, ¿quién podía quererle algún mal a una criatura como su hermano? Eran preguntas que llevaba mucho tiempo haciéndose y que seguían sin respuesta. Aceleró al máximo esperando que no le pusieran ninguna multa, pero necesitaba llegar cuanto antes, necesitaba sentirse segura de nuevo, necesitaba un milagro.

---¿Dónde está mi hermano? ---Preguntó nada más entrar en comisaría.

---El inspector Moreno te está esperando, pasa a su despacho, por favor.

---Gracias.

Llamó dos veces a la puerta con los nudillos y sin esperar respuesta entró en el despacho. En compañía de Alex estaban el comisario y otro inspector. Al ver sus caras supo que no eran buenas noticias. Su corazón no la engañaba y la seriedad de los allí reunidos tampoco.

---¿Lo habéis encontrado? ¿Dónde está? ¿Cómo está? ---Empezó a asaltarlos a preguntas sin darles tiempo a responder ninguna de ellas.

---Tranquilízate ---decía Alex mientras le apartaba una silla para que se sentara.

---Estoy bien así, gracias.

---Verá, señorita Duperly... la hemos hecho venir para darle una noticia antes de que se entere por terceros, que seguro dirán una cosa por otra, como pasa siempre en estos casos ---empezó a decir el comisario.

---Quiere ir al grano, por favor, me está poniendo más nerviosa de lo que estoy.

---Lo que el comisario te quiere decir es que hemos encontrado un cuerpo...

No le dio tiempo a seguir, Yolanda se puso las manos en la cara y empezó a sollozar. Quería ser valiente. Durante todo ese tiempo se había estado preparando para lo peor, pero nada servía cuando llegaba el momento. Un sabor amargo le llegó a la boca. En aquel momento creyó que iba a vomitar, agachó la cabeza y la puso entre las piernas esperando dominar la bilis que se le acumulaba en el esófago.

---Tranquila, no es Ramiro ---le puso una mano sobre el hombro al tiempo que ella daba un respingo, levantaba la cabeza y abría unos ojos enormes, que a Alex le recordaron una obsidiana de tan negros, pero le pareció que tenían unas motitas blancas que atrapaban la luz, o pudiera ser que las lágrimas hubiesen producido ese efecto. El caso es que quedó atrapado en ellos, siempre le habían parecido hermosos, pero nunca como en ese momento.

---Gracias a Dios ---dijo Yoli sintiendo un alivio momentáneo--- aunque eso tampoco es que me deje mucho más tranquila.

---Por eso queríamos comunicarte la noticia nosotros ---continuó el

comisario---. Estamos seguros que correrán ríos de informaciones contradictorias, incluso llegarán a decir que es Ramiro, pero no lo es. De momento no sabemos quién es, pero lleva mucho más tiempo muerto que Ramiro desaparecido.

Después de bastante rato dando y pidiendo explicaciones Yolanda se marchó para casa. Aquella noticia la había desconcertado todavía más de lo que estaba, ya no sabía qué pensar, se sentía cansada. Aquella tarde no iría a visitar a su madre, de todos modos ella tampoco se iba a enterar. Estaba abriendo el coche cuando Alex se le acercó por detrás.

---Te ves cansada, ven, vamos a tomar un café, te sentará bien.

---No tengo tiempo, pero gracias.

---No se parará el mundo porque te tomes un café conmigo.

---Yo no he dicho que tenga que parar nada, solo que no me apetece un café.

---Si no te apetece un café puedes tomar otra cosa, me gustaría hablar contigo.

---Lo que tenías que decirme creo que me lo has dicho allí dentro, no creo que tengamos nada más de qué hablar.

---¿Es necesario que rebatas cada maldita frase que digo?

Alex había levantado la voz algo más de lo deseado, se arrepintió al momento. Yoli se lo quedó mirando, cerró el coche y lo miró crudamente, si algo no le gustaba era dar el espectáculo en la calle y aunque no había mucha gente a su alrededor se sintió observada.

---Está bien, escucharé lo que tengas que decirme, pero que sea la última vez que me levantas la voz. Tomemos ese maldito café.

---Lo siento, no volverá a pasar, pero ¿Puedes dejar de mirarme así? Y otra cosa, ¿dónde quieres que tomemos ese bendito café?

Aquello hizo reír a Yoli, no esperaba que saliera por ahí. En realidad

necesitaba compañía, se sentía sola y no podía estar llamando a Álvaro cada vez que tuviese la necesidad de desahogarse. Esperaba que Alex fuese lo suficientemente bueno como para suplirlo, aunque desde luego las confianzas que tenía con Álvaro nunca podrían ser las mismas.

---¿Podemos ir a algún sitio donde no nos conozcan? ---preguntó Yoli de pronto.

---Desde luego, vamos donde quieras, mi jornada ha terminado por hoy.

Subieron al coche de Alex y este puso rumbo a la ciudad, el pueblo se les quedaba pequeño, allí todo el mundo llevaba en la boca la noticia y todos señalaban a Yoli compadeciéndola, a la gente le era fácil sacar conclusiones, aunque no llevasen a ningún sitio o fuesen completamente erróneas.

Después de media hora de coche Alex aparcó en una callejuela poco transitada. Cerca de allí había un mesón en el que él había pasado alguna que otra tarde, era un sitio tranquilo de parroquianos afables y de vuelta de todo, así que a ninguno le sorprendería que estuviese tan bien acompañado.

---Bueno, qué es eso tan importante que me tienes que decir ---preguntó arisca---, porque me dijiste que lo encontrarías y todavía no lo has hecho. No creo que haya nada más importante, al menos no para mí en estos momentos. Que sepas que me has fallado.

---Me he involucrado mucho más de lo que debía, las cosas no son tan fáciles como crees.

---Si no debías, ¿por qué lo has hecho? Nadie te lo ha pedido.

---Por qué lo he hecho, buena pregunta, porque es una criatura indefensa, porque es mi profesión, porque algo así no se puede quedar sin resolver, porque me enamoré de ti en el instante en que te vi...

Yolanda se quedó sin palabras, aquello era lo último que esperaba. Cómo podía decir algo así, si cuando se veían estaban siempre de pelea, si ella decía blanco él decía negro y con todo igual, eran agua y aceite, nunca podrían

mezclarse.

---Lo siento, tengo que irme, ya me he retrasado bastante y tengo cosas importantes que hacer.

---No debí decir nada. Te pido disculpas. Supongo que te estará esperando Álvaro, tu novio. No quiero interponerme entre vosotros, pero tenía que decírtelo.

Se levantó, dejó un billete de cinco euros en la mesa para que se cobrara el camarero y fue tras Yoli que había salido corriendo. Estaba preciosa bajo la luz del sol, con ese aura angelical y demoníaca a la vez, algo que hacía que la deseara como nunca deseó a mujer alguna.

## Capítulo 8

Álvaro daba los últimos retoques a la cabeza de su última cliente del día, a esta no podía dejarla en manos de ninguno de sus colaboradores. Desde que entraba hasta que salía, las únicas manos que dejaba que la tocasen eran las de Álvaro, por mucho que le dijera que ellos la iban a dejar tan perfecta como él. No había manera, y por si fuera poco era nada más y nada menos que la madre de David, el que la mujer no tuviera nada que ver en carácter con su hijo era un punto, pero Álvaro veía en ella a su hijo y era como si algo le traspasara las entrañas, desde el instituto que David se la tenía jurada, y Álvaro todavía no sabía exactamente por qué había pasado del amor al odio en segundos.

---¿Te has enterado, Alvarito? ---comentaba la cliente en confidencia.

---Pues con tanta información como me das, la verdad, es que debería saberlo todo jajaja ---Álvaro puso una mano sobre su hombro y le habló con sorna al oído.

---Cómo eres, criatura. Pensé que sabías lo del cadáver ---le dijo dándole una palmada en la mano.

Álvaro se quedó mudo y tieso de golpe.

---¿Qué cadáver? No sé nada y ahora no es broma.

---Pues no se sabe nada, pero con las últimas tormentas se ha removido la tierra del monte y ha aparecido un cadáver.

---¿Le has preguntado a tu hijo?

---¿A mi hijo, por qué? ¿Qué tiene que ver mi hijo? ---preguntó entre sorprendida y molesta.

---Pues quizá deberías, puede ser su mujer, desde que "se fue" ---hizo

comillas con los dedos--- nadie la ha vuelto a ver.

---Aquella mala pécora se fue con otro. No deberías ir difundiendo falsedades, le podían los pantalones.

La cara de la señora cambió radicalmente, un rictus endureció su faz apagando sus ojos. Álvaro se dio cuenta que el comentario que le había hecho había dado en la diana.

---Es verdad, no lo recordaba. Cómo ni siquiera ha vuelto a ver a su hija nunca más ---comentó mordaz.

---Acaba ya, que tengo prisa.

Los comentarios que, de la noche a la mañana, regaron todo el pueblo cuando desapareció la mujer de David seguían latentes. Cada vez que salía un tema como aquel, por mucho que quisieron acallar los rumores, estos eran tozudos, de vez en cuando salían a la luz de nuevo. La madre de David se enfadó consigo misma por ser tan torpe e ingenua. No pensó que Álvaro le pudiera decir algo así, a ella, que era su mejor y más distinguida clienta. "Ya no se respetaba nada", se dijo, intentando contener la furia que sentía.

Aunque pareciese raro nadie había comentado nada en el salón de belleza. Álvaro supuso que todos daban por hecho, al igual que la madre de David, que el cadáver era el de Ramiro y nadie quiso decir nada por respeto a la amistad que lo unía, no solo con Yolanda, sino también con el resto de la familia.

En cuanto pudo salió corriendo hacia casa de Yolanda. Pulsó el timbre con impaciencia, pero no salió nadie a abrir, la cancela no estaba cerrada con llave, así que imaginó que estaba dentro, se estaría duchando, pensó, miró por la puertaventana del comedor, no se veía movimiento alguno, y como supuso, la puerta estaba ajustada pero no cerrada con llave, presionó en el punto que él sabía que cedería y entró.

---Yoli, amor, ¿estás aquí? Claro que estás aquí, si no estaría todo cerrado

a cal y canto ---gritaba para que no se asustase al verlo dentro de la casa.

Todo parecía estar desierto, no era normal que ella se hubiese dejado mal cerrada la puerta y la cancela, por lo tanto en alguna parte de la casa estaba. Con la confianza que le daba una vida entera de amistad y confidencias empezó a explorar las habitaciones, no estaba en ninguna. Pasó por el cuarto de baño por si estuviese allí, la puerta no estaba cerrada del todo, empujó un poco viendo que tampoco estaba dentro. Solo le quedaba por mirar la habitación de Ramiro, un puño le atenazó el corazón, ¿sería verdad lo que comentaban? ¿Sería Ramiro al que habían encontrado? El pulso se le aceleró al empujar la puerta despacito y ver a Yoli enroscada sobre la cama de su hermano, abrazada al peluche con el que siempre dormía. Álvaro se sentó al borde de la cama y le acarició la cabeza.

---Shhh, tranquila, mi amor, tranquila, llora todo lo que sea necesario, aquí estoy, no te preocupes por nada ---la consolaba dándole besitos en la cabeza y pasándole la mano por el brazo para tranquilizarla.

---¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar todo a mí, Álvaro? ¿Por qué? ---lloraba.

---No sabía nada, por eso no he venido antes, mi cielo.

Yolanda era incapaz de dejar de llorar. Álvaro la seguía tranquilizando, desde un principio temía que pasara una cosa así. Nunca estamos preparados para la tragedia, señalaba, él lo sabía bien, desde muy joven había convivido con ella.

A muy temprana edad Álvaro se había quedado sin madre, una mujer taciturna y depresiva que nunca pudo superar la muerte de su primera hija, al caer esta a la piscina, según ella por su culpa, olvidó cerrar la cancela y la niña entró en el recinto cayendo al agua y ahogándose. Aquel suceso la llevo a una depresión que se agudizó hasta abocarla al suicidio. El padre, un hombre de carácter débil, al verse solo con un hijo de corta edad y sin ningún

apoyo se dio a la bebida, algo que marcó para siempre a Álvaro. Aparte de no aceptar su homosexualidad. En cuanto cumplió la mayoría de edad se marchó de casa harto de malos tratos por parte de su padre y menosprecios del resto de la familia.

Álvaro siempre había sentido debilidad por el mundo de la moda. Cuando dejó el instituto se fue del pueblo a estudiar peluquería y estética, ganándose más recelo por parte de su padre, si es que eso fuese posible. Cuando terminó sus estudios empezó a trabajar en una cadena de peluquerías de alta gama. Ahorró todo lo que pudo y en cuanto estuvo seguro de poder triunfar volvió al pueblo. Pidió un crédito que le costó mucho que le dieran. Nadie confiaba en él, pero él estaba convencido que con su esfuerzo lo lograría. Buscó un local pequeño, pero céntrico, y montó su primer salón de belleza. A partir de ahí su vida dio un vuelco; en poco tiempo era un referente en su campo, sus tratamientos eran de lo más efectivos y en sus manos se ponían todas las mujeres que querían lucir a la última. Su nuevo reto fue que también los hombres quisieran pasar por su salón, cosa que al final consiguió. Poco después cambió de local, este estaba ubicado en una antigua casona justo en el centro histórico del pueblo: la remodeló, instaló los mejores aparatos para adelgazar y esculpir el cuerpo y el éxito llegó gracias al boca a boca, tenía lista de espera y muy buenos profesionales trabajando para él.

Aunque ya estaba bien entrada la primavera, el día había declinado y la habitación había quedado en penumbra. Las sombras se habían adueñado de las paredes y un escalofrío recorrió el cuerpo de Álvaro. Yolanda se había quedado dormida, así que la tapó con un fino edredón que había a los pies de la cama y la dejó descansar. Por su cabeza empezaron a pasar los acontecimientos del día, no le había quedado claro dónde habían encontrado el cuerpo ni cómo, lo único que tenía claro era que no podía dejarla sola en aquel trance.

Se fue a la cocina y buscó algo para preparar la cena. "Esta criatura solo come porquerías" pensaba mientras abría todos los armarios y cajones de la cocina buscando algo sano para cenar, lanzando una exclamación cada vez que abría una puerta y lo poco que encontraba era todo precocinado. La nevera en sí estaba penosamente vacía, "si entra un ratón se despeña" reía de su propia tontería, el congelador solo contenía pizzas, San Jacobos y arroz tres delicias, vamos que sano, lo que se dice sano, no había nada, ni una pieza de fruta en toda la cocina. Al final, después de mucho buscar, encontró unas patatas un poco mustias, pero aprovechables, y un par de huevos, con aquello hizo una tortilla, mejor que algo congelado o de lata desde luego sería. Él era fanático de la comida sana y por nada del mundo se comería una pizza congelada.

Terminaba de poner la mesa cuando sonó el timbre de la puerta. Álvaro se quedó sin saber muy bien qué hacer; si despertar a Yolanda, algo que no quería hacer, ella necesitaba descansar; o mirar quién era, cosa que no le parecía demasiado correcta, puesto que no era su casa, y ya se estaba tomando demasiadas atribuciones que quizá no le correspondían. No hizo falta, el sueño de Yoli hacía tiempo que no era precisamente profundo. Aunque nunca quiso tomar nada para dormir, desde la desaparición de Ramiro en alguna ocasión le habría hecho falta. Salió a abrir la puerta frotándose los ojos.

---Buenas noches, no quiero molestar, solo venía a ofrecerte mis condolencias y mi apoyo en todo lo que necesites.

---¿Perdón? No entiendo qué quieres decir.

---Me alegro que estés tan entera.

David quiso abrazar a Yoli, pero se cortó al ver aparecer a Álvaro por el pasillo, así que se limitó a pasarle la mano por el brazo bajo la atenta mirada de su eterno enemigo.

---He aprendido a bloquear mis sentimientos. Aunque no lo creas, no es nada agradable que te golpeen las emociones.

---Bueno, veo que ya tienes quien te consuele, solo vine a eso. Me retiro. Ya me dirás cuando es el sepelio, por lo menos se acabó el no saber.

---¿Sepelio? ¿De qué sepelio me hablas? ---Yoli se quedó mirando a David con extrañeza, no se había despertado del todo y en el sopor no entendía de qué le hablaba. No relacionó la noticia del día con la desaparición de su hermano. Álvaro se acercó a ella extrañado a su vez por el comentario, tampoco entendía el comportamiento de ella.

---Yoli, amor, el entierro de Ramiro, habrá que hacer los trámites, tus hermanos lo saben ya, supongo.

---A ver, a ver, estoy atontada, pero Ramiro no ha aparecido, ¿de dónde sacáis que...? ¡Ah, vale! ---Se dio cuenta del malentendido--- el cadáver que han encontrado no era de Ramiro, seguimos igual.

Tanto Álvaro como David se quedaron de una pieza, si en aquel momento les pinchan no les sacan sangre. Tanto uno como otro habían dado por hecho que el cadáver que había aparecido era Ramiro.

---Podéis iros tranquilos, puedo estar sola perfectamente.

En un primer momento pensó que estaban compitiendo como en la época del instituto, David era algo mayor, pero mal estudiante, así que había repetido un curso y había compartido alguna que otra clase con Álvaro, haciéndosele la vida imposible uno al otro cada vez que tenían oportunidad.

David se marchó algo frustrado; esperaba encontrar sola a Yoli y hacerle un poco la corte. No esperaba seducirla a la primera pero sí seguir creando buena impresión hasta hacerla caer en sus redes. Quería pasearla por delante de Alex, su orgullo le obligaba a ganar aquella batalla.

Salieron a despedirlo a la puerta y al momento de entrar Álvaro miró para el buzón de correos, la puntita de un sobre blanco asomaba por la rendija.

---Tienes carta ---le dijo a Yolanda; esta fue a buscar las llaves. Abrió el buzón y el corazón dejó de latirle. El sobre era idéntico a los anteriores. Hacía unos días que había dejado de pensar en ellos, se había creado la ilusión que no habría ninguno más, o así se quiso mentalizar, pero allí estaba: blanco, inmaculado, impoluto... y con un mensaje sobrecogedor, estaba segura.

---¿Cómo sabías que estaba ahí? ---preguntó Yoli de pronto.

---¿Te he oído bien? ¿Estás dudando de mí?

---No es que dude, Álvaro, pero reconoce que es muy raro; sales, ves la carta y yo ni siquiera me había fijado, y esta tarde no había nada... No sé, es todo tan extraño.

---Pues fíjate, cuando he llegado no estaba el sobre. Lo habría visto y que yo sepa detrás de mí solo ha llegado David, pero, cielo, tú puedes desconfiar de quién te de la gana... Por cierto, he estado preparando la cena ---dijo haciendo ademán, con rabia, de quitarse el delantal que se había puesto para no mancharse en la cocina.

Yolanda se avergonzó de sus palabras. Los acontecimientos la habían puesto muy susceptible, y aunque sabía que no estaba bien, no podía evitar descargar la ira que sentía sobre las personas que más quería. En aquel momento se sintió fatal y se arrojó al cuello de Álvaro para pedirle perdón.

---Lo siento, de veras que lo siento, ya no sé lo que digo.

---Pensé que me tenías confianza, pero veo que hay otras personas que la merecen más que yo ---decía mientras apartaba los brazos de Yoli de su cuello--- no esperaba algo así de ti.

---Está bien ---se separó de él--- ya te he pedido perdón. Estoy confundida, no sé en quien puedo confiar y en quien no.

---En la mesa de la cocina te he dejado la cena, la mesa está puesta para dos, invita a quien quieras, buenas noches, princesa.

---¡Por favor!, no te vayas ---imploró Yolanda.

---Me duele que me pongas al nivel de mi enemigo, nunca he creído darte motivos para actuar así.

---Tienes razón. No me dejes sola, por favor. Tengo que llamar a Alex y me gustaría que te quedases, que me perdonases y me apoyases ---le dio un abrazo al que esta vez no opuso resistencia.

Con el corazón algo encogido Yoli cerró el buzón con la carta dentro, tal como hizo la vez anterior y con un sentimiento de culpa por lo que le había dicho a Álvaro. Era tanta la culpa que sentía que no pudo probar bocado. Antes de intentar comerse la cena, que con tanto cariño había preparado Álvaro, habían llamado a Alex, al fin pudo convencer a su mejor amigo que lo que había dicho era fruto de los nervios y la tensión acumulada. Había conseguido que se sentase a la mesa con ella, bajo la amenaza de comer pizza congelada si no la acompañaba. Ante semejante chantaje Álvaro no tuvo más remedio que quedarse y supervisar que cenase algo.

Estaba sirviéndole una copa de vino blanco, bastante bueno, pensó, para lo que Yoli solía tener en casa, cuando llegó Alex, en realidad había tardado mucho menos de lo que Álvaro esperaba.

Yolanda le había suplicado que no la dejase sola con el policía. Álvaro no entendía el por qué de aquella petición, hasta que le explicó de qué manera se le había declarado. También le comentó que no creía estar preparada para otra relación y mucho menos cuando cada vez que se veían se tiraban los trastos a la cabeza, así que no pensó que fuese muy sincero cuando le había dicho aquello. Para Álvaro aquella era la mejor de las noticias, el casamentero que llevaba dentro empezó a conspirar, lo sabía, lo intuía, se había dado cuenta desde la primera vez que los vio juntos. El *superpoli* como lo había bautizado, bebía los vientos por su Yoli, y desde luego, tenía que darse cuenta que era mucho mejor para ella que David. No decía que David no fuese buena gente, pero era tan retorcido que le era imposible verla con él,

no era el hombre para ella y su intuición no fallaba.

---Hola ---saludó Alex--- no estoy de servicio, pero no quería que nadie más se encargase de la carta, no quiero que se pueda perder.

La excusa era un poco burda, pero no se le ocurrió otra cosa que decir, y tampoco estaba diciendo mentiras.

---Buenas noches ---saludó Yoli abrumada, no sabía como actuar después de aquella extraña declaración de amor--- estamos cenando pero ya voy por las llaves, no he querido tocarla... por si acaso.

---La carta no se moverá de donde está ---esta vez fue Álvaro el que habló--- no creo que Yoli se moleste si te hacemos un hueco en la mesa. No tiene la nevera lo que se dice surtida, pero si te apetece compartiremos lo que hay.

Yolanda quiso fulminarlo con la mirada, aquello era alta traición por parte de Álvaro. ¿Cómo se atrevía? En cuanto se fuese Alex lo mataría con sus propias manos, se dijo.

---Estaba a punto de cenar cuando me habéis llamado, así que si no molesto os acompaño, la verdad es que tengo hambre y huele delicioso --- accedió divertido al notar el disgusto de Yoli.

---Traidor ---le susurró Yoli a Álvaro al oído cuando pasó por su lado para añadir otro plato a la mesa.

Álvaro preparó más rebanadas de pan con tomate para acompañar la tortilla y le ofreció una copa de vino, que Alex aceptó al no estar de servicio.

---¿Molestar? No por Dios cómo va a molestar un cuerpo del orden ---se mofaba Álvaro de los dos, mirando con ojos golosos al inspector. Cenaron en tensión, casi en silencio, tan solo roto de vez en cuando por unos desafortunados suspiros de Álvaro Terminaron de cenar. Yolanda estaba nerviosa, no sabía si por la carta, o por la presencia de Alex, era el primer encuentro desde su declaración, y ella no esperaba que fuese tan pronto, así

que cuando hubo terminado de cenar, si a eso se le podía llamar así, ya que apenas había dado dos pinchadas a su trozo de tortilla y ni siquiera había probado el pan. Alex se miraba a Álvaro con estupor, andaba por la casa como si fuera suya. Nunca debió decirle a Yoli que estaba enamorado de ella. Supuso que no le había dicho nada a Álvaro, o eso o este era muy buen actor, le estaba dando la impresión que lo que hacía era acercarlos. No entendía nada, puesto que por otra parte estaba David, que en un principio le pareció que era lo más parecido a su novio, o eso, o estaba perdiendo facultades, pero algo raro pasaba entre esos tres, pensaba.

Se puso los guantes para coger la carta, el sobre de nuevo era idéntico, anodino, sin marcas y sin huellas. El folio doblado en tres partes como los anteriores y las letras recortadas de papel de periódico también.

*"Terminaremos cuando yo diga que hemos terminado"* rezaba la nueva misiva, los dos se quedaron mirando a Álvaro esperando que les dijese de qué película se trataba esta vez.

---¿A mí por qué me miráis? ¿Es que nadie ha visto una puñetera serie en este pueblo?

---¿Quieres decir que esta frese es de una serie y no de una película? --- Preguntó Alex sorprendido.

---Sí, quiero decir que esta frase es de *Breaking Bad*, una serie de televisión que ha visto todo el mundo menos vosotros, señor. ¡Cuánta incultura!

Alex se lo quedó mirando con cara de pocos amigos.

---¿A qué hora has encontrado la carta? ---Se dirigió a Yolanda.

---La carta la ha encontrado Álvaro, justo en ese momento te hemos llamado, no sé el tiempo que ha pasado, pero no demasiado.

---Hemos salido a despedir a David y la he visto ---puntualizó Álvaro sembrando la duda.

El policía se metió en su papel de nuevo, preguntó cómo la habían encontrado, si al llegar Álvaro no estaba, a qué hora había llegado David y con qué motivo; ellos respondieron de igual modo una y otra vez a las preguntas repetitivas que Alex les hacía de mil maneras. Cuando todo más o menos estuvo claro, o más bien, cuando todo se acababa en un círculo vicioso que no llevaba a ninguna parte y quedó bien anotado en el bloc de notas, que siempre llevaba Alex encima, dio por terminado el interrogatorio.

---Bueno, chicos, la velada me parece de lo más interesante, pero me tengo que ir ---informó Álvaro.

---¿Ya te vas? ---preguntó Yoli lo obvio, esperaba que Alex dijese de irse con él, pero no parecía que esa fuera su intención.

Al quedarse solos se hizo el silencio. Ninguno de los dos sabía qué decir. Los corazones de ambos bombeaban sangre a mayor velocidad de la acostumbrada.

---¿Quieres más vino? ---preguntó Yoli llenándole la copa al tiempo.

---Gracias.

Bebieron con calma, sin pronunciar una palabra, con la única compañía de la luna que entraba por la ventana. A Yoli el vino le produjo un ligero sopor, no solía beber, pero al relajarse estaba tan a gusto en su compañía que bebió algo más de lo que acostumbraba. Se le cerraban los ojos así que se recostó en el hombro de Alex sin darse cuenta, este pasó el brazo por su hombro y ella acomodó su cabeza en el hueco que se creaba, el sitio perfecto para ella. Poco a poco fue rodeando el cuerpo de él con sus brazos, algo que Alex propició al quedarse quieto, casi estático. Era un momento mágico. Lo estaba gozando, el calor de su cuerpo traspasaba la ropa y lo hacía desearla como nunca. De madrugada la llevó en brazos a la cama.

---No me dejes sola ---imploró adormilada---. Hazme el amor.

---Creo que has bebido demasiado, no sabes lo que dices.

---Me dijiste que me querías ---sollozó---. Está bien, vete, no te necesito, no necesito a nadie a mi lado.

---Me encantaría hacerte el amor. He soñado con eso desde el día que te conocí, pero no así, mañana te arrepentirías de esto y no voy a aprovecharme de las circunstancias.

---Si dices que te encantaría, ¿por qué no lo haces? Tú y tus estúpidos prejuicios.

---No estás pensando con claridad, es el vino el que habla por ti.

---Cobarde.

---¿Qué diría Álvaro si me quedo a pasar la noche contigo? No me parece ético por mi parte, aunque sea lo que más deseo en el mundo. Duerme, hablamos mañana, no me iré, pero estaré en el salón por si me necesitas.

---¿Álvaro? ¿Qué tiene que ver Álvaro con esto?

---Es tu novio, ¿no?

Le costó darse cuenta de lo que le decía, empezó a reír y le era imposible

parar, no entendía de dónde había sacado semejante tontería. Vale que Álvaro no era un mariposón, no iba dando la nota por la calle, pero solo que uno se fijase un poco se daba cuenta que era gay.

---¿De dónde sacas eso?

---No entiendo qué te hace tanta gracia, cada vez que vengo aquí está contigo y os he visto en pijama y muy acaramelados ---reprochó Alex.

Cuando terminó la frase Yolanda estaba dormida.

## Capítulo 9

Una nube de periodistas se presentó en el pueblo. La noticia de la aparición del cadáver se había filtrado a la prensa y ahora estaban por todas partes. Todo el mundo especulaba con la identidad del cuerpo encontrado. En un principio se daba por hecho que era Ramiro, cuando se supo que no era él, los vecinos murmuraban intentando adivinar quien podía ser. La zona donde había aparecido estaba acordonada por la policía. Los periodistas acreditados hacían fotos y preguntas. Un corrillo de curiosos se había reunido alrededor del cordón policial, nadie sabía nada pero todo el mundo quería opinar, todos buscaban su minuto de gloria en el telediario.

Alex se levantó temprano. Apenas había dormido y el sofá de Yoli no era precisamente cómodo, la dejó dormida, mejor así, pensó, una pregunta había rondado toda la noche por su cabeza, ¿era Yoli lo que parecía ser? O ¿le gustaba coquetear con todo el mundo? El día del juicio le pareció que hacía muy buenas migas con David, incluso llegó a pensar que fuesen algo más que amigos. Luego apareció Álvaro, el friki de las películas, eso también le dio qué pensar. Cuando fue a ver cómo se encontraba Yoli noches atrás, los vio tan acaramelados que no se atrevió a interrumpirlos, parecían la pareja perfecta. ¿Por qué se fue anoche dejándolos solos? Le pareció que lo hacía a propósito y que Yoli no estaba muy convencida. Incluso más de una vez había llegado a pensar que era gay. Había algo en sus maneras que parecían demasiado estudiadas, aunque quizá eso fuese debido a su trabajo, los peluqueros casi todos pecaban de amanerados, fuesen gays o no.

Llegó a comisaría, al salir del coche le cambió la cara y se le ensombreció el semblante. Resopló al advertir que uno de los periodistas se acercaba a él.

Le pareció exagerada la cantidad de furgonetas que habían destacado los noticieros. De cada cadena de televisión había por la menos una, estaban distribuidas estratégicamente en todas las esquinas para no dejar escapar ni un solo habitante sin que pasara antes por sus cámaras o sus micrófonos. A Alex no le gustaban los periodistas, tenía la teoría de que estropeaban todo lo que tocaban, por mucho que se les dijese que no podían acercarse, en cuanto te descuidabas, allí estaban con sus zarpas tocándolo todo. Buscaban lo imposible para que fuese lo más amarillista permitido y si no lo era, a veces lo inventaban. Alex no entendía qué pensaban que les podían decir los habitantes del pueblo. Ni siquiera la policía tenía más información que la que se les había facilitado a ellos. Sabían perfectamente que mientras no tuviesen los resultados de la autopsia y el forense certificase el informe, de allí, en la medida de sus posibilidades, no podía salir ninguna información.

Intentó zafarse, pasar desapercibido, pero no hubo forma humana. Incluso le pareció conocido el reportero que se le acercaba micrófono en ristre.

---¿Me puede contestar unas preguntas, oficial? ---Se acercó corriendo con el micrófono por delante, un reportero de La Sexta, seguido muy de cerca de su camarógrafo.

---No tengo nada que decir, en cuanto tengamos el informe del forense se lo haremos llegar.

---Sabemos que hace un tiempo desapareció un discapacitado de la zona, ¿puede corroborar que es su cadáver el que ha aparecido?

---Ya le he dicho que no tengo nada nuevo que aportar, no sabemos nada, estamos a la espera del informe forense ---repitió Alex esperando que se cansara de sus monótonas respuestas.

En cuanto pudo se alejó del periodista entrando en comisaría. Mentalmente dio gracias a Dios ya que en aquel momento se acercaban dos periodistas más a la carrera. Los compañeros se lo quedaron mirando con

cara de haber pasado por lo mismo.

---Llevan aquí desde anoche, parecen una plaga ---comentó el comisario.

---No entiendo cómo se han enterado, apenas ha salido en la prensa local, parece que tienen antenas en todas partes.

---Alex, parece que vives en otro mundo, y eso que vienes de una gran ciudad. Internet es un foco de noticias; buenas, malas y regulares.

---Tienes razón, no lo he pensado, apenas he dormido esta noche y estoy un poco espeso.

---Pues tómate un café bien cargado, que tenemos que lidiar con toda esa gente de ahí fuera, y el forense dice que tardará en darnos los resultados. La tierra en que ha sido encontrado el cuerpo es muy húmeda y el cadáver al parecer está saponificado y aunque es fácil determinar que no es Ramiro, le costará trabajo comprobar algunas cosas.

---Pensé que sería más fácil, espero que no tarde demasiado y nos podamos quitar pronto a esta plaga de aquí, son como buitres carroñeros.

---Si lo miras por el lado bueno, esto atraerá gente al pueblo, ya sabes lo que pasa cuando algo o alguien sale en la tele.

---Por eso lo digo, porque los conozco, no traen nada bueno, te lo aseguro.

---¿Has tenido algún problema con la prensa? ---preguntó curioso el compañero.

---No necesariamente ---intentó zanjar el tema. No le era agradable recordar aquellos sucesos, ya tuvo bastante con que las "feminazis" de turno lo satanizaran una vez.

Cuando murió su vecina, las feministas le echaron la culpa de todo, empezaron a decir que había sido un imprudente, que lo había hecho por despecho, que tenían una aventura. Dijeron una cosa y la contraria hasta que la noticia no dio más de sí y se buscaron otro mono para su circo, aunque

mientras tanto se lo hicieron pasar muy mal, de ahí la depresión y el cambio de vida. Alex quiso presentarse como acusación particular, ya que ella estaba sola, no tenía familia que defendiese su causa. Aquello fue otro escándalo. Acabaron acusándolo a él de haber provocado al marido. El juez lo citó a declarar. La prensa local lo había acusado, sin saber realmente lo que pasaba, condenándolo sin esperar prueba alguna. Para ellas era culpable, no sabían bien de qué, pero lo era. Le impusieron la llamada pena del telediario, sin juicio previo ni pruebas, puesto que el juez nunca vio indicios de un comportamiento negligente. Así que no, no le tenía ninguna simpatía a la prensa.

Los agentes al final del día lograron despejar la zona, sabían que no era Ramiro porque era el cadáver de una mujer. No presentaba señales de violencia y de momento nadie sabía quién podía ser. El cuerpo estaba en bastante buen estado debido a la humedad de la tierra que lo había conservado gracias al proceso de saponificación, nadie de los presentes recordaba aquella cara. Motivo por el cual en un primer momento el forense pensó que hubieran podido llevarla allí después de haberla matado, pero la autopsia negaba la mayor. La mujer había muerto de muerte natural, entonces ¿por qué estaba enterrada allí?, se preguntaban. La zona era un área bastante inestable. Unos cuantos años atrás había habido corrimientos de tierra, pero hacía tiempo que eso no pasaba. Esta vez no había temblado la tierra, el deslizamiento había sido causa de las lluvias torrenciales de aquella primavera, una primavera mucho más lluviosa de lo normal.

La zona acordonada apareció, la mañana siguiente, con unos cuantos ramos de flores alrededor de la cinta que había puesto la policía. El cordón rodeaba el perímetro de seguridad del lugar donde se encontró el cadáver. Aquello salió por televisión, y fue como la yesca que enciende un carbón, se propagó rápidamente. El pueblo en masa acudió a dejar su presente; ramos,

cartas de despedida, velas, cualquier cosa que representase duelo era esparcido metódicamente por algún abuelo que se erigió en adalid de la causa.

---Si no es Ramiro ¿Quién puede ser? ---preguntaba curiosa Natalia.

---Intentaré enterarme, pero es raro, no ha desaparecido nadie en los últimos años... bueno, tu madre desapareció, ¿verdad Aina? ---hirió Rebeka a la hija de David a propósito haciendo que se le saltaran las lágrimas.

---A lo mejor es tu madre jajaja ---coreaban las demás jóvenes cruelmente.

Aina era la más pequeña del grupo, Rebeka al ser la hija de su amante se creía con derecho a ofenderla. Sabía lo mucho que sufría por la falta de noticias de su madre. Se sentía abandonada, y aunque tenía al padre más maravilloso del mundo, según ella, echaba de menos a su madre. Su abuela había intentado sustituirle, pero era una pobre sustituta. Siempre le echaba en cara que su madre no le enviase ni siquiera una postal en navidad. La hacía sentir culpable, aún sabiendo lo que ella estaba sufriendo por esa causa. Que Rebeka le hiciera aquello, que se comportara igual que su abuela le dolía mucho más. Ella no era tonta, sabía que Rebeka y su padre se veían de vez en cuando. En un primer momento no lo entendía, qué buscaba su padre en aquellos encuentros, se preguntó la primera vez que la vio subir al coche con su padre. Pensó que le quería hablar de ella. Pensó, ilusa, que su padre quería que la vigilase, que la cuidase por ser la más joven del grupo. La segunda vez ya no tuvo dudas, aquel día salió de clase antes de hora, porque no se encontraba bien. Su abuela no estaba en casa y decidió irse a la suya, al entrar escuchó unos gemidos, la curiosidad fue grande, pensó que su padre a falta de su madre habría llevado alguna amiga a casa, lo que no esperaba era que la amiga fuese la suya. Lo último que esperaba era que la persona que estaba en la cama con su padre fuera Rebeka. Le costó creerlo, la mochila de ella estaba

sobre una silla en el comedor, no había duda era la de Rebeke, era inconfundible, le gustaban tétricas como ella. Era una mochila negra con una ilustración de una muñeca de tipo gótica con lágrimas de sangre cayendo por sus mejillas.

El grupito de amigas se había reunido en el lugar de siempre. Alejadas de ojos indiscretos, buscaban de quién mofarse esta vez, ellas eran así. Rebeke mandaba sobre ellas y ellas la seguían a donde fuera, era capaz de hacerles tocar las estrellas, pero cuando se lo proponía también era capaz de hacer que le besaran los zapatos.

---Pensé de verdad que era Ramiro, aunque muerto no nos sirve, se nos perdió el juguete ---se quejó Rebeke.

---Era divertido hacerle rabiarse, jajaja ---esta vez fue Natalia la que habló.

---Aina, tienes que saltar el cordón policial y poner unas flores sobre la fosa de la muerta ---dijo de pronto Rebeke con tono de burla.

---¿Por qué yo? ---se quejó Aina.

---Porque tú nos delataste, así que si quieres seguir en el grupo tienes que hacerlo, y ha de ser esta noche.

---Esta noche no puedo, duermo en casa de mi abuela ---bajaba la voz a cada palabra que pronunciaba. Sabía que acabaría haciéndolo, aunque no sabía por qué lo hacía. Ya ni siquiera le caía bien Rebeke, pero necesitaba su aprobación, necesitaba sentirse una de ellas.

---Ponte algo negro, que no se te vea desde lejos. Sobre todo tápate el pelo, el rubio se ve en la oscuridad ---le recomendó Paula, que hasta ese momento había permanecido bastante silenciosa.

---Mañana quiero las fotos. Lo quiero justo en el centro, clavado, como si estuvieran plantadas, no me falles, o tendré que expulsarte del grupo, lo sabes, ¿verdad? ¡Ah!, y no se te ocurra decírselo a tu padre.

---No... no lo haré, no fallaré... lo prometo ---acató la orden con lágrimas

en los ojos.

A media noche enfundada en un pantalón negro y una sudadera de igual color, con capucha, como le aconsejaron sus amigas, Aina estaba en la zona acordonada. Temblaba de pies a cabeza. Sostenía el ramo de flores que tenía que depositar en el centro del perímetro señalado si quería seguir perteneciendo al club y seguir siendo súbdita de Rebeka, sabía que las fotos las subiría al blog que tenía en Internet, con pseudónimo y en el que contaba su día a día, como si se tratara de una verdadera *influencer*.

Estaba tan absorta y asustada que no se dio cuenta del coche que pasaba por el lugar con las luces apagadas, el silencioso motor no hizo sospechar a Aina que la estaban vigilando. Temblaba como una hoja cuando abandonaba el lugar después de realizar su cometido. Tendría que andar bastante, ya que su abuela vivía a las afueras y no quería que se enterase de su excursión nocturna. Se había escapado por la ventana y había dejado la almohada dentro de la cama, sabía que era algo muy infantil, pero esperaba que aquella noche no le hubiese dado por ir a darle las buenas noches ya nunca lo hacía, pero su abuela tenía un radar para averiguar cuando ella hacía algo fuera de lo normal.

Alex tenía una corazonada, estaba seguro que algún periodista querría profanar el lugar del hallazgo, por eso salió a patrullar él mismo, y con su propio coche, sin hacer ruido y sin luces, para no soliviantar a los supuestos periodistas que solo buscaban impactar. Lo que no esperaba era que fuese la hija de David la que rondase por allí, anotó mentalmente aquella circunstancia y esperó a que se fuera para ver qué era lo que había depositado sobre la tierra removida. Su suerte había sido que la noche después de las tormentas había quedado completamente al raso, el cielo estaba plagado de estrellas y la luna brillaba en todo su esplendor. Cualquier persona por muy vestida de negro que fuese, tenía que reconocer que aquello había sido un

puntazo por parte de Aina, era un blanco muy visible. La chiquilla había depositado un tosco ramo de flores cortadas seguramente del jardín de su abuela. En un primer momento pensó que podía ser un reportero intrépido que quería sacar fotos desde dentro del perímetro de seguridad para aumentar el morbo. Lo que no imaginó era ver allí a una jovencita, al parecer tan intrépida como el reportero, no entendía qué esperaba encontrar allí.

Bajó del coche y miró por si había hecho algo, pero no, para su asombro lo único que hizo fue poner las flores. "Definitivamente la juventud es muy macabra", pensaba, mientras subía de nuevo al coche y la seguía. No quería perderla de vista. Su intuición le decía que aquella niña escondía algo. En un momento llegó a su altura, confiaba en que no se diera cuenta que la seguía, era medianoche y las calles estaban desiertas. Aminoró la marcha y la siguió desde una distancia prudencial. Por la dirección que tomaba parecía que iba para casa de su abuela. Una esquina antes de llegar vio que manipulaba el móvil, Alex sonrió, al fin y al cabo las nuevas tecnologías estaban para lo bueno, pero también para lo malo, seguro estaba enviando las fotos que había hecho a sus amigas, así que de alguna manera conseguiría verlas. Tenía que averiguar qué significaba todo aquello.

Aparcó en la esquina esperando ver como entraba, suponía que la joven no tenía permiso para salir a aquellas horas. Hizo unas fotos, él también tenía móvil, pensó, y para su sorpresa vio como Aina rodeaba la casa y entraba por la ventana de la que supuso sería su habitación. Observó como momentos antes colocaba una escalera, que sospechó sería de los jardineros, subió por ella y se colgó de la balconada, puso un pie en el alféizar de la ventana y acabó de trepar. Alex notó mucha destreza al subir por aquel balcón, o sea que aquello no parecía ser la primera vez que lo hacía. Cuando se perdió entre las sombras de la habitación puso en marcha el coche y se alejó en dirección a su casa.

---¿Has entrado en Facebook esta mañana? ---fue el recibimiento que le hizo su compañero.

---No, ¿tenía que haberlo hecho?

---Una bloguera, supongo que una periodista que se esconde tras un blog, ha puesto una entrada, bastante incoherente, por cierto, con fotos del lugar donde hallamos el cadáver, creo que deberías verlo.

Alex se acercó a la pantalla del ordenador de su compañero, este había pinchado el enlace a un blog y allí estaban las fotos que supuso había hecho Aina, muy temprano para que ella hubiese escrito algo, supuso que el blog no sería de ella, tenía que averiguar quién se escondía detrás de aquel nombre; *Queen live*, le pareció incluso demasiado rimbombante para ser el blog de aquella jovencita por muy intrépida que fuese. Estaba tan enfrascado leyendo mientras tomaba nota de algunas frases y de otros tantos artículos, que le parecía que explicaban cosas conocidas, que no advirtió que su compañero le hablaba.

---¡Inspector! ---Lo zarandéó ligeramente el oficial--- la rueda de prensa está preparada, lo están esperando.

---Gracias, Martínez, me había despistado, voy para allá.

Guardó las notas para estudiarlas mejor en cuanto pudiera y se dirigió a la máquina de café. Necesitaba algo fuerte que lo ayudase a despejarse antes de presentarse en el lugar en que habían preparado la rueda de prensa. Aquella era una comisaría pequeña, de pueblo, un pueblo donde rara vez se había salido nada de lo establecido, así que no tenían una sala específica para hacer ruedas de prensa, cosa por la cual se habilitó la recepción. Cuando apareció, allí estaban los periodistas que se habían quedado de guardia. Esperaban el resultado de la autopsia, así que allá se dirigió, a darles los detalles.

Salió junto con el comisario, que sería el encargado de responder a las preguntas después que Alex hubiese dado cuenta del informe de la autopsia.

Explicó que era una mujer de la zona, desaparecida o mejor dicho se la dejó de ver hacía más de seis años, los que llevaba muerta, y sentía que no fuera noticia ni tuviera morbo. La mujer era una vecina del pueblo, se llamaba Gloria Reyes. Nadie había denunciado su desaparición. Nadie la había echado de menos. Vivía sola a las afueras del pueblo y no tenía familia que se supiera.

Según los informes de la autopsia murió ahogada, creemos que al verse atrapada por el deslizamiento de tierras en la riada de hace seis años. Se aprecian los golpes propios de una avalancha, y barro en los pulmones. Nada más que añadir, concluyó.

---¿Alguna pregunta? ---Propuso el comisario cuando Alex terminó de leer el informe.

La rueda de prensa se desinfló como un globo al pincharse. Todos esperaban la gran noticia, y al final resultó no ser nada de interés. Tan solo una mujer que se había ahogado y que no tenía familia que la reclamase. Todos en el pueblo decían que era una bruja, que era muy rara. Le gustaba asustar a los niños y amenazar a los mayores. Los más sensatos pensaban que le faltaba un hervor, pero nadie hizo nunca nada por ella, aunque también era cierto ella nunca se dejó ayudar. Al vivir sola en mitad de la montaña todos pensaron que se hubiese ido con algún familiar lejano, ya que las riadas se habían llevado parte de su casa y ella no fue vista nunca más.

---¿Habrás que esperar otros seis años para encontrar el cuerpo del hombre desaparecido en navidad? ---Preguntó el siempre mordaz reportero de la sexta.

## Capítulo 10

Yolanda despertó con un tremendo dolor de cabeza. No recordaba exactamente lo que había pasado la noche anterior, pero una molesta campanita en su cerebro le decía que había sucedido algo que no estaba previsto. Vagamente recordaba haber pedido a Alex que le hiciera el amor, "¡cómo pude!, no podré volver a mirarlo a la cara", pensaba avergonzada.

Las piernas empezaron a temblarle. El temblor le empezó por las rodillas, por lo que tuvo que sentarse. Le subió por la columna vertebral hasta los brazos. Cerró los ojos y esperó que el temblor pasara. Se concentró en el silencio de la casa para no pensar en nada. Apoyó la cabeza entre las manos y se encontró de nuevo con el abrazo de Alex, entre su seguridad y la paz que le transmitía.

Debería estar estudiando, tenía unos exámenes importantes y llevaba días sin tocar un libro. Estaba preocupada por los acontecimientos y era incapaz de concentrarse. Todas las dudas, nervios y temores que había intentado ignorar durante todo ese tiempo estaban aflorando ahora. No podía dejar que eso pasara, ella era fuerte, había trabajado mucho para llegar donde estaba, no era el momento de venirse abajo, intentaba infundirse ánimos ella misma.

Alex se había ido temprano, no lo oyó marcharse. Supuso que habría querido ahorrarle la vergüenza, y en realidad así era. Cuando oyó que llamaban a la puerta pensó que podía ser él, que hubiese vuelto por algo, así que su primer impulso fue meterse debajo de la mesa, hacerse un ovillo y taparse la cabeza con las manos. El hecho de estar a punto de hacerlo le hizo ponerse en pie, tenía que seguir adelante, afrontar los reveses de uno en uno, como le había enseñado siempre su madre.

---Queremos hacerle unas preguntas ---se encontró de pronto, al abrir la puerta, con un micrófono casi en la boca. Intentó cerrar pero el reportero fue más rápido que ella, interpuso el pie entre la puerta y el marco para que no pudiera cerrar.

Yoli estaba sin vestir, tan solo llevaba una camiseta vieja de Ramiro. Desde que este había desaparecido lo sentía más cerca durmiendo con una prenda suya. Se abrazó el cuerpo y pudo sentir su olor, su calor, recordó cómo llegó cuando se la regalaron, era de su equipo, le encantaba llevar los colores de su club, cuando marcaban un gol saltaba y gritaba, se abrazaba a ella, era tan feliz. En ese momento sentía peligrosamente sus emociones como propias, ¿Ramiro, dónde estás?, se preguntaba de nuevo intentando contener unas emociones que pugnaban por aflorar.

Ella no era tan alta como su hermano y la camiseta le estaba grande. Iba descalza, tan solo unos calcetines, también de Ramiro, cubrían sus pies.

Se quedó paralizada. No supo qué decir, no estaba preparada para aquello.

---Yolanda, por favor, conteste unas preguntas. Solo queremos saber qué ha sentido al enterarse que el cadáver aparecido no era el de su hermano.

Yoli abrió mucho los ojos. En aquel momento no sabía ni siquiera de qué le estaban hablando. Qué se suponía que debía contestar ante semejante estupidez.

---Váyanse, por favor, no estoy de humor para contestar nada ---intentó cerrar la puerta, pero no hubo forma, el periodista era un hombre fuerte, algo mayor pensó ella para estar en las calles. Rondaría los cuarenta y pocos años. Su cabeza parecía desproporcionada sobre unos hombros demasiado estrechos. Ocultaba una incipiente calvicie con un gorro de lana pese a la temperatura y su semblante parecía enfadado con el mundo, quizá debido a su desafiante mentón. El cámara seguía grabando tras él, hacían caso omiso a los

ruegos de Yolanda que en aquel momento estaba al borde de las lágrimas.

Faltaba menos de una hora para el examen y seguía allí, plantada en la puerta intentando que se fueran, que la dejaran en paz.

---¿Hubiera preferido que el cuerpo que han encontrado fuese el de su hermano? ¿Se acabaría así la incertidumbre? ---seguía hurgando el periodista metiéndole el micro casi en la boca.

---¡¿Cómo me puede preguntar algo así?! ¡Váyanse de mi casa! ---Gritó presa de la indignación intentando cerrar la puerta con fuerza.

Alguien se acercó de pronto por detrás del joven que llevaba la cámara y lo obligó a salir. El reportero miró hacía atrás y casi se encuentra con un puño en su cara. David pasaba por allí diría después que "casualmente" y fue a saludar a Yoli, al acercarse se encontró con los periodistas acosándola. La ira lo superó y se tuvo que contener para no golpearlo, si no lo hizo fue porque sabía que ella no se lo perdonaría nunca, no por falta de ganas.

---Cuánta agresividad ---se quejó el reportero.

---Pues esto no es nada, así que ya podéis salir zumbando si no queréis saber lo que es la agresividad de verdad. Os ha dicho que no quiere hablar, pues puerta.

Cuando se hubieron marchado, las piernas de Yoli apenas la sostenían, David la abrazó y la ayudó a entrar en la casa, le dio un beso en la cabeza y le pasó la mano por la espalda tranquilizándola. La joven ante la seguridad que le daban sus brazos posó la cabeza sobre su pecho y lloró, entonces David aprovechó para besarla, Yoli se apartó de forma brusca empujándolo con las dos manos.

---¿Por qué has hecho eso? ---Preguntaba secándose las lágrimas con el dorso de la mano ---Lo siento, de verdad que no era mi intención, ha sido un impulso, te ves tan guapa e indefensa que lo único que quiero es que estés bien.

---No te equivoques ---apuntó ofendida, más por el comentario que por el beso--- no soy una mujer indefensa.

---Por supuesto que no, desde luego, lo siento, me he dejado llevar.

---Conmigo no te dejes llevar, no lo consiento, hubiera podido deshacerme de los reporteros yo sola, no soy una niña y sé defenderme, te recuerdo que tengo tres hermanos varones y todos mayores que yo.

---Claro, claro, no volverá a pasar, te lo aseguro.

---Está bien, gracias por la ayuda, pero me tengo que ir y estoy todavía sin duchar, lo siento, pero tienes que marcharte ---apuntó abriendo la puerta para que saliera. En aquel momento no estaba para nadie, le había molestado la actitud de David, lo consideraba un amigo y sintió que se había sobrepasado con ella aprovechando un momento de debilidad.

---Te acompaño, te puedo llevar a donde tengas que ir, tengo el día libre --lo intentó por última vez.

---Gracias, pero tengo un examen, te lo agradezco, pero no, prefiero ir con mi coche, quiero estar sola y necesito relajarme antes de la prueba.

David se marchó, la verdad es que no de muy buen grado. La negativa le sentó peor de lo que esperaba, Yoli era demasiado independiente, demasiado orgullosa, no encontraba la manera de interesarle, de llegar a su corazón. Se daba cuenta que el musculitos de Alex le estaba ganando la partida.

---Si no tienen más preguntas que hacer, damos por concluida la rueda de prensa ---concluyó el capitán.

---Nos hemos desplazado para nada ---escuchó decir Alex a uno de los reporteros, el mismo que salió zumbando seguido de su camarógrafo.

Alex estaba asqueado con las preguntas de los periodistas, como no había morbo lo buscaban a toda costa, si no hay noticia, créala, parecían decir con cada una de sus cuestiones. Se terminó de un sorbo el café, hizo una mueca de asco ya que se le había quedado frío y salió a que le diera el aire y se

encendió un cigarrillo. Necesitaba pensar. Todo el revuelo que se había levantado alrededor del descubrimiento le había quitado tiempo para la investigación que estaba llevando a cabo paralelamente y por su cuenta. Tenía que descubrir quién estaba detrás de las cartas que le estaban llegando a Yolanda Duperly, y, desde luego, necesitaba descubrir qué había pasado con Ramiro. Se lo había prometido a Yoli y él siempre cumplía sus promesas. Al salir a la calle dio una patada a una esquirra que se había desprendido de una baldosa de la acera, lástima que ya no se encontraban latas vacías como en los tebeos de Carpanta, sonrió ante su propia ocurrencia. Aquello sí era un buen *desestresante*. Cuánto echaba de menos su saco de boxeo. La tensión acumulada le mantenía rígidas las cervicales y continuamente padecía de dolor de cabeza. Al final tendría que buscar un gimnasio, pensaba, o acabaría aporreando al primero que encontrase y que le dijera cualquier estupidez.

---A ti quería encontrarte yo, vaya manera de hacer tu trabajo ---espetó David a bocajarro.

Alex no solía fumar, pero ese día necesitaba todos los vicios a su alcance. Tratar con periodistas siempre lo alteraba de mala manera, aunque ese día fue mucho peor. Al salir se formó un corrillo alrededor de los periodistas, todo el mundo quería salir en la tele y ellos tomaban fotos y vídeos haciendo preguntas capciosas mientras tanto. Asqueado, Alex tiró el cigarrillo a un macetero y lo aplastó en la tierra para apagarlo. Lo único que le faltaba para arreglarle el día. David estaba haciendo insinuaciones de manera que los periodistas lo podían escuchar ¿A este tío qué le pasa? Pensó.

---¿Puedo saber a qué viene ese reproche? Todo el mundo tiene derecho a los cinco minutos del cigarro.

---No me importa si fumas o no, pero tu trabajo es vigilar por el bienestar de los vecinos y resulta que Yoli ha pasado un mal rato por tu culpa.

---A ver, a ver, explícame eso que no lo entiendo.

---¿No lo entiendes? Pues te lo voy a explicar, esos jodidos reporteros la estaban acosando en la puerta de su casa, si no estoy yo por allí sabe Dios qué hubiese pasado.

---Qué reporteros, si estaban todos en la rueda de prensa que acabamos de dar el comisario y yo.

---Pues al parecer no estaban todos. A ver si vigilas mejor ---David adelantó la mandíbula desafiante, entrecerró los ojos esperando quizá que Alex se enfureciese y le pegase. Estaba deseando encontrar el modo de liarse a puñetazos con él. Le estaba robando su trofeo, y se estaba enamorando de Yoli. No se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba hasta que Alex no se había fijado en ella, además él estaba acostumbrado a que ninguna mujer joven o vieja le rechazase, así que su conquista se había convertido en cosa de vida o muerte para él. Rebea cada vez lo agobiaba más, había crecido demasiado deprisa, ya no era la jovencita rebelde que le pidió que le hiciera el amor con un descaro propio de una niña irresponsable y malcriada. El juego del principio se estaba volviendo en su contra, ella se hacía mayor y quería airear lo suyo, y él no estaba dispuesto a estar en boca de todos, la discreción era su lema.

Alex no quiso parecer preocupado, intentó dar la imagen de tranquilidad, una tranquilidad que para nada sentía.

---Sé perfectamente cómo hacer mi trabajo, pero gracias por el consejo.

---Te lo doy gratis, eso sí, yo de ti vigilaría mejor tus intereses.

---Para mí todos los habitantes de este pueblo son iguales. Me interesa la seguridad y el bienestar de todos y cada uno de ellos. Para eso me pagan, no para hacer distinciones.

---No he dicho lo contrario ---dijo esto dándole una palmada en el brazo que notó Alex como la mordedura de una serpiente. El brazo se le levantó de forma automática. La mano cerrada en un puño. A punto estuvo de cometer

una locura, la tensión que llevaba acumulada no ayudaba a sosegar los ánimos.

En aquel momento pasaba Álvaro por la acera de enfrente. Se paró a observar con curiosidad lo que parecía una amena conversación entre David y Alex, hasta que David le dio una palmada a Alex, notó como este se tensaba, o sea que la conversación no era tan amistosa como parecía. Sin pensarlo un segundo se acercó, la curiosidad pudo con la educación.

---Hola, pasaba por aquí y me acerqué a preguntar si había alguna novedad con respecto a las cartas recibidas por Yoli ---supuso que la excusa era aceptable.

---Si hubiese novedades te habría informado tu novia ---espetó Alex descargando su ira en él.

---¿Novia? Necesitas gafas, o un tratamiento en mi Spa, venga, me caes bien, te regalo una sesión, pásate cuando quieras, te lo digo en serio.

David se había quedado escuchando, Álvaro nunca le cayó bien, sentía animadversión por él y por todos los que eran como él, no entendía que dos hombres se pudieran acostar juntos, no lo aceptaba ni lo haría nunca, si por él fuese los aniquilaría a todos.

---Gracias, Álvaro, desde luego que lo necesito, te tomaré la palabra. Lo que no entiendo es por qué necesito gafas solo porque tú tengas novia, pareces un tío resultón ---comentó sonriendo.

David no pudo callarse. Estaba a un lado haciéndose el remolón y escuchando la conversación cuando estalló.

---Vaya mierda de policía estás hecho, ¿no te has dado cuenta de que es maricón? ---dijo todo lo despectivo que pudo.

Alex se quedó atónito, lo había intuido, pero pensó que al estar todo el día con mujeres se le habían pegado las maneras afeminadas, pero de ahí al modo en que David lo había dicho había un mundo, le pareció ofensivo e insultante.

---Parece que estés celoso, David, diría que te gusto jajaja ---se burló Álvaro, aunque por dentro estaba rabioso, pero no quería que se le notase. No le daría la satisfacción de que lo viese humillado en público, ya lo hizo tiempo atrás y ahora él era un hombre fuerte. Que fuese gay no quería decir que no fuese valiente, y de esa valentía tenía mucha culpa él, precisamente, se había burlado tantas veces que ahora estaba inmunizado contra tipos como él.

David salió excusándose en la prisa, al contrario de Álvaro, nunca aceptó una burla, sobre todo si iba de la mano de su eterno enemigo.

---Lo siento, Álvaro, no quise molestarte, pero es que te vi con Yoli y me pareció que estabais juntos ---se excusó Alex como pudo.

Por un momento a Álvaro le pareció que el policía se había ruborizado, cosa que le hizo sentir deseo por él. Aquel hombretón adorable disculpándose por haber pensado lo que no era, definitivamente ese joven tenía que ser para Yoli, se dijo.

---No tienes por qué sentirlo, de verdad, soy gay, pero no idiota, sé que te gusta Yoli, al principio jugué un poco al despiste, lo asumo, pero después ya no, así que no tienes excusa.

---Pues estás equivocado, no te negaré que me gusta, pero ella me odia, me lo ha dicho.

---No te odia, solo que no se ha dado cuenta de lo mucho que le gustas, dale tiempo. Yoli es como mi hermana, lo sabría si así fuera ---aclaró con una pícaro sonrisa brillándole en los ojos negro azabache.

Alex no lo creyó, pensó que quería congraciarse con él con algún otro motivo o propósito, pero le gustó tenerlo como aliado y sonrió a gusto al pensar en lo equivocado que había estado, y del ataque de celos que le dio cuando los vio abrazados en el sofá.

Álvaro se marchó dejando a Alex más confundido de lo que estaba. Estaba dando media vuelta para marcharse cuando escuchó una especie de

llanto, al principio le pareció el llanto de un bebé, pero muy débil y agudo, al aguzar más el oído se dio cuenta que era el maullido de un gatito casi recién nacido. Buscó de dónde provenía y lo vio en una caja de zapatos al lado del contenedor de la basura. Se le encogió el corazón, el animalito se veía tan indefenso. Si no lo adoptaba alguien se moriría, no tenía los días suficientes para buscarse la vida y moriría de hambre o atropellado por un coche. No se lo pensó dos veces, se arrodilló, lo acarició, parecía hambriento, tenía los ojillos cerrados todavía y al notar el calor de sus manos buscaba la teta donde saciar su hambre.

Con el gatito metido en el interior de su chaqueta se dirigió al veterinario del pueblo, lo hizo revisar y compró lo necesario para su manutención por unos días; un biberón, leche especial y una bolsa de pienso, el más indicado para gatitos bebés. Por un momento pensó llevarlo a su casa, pero le resultaba bastante difícil cuidar ningún animal, y lo tendría que dejar todo el día solo, se dijo, así que de nuevo tomó una decisión arriesgada. Cambió la dirección de sus pasos y se dirigió casi sin darse cuenta a casa de Yoli, o ponía el grito en el cielo porque no le gustasen los animales, cosa que no creía posible y él estaba muy equivocado con respecto a ella, o lo adoraba para siempre, cosa que esperaba que fuera lo que pasara.

Aparcó en la puerta, se apeó del coche y miró, como siempre hacía, alrededor suyo. Era una costumbre que había aprendido en la academia, mirar todo de una pasada y ver más con la mente que con los ojos, por eso le extrañó un movimiento un tanto precipitado en la esquina de la casa. No quiso malinterpretarlo, eran unas jovencitas y le pareció que salían corriendo al llegar él, bueno tampoco tenía mayor importancia, pensó.

Llamó al timbre. Yolanda tardó unos minutos en abrir, tanto, que Alex ya giraba sobre sus pasos cuando escuchó la cerradura, se giró de nuevo y allí estaba ella envuelta en una toalla, descalza y emanando aroma a vainilla y

bergamota de la loción corporal, a pureza, a integridad. Se acababa de duchar ya que no pudo hacerlo antes del examen y había salido tal cual estaba. Aunque no era muy alta y estaba rellena tenía un cuerpo fibroso, se notaba que lo mantenía en forma, un cuerpo que lo incitaba y excitaba al mismo tiempo.

---¡Ah, hola! ¿Hay alguna novedad? ---Preguntó Yoli avergonzada por su aspecto y por lo que había sucedido la noche anterior.

---No, solo quería saber cómo estabas, pero ya veo que estás muy bien --- la repasó de arriba abajo con la mirada.

Yoli se rodeó el cuerpo con las manos evitando en lo posible el contacto visual. Se ruborizó al pensar el ridículo que había hecho recordando su petición la última vez que se vieron.

---Estoy bien, gracias, creo que el examen no me ha ido del todo mal, pese a las circunstancias, ya que estaba muy nerviosa.

---Eso quería preguntarte, me he enterado que unos periodistas te han estado molestando, debiste llamarme.

---Puedo defenderme sola, gracias.

---No es eso lo que me han dicho... ---no lo dejó terminar, la ira la inundó.

---Cuando vea a David lo mato ---espetó con rabia.

En ese momento algo se movió en la chaqueta de Alex, Yolanda se quedó mirando fijamente el bulto de pelo que asomaba por la abertura.

---¿Puedo saber qué llevas ahí dentro? ---preguntó entre curiosa y asustada.

---Si me hubieses dejado entrar te lo habría enseñado.

Alex sonrió, parecía que no estaba todo perdido, ella se hizo a un lado franqueándole el paso.

---Estás en tu casa. Si me permites un segundo voy a vestirme.

---Por mí no hace falta, te ves muy guapa recién salida de la ducha, me

gusta como hueles.

Yolanda no quiso hacer caso de las palabras del policía, dio media vuelta y salió rauda para el dormitorio a vestirse, el rubor había invadido sus mejillas y no estaba dispuesta a que él lo notase. Cuando volvió un bulto blanco y peludo casi desaparecía en las grandes manos de Alex. Lo miró y fue amor a primera vista. El gatito abrió un poco los ojillos y se la quedó mirando, la ternura invadió el corazón de Yoli.

---¿De dónde has sacado esa bolita de pelo? ---se acercó a él mirando la cabecita que casi se perdía en sus manos.

En aquel momento se le olvidó por qué había ido hasta allí. Miró a Yoli con ternura, la misma que ella le dedicaba al felino. Se lo pasó y ella se lo puso en el pecho. El animal al notar el calor dejó de maullar y casi se durmió, parecía que hubiese estado allí toda la vida. Alex aprovechó para ir al coche y sacar lo que había comprado. Aparte de comida le había cogido una cama, el comedero y un arenero, que aunque más caro era cerrado y la tierra no se salía al usarlo.

Entre los dos prepararon un biberón con las recomendaciones del veterinario. Cuando hubo llenado la tripa el animalito, al que de momento no habían puesto nombre, ya que Alex quería llamarlo Boris pero a Yoli le pareció muy rudo para una cosita tan dulce, se durmió, y en ese momento se dio cuenta que lo quisiera o no, se quedaría con ella, y para su pesar ya no lo veía con otro nombre que no fuera Boris.

Miró a Alex con agradecimiento, se puso de puntillas y le besó la mejilla, momento en que él aprovechó para rodear su cintura y atraerla hacía sí.

---Ahora sí estoy dispuesto a darte lo que me pediste anoche.

Yoli se ruborizó, se le aceleró el pulso y no sabía dónde mirar, aquello era lo último que esperaba que le dijera. Cuando la rechazó sabía perfectamente que estaba mal, pero pensaba que era porque no le gustaba. Pensó que lo

había hecho, no porque la respetara, sino porque ella no era su tipo.

Apoyó la cabeza en su hombro sin decir nada, dejando que él tomase la iniciativa. Corría el riesgo de exponerse de nuevo, pero en realidad estaba deseando que la besara, que le hiciera olvidar, aunque fuera por un momento, todo el sufrimiento que llevaba acumulado durante aquellos meses, pero por otra parte tenía miedo a que le hiciera daño, su anterior experiencia en el amor había resultado un fracaso. Tenía tanto miedo a sufrir de nuevo...

Levantó su cara y la besó, al principio con dulzura, pero a medida que ella respondía a sus caricias los besos fueron más posesivos, más intensos. Buscó sus pechos por encima de la ropa mientras ella le abría la camisa y pasaba las manos por su estómago. El deseo de Alex se enredó en las ganas de Yolanda. A trompicones llegaron al dormitorio. Rodaron por la cama. Alex la penetró de una embestida, había esperado tanto tiempo aquel momento que creyó que era incierto, no podía desperdiciar un segundo. Yoli mordió su hombro al sentir que su cuerpo estallaba en un relámpago de sensaciones nunca antes experimentadas, el orgasmo la golpeó quemándola por dentro y dejando su cuerpo arrasado como si una tormenta brillante y furiosa la hubiese atravesado. Gritó su nombre una, dos veces. Alex seguía henchido de energía y cuando se dejó ir en ella la arrastró en un maremoto de felicidad que casi la hizo llorar.

No volvieron a hablar. Ninguno de los dos sabía bien que decir. Lo que les había pasado había sido tan perfecto que no querían estropearlo con palabras. Alex se levantó al cabo de un rato, se vistió y lo único que dijo era que se tenía que ir. Yoli se puso su amplia camiseta y salió a despedirlo. Sentía una extraña sensación, una paz que llevaba mucho tiempo necesitando.

Al abrir la puerta le dio un beso en la punta de la nariz y luego uno en la boca que a Yoli le supo a poco.

---Me tengo que ir, de verdad, pero hablaremos más tarde si te parece

bien ---se despedía Alex.

Al entrar en casa a Yoli le pareció que algo blanco asomaba por el buzón, el corazón le dio un vuelco.

---¡Alex! ---lo llamó cuando ya subía al coche.

---¿Sí? ---asomó la cabeza por encima del auto.

---Creo que hay una carta.

# Capítulo 11

David se marchó muy enfadado. No sabía qué le pasaba, pero que Yolanda lo rechazara una y otra vez lo mantenía en un estado de furia como nunca antes. Llamó a Rebeka. Necesitaba desquitarse y la quería en aquel momento, por eso se enfureció más al recibir una respuesta negativa también por parte de ella.

---Estoy con mis amigas ---contestó al requerimiento telefónico.

---Por mucho que quieras ir de mayor sigues siendo una cría.

---Piensa lo que quieras, pero me dejaste claro que ya no era una prioridad en tu vida, por lo tanto, como comprenderás no planifico mis pasos pensando en tus necesidades.

David tiró el teléfono sobre el sofá. Esta vez tuvo suerte, cayó en blando, ya que no era la primera vez que en alguno de sus enfados lo que tuviese en las manos había acabado estampado en el suelo y hecho añicos. Normalmente era una persona afable, pero de vez en cuando tenía unos arrebatos de furia que hacían temblar al más pintado. Empezó a dar vueltas por la casa como un animal enjaulado. Necesitaba desquitarse de la rabia que había sentido al sentirse rechazado por dos veces en un mismo día, primero Yolanda, la muy estúpida, ¿quién se creía que era?, no entendía qué podía ver en el poli-risitas, como lo había bautizado, porque siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, el muy gilipollas, pensaba con rabia. Luego Rebeka, otra más estúpida aún. Definitivamente no era su día. Salió dando un tremendo portazo y se fue a intentar apaciguar la rabia contenida. Necesitaba golpear algo, iría al gimnasio, pensó, encaminándose hacía allá.

Salió hecho un basilisco. Subió al coche y arrancó casi sin mirar. Se

incorporó a la carretera y se dirigió directo al gimnasio. Para su desgracia el único que había en el pueblo era el de Álvaro, y tenía que reconocer que era el mejor de la comarca, se lo había montado bien el maricón de mierda, se dijo al atravesar las puertas que en aquel momento se abrían para él. Se fue directamente a los vestuarios, se cambió y se dirigió a las máquinas de pesas, pero estaban ocupadas, así que se tuvo que conformar con el banco de abdominales.

---Si sigues con ese ritmo te harás daño en la espalda ---se dirigió a él el monitor del centro.

---¿Te he pedido opinión, acaso? ---contestó de malos modos jadeando por el esfuerzo.

---Estoy aquí para corregir las malas posturas o los malos hábitos. Sabes perfectamente que debes respetar las normas del gimnasio, si no lo haces me veré obligado a invitarte a que te vayas ---contestó educadamente el entrenador.

---¡Hago lo que me da la gana!

---Por favor, te tengo que decir que te vayas, en este centro no se admiten escándalos y mucho menos no obedecer a los monitores, para eso estamos. Al firmar el contrato estás aceptando las normas, por lo tanto tienes que cumplirlas.

Se levantó dando un empujón al monitor del gimnasio y a pesar de la envergadura de este casi lo tira al suelo. Salió enfurecido. Ir al gimnasio no le había servido de nada. Debía calmarse, se decía, y cuanto más se lo repetía más se alteraba.

Cogió el coche y se puso a dar vueltas por el pueblo, lo recorrió de punta a punta, pero la furia no se le pasaba, acabó en las afueras, casi donde habían encontrado el cadáver de la mujer. Aparcó y bajó. Se sentó bajo un árbol esperando calmarse. De pronto se levantó y le dio unos puñetazos, aquello no

lo acabó de tranquilizar pero por lo menos empezaba a respirar con normalidad.

La mañana amaneció movidita en comisaría. Todavía quedaban algunos periodistas rezagados. Alex estaba agobiado con ellos pululando por allí, molestando a los vecinos, o no tanto, no entendía que algunos vecinos estuviesen encantados con los reporteros prácticamente metidos en sus casas, pero eso era algo a lo que no podía decir nada, cada uno era libre de meter en su casa a quien le diera la gana, pensaba.

Sonó el teléfono. Llamaban del hospital, habían llevado una joven malherida y parecía que había sido violada, les comunicaron a Alex y a su compañero.

---No sé qué pasa, pero desde que has llegado tú a este pueblo todo son problemas, antes este era un pueblo tranquilo.

---¿Estás insinuando algo? No estarás diciendo que tengo algo que ver con todo esto. Si piensas que he hecho algo mal estás en el sitio adecuado, puedes denunciarme ---espetó Alex al darse por aludido.

---El que se pica...

No quiso entrar en su juego, tenía muchas cosas en la mente rondando y no estaba para acusaciones, sin pies ni cabeza, de alguien al que sabía que desde un principio no había sido santo de su devoción. Alex dio media vuelta y siguió su camino, quería comprobar algo y no quería que nadie se enterase. Por otro lado, había enviado a un par de agentes a ver a la chica que estaba en el hospital y que había sufrido la agresión sexual.

También quería pasar por el centro de belleza de Álvaro, llevaba consigo una fotocopia de la carta que habían encontrado en el buzón la noche anterior.

*"Mantén cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos"* rezaba el texto de la cuarta carta, textos que para él no significaban nada, pero que se debían a algo. Tenía un presentimiento, pero eso no era suficiente a la hora de

esclarecer el caso, debía prestar más atención a los detalles, eso era todo, porque en alguna de las cartas cometerían un error.

Llegó al local de Álvaro y preguntó por él en recepción, la recepcionista, una mujer de mediana edad, elegante y discreta, le dijo que esperase, que lo avisaría aunque no sabía lo que podía tardar ya que estaba con una clienta exclusiva.

---Tranquila, esperaré.

Cogió una revista sin mirar, sencillamente para pasar las páginas y no ponerse demasiado nervioso con la espera, al mirar la revista con más interés algo le llamó la atención, no estaba seguro, pero un clic se prendió en su cerebro. Sacó el folio del bolsillo y comparó la tipografía de la letra con la de la revista, eso era lo que le había llamado la atención de la carta, algo era diferente, miró la revista en cuestión y vio que era una revista juvenil, no podía estar seguro hasta que los del laboratorio le dijese si realmente tenía razón, pero empezaban a cuadrar algunas cosas y si tenía razón tampoco entendía la relación que pudieran tener todas las piezas del puzzle, pero estaba seguro que poco a poco encajarían.

El teléfono móvil empezó a vibrar en su bolsillo, salió a la puerta para contestar lejos de oídos indiscretos. Uno de los agentes le llamaba para darle información sobre el caso de la joven agredida. De momento seguía en shock y no recordaba nada, le dijo.

---Inspector, ¿qué hacemos? La chica ha sido como mínimo forzada, pero ella a parte de no recordar nada dice que se cayó, que resbaló y por eso estaba así, no quiere reconocer lo que le ocurrió. Suponemos que no querrá que sus padres o su pareja se enteren de lo que le pasó, está en un periodo de negación.

---Vamos a dejarla unos días, habla con la doctora que la atiende y dile a ver qué podemos hacer para ayudarla, que hable con ella una psicóloga y

evalúe los daños psicológicos de la joven y que te haga un informe detallado de las secuelas que pueda tener. Lo traes junto con el informe médico, sobre todo que queden bien claras las lesiones físicas que le haya causado el desgraciado que haya sido.

---Está bien, inspector, en cuanto lo tenga se lo dejo en su despacho.

---Gracias, teniente, a ver si lo cogemos pronto.

Volvió a entrar esperando que Álvaro se desocupase de una vez, necesitaba volver a la oficina y poner en orden muchas cosas que tenía en su cabeza. Por fin al cabo de unos minutos apareció el peluquero despidiendo a una vecina del pueblo que se las daba de marquesa, aunque Alex sabía que aquello no era cierto, no hace daño a nadie con esa tontería, se dijo, mirando a la clienta con media sonrisa. Era la madre de Rebeka, esta lo miró por encima del hombro en una actitud de superioridad. Desde que se celebró el juicio sabía que lo tenía vetado, lo que no sabía ella, era que él la había investigado y que conocía sus apuros económicos. Por eso supo que el matrimonio vivía de las rentas que les proporcionaban unos inmuebles que habían heredado de sus suegros, que con la crisis se les habían quedado la mitad vacíos y les costaba llegar a final de mes, pero preferían comer un bocadillo antes que dejar de aparentar, algo que a él le parecía patético, pero se repetía de nuevo, eso solo les hace daño a ellos y a esa hija que no sabe de qué modo llamar la atención de sus padres.

---Por fin te decides a visitar mi humilde local ---dijo Álvaro con una sonrisa un tanto burlona.

---Bueno, vengo en plan informal, pero querría hacerte algunas preguntas, si no te molesta, ¿podemos ir a un sitio más discreto? ---Preguntó cuando Álvaro levantó una ceja en señal interrogante.

---Por supuesto, pasemos a mi despacho.

Álvaro lo condujo con paso firme hacia unas escaleras que daban al

primer piso, donde estaba el centro de estética y dos oficinas, una para él y la otra para el jefe de personal. Alex se asombró al ver el despacho, era grande pero no exagerado, y la decoración que pensó sería de un estilo muy recargado, no lo era para nada. Paseó la mirada por unos cuadros expuestos en la pared del fondo. Unas fotos antiguas en blanco y negro del pueblo en los años cincuenta, las encontró encantadoras. El resto de la decoración eran fotos de maquillajes y peinados, casi todos los habían lucido iconos de la moda. Como mobiliario aparte de la mesa de escritorio con su ordenador y demás enseres lo encontró todo muy ordenado, al punto de estar todo como para una exposición.

---¿Qué puedo hacer por ti? ---preguntó Álvaro después de ofrecerle asiento y brindarle un café.

Alex sacó de su bolsillo el folio con la fotocopia de la última carta que encontró en casa de Yoli. Álvaro la tomó y le dijo sin vacilar que aquella frase era de la película El Padrino.

---Eso ya lo sé, no tengo demasiada cultura cinéfila como tú, pero con un ordenador a mano todo se sabe ---apuntó con algo de sorna.

---Entonces, ¿para qué me necesitas?

---Hay algo raro en esta carta, supongo que puedo contar con tu confidencialidad ---puntualizó Alex---, de lo contrario no debería decir nada más.

---Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Yolanda es como mi hermana.

---Por eso me atrevo a pedir tu colaboración.

---Dispara, soy todo oídos.

---Hay algo que no me cuadra en todo este asunto de las cartas, por eso tú que eres experto en cine quisiera que me ayudaras a descubrir el porqué de estas misivas, no tienen ni pies ni cabeza, las frases no tienen nada que ver

unas con otras, no guardan un orden de tiempo ni un horario para enviarlas. Y debe ser alguien cercano porque aparecen en el buzón sin pasar por correos. Lo último es que estando sentado mientras esperaba que te desocupases me he dado cuenta de algo que me rondaba la cabeza. La tipografía de la última carta no era la misma de las anteriores, miraba una revista juvenil de las que tienes ahí abajo y juraría que es la misma letra.

---¡Uff! Cuanta información de golpe, déjame ver esa carta y si me traes la revista te lo digo ahora mismo.

---De todos modos, la están analizando como a las anteriores en el laboratorio, pero no sacan nada en claro, y el otro día vi algo que me pareció como mínimo extraño o, peculiar, podría decirse.

---¿Puedo saber por qué recurres a mí? ¿No hay gente preparada en la policía?

---Claro que la hay, pero necesito una opinión de fuera, que me de una perspectiva diferente.

---A ver, trae esa revista y la miramos con detenimiento, si te parece.

---Espero no robarte mucho tiempo ---se excusó Alex dándose cuenta que ni siquiera le había preguntado si le iba bien en aquel momento.

Alex bajó a la planta baja, cogió la revista en cuestión y se la enseñó a Álvaro, este le echó un vistazo y sonrió.

---¿Esta revista has cogido para entretenerte jajaja?

---Ha sido la primera que he pillado. Apenas la he ojeado, ni siquiera sé de qué trata, pero las letras me han parecido muy similares a las de la carta.

---Es una revista para niñas. La leen las adolescentes porque les dice cómo ligar y cosas por el estilo.

---Eso es de lo otro que te quería hablar, ¿crees que podrían tener algo que ver las niñas que abusaron de Ramiro con las cartas?

---No sé qué decirte, no las veo tan astutas como para todo eso. En todo

caso la única que podría pensar una cosa así sería Rebeke, siempre intenta llamar la atención. Supongo que está carente de afectos en su casa.

---Eso ya lo he pensado, se nota que es una joven con muchas carencias y muchos recursos a la vez. Por eso he pensado si no podía ser ella y sus amigas las que hicieron desaparecer a Ramiro. El problema es que no encuentro nada que me lleve a ese punto. Estoy desesperado, te lo digo en serio.

---Ahora que lo dices, Rebeke podría ser capaz de todo, pero las amigas no, ellas solo son sus discípulas. Alguna estoy seguro que querría parecerse, pero no tienen ni la inteligencia ni la perversidad de ella.

---Es que anoche estuve en casa de Yoli y me pareció verlas rondando por allí. Al salir encontramos la carta, quizá no tenga nada que ver, pero me dio que pensar.

---¿Entonces lo de Yoli y tú va en serio? ---cambió de tema bruscamente dando palmas de alegría. Tenía ganas que su amiga tuviera alguna alegría y estaba seguro, nunca se equivocaba en juicios de amor, que eran la pareja perfecta.

---Céntrate, Álvaro, estamos en la carta ---Alex quiso volver al tema que lo había llevado hasta allí.

---Te he dicho lo que creo. Tengo que pensar sobre ello y escuchar a las niñas cuando vengan. Te aseguro que no despegaré el oído, y para muchas soy su confesor, palabra, pero necesito chisme y chisme del bueno, contesta a la pregunta, por favor, jajaja.

---¡Cómo eres! No hay quién pueda contigo. Está bien, espero que cuando me vea no me tire los trastos a la cabeza.

---¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué le has hecho a mi niña?

---Solo el amor ---al decirlo se ruborizó como un colegial, no estaba preparado ni había ido hasta allí con el propósito de confesar su indiscreción.

---Otra cosa que quiero preguntarte antes de irme ---redireccionó Alex la conversación---. ¿Conocías a Emilia García? ¿La chica que violaron anoche?

---Emilia, no, no me suena.

---Estuvo en tu gimnasio ayer por la tarde a última hora.

---¿Emilia o Mily? Tenemos una cliente que se llama Mily, es la única que puede coincidir.

---A ver, una joven de metro setenta más o menos, morena, pelo largo recogido en una coleta, ojos claros, delgada, pero fibrosa, se nota que hace deporte.

---Puede ser ella, ¿qué le ha pasado? No sabía nada.

---Ya sabes que esto es confidencial. Estoy aquí de manera extraoficial, así que yo no te he dicho nada, ¿Ok? ---Álvaro asintió---. La encontraron esta mañana cerca de donde encontramos a Gloria, la mujer que apareció en el deslizamiento de tierra de la semana pasada. Parece ser que ha sido violada, supongo que el que lo hizo pensó que estaba muerta, porque no se tomó muchas molestias en esconderla mejor. No quiere hablar. No sabemos a qué o a quién tiene miedo, dice que no recuerda nada y que se cayó, pero las lesiones confirman que fue violada.

---Sabes que no haré nada que pueda perjudicar a mi hermana, Yoli es como una hermana para mí, creo que te lo he dicho más de una vez. Puedes confiar en mí.

---Está bien, si escuchas algo que nos pueda servir, avísame. Estando en el sitio que estás será de gran ayuda. Me tengo que marchar, gracias, de corazón, sobre todo por cuidar de Yoli ---se marchaba cuando recordó algo---. Una cosa, ¿lleváis un registro de las personas que entran y salen del gimnasio?

---Por supuesto, está todo informatizado. Acceden con una tarjeta y todas las entradas y salidas quedan registradas en la base de datos. Tanto de los

usuarios como de los empleados ---confirmó.

---¿Me puedes pasar el listado de las personas que entraron y salieron ayer por la tarde? Creo que nos sería de gran ayuda.

---Desde luego, dalo por hecho. Yo mismo te hago la copia y te lo paso por correo electrónico. Si te parece bien.

---Me parece perfecto. Muchísimas gracias por tu colaboración.

Le tendió la mano pero Álvaro en vez de ello lo abrazó y le dio unas palmadas en la espalda. Sellando así una incipiente amistad.

Yoli se había hecho la remolona aquella mañana, habían terminado los exámenes y hasta la tarde no tenía que trabajar, así que vagueó en la cama un rato evocando la noche que había pasado con Alex. No pensó que podía ser tan maravilloso. Se estaba enamorando y eso le daba miedo, mucho miedo. Por un lado no era miedo al amor, era miedo a sufrir. El amor no duele y si duele no es amor, le había repetido Álvaro en infinidad de ocasiones, momento en que ella le preguntaba que entonces por qué estaba solo, él contestaba siempre igual, no ha llegado el que es, pero te juro que es lo más bonito del mundo.

Yolanda sonrió al recordar lo tierno que Alex había sido con ella. No sabía por qué, pero lo tenía por un hombre rudo, sin delicadeza, así que la sorpresa fue mayúscula al sentirse tratada como una princesa.

Por fin salió de la cama casi a regañadientes. Se sentía laxa. No le apetecía hacer nada. Hacía tiempo que no se sentía tan bien, pero Boris reclamaba su ración de alimento y los mimos de cada mañana. Sonrió al verlo subir por las cortinas. Tendría que educarlo, pensó. Se había encariñado con aquella bolita de pelo... hasta que recordó a Ramiro. En aquel instante se sintió como una bellaca. Había olvidado completamente a su hermano y eso no se lo podía perdonar. La humedad brilló en sus ojos. De nuevo la tristeza por no saber qué había pasado con él afloró a su rictus. Entró en su

habitación. Seguía tal cual, con sus pósters de fútbol colgados en la pared, sus gorras sobre el escritorio. Su ropa, la cogía y podía sentir su olor, por eso la usaba, para sentirlo con ella. ¿Cómo había podido olvidarlo ni tan solo un instante? No volvería a pasar. Alex debía salir de su cabeza. Ramiro era su prioridad. Mientras no apareciera Ramiro ningún hombre entraría en su vida, ya se lo prometió una vez, no pensaba olvidarlo de nuevo y tenía el firme propósito de cumplirlo, costase lo que costase.

Mientras recogía la casa empezó a pensar en la carta. Debía centrarse en aquellas cartas sin aparente relación. Sabía que algo debían querer decir, aunque no lograba dar con el nexo común de las frases. Parecían tomadas al azar. Seguramente era un mensaje de alguien que debía odiarla mucho para enviarle aquello, se decía.

Terminó las tareas y antes de ir al trabajo se pasó por la residencia donde estaba su madre, se sentó a su lado cogiéndole la mano y le explicó lo que había pasado la noche anterior con Alex. De lo de su hermano nunca le contaba nada. Sabía que no lo recordaría, pero daba igual. Para ella su madre seguía tan vivaz como antes, por eso se desahogaba pero omitía las cosas que pudieran hacerle daño.

---Mami, tendrías que haberlo visto, mi ex nunca me hizo sentir tan bien. No me apetecía que se fuera, pero no puedo quererlo, no, no puedo ---decía con una vehemencia de distaba mucho de ser real.

Marina le apretó las manos a su hija en un relampago de lucidez. Sonrió con tristeza y volvió a sumirse en su mundo. Yolanda se daba cuenta que su madre la había entendido, que ella querría que fuese feliz, pero no podía decirle que era el policía que llevaba el caso de Ramiro. Esos momentos de claridad, aunque cada vez más remotos, la harían sufrir mucho y ella quería que los últimos días de su vida la viviese tranquila. Hoy la había reconocido y con eso ella era feliz.

Se despidió de su madre. Se fue a trabajar con el corazón encogido por tenerla que dejar allí, pero era consciente que en casa sola era imposible tenerla y sus hermanos tampoco tenían tiempo para cuidarla como ella necesitaba. La visitaban los fines de semana y con eso cumplían, pero bueno, entendía que era ley de vida. Vivía con ella y ellos habían delegado en su hermana menor sus responsabilidades. Menos mal que cuando los necesitaba acudían rápido en su ayuda.

Alex estudió los informes sobre la chica agredida. Al final no estaba claro que hubiese sido violada. Agredida sexualmente sí, pero el violador por lo que ponía el informe seguramente tenía problemas a la hora de conseguir una erección y parecía ser que no había conseguido penetrarla. No es que estuviera contento, pero era un alivio, pensaba mientras leía el informe. Se descartaba un posible embarazo y eso para una chica tan joven era crucial. Ahora lo difícil estaba en tener que esperar que ella recobrarla la memoria y les diese una pista de cómo era y poder cogerlo.

En un arrebato se acercó a casa de la joven. Por fin había salido del hospital. Intentaría hacerle algunas preguntas a ver si sacaba algo en claro. Cuando se presentó estaba sola y le pareció lo mejor dadas las circunstancias, así tendrían más intimidad a la hora de hablar, y a lo mejor reconocía o recordaba algo que le hubiese llamado la atención de su agresor.

Se la quedó mirando mientras caminaba tras ella. Debía estar en la cama puesto que llevaba un pijama de ositos y unas enormes zapatillas con forma de oso también. Cuando levantó la mirada para hablarle notó unas tremendas ojeras bajo una mirada demasiado inocente para aquel trance.

---Tranquila. No quiero que te fuerces. Solo necesito que recuerdes alguna cosa que nos pueda servir, una marca, el color de los ojos, algo ---le decía con suavidad.

---No recuerdo nada. Me caí y creo que perdí el conocimiento. De verdad

que no recuerdo nada ---contestó retorciéndose las manos sobre el regazo.

---Tranquila, no quiero que te mortifiques. Solo quiero que pienses y que si recuerdas algo, por insignificante que te parezca, me llames, puedes llamarme a mí directamente, te dejo mi tarjeta ---al ver que no la cogía le dejó la tarjeta encima de la mesa con su número de móvil---. Estoy aquí para ayudarte.

---Me ayudarían más si me dejaran en paz ---sollozó tapándose la cara con las manos---. Déjeme sola, por favor.

---Está bien, no te molesto más.

Alex salió de la casa pensando en cómo se debía sentir aquella joven para no querer recordar la agresión, para no poder colaborar con la policía, y sabía que no era porque sí, era un trauma psicológico de difícil resolución. Esas cosas lo ponían de muy mal humor. Esperaba que cuando se sintiese mejor su mente le devolviera las imágenes y recordara algo que les pudiera servir para atrapar al culpable.

Salió de ahí sin tener claro hacía donde dirigir sus pasos. Necesitaba pensar y poner en claro algunas ideas. Caminó sin rumbo y sin querer reconocerlo se dirigía hacía donde lo llevaba su corazón.

Sin pensarlo se presentó en casa de Yoli. Necesitaba verla, olerla, sentirla, y tenía una excusa para hacerlo, o dos, pensó sonriendo.

---Buenas noches ---dijo nada más esta abrió la puerta---. Solo quería saber cómo está Boris.

Se agachó al ver una cosita peluda que se entrelazaba entre las piernas de Yolanda y emitía pequeños bufidos esponjándose enfadado.

---¿Te vas a enfadar conmigo? ¿Ya no me recuerdas? ---le decía al minino con cariño, dándole a oler la mano antes de cogerlo. El animal al verse cogido por la piel del cuello dejó de emitir los bufidos y se relajó. Fue entonces cuando Alex se lo pegó al pecho y lo acarició hasta que empezó a ronronear.

---Veo que tienes mano para los animales ---comentó Yoli.

---También para las personas ---se apresuró a contestar.

## Capítulo 12

Álvaro se puso manos a la obra en cuanto Alex le hizo el encargo. Aguzó el oído en todas las conversaciones tanto de clientas habituales como las que no lo eran tanto. Se paseó por el gimnasio. Incluso intentó poner un cebo a ver si alguien picaba. Se veía como Perry Mason el defensor de las causas justas, disfrutó para sus adentros con la ocurrencia.

Llamó a Alex, cualquier excusa era buena para tenerlo cerca, le encantaba y aunque sabía que nunca sería para él, se conformaba con que lo disfrutase Yolanda... Bah, mentira, Álvaro, te haces trampas en el solitario, lo querías para ti, acababa admitiendo.

Tuvo una corazonada. Se sentó frente al ordenador de su oficina y entró en el blog de Rebeka, aquella chica era rebelde y le gustaba jugar con fuego, eso lo sabía de primera mano. Un día le había pedido que le recomendara películas de cine clásico que todo el mundo debería ver alguna vez en la vida. En aquel momento le pareció divertido que una chica como ella se interesase por cine de calidad. Aquello era genial, pero desde que había hablado con Alex y empezaron a llegar cartas a casa de Yoli una sospecha se estaba abriendo paso en su cerebro, algunas de las frases que había escrito estaban en películas que él le había recomendado. Estaba seguro que aquello era una casualidad y no significaba nada, por eso no lo había comentado todavía con el inspector. Mmmhhh, el inspector, se relamió de gusto pensando en el cuerpo torneado y de músculos definidos de Alex, se lo estaba imaginando desnudo. En aquel momento estaba necesitando un abanico, o una ducha.

Giró la cabeza varias veces a un lado y otro como para desechar el pensamiento de su cerebro y le envió un correo electrónico a Rebeka, en él le

decía que necesitaba verla con urgencia, que tenía una pregunta que hacerle y buscaba una respuesta. Le proponía una cita en una cafetería en un pueblo vecino. Quería que fuese completamente discreta. Puesto que de aquella cita no debía enterarse nadie, le dijo esto a sabiendas que la curiosidad le podría, sobre todo si le parecía que era algo un tanto clandestino.

Llegó al lugar convenido y se quedó dentro del coche. Había aparcado en una esquina con buena visibilidad al lado del local donde se llevaría a cabo el encuentro. Álvaro estaba encantado. Se estaba viendo dentro del papel de Hércules Poirot en diez negritos, iría descartando sospechosos hasta llegar al verdadero asesino. La vio entrar, miraba a un lado y otro y parecía nerviosa, se dijo, pero aquello era más fruto de su imaginación que realidad.

Rebeka sencillamente miraba a ver si lo veía llegar ya que no la estaba esperando en la puerta, entonces se decidió a entrar por si estuviese allí ya, como buen caballero le hubiese gustado que saliese a su encuentro, pero igual la idea que tenía Álvaro de discreción no era la misma que la suya. Volvió a salir, el sol era fuerte para la época del año en que se encontraban, le molestaba en los ojos, hizo visera con las manos y oteó impaciente. No recordaba si tenía el número de Álvaro en la memoria del móvil, pero se estaba poniendo nerviosa. Esperaba que no fuese una broma, no le gustaba que le tomaran el pelo y menos su peluquero, menuda redundancia, se dijo con sorna. Maldición, no tenía el número, ahora le tocaría esperar. Cómo fuera una broma le iba a montar un buen escándalo, estaba pensando, cuando apareció la silueta del peluquero recortada a través de los cristales de la cafetería.

---Perdona el retraso, tenía mucho trabajo y se me ha alargado la cosa, no me dejaban venir las clientas ---mintió, tapando una leve sonrisa con la mano, en un gesto muy típico de él. ---¿Has pedido algo de tomar?

---No pasa nada, han sido solo unos minutos, pero ve al grano, estoy

intrigada con tanto misterio. ¿No me podías haber llamado por teléfono? No, no he pedido nada, con tantos nervios no me entra nada.

---A ver, preciosa, esto es algo muy serio, está relacionado con la desaparición de Ramiro Duperly ¿te suena de algo? ---Quiso ponerla más nerviosa ---te aconsejo que te pidas una tila.

Pidieron un café para él y una tila para ella, tal como le había recomendado, Álvaro estaba pletórico, le encantaba su papel de detective malo y bueno a la vez, ya había decidido que le daría una de cal y una de arena.

---Yo no tengo nada que ver con la desaparición de Ramiro. ¿Quién te ha dicho que yo tengo algo que ver? El que sea miente ---espetó a la defensiva.

---A mí nadie me ha dicho nada, pero tengo ojos en la cara, buena memoria y no soy tonto. No voy a dejar que me vuelvas a manipular ---dijo sacando un tono que sorprendió a Rebeka por lo grave y masculino que era, Álvaro siempre hablaba con bastante afectación, pero en ese momento la había perdido toda.

---Supongo que sabes que Yolanda es para mí más que una simple amiga, y hace unas semanas me pediste que te recomendara unas películas. ¡Oh, casualidad! Yolanda recibe unas cartas en que hay pegadas, de recortes de periódico, letras con frases de algunas de ellas, no me creas idiota, no creo en las casualidades y mucho en las causalidades.

Rebeka se puso roja como la grana. Se tuvo que abanicar con la mano y en aquel momento le pareció que le faltaba el aire. Su primera idea fue negarlo todo, pero sabía que Álvaro, como bien había dicho, no era tonto, negarlo solo le traería problemas. Puso en marcha su cerebro al cien por cien buscando la manera de salir de aquel atolladero. A sus súbditas no podía meterlas en más líos, al fin y al cabo la idea había sido suya, precisamente escuchó a Álvaro hablar de una película en que enviaban cartas anónimas a

una persona para volverla loca. Ella no quería volver loca a Yolanda, pero sí que sufriera un poco. La denuncia y el juicio le habían costado caros en casa. Su padre le retiró la asignación y ella tuvo que hacerse cargo de las costas con sus ahorros, que eran prácticamente cero, así que se había quedado sin paga por una buena temporada. Para eso sí que eran padres, pero para preocuparse por ella nunca tenían tiempo, se dijo furibunda. Sabía que en otras circunstancias ni se hubieran molestado en regañarla, pero el dinero escaseaba en casa y había que guardar las apariencias, así que con la excusa de que tenía que hacerse responsable de sus errores le quitaron la paga y ahora ella tenía que ir mendigando con sus amigas. Eso era algo que tampoco se lo perdonaba a Yolanda, por eso se le ocurrió asustarla con aquellas cartas, pero solo eso. Ella no había tenido que ver nada con la desaparición de Ramiro. Solo era una broma macabra, acabó confesando frente a Álvaro.

Con su mente analítica pensó que era lo mejor. Sería la niña mala que todo el mundo decía que era. Si daba algo de pena, igual lo convencía para que no la delatase, o al menos eso esperaba.

---Eso se lo tendrás que decir al inspector Moreno, él, de momento, no tiene ni idea y me ha pedido que le ayude con la investigación. ¿En qué estabas pensando para hacer una cosa así? ¿Crees que la policía es tonta? Ya se ha dado cuenta que las últimas letras recortadas son de una revista juvenil, ¿pensabas que nadie lo iba a cotejar? La poli tiene medios más que suficientes para averiguar de dónde ha salido esa revista. Igual que saben que las letras de las otras cartas estaban recortadas de un periódico de tirada local, más fácil de encontrar que uno de tirada nacional.

---Era lo que tenía en casa ---comentó con un hilo de voz revolviéndose intranquila en su asiento.

Rebeka dio un sorbo a su taza de tila, que ya se había quedado prácticamente fría y esperó que algo calmara sus nervios. ¿Cómo había

podido ser tan estúpida? Mira que pedirle a Álvaro que le recomendase películas de misterio, las podía haber buscado en Internet, pero no, se lo preguntó a él porque era darle otra vuelta de tuerca a su revancha.

---Está bien, pero no es a mí a quien tienes que convencer, eso se lo tendrás que explicar a Alex, y no creo que se deje convencer tan fácilmente como yo.

---Tú me conoces ---se puso a la defensiva---, sabes que hablo mucho pero soy incapaz de hacerle daño a nadie.

---Conmigo el victimismo no cuela. Bien que se lo hiciste a Ramiro, no me digas que ya no te acuerdas.

---No le hicimos nada. Ni siquiera lo tocamos. Fue Aina, que le pareció que aquello era un crimen, al fin y al cabo, Ramiro es mayor, seguro se había tocado alguna vez.

---Ramiro es un discapacitado. No teníais ningún derecho a reiros de él.

---Aprendí la lección. Tranquilo, no volverá a pasar. Además, ha desaparecido. Nadie sabe qué ha pasado con él.

---Por eso merece más respeto todavía. No sabemos que ha podido pasar con él.

---A mí no me cargues con eso. Yo no sé nada. Lo de las cartas reconozco que me pasé, pero solo fue una broma macabra, te lo juro.

--- Ya te he dicho que no es a mí a quien tienes que convencer, sino al inspector, así que ve pensando una buena explicación.

---¿Me vas a delatar? ---Preguntó sorprendida.

---Debería, pero serás tú la que irás y te entregarás. Estoy seguro que podéis llegar a un acuerdo.

Rebeka se lo quedó mirando con acritud. Apretó la mandíbula y lo miró directamente a los ojos. Saltaba fuego de ellos. Se puso de pie. Quiso contestar, vaciló por unos segundos, se dio media vuelta y, con toda la

dignidad que pudo reunir, se marchó.

Se había hecho tarde, cuando salió de la cafetería el día declinaba. Rebea caminó sin rumbo. Los ojos anegados en lágrimas, no se quiso quedar, no quería que la viera tan tocada. Álvaro le había ofrecido llevarla de vuelta a casa, pero ella era Rebea Tormes, no podía dejar que nadie percibiese su debilidad. En realidad estaba asustada, era más vulnerable de lo que nadie imaginaba. Se sentó en un banco del parque al que había llegado sin saber como. Cuando se tranquilizó un poco llamó a David. Esperaba que la pudiera recoger, no quería volver en autobús y no le llegaba para un taxi. Le diría que había ido a visitar a una amiga, no pensaba darle demasiadas explicaciones. Esperaba que se le hubiese pasado el mosqueo, que la llevase a su casa y le hiciera el amor. Necesitaba que la abrazara, que la besara, aunque a veces le mordiera los labios y le hiciera daño. Necesitaba sentirlo. Necesitaba contacto físico, le daba igual que fuese doloroso. David a veces era un poco violento a la hora de hacer el amor, pero lo prefería incluso a la angustia de no saber lo que sería de ella cuando Álvaro le dijese a Alex que había sido idea suya lo de las cartas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo como un rayo recorre el cielo una noche de tormenta.

David no contestaba al teléfono, le envió un whatsapp diciéndole que por favor la llamase, se quedó sentada, temblando muerta de miedo, en aquel solitario banco, mientras esperaba la respuesta.

Por fin al cabo de una media hora sonó el móvil, que mantenía en la mano, al cual miraba de tanto en tanto pensando que quizá estuviese estropeado y por eso no sonaba, cuando empezó a sonar se le cayó de las manos que le temblaban como hojas movidas por un vendaval.

---Por favor. ¿Me puedes venir a buscar? ---dijo nada más desbloquear el teléfono.

---¿Crees que soy tu taxista?

---Por favor ---repitió---. Estoy sola. Me he quedado sin dinero y no tengo como volver a casa. Necesito un abrazo --- suplicó sollozando.

---Cuando yo te necesité no te dio la gana de venir. ¿Por qué no debería yo hacer lo mismo?

---Porque quieres estar conmigo y yo quiero estar contigo. Porque te necesito. Porque nos necesitamos.

---Tendrás que ser más convincente ---le apetecía hacerla sufrir.

---Haré lo que me pidas, lo prometo.

---¿Lo que sea?

---Lo que sea. Lo he prometido, qué más quieres.

---Está bien ---accedió---. Dime exactamente dónde estás.

Rebeka le dio la dirección. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y esperó que David la recogiese. Se lo cobraría más adelante, estaba segura, pero en aquel momento no le importaba.

Yoli se sentía empujada suavemente hacia dentro, ella se había parado bajo el dintel de la puerta y se resistía a dejarlo pasar. Su corazón palpitaba con frenesí. Por mucho que su mente quisiera resistirse, su cuerpo iba cediendo poco a poco al cuerpo que la empujaba y que lentamente acercaba su boca a la suya. El aliento impregnaba su rostro. La temperatura de la estancia subió unos cuantos grados de golpe. Un tambor retumbaba en el interior de sus sienes, el pulso repentinamente había cambiado de lugar, lo sentía en su cabeza.

Alex olió su pelo, desprendía un aroma a frutas, delicioso, lo llevaba húmedo, suelto y un poco a su aire, caía por sus hombros sobre una de sus típicas y enormes camisetas. Alex ya sabía que eran de Ramiro, que las usaba para sentirlo cerca. Hasta él sentía a través de aquellas telas la presencia de su hermano. Incluso pensó decirle que se la quitase, pero lo pensó mejor, para ella aquello era importante y además estaba preciosa, descalza, con solo la

camiseta a modo de vestido. El cuello caído hacía un lado y el hombro al descubierto. Boris, el gatito, ronroneando entre sus piernas, había dado la aprobación para que Alex entrase. Siendo tan diminuto como era se había adueñado de la voluntad y de la casa de Yoli. Cuando alguien no le gustaba bufaba, echaba las orejas hacia atrás y se esponjaba como si tuviese el tamaño de un león. Ella lo adoraba y le hacía compañía en sus solitarias noches en las que recordaba a su hermano y mil cábalas pasaban por su cabeza, al igual que pasaban mil imágenes de su vida juntos. Recordaba las navidades. Inolvidables. Todos habían crecido menos Ramiro y la ilusión con que esperaba los regalos la noche de Reyes Magos no tenía precio. Se pasaba toda la noche despierto, por si era capaz de hablar con ellos, y todos lo sabían, así que en cuanto caía rendido, normalmente al amanecer, todos se apresuraban a poner infinidad de paquetes y comerse y beberse lo que él, con su infinita inocencia, había preparado tanto para los reyes como para los camellos.

---¿Dónde estabas? ---preguntó Alex al ver que soñaba despierta. Algo parecido a los celos se adueñaron de él. Por un momento pensó que podía estar pensando en David.

---Perdona. Me he acordado de Ramiro. A veces creo que se me empieza a olvidar y no quiero, no es justo.

---Nunca lo olvidarás, pero no puedes vivir permanentemente en su recuerdo. La mente de vez en cuando te obliga a pensar en otras cosas, es un mecanismo de defensa.

Por fin acabaron de traspasar el vano de la puerta. Alex la empujó suavemente con el pie hasta sentir el pestillo cerrarse tras él. Rodeó a Yoli por la cintura. Boris, como si intuyera que debían estar solos se desperezó, bostezó, les dio una vuelta a los pies de los dos, y cuando estuvo satisfecho, se fue a su cama, apoyó la cabeza en su pata delantera, que puso a modo de almohada, y se los quedó mirando con ojos curiosos mientras poco a poco se

le iban cerrando por el sueño.

---Esto no debería estar pasando ---dijo Yoli apartándose de pronto.

Alex al sentirse desplazado se la quedó mirando con asombro. Lo último que esperaba de ella era que lo rechazara. Habían pasado un buen rato la otra noche, pensó que ella también sentía algo por él, no entendía el cambio de actitud.

---Puedo preguntar ¿a qué viene este cambio?

---No he cambiado. Ya te dije que mientras no se esclarezca la desaparición de mi hermano no puedo pensar en nada más y mucho menos en una relación.

Alex se dejó caer en el sofá de piel granate, cubierto por unos cojines de colores vivos en contraste con la austeridad del color de fondo, le daban un aire juvenil a algo que estaba ligeramente trasnochado. Alex supuso que lo habrían comprado sus padres cuando todavía estaban juntos, y ahora, Yoli intentaba dar un aire algo más juvenil a la casa, ya que su madre por desgracia no volvería a vivir en ella. Boris levantó la cabeza, abrió los ojos al notar que el volumen de las voces cambiaba, ya no hablaban en susurros. Levantó el rabo observando como aquellos humanos discutían sin necesidad. Se desperezó y se puso de pie esperando el nuevo asalto.

---Ayer te lo dije y te lo vuelvo a repetir, no lo vas a olvidar porque hagas tu vida. Además sabes perfectamente que nosotros tampoco lo olvidamos, te lo aseguro.

---Entonces, ¿por qué no hay resultados? ¿Por qué no hay pruebas? ¿Por qué no aparece? Vivo o muerto, ya me da igual, sé que después de tanto tiempo sería un milagro que estuviese vivo, pero quiero saber dónde está. Se merece algo mejor que estar enterrado en una cuneta o despeñado por un barranco.

---No debería decir esto, pero no quiero que pienses ni por un momento

que no hacemos nada. Estoy tras la pista de las cartas. He puesto un anzuelo y espero que muerdan el cebo.

---¿Un anzuelo? ¿A quién? ¿Sospechas de alguien? O sea, tienes alguna pista.

---No te adelantes ni te hagas ilusiones, por favor. A lo mejor no nos lleva a ninguna parte, pero de momento hemos tirado la caña, ahora toca esperar. Y no me preguntes. Mientras no sepa nada concreto, no te voy a decir nada. Si por casualidad no diera resultado no quiero que empieces a ver fantasmas donde no los hay ---remató.

---Para decirme esto mejor no me hubieras dicho nada, me dejas peor que estaba.

---No era mi intención. Solo pretendía que te dieras cuenta que no dejamos de trabajar en el caso.

---Y ¿Esperas que te premie por eso?

---No, no espero ningún premio, es mi trabajo y lo hago lo mejor que puedo, solo eso.

No se habían dado cuenta, el comedor se había quedado en penumbra, el día había declinado pero a ninguno de los dos le importó. Poco a poco Alex la fue envolviendo en un abrazo. La luz de un rayo en el horizonte atravesó la incipiente oscuridad, seguido por un estruendoso trueno. Yolanda no era miedosa, pero en aquel momento el trueno atravesó sus defensas. Inconscientemente se abrazó a Alex, este al verse de nuevo rodeado por sus brazos la estrechó con más fuerza mientras le susurraba al oído que no tuviese miedo, que solo era un trueno y todo iba a estar bien.

---Recuerda que tras la tormenta siempre llega la calma y el momento más oscuro en la noche es cuando va a despuntar el alba ---seguía susurrando para infundirle valor.

---Antes nunca tuve miedo de las tormentas, pero últimamente me aterran.

Abrázame, por favor, no me sueltes.

---Nunca lo haré. Siempre voy a estar a tu lado ---decía mientras acataba la orden.

Boris volvió a dar unas vueltas alrededor de ellos. El felino también se había asustado con el trueno, pero al ver que ellos volvían a hablar en susurros se relajó. Los rodeó una vez más y se volvió a su cama esperando una nueva caricia.

Un escalofrío atravesó la espalda de Yolanda. Abrazó con más fuerza la cintura del inspector, mientras sus manos le recorrían la espalda.

---¿Qué tienes, amor? ---Preguntó al notar que temblaba.

---Tengo frío, bueno, en realidad no sé lo que tengo, es una sensación extraña, tengo escalofríos y una presión en el pecho que no me deja respirar.

Alex se asustó. Aquello parecía un ataque de ansiedad, pero ¿y si no lo era? Quiso llamar una ambulancia, pero Yolanda no se lo permitió, dijo que estaba segura que se le pasaría enseguida, que llevaba unos días que tenía esa sensación de vez en cuando, pero, que si se estiraba un rato en la cama, acababa pasando.

La llevó a la cama. Vio un edredón finito, cuidadosamente doblado a los pies, se lo echó por encima y se tumbó a su lado. Quería vigilarle el sueño. Temía que le estuviera pasando algo y no quisiera decírselo. Se angustió por no saber cómo ayudarla.

La tormenta se acercaba. Los rayos rasgaban la oscuridad seguidos de unos truenos que llegaban con un aguacero furioso. Estaba siendo una primavera muy seca, por eso aquella tormenta asustó a Alex, podía ser que la intensidad fuese notable. Quizá debería volver a la comisaría por si hacía falta, pero no pensaba dejarla sola en aquellas circunstancias. Sacó el móvil del bolsillo, no había sonado, pero por precaución, lo dejó sobre la mesilla de noche. Si necesitaban algo ya lo llamarían, pensó, y se acurrucó al lado de la

joven para darle aparte de su amor, su calor.

Yolanda despertó al rato. Se sentía acalorada. Se había dormido abrazada a Alex y había soñado que hacían el amor. Lo estaba necesitando. Sentía que su cariño era sincero, o por lo menos quería creerlo, necesitaba creerlo. Su anterior relación no acabó nada bien. Su ex novio poco a poco le hizo sentir que no valía nada y ella se lo creyó. Le costó mucho darse cuenta de su manipulación, y le costó mucho más recuperar su autoestima. Si lo había empezado a superar había sido gracias a Álvaro, por eso para ella era como un hermano.

Se removió en la cama y despertó sin pretenderlo a Alex. Este se había quedado dormido a su lado. No era su intención pero era tal el cansancio acumulado que le venció el sueño. Como estaba entrenado para notar cualquier contingencia, aun durmiendo, se sintió observado. Abrió los ojos y sonrió. Para Yoli fue como si se hiciera la luz. Estaba bastante oscuro, pero no lo suficiente como para no ver su sonrisa. La pureza de su mirada despejó todas sus dudas y el calor inundó su sangre llegando al corazón.

La besó, primero con suavidad, con sumo cuidado, como si fuese una mariposa y al tocar sus alas pudiera salir volando. Luego los besos se tornaron más posesivos. Necesitaban sentirse el uno al otro. Saborearse. Saberse juntos en la lucha. Los dos tenían heridas que sanar, pero las sanarían juntos. Ahora estaba segura de ello. Pasó su mano por la cara del hombre que le estaba devolviendo las ganas de amar. Le encantó la aspereza de su barba. Acercó la cara a la suya, olió su colonia, olía a madera y sándalo.

Alex se recreó en ella. Le hizo el amor como esperaba que le gustase, sin prisas, sin agobios, solo dejando que las sensaciones y los sentidos se adueñaran de los de Yolanda, pensando que, definitivamente, quería que ella fuese su almohada.

Se levantó temprano. Abrió la ventana de par en par. Un tenue rayo de sol

se coló iluminando el cuerpo dormido de Yoli. La cubrió para que no cogiera frío. La tormenta de la noche anterior había limpiado la atmósfera. Olía a jazmines, a tierra mojada, a día nuevo, todo estaba por estrenar; lo primero ese amor incipiente que no quería que se le escapase, de ahí su miedo. Estaba tan implicado como lo estuvo con su vecina. Estaba incluso más enamorado que cuando lo estaba de su vecina. Por nada del mundo dejaría que le pasase nada, como le pasó a su vecina. Yoli era demasiado perfecta para él, no estaba seguro de merecerla, pero lucharía porque así fuera.

## Capítulo 13

Rebeka se debatía entre ir a comisaría o seguir ocultando su travesura y negarlo todo, pero aquello no sería posible. Estaba asustada. Había sido una chiquillada. Estaba rabiosa con David y no se le ocurrió otra cosa que enviar cartas a la hermana de Ramiro. ¿En qué estaba pensando? Ella que se las daba de controlar todo había sido tan estúpida como para cometer aquella locura. ¿Qué dirían sus padres cuando se enterasen? Otra brecha más en la convivencia. Otra vez la oveja negra de la familia había sido como la niña mala de Vargas Llosa, con la diferencia que ella no era una cazafortunas, ella solo iba a la caza del amor. Otra vez la castigarían sin preguntar siquiera por qué lo había hecho. Bueno, ella se reía de sus castigos. Lo único que hacían era retirarle la paga. Una paga que cuando no era por una cosa era por otra nunca veía. Lo único que sus padres no hacían nunca era preguntar cómo se sentía. Por eso se tuvo que buscar el grupito de seguidoras. Ella tenía sus necesidades tanto económicas como afectivas, aunque de esas nadie sabía nada. Así que se buscó la vida. Sus súbditas le pagaban una cuota por pertenecer a su corte. Por eso les debía al menos algo de lealtad, y eso para ella era sagrado.

Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, debería haberse duchado ya y estar de camino al instituto. A ese paso este curso también lo iba a perder, pero le daba exactamente igual. A ella no le gustaba estudiar, en su fuero interno pensaba que no lo necesitaba. Creía que sus encantos le iban a proporcionar una vida de lujos sin tener que hacer nada y luchaba por ello. Estiró el brazo, cogió el móvil que tenía sobre la mesita de noche, buscó el número de Alex, pero un impulso la llevó a marcar el de Yolanda.

---Diga.

Silencio

---¡Diga!

Silencio de nuevo.

---¿Quién es? Por favor, si no se identifica cuelgo y llamo a la policía.

Estaba a punto de colgar cuando una voz trémula y débil se escuchó al otro lado.

---¿Yolanda? Soy Rebeka.

---¿Rebeka? Puedo saber quién te ha dado mi número ---se extrañó Yolanda.

---Necesito hablar contigo ---continuó sin querer desvelar quién le había dado el teléfono--- ¿podemos vernos?

---Quién te ha dado mi número te he preguntado. Este número lo tiene poca gente. ¿Por qué lo tienes tú?

---¿Y eso qué importa? Necesito hablar contigo te estoy diciendo, y es algo sumamente importante.

---Importante lo será para ti. Nada de lo que tengas que decirme me importa. Con lo que hiciste fue suficiente. No tengo nada que hablar contigo. Adiós.

---¡Por favor! ¡No me cuelgues! De verdad es algo que te interesa, tiene que ver con las cartas que recibes.

---¿Qué sabes tú de esas cartas? ¡Contesta!

---Pero no por teléfono. Tengo que hablar contigo cara a cara.

---Está bien. Quedamos en media hora en la cafetería de Maruja.

---Gracias. Allí nos vemos.

Antes de la hora convenida Yolanda ya estaba en la cafetería. Estaba nerviosa. No imaginaba qué querría decirle aquella joven, que por desgracia, bastantes problemas le había causado ya a su familia. Le intrigaba que tuviese su teléfono. Le intrigaba aquella urgencia en querer hablar con ella y lo que

más le intrigaba era por qué sabía ella de existencia de las cartas. Pocos minutos después llegaba una cabizbaja Rebeka. Yolanda al verla creyó que era muy buena actriz, parecía verdaderamente compungida. Se le acercó y quiso darle dos besos. Yolanda la esquivó, esa familiaridad no la convencía demasiado.

---¿Qué quieres? ---preguntó Yoli a bocajarro.

---Sentémonos, por favor ---se dirigió al rincón más alejado y discreto del local.

Se sentaron a una mesa que quedaba prudentemente tras una columna. Una vez allí se les acercó Maruja a preguntarles qué iban a tomar. Miró a Yolanda enarcando una ceja en señal interrogante. Yoli levantó ligeramente los hombros, en realidad todavía no sabía para qué la había citado. Maruja se retiró prudente a preparar los cafés que habían pedido. Su curiosidad natural era doblegada con bastante esfuerzo, así que esperaba que cuando la joven se marchase, Yoli le diera buena cuenta de lo que hacía allí.

---Está bien, ya nos hemos sentado. ¿Vas a decirme para qué me has citado? O me voy, no tengo tiempo para chiquilladas. Dime qué has querido decir con eso de las cartas, qué sabes de ellas.

---Yo las envié ---espetó.

En aquel momento a Yolanda casi se le cae la taza que se estaba llevando a los labios. El corazón le dio un vuelco y la palidez hizo acto de presencia en su rostro. El entorno daba vueltas y ella era incapaz de fijar la vista en un punto concreto. Aquello no podía ser cierto. Qué tenía que ver ella con la desaparición de Ramiro. No era a ella a quien debía estar contándole todo eso, sino a Alex.

---Repíete eso, por favor ---dijo cuando pudo articular las palabras--- y ya de paso dime qué has hecho con mi hermano.

---No es lo que piensas. Solo fue una travesura. Te lo juro. De Ramiro no

sé nada, no lo volví a ver desde lo del incidente.

---¿Una chiquillada?! Permíteme que no te crea, diría que sabes más de lo que cuentas.

Rebeka no sabía como mirarla a la cara. Estaba muy nerviosa y no sabía por dónde empezar. Bajó la cabeza retorciéndose las manos, suspiró hondo y empezó a relatar lo que había hecho. Le confesó que había escuchado a Álvaro recomendar unas películas y le pidió que le recomendase unos clásicos, en una de ellas enviaban cartas anónimas al protagonista para extorsionarlo, aquello fue lo que le dio la idea de gastar una broma. Le aseguró de todas las formas posibles que no lo había planeado, que sencillamente en aquel momento le pareció una idea apoteósica.

---Y ahora ¿por qué me lo cuentas? Y ¿Por qué a mí? ¿No crees que deberías decirlo en comisaría?

---No, no, por favor, no quiero ir a comisaría. Álvaro me descubrió. Me dijo que tenía que confesar, pero tengo miedo, ya sabes... con todo lo que pasó. Tu eres amiga de Alex, si se lo dices, seguro es indulgente conmigo, por favor ---suplicó en un susurro.

---No puedo hacer eso, yo no soy nadie para rogar por ti, además creo que debes pagar por tus errores, al final nos involucras a todos en ellos.

---Te juro que no volverá a pasar. No pienso volver a cometer otra estupidez como esa.

---Voy a hacerte una pregunta ---decidió Yoli---, de tu respuesta dependerá si hablo con Alex o no, de tu sinceridad, mejor dicho.

---Adelante, no pienso mentirte, lo juro.

---No jures en falso ---criticó---, con que seas sincera por una vez en tu vida me conformo. Ahora responde con toda la franqueza de la que seas capaz. ¿Tienes algo que ver con la desaparición de Ramiro?

---¿Claro que no! Ya te lo dije, yo no tengo nada que ver con eso, lo que

hicimos estuvo mal, lo sé, pero ya pagamos por ello.

---Eso de que pagasteis vamos a dejarlo ahí.

---Sé que no sirve de nada, pero de verdad estoy muy arrepentida, ya está hecho y no lo puedo deshacer, por mucho que quiera.

Yolanda se la quedó mirando fijamente. En aquel momento parecía de verdad que estaba arrepentida. Había hecho tantas barrabasadas que era difícil creer que había cambiado. Rebeka clavó la vista en la taza, era incapaz de mantener los ojos fijos en los de Yoli. En realidad estaba arrepentida y necesitaba purgar su culpa, aunque entendía que Yolanda no la creyese. Se sentía incómoda delante de ella. Había ido a confesar y a ser posible dejar atrás todo aquello, pero Yoli no acababa de absolverla y ella estaba deseando salir de allí corriendo; se ahogaba, se asfixiaba, necesitaba salir a respirar a la calle.

David entró en la panadería-cafetería, se acercó al mostrador y pidió un pan de molde laminado. Maruja le dijo que esperase, que se lo cortaría en el momento ya que solo le quedaban rebanados.

---Aina lleva días pidiéndome pastel de atún y he pensado darle una sorpresa ---le decía a Maruja mientras esta le envasaba el pan ya cortado.

David recogió la bolsa con el pan y al girarse para salir vio de refilón a Rebeka que charlaba con Yoli. Aquello no le gustó nada. ¿Qué le estaría contando aquella bocafloja? Se preguntaba con insana curiosidad.

---Hola, chicas ---saludó David.

Ninguna de las dos lo había visto llegar. Yolanda se sobresaltó. Rebeka se alegró. Salvada por la campana, pensó. Se iría con él y esperaría a que Yoli hablara con Alex. Confiaba en haber estado lo suficientemente convincente como para que no le buscara las cosquillas el inspector, que parecía una lapa cuando iba detrás de alguna pista. Aunque al parecer no tuvo suerte. David parecía haber perdido el norte. Se quedó mirando a Yoli como si la viera por

primera vez. Había que reconocer que estaba mona. Llevaba puestos unos vaqueros ajustados, aunque según ella le sobraban unos kilos, aquellos pantalones la estilizaban y la combinación con una camisa de corte masculino en un blanco impoluto la hacía ver muy bien. Rebeke en aquel momento sintió unos celos casi patológicos. La ira se iba apoderando de ella y si no hubieran estado en un lugar público le habría arrancado los ojos. No entendía que David la mirase con aquellos ojos de cordero degollado. A él le gustaban jovencitas, le gustaba ella, se decía una y otra vez.

---Hola ---contestaron casi a la vez.

---¿Me invitáis? ---preguntó con sorna, vio de qué manera lo miraba Rebeke y le apeteció hacerla rabiar. Nada le excitaba tanto como hacer enfadar a Rebeke. Era una niña malcriada que jugaba a ser mayor y él disfrutaba de su egocentrismo. Jugaba con ella como un gato juega con un ratón. La manipulaba a su antojo aunque ella pensara que era al contrario. Se regocijaba en sus pensamientos cuando vio entrar a Alex.

---Ya estamos todos.

---¿Cómo dices? ---preguntó Yoli.

David no se había dado cuenta que había expresado sus pensamientos en voz alta.

---Nada, nada, que si me invitas a una cerveza.

---Claro que sí ---Yoli llamó a Maruja y le pidió la bebida, entonces vio a Alex que se acercaba a ellos y entendió la frase de David, sonrió para sus adentros.

---Reunión de pastores ---dijo con sorna Alex acercándose a la mesa en que estaban los tres.

---¿Os queda algún tópico más? ---expuso Yolanda.

---¿Puedo? ---preguntó Alex acercando una silla a la mesa para enfado de David.

---Desde luego que sí ---contestó Yolanda haciendo sitio a su lado.

El semblante de David demudó, pareció perder el color por un momento para recuperarse al instante. Alex fue el único que se dio cuenta, pero no dijo nada, no quería quedar como un paranoico. Llevaba días observando a David, no quería perderlo de vista. Había cosas que no le cuadraban y además notaba que estaba enamorado de Yolanda. Sabía que no debía utilizar su profesión para algo personal, pero no podía evitar los celos que le producía verlo a su lado, así que casi sin darse cuenta lo empezó a investigar.

---¿Vas a tomar algo o estás en misión oficial? ---se mofó David.

---Por hoy el trabajo terminó, pero siempre estoy de servicio. Lo digo para que no te confíes ---señaló Alex con voz inexpresiva y una sonrisa más falsa que una moneda de cinco euros---. Maruja, por favor ¿me pones un agua de Vichy?

David se tensó de repente, lo cogió como algo personal. Justo como Alex quería que lo tomase. Le interesaba ver su reacción. Desde el mismo instante en que lo conoció le pareció que escondía algo, pero no sabía qué y aunque nada lo incriminaba su nariz de sabueso le decía que debía mantenerlo vigilado. Hablaron de trivialidades. Rebeka miraba a Yoli, esta vigilaba a David, y Alex los observaba a todos. El único que parecía divertirse algo con la situación era David, al menos parecía tranquilo. Cada vez que Yolanda abría la boca Rebeka daba un respingo esperando que le dijera algo al inspector. David se retrepó en la silla. Al final estaba disfrutando. Notaba que algo pasaba. Después del primer pulso se relajó al pensar que en realidad había sido una casualidad encontrarse todos allí, así que de vez en cuando lanzaba algún anzuelo a ver quien lo pescaba, observado atentamente por Alex, que aunque parecía muy relajado estaba vigilante a cualquier cosa que pudiese servir de ayuda en la investigación.

Salieron del local y se dividieron en dos parejas. Alex acompañó a

Yolanda a su casa. Una vez en la puerta ella lo invitó a pasar, pero él declinó la invitación, aunque se moría de ganas y no estaba de servicio. Había recibido un mensaje al móvil de la joven agredida sexualmente. No quería que por el momento se supiera nada, por lo tanto iría a verla extraoficialmente.

Se presentó en casa de la joven a primera hora de la mañana. Abrió la puerta una Mily bastante más recuperada. Seguía sin recordar demasiado o al menos es lo que aseguraba, pero dijo haber recordado un detalle, no sabía qué tanto podía ser útil, pero como le había dicho que cualquier cosa que recordase, por insignificante que fuese, se lo dijera, ella lo había llamado para decírselo, le comentaba retorciéndose las manos y mirando hacia el suelo avergonzada mientras se tiraba de la falda hacia abajo en un intento de cubrirse las rodillas.

---Tranquila, has hecho muy bien ---la serenaba Alex.

---Igual no sirve de nada y resulta que le he hecho perder el tiempo ---se excusaba la joven.

---No me haces perder el tiempo. Es mi trabajo y lo único que importa es saber quién lo hizo. ¿De acuerdo? ---Mily asintió--- Bien, pues eso es lo único que tenemos que pensar en este momento. Ahora cuéntame, qué recuerdas.

---No es gran cosa, pero me ha venido a la cabeza así como un flash y he recordado un tatuaje, la persona que... mmm... que...

---Tranquila, no pienses en eso, tómate tu tiempo.

---La persona que me agredió... lo siento, es que me cuesta hablar de ello. Creo recordar que llevaba un tatuaje, aunque no lo recuerdo demasiado bien. No quisiera estar equivocada.

La joven cuando terminó de hablar se tapó la cara con las manos intentando reprimir unos sollozos que le hacían temblar la voz.

---Tranquila ---repitió Alex mientras le pasaba la mano por el brazo infundiéndole ánimo---, solo una pregunta más y ya estamos.

---Pregunte lo que tenga que preguntar. Contestaré todas las preguntas dentro de mis posibilidades.

---¿Recuerdas cómo era el tatuaje o dónde lo llevaba? No te precipites. Piensa bien como era y si puedes describe lo que recuerdes.

---No exactamente. Solo recuerdo que era como un perro o algo así, bueno, solo la cabeza, pero no recuerdo bien dónde lo llevaba, lo siento.

---A ver, esa cabeza cómo estaba, recuerdas si miraba de frente, para un lado o quizás hacía arriba.

---Creo que miraba hacía arriba, como si mirase una luna, estaba de perfil... creo. No creo que sea de mucha ayuda, pero es lo único que recuerdo. Por más que me esfuerzo no soy capaz de recordar nada más.

---No digas eso, cualquier detalle por insignificante que parezca puede darnos una pista de por dónde investigar. Todo es importante. Por eso, ya sabes, si recuerdas algo más me llamas, a la hora que sea.

Se despidió de ella animándola, diciéndole que harían todo lo que estuviera en sus manos para encontrar al culpable, a punto estuvo de decir que lo encontrarían, pero por suerte recordó a tiempo que no debía dar falsas esperanzas, ánimo sí, pero no podía asegurar que lo cogieran.

Alex se fue directo a comisaría. Lo primero que hizo al llegar fue cribar la base de datos de los delincuentes identificados de la zona y alrededores. Buscó las fichas de todos los que llevasen tatuajes. De todos ellos, que eran muchos, intentó desechar los que no fuesen perros, parecía ser que de perros se hacían muy pocos, se extrañó de lo fácil que podía parecer aquello, pero lo difícil que estaba resultando.

Empezó a separar fichas y se quedó solo con seis, de tantos tatuajes que llevaba la gente casi nadie llevaba un perro. Aquello le hizo dudar del

recuerdo de Mily. Por la manera y forma que decía que tenía el tatuaje le pareció que bien podía ser el de un lobo, así que buscó también lobos aullando a la luna que era lo que había dicho ella. En ese grupo aparecían bastantes más. Así que otra vez hizo un descarte. Introdujo las coordenadas para que el programa encontrase todas las personas de los alrededores que estuviesen fichadas y tuvieran tatoos de lobos o perros con una luna. Otros descartes fueron por edad, por agresiones sexuales y se aventuró con los malos tratos. En la criba quedaron bastantes, aun así no se rindió, los puso todos en una carpeta y se lo descargó en la tablet. Volvería a casa de Mily a ver si le sonaba alguna de aquellas personas. La tarde se le había echado encima, ni siquiera se había dado cuenta que no había comido. Se dio cuenta al notar que sus tripas comenzaban a gruñir de mala manera cuando un compañero pasó delante de él con un vaso del horroroso café de la máquina. Hasta un café de esos estaba dispuesto a tomar su estómago con tal de que le echara alguna cosa caliente. Se desperezó un poco, tenía los huesos entumecidos de las horas que llevaba buscando fotos e información sobre quién hacía y dónde se hacían aquellos tatuajes por la zona. Una vez lo tuvo todo más o menos preparado se dispuso a contentar a su estómago, antes de que alguien pensase que llevaba una gaita escondida.

El sitio donde solía comer tenía cerrado ese día, así que pensó ir donde Maruja, igual ella le hacía un bocadillo. No tenía fuerzas ni para calentarse algo precocinado. Lo único que había en su congelador. Se conformaba con cualquier cosa, ya que su especialidad en la cocina era darle al botón del microondas. Siempre decía que la gastronomía no era lo suyo, ya que se le quemaba el agua hervida, o al menos eso le dijo una novia que tuvo allá por el pleistoceno. Desde entonces procuraba no entrar demasiado en ninguna cocina, por si acaso. Maruja le dijo que sin problemas le hacía algo para cenar, le estaba regañando cuando entró Yoli a buscar una barra de pan para

su cena.

---Buenas tardes.

---Casi buenas noches ---la corrigió Maruja.

---Es tarde, sí, pero hoy casi ni tiempo de comer, así que para cenar me pienso desquitar ---comentaba Yolanda cuando se dio cuenta de con quien estaba hablando Maruja.

---Hola ---le dijo bajando la mirada. Seguía sintiéndose turbada cuando lo veía.

Alex se puso de pie y se acercó a ella a darle un par de besos, cosa que encantó a Maruja, de modo que intentó ayudar un poco a aquellos dos.

---Ya que ninguno de los dos ha comido ¿por qué no lo hacéis juntos?

---Por mí encantado. Siéntate y comemos algo ---le dijo separando la silla para que ella se sentara. Alex captó al vuelo la intención de Maruja.

---Os propongo algo ---dijo Maruja de pronto--- preparo alguna cosa rápida y os la lleváis a casa, así estaréis más a gusto y sin prisas, que yo quiero cerrar temprano, estoy cansada.

En aquel momento Alex olvidó su estómago. La propuesta de Maruja le pareció de lo más apropiada, así que miró a Yoli con cara de cordero degollado, le puso ojitos y sonrió como un niño pillado en falta, a lo que Yolanda no pudo oponer resistencia.

---¿Qué tal fueron los exámenes? ---preguntó Alex por entablar conversación. En realidad estaba deseando decirle que la extrañaba, pero notó que ella se sentía, o le pareció a él, incómoda.

---Bien, gracias. Si no estoy equivocada creo que he aprobado todo. A ver al final del trimestre si las cosas me van igual.

---Verás que sí.

Volvieron a quedar en silencio, solo roto por los ruidos que salían de la cocina seguramente de lo que Maruja les estaba preparando.

---Que si no te apetece cenar conmigo lo entenderé ---sugirió de pronto Yoli.

---Al contrario, me apetece y mucho. Sabes que no me gusta comer solo, así que comer en tu compañía, si te digo la verdad, es lo que más me apetece en este momento.

---Rebeka vino a hablar conmigo ---comentó Yoli sin poder contenerse por más tiempo.

---¿Rebeka? ---Se sorprendió Alex--- ¿Puedo preguntar qué quería?

---Las cartas las envió ella...

En esas apareció Maruja con una bolsa en la mano que contenía unos tupers con lo que les había preparado.

## Capítulo 14

---¿Álvaro ha llegado ya? ---Preguntó Alex a Lina, la recepcionista del centro de estética.

---Vino, pero ha salido, tenía unos asuntos que no podía delegar, ya sabe, bancos y todo eso.

---¿Cree que tardará mucho en volver?

---No, no lo creo, tiene una clienta de las que solo atiende él, así que no puede tardar, la clienta está a punto de llegar.

---Está bien, esperaré.

Alex se sentó donde lo había hecho la otra vez. Volvió a coger una revista de las que tenía para las clientas, como si de un conjuro se tratase. Volver a coger la misma revista de la vez anterior, esto debe ser una señal, pensó medio en broma, medio en serio.

---¿A qué debo este honor? ---escuchó la voz de Álvaro que se dirigía hacia él.

---Quiero robarte cinco minutos de tu tiempo si eso es posible.

---Por supuesto, pasemos a mi despacho.

Ya en el despacho de Álvaro, este le ofreció un café. Alex aceptó. Una vez que estuvieron las humeantes tazas delante de cada uno, el policía se dispuso a abordar la cuestión por la que había ido hasta allí.

---Verás, vuelvo a necesitar tu inestimable ayuda, ya que parece ser que hacer de detective se te da mejor que a mí.

---Eso ¿por qué lo dices?

---Si no lo sabes deberías saberlo. Supongo que has hablado con Rebeka. No creo que se hubiera atrevido a confesar voluntariamente si no hubiese

tenido una razón muy poderosa, y creo que esa razón eres tú. Me intriga qué le dijiste y cómo te diste cuenta que era ella. Yo tenía mis sospechas, pero no podía probarlo.

---Persuasivo que es uno. Ya te dije que en la peluquería la gente habla mucho, yo soy confidente de muchas mujeres, confían en mí más que en un cura.

---Ya lo veo, ¿y me puedes explicar qué fue lo que te dijo?

Álvaro le contó cómo había llegado a sospechar de Rebeka ya que al principio no había ni pensado que pudiera ser ella, pero al recordar que le habló sobre unas películas de cine clásico, empezó a pensar cuales le había recomendado, y repasó la lista en un par de ocasiones. Entonces recordó que como anécdota le había mencionado una película basada en una novela de Agatha Christie llamada: *El caso de los anónimos*, eso le dio la pista, dijo Álvaro con una sonrisa de autosuficiencia que no acabó de gustar a Alex. La llamó y le dijo que si confesaba no le pasaría nada, al fin y al cabo no había ocurrido nada grave ---¿O sí? Inspector---, terminó su relato.

---No, por suerte no pasó a mayores, pero bueno, no he venido aquí por eso. Estoy aquí por el tema tatuajes, ¿vosotros hacéis tatoos aquí?

---Woow, esto se pone interesante ---se animó Álvaro---, pero por desgracia no soy fanático de los tatuajes, así que siento decepcionarte, pero no, aquí no hacemos tatuajes. ¿Pensabas hacerte uno?

---Bueno, pues yo que lo siento, había pensado tatuarme un lobo aullando a la luna ---lo dijo como broma, sin pensarlo, pero le pareció que Álvaro había dado un pequeño respingo.

---Te puedo recomendar algún tatuador que lo hace muy bien si te interesa.

---No, jajaja, no te preocupes, era una broma ---al decir esto notó como Álvaro se relajaba---. No soy yo el que quiere hacerse un tatuaje, pero sí que

me interesa saber quien los hace.

---¿Puedo saber por qué ese interés en los tatuajes si no piensas hacerte uno?

---Solo te puedo decir que no tiene nada que ver con Yoli, pero de momento es confidencial.

Alex sacó la tablet de la mochila que había dejado colgada en el respaldo de la silla. Se tomó su tiempo para encenderla. Álvaro estaba expectante, no entendía qué estaba haciendo, pero tampoco quería preguntar, no quería parecer demasiado interesado en todo aquello. Alex le extendió la tablet una vez abierto el programa que necesitaba.

---¿Te dicen algo estos tatuajes? ---Preguntó sin más explicaciones.

Miró atentamente la reacción de Álvaro, este cogió el aparato sin prisas, estudió las fotos bajo la atenta mirada de Alex. Por mucho que lo escrutase no se le movió un pelo. Alex supuso que había hecho bien, parecía la persona adecuada para desentrañar si el tatoo lo llevaba alguien de la zona o por el contrario fuese algún foráneo.

---No soy experto en tatuajes, pero diría que es algo bastante común, supongo que un dibujo así lo llevará muchísima gente ---contestó el peluquero.

---Eso he supuesto. He buscado en la base de datos de comisaría, pero allí solo tenemos a los que están fichados, por eso he pensado que aquí que viene tanta gente a hacer deporte a lo mejor te has fijado en quien pudiera llevar alguno más o menos así y si me haces una lista o me das los nombres los investigaría para ir descartando. Al estar en el gimnasio supongo que en los vestuarios la gente es más desinhibida, se quitan la ropa y puedes ver si llevan tatuajes o no, eso sería de gran ayuda con la investigación.

---Tranquilo, yo te ayudo, me encanta meterme en mi nuevo papel de investigador privado. Esta vez seré Harper, misterioso y con un toque cínico -

--Álvaro ya se veía en el papel.

---Con que me digas quien lleva tatuajes de estos es suficiente, tampoco hace falta llamar mucho la atención ---advirtió Alex.

---Tranquilo, compañero, seré discreto. Supongo que cuando encuentres el que buscas me dirás de qué va todo esto.

---Por supuesto, pero primero tenemos que encontrarlo.

---Una cosa más, compañero ---Alex levantó las cejas ante tanto "compañerismo" ---¿Dónde se supone que tengo que buscar el tatuaje?

---En realidad no lo sé, solo sé que buscamos a un hombre que lleva un tatuaje de un perro o un lobo aullando a la luna, más o menos. La persona que fue agredida por este sujeto no recuerda exactamente dónde lo vio, solo recuerda vagamente que llevaba uno.

---Está bien, compañero, me pongo manos a la obra ---le dijo mientras se levantaba de la silla en que había estado sentado, se acercaba a Alex y le palmeaba la espalda.

El inspector se lo quedó mirando de un modo que no dejaba lugar a dudas lo que le parecía aquella comedia.

---Lo de compañero vamos a obviarlo, ¿vale? No somos compañeros, solo pido tu colaboración, es más, te pediría sobre todo mucha discreción.

---Perdón, perdón, por supuesto que seré lo más discreto que te hayas encontrado nunca.

---Una cosa ---se giró Alex desde la puerta---, si encuentras algo, por favor, me lo dices a mí, no hables con la persona en cuestión, no vayas a hacer como con Rebeka, ¿de acuerdo?

---Descuida, querido, no lo haré, solo hablaré contigo... espero que todo este trabajo tenga su recompensa ---le quiso hacer rabiar relamiéndose con lascivia y una malévola sonrisa. Se había quitado la máscara de hombre serio y había dejado salir de nuevo al Álvaro más genuino, para desespero de Alex.

Saliendo del SPA Alex se dirigió de nuevo a casa de Mily. Esperaba encontrarla allí puesto que no había avisado de su visita. Abrió la puerta la madre de la joven, una mujer de mediana edad, activa y desenvuelta a la que por fin su hija tuvo que explicar lo que le pasaba. La mujer no se había tragado el cuento del desvanecimiento que le había contado la hija para justificar su estancia toda una noche en el hospital. Como tampoco entendía el hermetismo de su hija, cuando siempre habían sido más que madre e hija, amigas.

---Buenos días, ¿está Mily en casa? ---Preguntó en un tono de lo más formal---. Soy el inspector Moreno, necesitaría hablar con ella un minuto.

---Sí, claro, ahora mismo la llamo, un momentito, por favor ---asintió girando sobre sus pasos y echando un vistazo a su apariencia, en el espejo del recibidor, a la vez que se atusaba un mechón de pelo detrás de la oreja---. Pase, enseguida viene mi hija.

En unos minutos apareció la chica. Se había vestido a toda prisa, por lo que dedujo que, aunque ya no era temprano, la había pillado en la cama. Mejor, se dijo, así tendrá la guardia baja y contestará sin pensar demasiado las respuestas. En algunas circunstancias lo mejor era que la persona soltara lo primero que le viniera a la cabeza, ya que a veces recordaban cosas que ni ellos sabían que habían visto, era un buen ejercicio. El subconsciente tiene esas peculiaridades, sobre todo después de pasar por un shock traumático.

La madre de Mily se sentó en una esquina del sofá. Su hija no se sentía cómoda con ella delante, así que le pidió por favor que los dejara solos. La mujer se levantó con toda la dignidad que pudo. Le dolía que su hija no se quisiera o no pudiera abrirse con ella. Desde el incidente se había cerrado en sí misma y no había manera de llegar hasta ella. Siempre había sido una chica solitaria y bastante taciturna, pero con su madre tenía una relación bastante fluida, sobre todo desde que su padre había muerto en un accidente laboral,

parecía que se había volcado más en ella, pero desde el suceso, se había vuelto a encerrar dentro de sí y se pasaba el día en su habitación, leyendo o navegando por Internet.

---Por mí no hacía falta que se fuese ---comentó Alex.

---No, no quiero que sufra por mí.

---Bueno, no es algo que me incumba, pero creo que la haces sufrir más si no le cuentas lo que te pasa. Aunque ni siquiera soy padre, es mi opinión como hijo.

---Puede que tengas razón, pero todavía no puedo, quizá más adelante me sienta más preparada ---zanjó el tema.

---Está bien, yo venía a enseñarte unas fotos de tatuajes a ver si alguno se parece al de tu recuerdo.

---Cómo quieras, pero ya te dije que no recuerdo casi nada, solo fue una imagen que acudió a mi cabeza, así sin más y no he vuelto a tener ninguna otra impresión.

---No te preocupes, solo quiero que mires las fotos, a ver si alguna te recuerda algo, si no llegas a encontrar nada similar, no te impacientes, no pasa nada.

Dicho esto se dispuso a enseñarle las fotos que llevaba consigo en la tablet. Mily la cogió con manos temblorosas. El inspector se puso tras ella y le pasó las primeras fotos, luego la dejó que las viera con tranquilidad. La joven pasaba las fotos a intervalos de dos segundos cada una, no se demoraba en ellas. Alex pensó que estaba nerviosa o abrumada, pero si no se fijaba bien en ellas sería imposible que la reconociera. La dejó, pensó que tenía que darle su espacio. Cuando hubo pasado todas las fotos la joven hizo ademán de devolverle la tableta, Alex la paró suavemente con la mano.

---Vuelve a mirarlas, por favor. Sin prisas, tómate tu tiempo, por mí no tienes que preocuparte. Solo intenta buscar algo, si no es el mismo, por lo

menos que se le parezca, para acotar la búsqueda. Solo te pido eso.

Mily se puso tensa, ella habría preferido no tener que mirar aquellas fotos. En el fondo se arrepentía de haberle dicho lo que había recordado. Solo quería que pasara todo, que todo fuera como antes, pero sabía que eso era imposible. Suspiró, cerró los ojos por unos segundos y esta vez se tomó su tiempo para repasar bien todas las fotos que le había llevado Alex.

---No te he preguntado si quieres tomar alguna cosa, ¿un café o una cerveza? ---asomó la cabeza la madre de la joven, que notando que se habían quedado en silencio apareció de nuevo con la excusa de ofrecer algo al inspector.

---No, gracias, estoy de servicio, no te preocupes.

Alex se había dado cuenta que la mujer, todavía joven, se había cambiado de ropa y se había maquillado, supuso que para causar buena impresión. Se había fijado que en la mesita del teléfono había una foto de la familia. Junto a ella un jarroncito con dos rosas amarillas que parecían recién cortadas. Alex supuso que del propio jardín, ya que tenía unos rosales a la entrada cargados de flores del mismo color y aspecto. Había investigado a la familia de la chica y sabía que su padre había fallecido hacía dos años en un accidente laboral. Que habían sido un matrimonio que se llevaba muy bien y vivían por y para su hija. Supuso que de ahí el carácter un poco introvertido de Mily. En ningún momento pensó que la mujer quisiera flirtear con él, sencillamente quería agradar, cosa que Alex agradeció.

Después de eso estuvo observando a Mily, cada vez que pasaba una foto, su cara, de lo más expresiva, delataba lo que pasaba por su mente, hasta que en una se quedó rígida, los ojos fijos en la foto y Alex supo que en aquel momento había recordado donde le había visto el tatuaje. La dejó reaccionar, que se calmase, ya que sabía que en su cabeza había en aquel momento un galimatías, un caos de sensaciones contrapuestas.

Estiró el dispositivo hacía donde estaba sentado el inspector. Le enseñó un tatoo de un lobo aullando a la luna, tal como él había pensado. Alex lo cogió con pasividad, dándole tiempo a que se repusiera del shock que mostraba su cara.

---¿Ese se parece al que llevaba la persona que te agredió?

---Sí... juraría que es igual, no estoy segura del todo, pero... creo que se le parece bastante.

---¿Has recordado, por casualidad, algo más? si lo llevaba en un brazo, en el pecho, no sé, ¿en el cuello quizás? ---preguntó esperanzado.

---Es difícil... duele recordar ---se secó una lágrima que asomaba por la comisura de su ojo--- creo que sí, creo que... lo tenía... ---se tapó la cara con las manos.

---No te precipites, si te cuesta lo dejamos o podemos hacer venir a una agente que sea mujer si te has de sentir más cómoda hablando con ella.

---Ya, ya se me pasa, igual es mejor que salga... creo que lo tenía encima de... de... encima de su miembro.

Alex se levantó y le frotó los brazos dándole ánimos, aquello era muy duro para una chica tan joven.

---Me lo metió en la boca... fue asqueroso... por eso lo vi ---sollozaba al recordarlo. En ese momento le vinieron unas arcadas y tuvo que salir corriendo al baño.

Alex no quiso insistir. Ya era suficiente el calvario que había pasado la joven, como para que él hiciera que lo recordara una y otra vez. Era bueno que se fuese desbloqueando, pero poco a poco, o al menos eso había dicho la psicóloga, que no la forzase por nada del mundo o se podía bloquear de nuevo y precisamente eso era lo que había que evitar a toda costa.

Salió de la casa con un aire un tanto optimista, ya tenía algo a qué aferrarse para poder encontrar al culpable. Lo único malo era el sitio, bastante

difícil de investigar, pero desde luego no imposible.

Llegó al despacho y metió en el ordenador los datos que le había dado Álvaro sobre tatuadores, buscó direcciones y acotó la zona a investigar. Empezaría por las más cercanas e iría abriendo zona a medida que viera los resultados. De pronto le vino una sospecha a la mente, seguro era solo fruto de su amor por Yoli y veía conexión en todo lo que hacía, pero algo muy fuerte le decía que el caso aún sin tener nada que ver podía estar relacionado de una u otra forma con la desaparición de Ramiro.

Se levantó, fue al tablero que tenía en la pared y fijó una foto de Mily en el caso de Ramiro, no sabía si le llevaría a algún sitio, pero no quería descartar ninguna posibilidad, y su intuición hasta aquel momento no le había fallado nunca.

Añadió el nombre de David al panel. No había encontrado ninguna conexión entre los sucesos, y tampoco había ninguna pista o indicio de que David tuviese relación alguna con la joven, pero ya puestos a desconfiar...

En los interrogatorios que le había hecho David no pudo aclarar algunos puntos oscuros. No pudo o no quiso decir dónde estaba la tarde en que desapareció Ramiro. Se limitó a decir que estaba solo, que no tenía coartada, pero que él era inocente, claro, eso lo dicen todos, aunque los pilles in fraganti, así que eso también dejaba las cosas en el aire. El problema era que no había cuerpo, así era muy difícil poder inculpar a nadie. Otro punto en contra era que estuvo en el gimnasio la misma tarde que agredieron a Mily, de allí salieron casi a la misma hora. Aquel era otro punto sin coartada y vuelta a lo mismo, según él se fue a casa directamente, pero tuvo que dar un rodeo muy grande porque Alex había medido el tiempo que se tardaba en llegar del gym a su casa y había un lapsus de casi media hora, otra contradicción. Alegó que se había parado en el camino y se había sentado bajo un árbol, todo muy sospechoso. Ahora Alex necesitaba saber si tenía un

tatuaje sobre su pene. Llamó a Álvaro, aquella información era muy confidencial, pero era la manera más rápida de averiguar quien podía tener un tatuaje en esa zona, son ganas, pensaba el inspector. Al móvil no respondía nadie, supuso que a aquella hora podía estar en el centro de estética. Tampoco quería darle un carácter urgente ante él, que no cometiese ninguna tontería y se fuese de la lengua. En alguna ocasión le había parecido que Álvaro según como rozaba la incontinencia verbal. Lo llamaría por la mañana.

Un whatsapp lo puso de buen humor de golpe. Yoli le decía que había preparado cena y era mucho para ella, así que le proponía que la ayudase a terminarla, que le daría pena tener que tirarla, argumentó.

Lo leyó pero no contestó. Pensó en darle una sorpresa, se presentaría en su casa sin decir nada. Se fue a casa; se duchó, se cambió de ropa y se puso la colonia que a ella le había gustado tanto. Pasó por una floristería, pero estaba cerrada, era demasiado tarde, así que no le tocó otra que pasar por una tienda de paquistaníes que eran los que ahora regentaban casi todas las tiendas de alimentación y lo único bueno que le veía era que cerraban a las tantas, así que compró una botella de vino y unos bombones.

Al llamar al timbre estaba tan nervioso como un colegial en su primera cita, no debería, además que lo hubiese llamado Yoli, con muy poco disimulo, significaba que le estaba dando una oportunidad. La cena que les había preparado Maruja la noche anterior había terminado como el rosario de la aurora, así que esperaba que esa noche todo quedase meridianamente claro, que él no buscaba nada, eso se lo había dicho por activa y por pasiva. Que precisamente no había pedido el traslado a ese pueblo perdido en las montañas para encontrar pareja. Que lo que hacía era huir del amor, pero que se le había atravesado ella en el camino y sus planes se habían hecho añicos. Yoli no lo entendió, supuso que se explicó mal. No había sido capaz de

entender que lo que le decía era que se había enamorado nada más verla. Que no era esa la idea, pero que había pasado y no podía dejar de sentir lo que sentía, es más, le dijo, quiero sentirlo, porque nunca he sentido tanto a nadie como te estoy sintiendo a ti.

Abrió una Yolanda más nerviosa de lo que lo estaba Alex. Ella estaba segura que él iría. No sabía en qué plan. La verdad es que estaba arrepentida de como lo había tratado la noche anterior, así que aquel montaje, ya que la comida era de rostisería, era básicamente para pedirle perdón por sus palabras. Al verlo tan guapo, con su barba de dos días, perfectamente estudiada. Su camiseta negra ajustada al cuerpo cubierta por una americana también negra y unos tejanos negros pitillo con zapatos se quedó sin palabras. Alex había combinado perfectamente una mezcla de clásico con súper actual que le encantaba. Lo hizo pasar. La cena en aquel momento era lo de menos. Yoli se había dado cuenta que no podía luchar contra sus sentimientos, así que había decidido dejar de ponerles freno. Llevaba todo el día dando vueltas a la cena de la noche anterior. No entendía por qué había reaccionado de aquella manera. Alex se había portado como todo un caballero, es decir, como siempre. No supo qué momento o qué frase la llevó a prácticamente echarlo de su casa. Así que llevaba todo el día pensando qué decir o hacer para disculparse, y, aunque un poco rocambolesco, le pareció que la mejor manera era invitarlo, subrepticamente, desde luego, a cenar.

Yolanda se había vestido también para la ocasión. Se había puesto un vestido lencero en color malva y llevaba una sobrecamisa en un tono más oscuro. Se veía muy arreglada pero pensó que la ocasión lo ameritaba. Incluso se había puesto tacones, algo que casi nunca solía llevar, pero quería verse bien para él, pensó que se lo merecía.

Se quedaron mirando fijamente. Alex quiso decirle lo guapa que estaba pero no le salían las palabras. Otro tanto le pasaba a Yoli. Fijó sus ojos en sus

labios carnosos, sensuales. Esperaba un beso, un apasionado beso y era incapaz de alejar los ojos de aquella boca que tanto deseaba. Parecían dos estatuas. Ninguno dijo palabra. Ninguno osaba ni tan solo respirar; hasta que apareció Boris, se enredó en las piernas de ambos y maulló pidiendo algo de atención. Alex soltó la bolsa con los bombones y el vino, se agachó y lo cogió en brazos, cosa que le agradeció con un ronroneo y pasando varias veces su cuello por el brazo de él dejando su inequívoca marca de posesión.

---Huele muy bien, ¿has cocinado para mí?

En ese instante notó como Yolanda se ruborizaba. Sabía que la cocina no era su punto fuerte, así que pensó que había sido un gesto por su parte. Sonrió internamente. La había pillado en un renuncio, estaba seguro que pensaba hacer pasar la cena como si fuese hecha por ella. La adoró más por no saber mentir.

---Es para ti, pero no, no lo he cocinado yo, ya sabes que la cocina y yo no nos llevamos bien. ---Bajó la vista ruborizándose intensamente, sin saber que con ello incendiaba aún más, si eso era posible, las ganas que Alex sentía por ella.

Ya tenía la mesa preparada. Se había esmerado a la hora de ponerla; sacó el mejor mantel de hilo en un tono crudo y puso un camino de mesa, que su madre ni siquiera había estrenado, en color negro y que a ella le gustaba especialmente. Dos gruesas velas rojas descansaban sobre un lecho de hojas secas a modo de centro de mesa. Los platos también eran de estreno. Alex la rodeó por detrás, le besó el cuello y la abrazó intensamente, como si se le fuese a escapar. Estuvieron un rato así, sin moverse, sin hablar, solo sintiendo el ritmo de dos corazones que latían acompasadamente.

Yolanda había metido la cena en el horno para que no se enfriase, pero la cena en aquel momento no era prioridad. Se necesitaban con urgencia, necesitaban sellar lo que sentían. Saber que habría problemas, pero que los

solucionarían. Las cosas llegarían y las superarían de una en una, le susurraba al oído.

---¿Confías en mí? ---preguntó necesitando que la respuesta fuese la esperada.

---Ciegamente.

A partir de ese momento la noche empezó de verdad.

Estaban terminando de cenar. Después de hacer el amor habían notado el hambre y decidieron que lo mejor era dar cuenta de la succulenta cena que Yolanda había comprado. Rieron de buena gana y entre bocado y bocado se besaban. Sonó el timbre de la puerta, se sobresaltaron, no esperaban interrupciones.

---¿Esperas a alguien? ---preguntó Alex.

---No, y menos a estas horas.

Fue a abrir y se llevó una sorpresa, era Álvaro, había llevado palomitas y una botella de vino.

---Hola, amor, vengo a echar chisme, ¿a qué no sabes en qué estoy metido ahora?

En ese momento apareció Alex por el pasillo.

---Opps ---dijo Álvaro tapándose la boca con la punta de los dedos.

## Capítulo 15

---¡Esto ya es el colmo! ---Irrumpió David en el despacho de Alex como una tromba--- ¿desde cuándo me están siguiendo? Esto ya pasa de castaño oscuro. Si tienes algo contra mí, acúsame formalmente, y si no, me olvidas.

---Tranquilízate, nadie te está siguiendo, ¿a qué viene este alboroto?

---No me digas que me tranquilice. Sé muy bien lo que veo y un coche de los vuestros hace tiempo que me sigue. Te repito, yo no soy a quien buscas.

Parecía que hubiese tomado algo; aquella manera de irrumpir en su despacho. Aquellos ojos inyectados en sangre. Aquella manera de hablar atropelladamente le reafirmaba que estuviera alerta. David estaba perdiendo los nervios, pero sus hombres eran unos ineptos, mira que dejarse reconocer de aquel bueno para nada. Mientras pensaba esto se levantó de detrás del escritorio y se acercó a David que estaba tenso; de pie, con las manos agarrando con dedos como garras el respaldo de la silla. Quiso apaciguarlo.

---No... me... toques ---dijo David con los dientes apretados, dejando escapar el aire entre palabra y palabra.

---Está bien, está bien, no te toco ---alzó las manos a la altura de sus hombros---. Solo quiero saber qué ha pasado para que pienses que alguien te sigue. Personal de comisaría imposible, vamos cortos de efectivos ---lo cual era una verdad a medias, iban cortos de efectivos, pero había una patrulla de civil siguiendo sus movimientos.

---¡No me vengas con ese cuento! ---clavó los ojos inyectados en sangre y furia en los de Alex, que no rehuyó la mirada--- sé lo que hacéis.

---Creo que has visto muchas películas. Nada de lo que veas por televisión es cierto. Somos personas de lo más normal, no tenemos

superpoderes.

---¡No me trates como si fuera imbécil!

De un manotazo retiró el brazo de Alex que intentaba calmarlo. Le dio tan fuerte que le hizo daño. Lo cual le llevó a pensar que había consumido algún tipo de sustancias. Empezó a sudar y la ropa parecía estorbarle. Se echó mano al pecho como si tuviese taquicardia. Le temblaban las manos y no podía controlar sus extremidades.

Al intentar esquivar el golpe, Alex tiró al suelo un cubilete de cerámica, que contenía lápices y bolígrafos, y que estaba sobre el escritorio, el cual se hizo añicos. Un agente de guardia entró al sentir el estruendo. Pensó, con razón, que de la manera que había entrado David posiblemente se habría puesto agresivo.

El despacho de Alex daba a la calle. Tenía las persianas bastante bajas. Estaba nublado, pero por el resquicio que quedaba se coló de pronto un rayo de sol que deslumbró a David. En su trayectoria se podían ver las motitas de polvo en suspensión. David permaneció un momento absorto mirando al agente que se había interpuesto justo en la trayectoria entre el rayo de sol y él. Este se dio cuenta que estaba en trance. Se lo quedó mirando como si de pronto hubiese aparecido de la nada un perro de dos cabezas. Toda la furia con la que entró parecía haber desaparecido de repente. El agente arrastró una silla que había en la pared y la puso justo detrás de David, presionó suavemente en sus hombros y este accedió dócilmente a sentarse sin volver a abrir la boca.

El policía a un gesto de Alex se quedó prudentemente detrás de David, esperando cualquier reacción por su parte. El inspector echó un poco de agua en un vaso de plástico de la fuente que tenía al lado y se lo ofreció a David.

---Bebe un poco, te hará bien.

---No estoy loco. Sé lo que digo y sé lo que he visto ---dijo por fin

después de beber un sorbo de agua.

---Por supuesto que no estás loco, pero supongo que cuando estás así es por algo, cuéntamelo, a ver si puedo ayudarte en algo.

Alex intentó reconducir la conversación. Se daba cuenta que David había perdido ligeramente la razón y esperaba llegar al fondo del asunto. Le hizo una seña con la cabeza al compañero para que llamara a una ambulancia. David, por desgracia, necesitaba otro tipo de ayuda.

---Queréis que confiese algo que no he hecho ---decía David con los ojos fijos en algún punto indeterminado de la pared, parecía más bien que la estaba traspasando con la mirada, que iba más allá de los ladrillos y el cemento.

---¿Quién quiere que confieses? ---preguntó Alex por hacerle hablar, puesto que aquello, en realidad, no tenía sentido.

---Vosotros. Me llamáis a cada rato. Me queréis volver loco.

---A ver, bebe un poco más de agua y explícame eso ¿quién dices que te llama? Y ¿Puedes recordar qué te dice?

---¡¡No me dice nada!! Por eso sé que sois vosotros. Llamáis a cualquier hora, día o noche. Me seguís a todas partes. Queréis volverme loco ---repitió.

---Nosotros no hemos llamado a nadie, ni hemos perseguido a nadie.

---Si crees que me vas a hacer creer que no sois vosotros estás muy equivocado. Tengo las llamadas registradas.

---Entonces será mejor que pongamos una denuncia, déjame ver los números desde los que te llaman, o el número si es el mismo siempre.

---No hay número, es oculto, por eso sé que sois vosotros. La policía siempre llama con número oculto ---se repitió de nuevo.

---¿Y solo por eso ya supones que es la policía la que te llama? ¿No has pensado que pueda tratarse de una broma?

Aunque estaba en la conversación Alex estaba pensando a toda máquina.

Aquello se estaba pasando de castaño oscuro. Primero las cartas. Ahora esas llamadas. Si es que era cierto lo que decía David, tocaba averiguar. De momento quizá había que coger la información con pinzas, puesto que David parecía en trance durante aquel lapso. Un súbito pensamiento se instaló en su cerebro. La noche anterior estaban acabando de cenar cuando se presentó Álvaro en casa de Yoli. Ahora que lo recordaba estaba bastante alterado. Llegó con el cuento de ver una película, pero al abrirle la puerta pensó que ella estaba sola y lo primero que dijo es "tengo chisme" ya se había dado cuenta que a Álvaro le encantaba hablar un poquito de más. Lo había pillado en alguna que otra ocasión. En aquel momento no le dio importancia, pero ahora que lo pensaba ¿a qué se referiría cuando dijo chisme? Estaba seguro que cambió el discurso al verlo a él allí. Entonces no le dio importancia, pero la cara que había puesto por unos segundos fue de tremendo disgusto. Aunque en honor a la verdad se recompuso muy pronto y supo estar a la altura.

Le había estropeado la noche. No le quiso dar importancia y dijo que se tenía que marchar, aunque le hubiese gustado pasar la noche con Yoli, tampoco quería que el peluquero se sintiera desplazado en su amistad con ella. Sabía que era costumbre de él presentarse en casa de Yoli con palomitas o alguna botella de vino para ver películas, ya que era fanático del cine. Otra cosa más que anotar a su panel de posibilidades. Había depositado mucha confianza en el joven, esperaba no haberse equivocado, pero, su estómago le estaba enviando señales que por primera vez en su vida no sabía interpretar.

Llegaron los sanitarios y examinaron a David. De pronto le dio un bajón y empezó a convulsionar. Temblaba y tenía espasmos. Al rato se quedó laxo, como si nada le importase. Estaba sentado y se iba resbalando de la silla. Le tomaron la tensión arterial, la tenía excesivamente baja, el pulso le había bajado de modo alarmante. Lo subieron en la ambulancia y por el camino le

pusieron una vía, por lo que pudiera pasar.

Alex después de llamar a la familia se fue al hospital. Aquello no cuadraba con nada de lo que hasta ahora era el caso, o quizá no tenía nada que ver, pero era todo muy sospechoso. Incluso se le había pasado por la cabeza que David estuviera haciendo comedia, se le daba bastante bien, pero el desmayo no era fingido. Esa manera de saltar de la euforia al desvanecimiento no era nada normal. Nunca había visto nada así, y eso que había visto muchas cosas en su carrera como policía. Cada vez se enredaban más las cosas. Él había pedido el traslado para estar en un lugar tranquilo, pero este pueblo de tranquilo no tenía nada. ¿Sería que él arrastraba la desgracia consigo? ya no sabía qué pensar.

Otro tema que lo tenía sin sueño era que Álvaro se presentase en casa de Yoli siempre que tenían algo de tiempo para ellos; si no se presentaba como la noche anterior, salía en la conversación o llamaba por teléfono. El caso era que siempre estaba presente. Si no fuera porque él mismo le había confesado que era gay, pensaría que era todo lo contrario. La primera idea seguiría persistente en su mente, más parecía que estuviese enamorado de Yolanda que otra cosa.

Cuando los médicos acabaron de examinar a David, Alex quiso hablar con ellos. Había llegado la madre acompañada de su nieta. No quería que la joven fuese al hospital hasta saber qué había pasado, pero esta se negó en redondo, dijo que si no la llevaba iría ella sola, que cogería un taxi o haría auto stop si fuera necesario, pero que buscaría la manera, amenazó a su abuela hasta que esta no tuvo más remedio que dejar que la acompañara.

El médico que lo atendió después de hacer las pruebas y análisis pertinentes, lavado gástrico incluido, dejó pasar a la familia. Solo estaba permitido un familiar en urgencias, pero dado el estado de agitación de Aina pensó que era mejor que entrase con su abuela, al fin y al cabo, David estaba

bajo los efectos de lo que hubiese tomado. Hasta no tener los resultados de los análisis estaría monitorizado y una enfermera estaba atenta a cualquier cambio en sus constantes vitales.

El doctor hizo pasar al inspector a su despacho, le ofreció asiento y esperó paciente a que le hiciera las preguntas pertinentes, puesto que de momento no sabían lo que había tomado.

---Le hemos practicado un lavado gástrico, pero los síntomas nos tienen confundidos, la verdad. Es como si hubiera mezclado gran cantidad de drogas diferentes. Por un lado está el episodio de histeria acompañado de alucinaciones, y por otro la súbita relajación. La verdad es todo muy confuso ---se sinceraba el médico.

---¿Usted cree que se lo pueden haber administrado por error? O sin él --- Preguntó Alex con temor a la respuesta, siendo casi inaudible la última frase.

---A ver, los drogadictos son capaces de cualquier cosa, pero David no tiene historial de haber tomado sustancias. Supongo que como todos en algún momento habrá fumado un porro o se habrá metido una raya, pero de ahí a este cóctel, me cuesta creer que nadie pueda mezclar según qué cosas si no es que se quiera suicidar. Pero cómo le digo, hasta que no estén los resultados no podemos estar seguros al cien por cien.

---Está bien, dejaré uno de mis hombres de guardia hasta que se pueda ir a casa. Después ya veremos qué hacer. Una cosita más, Doctor ---dijo Alex desde la puerta--- usted que lo conoce mejor que yo, ¿cree que se haya querido suicidar?

---Pues no lo conozco tan bien como todo eso, pero ese comportamiento tampoco es para nada típico de alguien que quiere suicidarse.

---Gracias, me lo parecía, pero quería estar seguro.

Al salir del hospital Alex iba pensativo. Aquello no le gustaba nada, el caso se complicaba por momentos, y estaba seguro que todo tenía que ver con Ramiro Duperly, pero ¿Cómo encajar todas las piezas de aquel extraño puzzle?

Había enviado al laboratorio de la policía científica el móvil de David, quería saber si se podía rastrear aquel número oculto, al menos saber quién estaba haciendo aquellas llamadas. Mientras tanto se despidió de la madre y la hija de David y les dijo que todo iba a estar bien. En realidad no sabía qué decir ni siquiera qué camino tomar.

Se había hecho muy tarde, le apetecía mucho ver a Yoli, pero no quería importunarla. Presentarse en su casa, al modo de Álvaro, sin avisar, se estaba convirtiendo en una costumbre. De pronto, al pensarlo, Álvaro le vino a la mente, sin darse cuenta, pero era cierto, parecía que tenía un radar para saber cuando estaban juntos y aparecer, que no decía que lo hiciera deliberadamente, eran simples casualidades, pero ya le empezaba a molestar su presencia. Si tan contento estaba porque Yoli y él estuvieran juntos, ¿por qué cuando veía que estaban los dos pasando un buen rato no se evaporaba? Le gustaba estar en medio, entrar en todas las conversaciones y cuando estaba feliz y tranquilo con ella a veces no medía sus comentarios. Sabía que Yoli era una tumba. Se estaba preparando para ser una magnífica detective, así que nunca revelaría un secreto oficial, de eso estaba más que seguro, es más, pongo la mano en el fuego, como se dice vulgarmente, elucubraba para sí. Para ser consecuente con sus pensamientos sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y llamó a la persona más importante en su vida en aquel momento. Cursi, eres un cursi se dijo con una enorme sonrisa.

---Hola, guapo ---contestó una melodiosa voz al otro lado, en aquel instante todo le parecía almíbar.

---Buenas noches, princesa.

---¿A qué se debe esta llamada? ¿Pasa algo? ---se preocupó, ya que rara vez la llamaba por teléfono.

---No, que tengo muchas ganas de verte, pero no quiero presentarme en tu casa y encontrarme que estás acompañada. Me estoy poniendo celoso de tu amiguito jajaja ---ironizó meloso.

---Ya sabes que de mi amiguito como tú lo llamas no tienes nada que temer.

---No sé yo, a veces creo que está enamorado de ti, que sería capaz de cambiar de bando solo por ti.

---¡Serás bobo! ---Sonrió halagada--- ven pronto, te espero...

Cuando cortaron la conexión los dos tenían la misma cara de bobalicones. Los dos se deseaban con urgencia. Alex se dio la vuelta, de pronto se le vino una idea, seguro ella no tendría gran cosa para cenar y no quería ponerla en más aprietos, así que se pasó por la pizzería y encargó una pizza de las que a ella tanto le gustaban. La especial de la casa, de salmón con mucha cebolla. Tenía que reconocer que estaba deliciosa. De paso cogió también una botella de vino blanco. Esperó a que estuviera lista para llevarla él mismo. No quería interrupciones. Esperaba tener una noche tranquila con su ¿novia? No sabía si podía decirse que lo fueran. Otra vez estaba montando castillos en el aire. A ver a dónde les llevaba la relación. *Piano, piano*, se dijo, tal como le decía su madre cuando de niño lo quería todo para ayer.

Llegó a la calle de Yoli. Estaba a punto de aparcar delante de su puerta. Era una calle de casas unifamiliares rodeadas de jardines y con vallas alrededor. El estacionamiento no era problema, casi todo el mundo tenía un lugar donde aparcar el coche dentro de su casa. Dio un poco de marcha atrás

cuando un punto rojo se reflejó en el espejo retrovisor. Al darse cuenta de aquello aceleró la marcha atrás con un pequeño derrape y se paró delante de la casa desde donde le pareció ver el punto de luz. Efectivamente, parecía el piloto de una cámara de seguridad. Una cámara bastante camuflada. Una idea peregrina acudió a su cabeza. No pensó que en aquella zona podía haber cámaras. Cuando investigaron los vecinos dijeron que no. Suponía que debía ser ilegal, por eso nadie dijo nada. Otra posibilidad era que la hubiesen puesto después del suceso, pero ¿y si por aquella casualidad estaba de antes y había alguna cinta de aquel día? Tomó nota mental de, a primera hora de la mañana del día siguiente, enviar a algún agente a averiguar. No se perdía nada más que algo de tiempo si no había nada, pero ¿y si lo había? Nunca estaba de más, cualquier cosa que pudiera llevarlo a una pista, por ínfima que esta fuera, sería un avance.

Al llegar a casa de Yoli estaba serio y pensativo, con las ganas que tenía de estar con ella aquel detalle lo había puesto nervioso y alerta, pero de momento no quería crearle falsas expectativas, así que intentó disimular.

---Traigo la cena ---dijo en el momento en que ella abrió la puerta. Debía mostrarse lo más normal posible por mucho que su estómago, o también le podemos llamar intuición, le dijera que ahí podía haber algo.

---Mmmhhhh, qué bien huele ---dijo colgándose de su cuello.

Cenaron en un discreto silencio. Yolanda tenía la copa de vino en la mano y se lo quedó mirando fijamente, no era tonta, sabía que algo le pasaba, pero no podía imaginar qué podía ser. Sin querer, durante la cena había repasado mentalmente sus últimos encuentros. Desde la última vez en que ella se comportó como una idiota la relación había sido fluida. Se habían visto en un par de ocasiones, incluso habían hablado por teléfono otras cuantas. Sí que era cierto que en las ocasiones en que se vieron, en todas ellas apareció Álvaro por sorpresa, ¿sería eso lo que lo tenía tan molesto? Imposible, él

sabía perfectamente cómo era su relación con Álvaro, se querían como hermanos; era su confidente, su paño de lágrimas y su apoyo incondicional cada vez que lo necesitaba, ¿cómo podía estar celoso de él?

---Amor, ¿te pasa algo? ---Se decidió a preguntar por fin.

---No, ¿por qué dices eso?

---Te noto raro, estás muy callado.

---He tenido un día muy complicado, estoy cansado, solo es eso.

---Está bien, relájate, están siendo unos días muy duros.

Yolanda se levantó de la mesa, la rodeó y se puso detrás de Alex. Este se quedó parado sin saber qué estaba pasando cuando ella empezó a masajearle el cuello, la nuca, los hombros. Poco a poco se fue relajando. No estaba tenso por el día, al fin y al cabo era su trabajo. Estaba tenso a causa del hervidero que tenía en la cabeza.

---Cariño, estás muy rígido, tus cervicales son un puro nudo ---decía Yolanda mientras masajeaba la espalda de Alex y le iba dando besos en las zonas más afectadas. Aquel masaje obró milagros. Aparte de destensarlo también consiguió que por un rato dejase de pensar en el caso y se dedicase a disfrutar de los mimos con que Yoli lo agasajaba.

De los masajes pasaron a algo más íntimo. Al cobijo de la noche afloró de nuevo el deseo. Los sentimientos alerta, cada roce, cada caricia. La boca de ella descendió despacio saboreando cada centímetro, cada mimo, cada arrumaco. Alex inmóvil temblaba cual hoja al viento, atesorando el momento, encendido, abriendo sus sentidos, aspirando el aroma del almizcle que de ella se desprendía y que envolvía todo.

Se tomaron de mil formas, ella amazona de su cuerpo, él corcel indomable bajo sus piernas. Espuma de mar que viene y va, adentrándose violentamente unas veces, lenta otras, cual mariposa posándose sobre la más bella de las flores. El fuego abrasador sació instintos y deseos fundiéndolos

en un solo ser. Alex transformó su cuerpo en lienzo, perdieron la noción del tiempo y casi la cordura hasta llegar a un clímax total.

El alba se coló por la ventana, un gorrión trinó para recordarles que había amanecido. Alex se recostó sobre su codo derecho y se giró hacia la mujer, con la que había compartido la noche, para poder seguir disfrutando un poco más de la blancura de su piel. Besó sus párpados, la punta de su naricilla respingona y por fin sus labios, a los que acudió una sonrisa. Alex debía marcharse, pero se hacía el remolón, si el paraíso existía debía ser aquello.

Llegó a comisaría a primera hora de la mañana, aunque había pasado una noche deliciosa y le hubiese gustado quedarse en los brazos de Yoli, era consciente de que su trabajo era lo primero, sobre todo el caso de Ramiro. Tenía la sensación desde hacía unos días que había algo o alguien que hacía todo lo posible por ralentizar las investigaciones, y por mucho que investigase sus sospechas siempre llevaban a un punto muerto.

Un agente llamó a la puerta del despacho, abrió y le entregó un informe.

---Es sobre las llamadas que le hicieron a David, será difícil de averiguar, según la compañía telefónica es un móvil de prepago y solo se ha usado para esas llamadas, nos han dicho que buscarán el punto de venta y a qué nombre se hizo.

---A ver si tenemos suerte ---se lamentó Alex.

---¿Quieres que te diga algo? Creo que si lo han comprado en los chinos o en Internet la cosa se complica bastante, con esas páginas de Internet en que se compra y vende de todo cualquiera puede comprar un móvil de segunda mano hacerlo servir para hacer esas llamadas y tirarlo luego o volverlo a vender.

---Lo sé, ya lo había pensado, pero en algún momento cometerá un error y ahí vamos a estar, ya lo verás.

---Seguro que sí.

El agente salió de la oficina y siguió con sus tareas. Alex al quedarse solo volvió a mirar el tablón que había preparado y buscó una foto de Álvaro, la puso en un punto medio, también puso la foto de Rebeke al lado de Álvaro, algo le vino a la cabeza, ¿por qué le había recomendado películas?, ella en su declaración dijo que lo había escuchado hablando de cine y le preguntó, tenía la sensación que Álvaro sabía llevar a la gente a su terreno, que sabía cómo manipularla, así que debería utilizarlo para que le ayudase a encontrar el hombre del tatuaje, estaba seguro que cuando apareciese darían un gran paso en la investigación.

## Capítulo 16

Rebeka se presentó en el hospital, iba en calidad de amiga de Aina, pero a Clara, la madre de David, no se le escapó la manera tan desenvuelta que tuvo de mirar a su hijo.

Lo habían llevado a una habitación y allí les dejaron estar con él. Como había habido nuevos recortes escaseaba el personal, así que le dijeron a su madre que estuviera al tanto con el suero que le habían puesto y, sobre todo, si tuviese vómitos que lo pusiesen de lado para que no se ahogase.

---Cariño, tu amiga y tú ya podéis marcharos a casa ---dijo la madre de David esperando que aquella jovencita que se comía a su hijo con los ojos se fuese también. ¿Es que la juventud no tiene decoro? Pensaba la buena mujer, sabía que su hijo desde que su mujer se había marchado, de la noche a la mañana, sin volver a dar señales de vida, había salido con muchas mujeres, pero le parecía el colmo si se había liado aunque solo fuera una vez con la amiga de su hija. Vale que pareciera mayor de lo que era. Vale que fuera muy guapa y conociendo a los padres, bastante bien les había salido. Tanto aparentar y no tienen dónde caerse muertos, criticaba la buena mujer, su deporte favorito.

---Rebeka, vete tú, yo me quiero quedar con mi padre ---replicó Aina--  
-.Abuela si quieres vete tú también, yo puedo cuidar sola a papá.

---¡Desde luego que no! Tú mañana tienes clase, así que os vais las dos, aquí no podemos hacer nada más, no seas terca, Aina, ya te he dejado venir, has visto que tu padre está estable, así que no tenemos por qué pasar mala noche las dos, y si se alarga mucho contrataré a una enfermera que se quede con él, creo que será lo mejor.

---Si quieren me puedo quedar yo ---señaló de pronto Rebeka, momento en que dos cabezas se giraron a la vez y los cuatro ojos se posaron en ella con espanto.

---Te lo agradezco, querida, pero tú no eres de la familia ---puntualizó doña Clara horrorizada. Aquella jovencita era más atrevida de lo que había podido imaginar.

Al escuchar aquello Rebeka dio media vuelta y se marchó sin esperar siquiera a Aina. No sabía la vieja aquella lo que acababa de hacer, pensaba por el pasillo que llevaba al ascensor, esta bruja pagará caro este desaire, sentenció.

Alex estaba en el despacho dando vueltas al caso, algo se le escapaba y no era capaz de encontrar qué era, estaba seguro que había un nexo común con todo lo que estaba pasando, pero ¿qué? le estallaba la cabeza y no encontraba nada. Ahora otro problema. ¿Por qué se había querido suicidar David? Él no era psicólogo, y no le parecía que el carácter de David se prestara a un suicidio, el médico tampoco lo creía, entonces ¿qué le había pasado por la cabeza para tomar algo, todavía no se sabía qué, tan nocivo? Pensando en eso se acordó que había dicho que investigaría las cámaras de seguridad, que seguramente habían puesto en la casa cercana a la de Yoli. Llamó a un subordinado y le encomendó la tarea.

---Intenta que te den todas las cintas de seguridad, a ver si tenemos suerte ---insistió por enésima vez.

---Desde luego que sí, inspector, espero conseguir algo que nos ayude con el caso.

---Yo también lo espero.

Mientras redactaba el informe sobre lo acaecido el día anterior sonó el teléfono, era el agente que había dejado de guardia en la puerta de la habitación de David aquella noche. Llamaba para decirle tal como habían

quedado, que ya estaba despierto y le darían el alta, preguntó si quería que lo interrogase antes de que saliera o lo citarían a comisaría cuando estuviese del todo recuperado.

---No, quiero hacerlo yo, voy para allá, en menos de diez minutos estoy ahí ---dispuso.

---Está bien, jefe, de aquí no me muevo.

Colgó el teléfono y salió corriendo. No sabía bien por qué era tan importante que estuviera en el hospital cuando lo interrogase, pero necesitaba ver su primera reacción. Seguía sin saber qué pensar sobre todo aquello y quería que hubiese un médico cerca por si la cosa se complicaba. También esperaba que estando allí le dieran los resultados de los análisis, era importante saber a ciencia cierta qué había tomado y por qué.

Llegó a la puerta de la habitación. El agente lo estaba esperando. Había pasado toda la noche de guardia y estaba cansado, tenía ganas de irse a casa a descansar. Le abrió la puerta a Alex, este se giró y le dijo que podía irse, le agradeció el esfuerzo y entró.

David estaba recostado en dos almohadas, con el brazo donde había tenido el suero estirado sobre la cama. Se le veía cansado, unas ojeras oscuras hundían sus ojos y el color mortecino de su piel le daban un aspecto fantasmal. Alex recorrió el cuarto con la mirada, la cama contigua vacía, los soportes de los goteros uno al lado del otro, el nombre pegado con un celo a la cabecera de la cama. La persiana medio cerrada para que no entrase demasiada luz, supuso que le molestaría a los ojos. David acompañó con la vista el recorrido que hacía Alex, callado, sin saber qué decir. En un momento quiso decir algo, pero su madre que seguía con él se lo impidió poniéndole un dedo en los labios, y haciendo un gesto con la mano de calma. Ella tampoco sabía qué hacía allí el inspector, pero optó por la prudencia y esperó paciente a que se decidiera a explicarlo él sin necesidad de preguntar.

---¿Cómo te sientes?

David se lo quedó mirando como si viera al mismo demonio, por un momento Alex pensó que volvía a tener alucinaciones.

---Parece ser que saldré de esta.

---Querría hacerte unas preguntas. ¿Te parece?

---Hazlas, aunque creo que ya sabes las respuestas.

---¿Nos deja a solas un momento, Clara?

La mujer iba a protestar, pero se lo pensó mejor. Salió de la habitación, se asomó a la ventana que había al fondo del pasillo. El día parecía que no quería acabar de salir, todo era lento, perezoso. El cielo estaba plomizo, amenazante, se abrazó a sí misma en un gesto íntimo. Aunque pudiera aparentar ser una mujer muy segura y muchos decían de ella que era dura de corazón, nada más lejos de la realidad. Ella sabía que su hijo era débil y tenía que ser fuerte por él. Aunque David no lo quisiera admitir, el abandono de su mujer lo cambió. Desde entonces era una sombra, todo le daba igual y había escogido el peor camino... las mujeres, pero no una mujer para olvidar a Marta, no, él quería hacer pagar en otras la deslealtad de la suya. Y ella aunque no estaba de acuerdo con ese proceder, tampoco sabía cómo ayudarle.

---A ver, por dónde empiezo, me gustaría saber qué pasó ayer.

---Creo que ya sabes lo que pasó.

---Sé lo que pasó desde el momento en que llegaste a comisaría, pero me gustaría saber qué pasó antes.

---En realidad no lo recuerdo, solo recuerdo que me puse muy nervioso al ver que de nuevo me seguían tus hombres.

---A ver, no te seguían, sería una coincidencia, el pueblo no es grande y ellos tienen que patrullar.

David puso los ojos en blanco, sabía perfectamente que de vez en cuando lo habían mandado seguir, tenía un amigo en comisaría y se le escapó, pero

no pensaba delatarlo. Esbozó media sonrisa y esperó paciente a que el inspector continuase con su interrogatorio. No recordaba lo que había pasado. Todo era una nebulosa en su cabeza, sobre todo desde que se tomó aquella copa. Borracho no iba, pero le sentó mal. Eso fue lo que pasó, solo se había tomado aquella puñetera copa, pero no había comido nada y le sentó mal, eso era todo lo que podía recordar.

---Tú dices que no, yo digo que sí. Quedamos en tablas.

---Está bien, supongo que recordarás lo que tomaste, de todos modos lo sabremos cuando lleguen los resultados del análisis.

---Solo tomé un whisky.

---¿No era muy temprano para estar bebiendo?

---No soy alcohólico, si es eso lo que te preocupa. Me gusta tomar un trago de vez en cuando, como a cualquiera.

---Sí, pero no cualquiera lo rellena de un montón de sustancias.

---¿Sustancias? No estarás sugiriendo que había tomado drogas, porque yo no tomo nada de esas porquerías.

El rostro de David poco a poco iba tomando un tono púrpura. Su respiración se agitaba a medida que respondía las preguntas que le hacía el inspector.

---¿El médico no te ha dicho nada? ¿No te han enviado a un psicólogo?

---¿Un psicólogo? ¡Yo no estoy loco!, sé lo que veo y sé lo que digo.

---Sé perfectamente que sabes lo que dices y lo que ves, es por lo que tomaste, no están seguros pero creen que fueron varias cosas. Tuviste un brote psicótico, por eso necesitas un psicólogo.

Alex hablaba con calma, como si no pudiese entenderlo, aunque se daba cuenta que en vez de calmarlo estaba consiguiendo el efecto contrario.

---No tomé nada, ya te he dicho que me tomé un triste whisky, pero tenía el estómago vacío y muchos nervios, por eso me sentó mal.

---Eso no encaja con la manera en que estabas. Vayamos por partes, ¿dónde tomaste ese whisky?

---En mi casa, llegué muy nervioso al ver que me seguía de nuevo la patrulla y quise calmarme con un trago, nada que no hubiese hecho otras veces. ¿En qué idioma quieres que te lo diga?

Parecía sincero pero aquello no encajaba con lo que había hablado con el médico, el cual estaba entrando en aquel momento en la habitación con el alta y los resultados de los análisis en la mano.

Alex se retiró ligeramente de la cama para dar paso al galeno, en ningún momento pensó en salir de allí. Necesitaba saber cuales eran los resultados para poder encontrar un sentido a todo aquello.

El doctor se acercó al paciente y le dijo que se podría ir a casa en un ratito, pero que debería acudir al centro de salud mental, puesto que tenía que ver a un psicólogo ya que el intento de suicidio era tratado desde allí. Todo tiene solución, deberías saberlo, decía bajo la atenta mirada del policía.

---Ya le he dicho aquí al inspector que no he tomado nada, solo me bebí un whisky.

---Bueno, los resultados de los análisis no dicen eso, lo que no entiendo es la mezcla de lo que tomaste y sobre todo de dónde lo sacaste.

---¡Si queréis volverme loco lo estáis consiguiendo! ¡Cómo tengo que decir que solo tomé una copa!

---A ver, ¿cuántas pastillas de Codeína te tomaste? Aquí dice que la dosis era bastante elevada, también hemos encontrado una dosis bastante alta de Gamma-Hidroxibutirato, también había rastros de Fentanest, o sea, una mezcla explosiva sobre todo cuando se combina con alcohol. No consigo entender qué pretendías.

---No entiendo una palabra de lo que me está diciendo. Lo único que me suena es la codeína porque se lo ha tomado mi hija en un jarabe para la tos.

Yo nunca he tomado nada de todo eso, ni siquiera sé lo que son.

---Pues yo te lo voy a explicar, son anfetaminas, opiáceos, que sumados al alcohol son muy peligrosos.

---Me estáis haciendo coger dolor de cabeza. ¡Yo no tomé nada de todo eso! No sé cómo queréis que os lo diga.

---Está bien, está bien ---terció Alex.

---No me des la razón como a los locos.

---No te la estoy dando, pero es muy extraño. Juras y perjuras que no tomaste nada, aunque los análisis dicen todo lo contrario y la copa te la tomaste en casa. ¿Tomaste algo fuera de casa?

---No, ayer solo acompañé a Aina al instituto porque se le hacía tarde y volví para casa. Me enfadé mucho al ver que me seguía un coche de la policía.

---¿Y por eso bebiste? ¿Solo porque te seguía un coche? ¿Era un coche patrulla?

David se puso la mano en las sienes, el dolor de cabeza se estaba agudizando con tanta pregunta. Todavía tenía todo confuso en su mente, solo recordaba el coche que lo seguía; entrar en casa, coger la botella y servirse un poco en un vaso, lo que si recordaba era que en vez de calmarlo la copa lo excitó más y fue cuando salió corriendo para comisaría a decirle a Alex que ya estaba bien de persecuciones.

Alex se quedó pensativo: lo que decía lo decía con coherencia, no parecía fruto de la improvisación ni nada por el estilo. Estaba sereno y contestaba todo sin esfuerzo. Se le ocurrió algo que no había pensado antes: ¿y si le habían regalado la botella y le habían puesto algo? Parecía más descabellado que la teoría del suicidio, pero encajaba.

---¿Esa botella la compraste tú?

---Pues en realidad no lo recuerdo. Ahora que lo dices, pensé que no me

quedaba whisky, pero al abrir el armarito de las bebidas había una botella llena. Estaba sin empezar, supongo que la repuse y me olvidé de ella.

---¿Ha estado alguien en tu casa estos días? Quiero decir ¿alguna persona que te haya pedido entrar con alguna excusa?

---Creo que el que ha visto muchas películas eres tú, no sé qué estás insinuando, pero no, a mi casa no ha venido ningún desconocido estos días, y menos, a regalarme una botella de whisky.

---Lo supongo, pero no quiero descartar ninguna posibilidad. Otra pregunta, la última, ¿queda whisky en la botella?

---¡Pues claro! Ya te dije que no soy un borracho, apenas tomé medio vaso y con hielo.

---Muy bien. Nos gustaría analizar el contenido de esa botella si te parece apropiado. Seguro que no encontramos nada, pero así me quedo más tranquilo.

---Está bien, no tengo ningún problema en que analices nada, y si el médico quiere enviar a mi casa a su equipo de investigación, tampoco me importa.

---¿Yo?! ---Exclamó el médico confundido.

---¡Claro!, ¿no es eso lo que hacen en House? ---al decirlo, David soltó una estridente carcajada ante la perplejidad del galeno.

---No, no es necesario ---terció Alex---. De esas cosas ya nos encargamos nosotros.

Alex dejó a David y a su madre para que se preparasen para recibir el alta y salió pensativo. Al cruzar la puerta se tropezó con Álvaro, al que se le cayeron unos papeles que llevaba en la mano.

---Perdón ---dijo sin mirar a quien se lo decía, mientras se agachaba ayudándole a recoger el estropicio.

Al levantarse para darle los papeles que había recogido del suelo se dio

cuenta de quien era. Al pronto no entendió qué hacía Álvaro allí, pero parecía que tenía toda la intención de entrar en la habitación de David.

---¿Puedo saber qué haces aquí?

---Pues estaba aquí en el hospital que tenía que hacerme unas pruebas y he pensado entrar a ver cómo se encuentra David.

---Pensé que erais enemigos irreconciliables ---cuestionó Alex.

---Amigos no somos, pero son clientes de mi centro, tanto él como su madre, así que tengo la obligación, ya sabes, el negocio está al margen de amistades. Por cierto, a ver cuando te veo por allí, ya sabes que a ti te hago un precio especial---bromeó clavando los ojos en los de Alex haciéndole sentir sobre él, tan incontrolada y obscena lascivia, que le dio grima.

---Sí, claro, el negocio es lo primero.

Cada vez entendía menos a Álvaro. De pronto le parecía un buen tipo, pero en momentos como aquel no sabía bien qué pensar. El que fuera tan amigo de Yolanda lo tranquilizaba y le daba cierta seguridad, sabía que ella no podría ser amiga de un depravado, pero le incomodaba que le gastara esas bromas. No tenía nada contra los homosexuales, pero la actitud de Álvaro tan elocuente no le gustaba nada. Sabía perfectamente que estaba empezando una relación con Yolanda, era su amigo, ¿a qué jugaba?

Se le había echado encima la hora de comer, en realidad no tenía demasiada hambre, pero si no lo hacía en ese momento igual no le daría tiempo de hacerlo en todo el día, así que se acercó a la cafetería que había cerca del hospital y pidió un bocadillo de lomo con queso caliente, puntualizando que no fuese demasiado grande. Mientras esperaba que le llevaran la comanda se entretuvo en mirar a las personas que entraban y salían. Los alrededores del hospital siempre eran un buen ejemplo de la gente que habitaba la zona y a él siempre le gustó imaginar a qué se dedicaba cada uno, era un buen ejercicio de psicología que le ayudaba a mantener la mente

alerta.

Daba el primer mordisco al delicioso bocadillo cuando sonó su teléfono, lo miró con curiosidad, pensó que nunca le dejarían comer en paz, y contestó. Era su compañero, le decía que había novedades en la autopsia de Gloria Reyes, la mujer encontrada en la montaña semanas atrás. Cuando puedas venir para comisaría, el forense quiere hablar contigo, decía el compañero. Estaba haciendo tiempo para pasar por casa de David y recoger la botella para llevarla él mismo al laboratorio, pero no podía partirse en dos. Aunque pensándolo bien, Gloria llevaba tiempo muerta, podría esperar un poco más. Terminó el bocadillo y se dirigió a casa de David. Esperaba que ya hubiesen llegado, y, aunque necesitaba esa botella no quería que nadie la pudiera manipular, en el supuesto caso que llevase algo, cosa que dudaba, pero David parecía muy seguro de lo que decía. Abrió la puerta Aina, le hizo esperar en el zaguán. Alex esperó paciente hasta que salió su abuela y lo hizo pasar.

Aina se apartó de la puerta para dejarle entrar, tal como le indicó su abuela. Mi padre necesita descansar, decía mientras repasaba al inspector de arriba abajo esperando quizá una disculpa por incomodarlo. Es joven, no entiende que lo que intento es ayudar, pero con el tiempo también se dará cuenta de eso, la evaluó Alex, mientras Clara le precedía hasta el comedor.

---Acabamos de llegar, casi llegas antes que nosotros ---lo tuteó Clara.

---Necesito llevar la botella al laboratorio lo antes posible, espero no incomodarles ---miró a Aina al decirlo---, pero es importante saber qué pasó en realidad. No me gustaría que hubiese algún descerebrado por ahí gastando bromas peligrosas.

Dijo aquello mirando a la jovencita que seguía manteniendo la mirada fija sobre el inspector. Alex sabía que Rebeka tenía algo, no podía de momento definir bien qué era, con el padre de la joven, así que cualquier posibilidad por remota que fuera era contemplada por él. Podía ser desde una venganza

de la joven, si se había sentido rechazada por su amante, o que Aina hubiese descubierto a su padre con su amiga y la ira la hubiese llevado a cometer alguna locura. Todo esto pasaba por la cabeza del inspector mientras esperaba a que le dejaran hacer su trabajo.

---Desde luego, desde luego, un momento, ahora mismo te la traigo.

---¡No!, no la toque, si tiene algunas huellas extrañas mejor que estén intactas.

Clara no había pensado en las huellas ni nada por el estilo, al escuchar el "no" de Alex se quedó paralizada por unos segundos. Suspiró y seguida por Alex se acercó al mueble bar. David apareció en aquel momento. Se había estado duchando. No soportaba el olor a hospital y seguía mareado y con dolor de cabeza, así que pensó que dándose una ducha se acabaría de espabilar. Se acercó por detrás de su madre y esta al notar su presencia se hizo a un lado para que fuese él quien le dijese qué botella era de la que tomó.

La cara de David era todo un poema, una lividez mortal acudió a su rostro de pronto y Alex por un momento pensó que volvía a darle algún tipo ataque, o una lipotimia.

---La botella no está. No lo entiendo. Te juro por lo más sagrado que aquí ayer había una botella de whisky entera, es más, era un Jhony Walker etiqueta negra. En realidad bebo el rojo, pero supongo que no habría y compré ese, es un poco más caro, pero mejor, desde luego, y solo le faltaba el trago que me tomé.

Empezó a revolver las botellas que seguían estando en su sitio, solo faltaba la que había empezado el día anterior. Se llevó las manos a la cabeza. Las sienes amenazaban con estallarle, miró a su hija con severidad.

---¡Ey! ¡No estarás pensando que yo la he tocado! Ni se me ha pasado por la cabeza. Ni siquiera sabía lo que habías bebido. ¿Me crees, verdad?

La joven se puso roja como la grana, pero era más del susto que pudieran pensar que ella había bebido alcohol. Su padre era muy estricto en ese sentido, la castigaría de por vida, pensaba.

---No te preocupes. Era importante saber qué contenía la botella, pero tendremos que conformarnos con los análisis ---intentó tranquilizarla Alex, si la joven había tenido algo que ver quería hablar con ella a solas, delante de su padre o su abuela no diría nada, mejor ganarse la confianza y abordarla en otro momento.

---¿Estás seguro, hijo, que la dejaste en el bar? ¿No estará en la cocina?

Sin mediar palabra se dirigió a la cocina, pero estaba tal y como la había dejado el día anterior. Allí no había entrado nadie desde que David salió como un energúmeno a comisaría.

## Capítulo 17

El corazón se le salía por la boca a Yolanda. Llevaba unos días que no hacían más que pasarle cosas extrañas y estaba de los nervios. Lo primero fue una foto, llevaba en la librería toda la vida, era una foto de Ramiro abrazado a Trasto, tenía esa sonrisa limpia y pura, le brillaban los ojos de felicidad mientras Trasto le lamía la cara. Parecía que lo estaba viendo en aquel momento, le decía: "Yoli, Yoli, Trasto me quiere mucho, mira como me da besitos", y se echaban a rodar los dos por el césped del jardín. Unas lágrimas rodaban por sus mejillas cada vez que miraba aquella foto desde que Ramiro había desaparecido. ¿Dónde estás? Le preguntó a la fotografía cuando pasó por delante. Desde aquella fatídica noche la tenía más presente que nunca, siempre le gustó, pero ahora se podía pasar horas mirándola. La foto la había hecho Álvaro, estaban celebrando su cumpleaños. Yoli había pasado un cumpleaños maravilloso aquel año. Tenía a toda su familia con ella, solo faltaba su padre, pero no era al que más echaba de menos. Apenas lo conocía, se fue de casa cuando ella era una bebé, así que su madre hizo de madre y padre y nunca lo necesitó. Claro que le hubiera gustado haberlo conocido más. Haberlo tratado aunque no quisiera vivir con su madre, sus razones tendría, y su madre nunca quiso hablar de ellas. Como a cualquiera le hubiese gustado disfrutar de su padre, pero respetaba mucho a su madre y nunca quiso ahondar en ello. Ahora quizá era demasiado tarde. Había preguntado algo a sus hermanos, pero estos tampoco sabían mucho, solo le dijeron que sus padres habían tenido una fuerte discusión, que su padre hizo las maletas y nunca más se supo de él.

Hacía días que cuando pasaba al lado de la foto le decía a Ramiro que le

mandase una señal, algo. Y ahora la foto, sin saber por qué ni por qué no, se había caído de su sitio sin que nadie la tocara. Yolanda no era supersticiosa, pero que al pasar ella por su lado, la foto cayera, le dio un escalofrío. En aquel momento se hizo la valiente, no le quiso dar demasiada importancia, un golpe de aire, pensó estremeciéndose.

Unos días más tarde se rompió una figurita del bautizo de Ramiro, era una tontería, pero su madre guardaba como un tesoro los detalles de los nacimientos de sus cuatro hijos.

Estaban todos juntos en una vitrina que se hizo hacer para que no se estropearan. Abrió la puerta de cristal para limpiar el polvo, como había hecho cientos de veces, y se fue a caer precisamente la de Ramiro. ¿Me estará queriendo decir algo?, pensaba angustiada, pero es que esa misma mañana justo al entrar en su habitación, como hacía cada día desde que él no estaba, se cayó la gorra que tanto le gustaba y que estaba colgada en la pared. El día que desapareció no la llevaba puesta porque hacía frío y se había puesto un gorro de lana. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. A aquellas alturas ella intuía que su hermano estaba muerto. No, no era adivina, pero era algo lógico después de tanto tiempo, por eso que en la misma semana ocurrieran aquellas, no sabía cómo llamarlas: ¿señales?, ¿premoniciones? Le daba qué pensar. Cogió la gorra con manos trémulas y la colocó en su sitio. Volvió a caerse. Seguro era debido al temblor de sus manos, pero en realidad estaba temblando de miedo. Así que no quiso probar de nuevo. La dejó sobre la cama cerrando la puerta a continuación.

Llamaron al timbre, un nuevo escalofrío recorrió su espalda. Miró por un lado de la cortina. Algo la tranquilizó, la espalda que veía le era conocida. Llenó de aire los pulmones de nuevo. Eres tonta, mira que estar así por una gorra que se ha caído de la percha. Tenía que reconocer que desde que estaba sola cada vez era más miedosa. Aquello no se lo podía permitir, estaba

terminando una carrera en la que necesitaba tener mucha sangre fría.

---¿Amor, me abres la puerta?

Álvaro siempre tan oportuno y a la vez tan impaciente.

Yolanda abrió la puerta y se echó en sus brazos.

---Cuánta efusividad, me encantan estos recibimientos.

---Estoy asustada, Álvaro, están pasando cosas muy raras en casa.

---Amor, ¿qué pasó?, vamos dentro. A ver cuéntale a Alvarito qué te pasa, estás muy sola, siempre te lo digo, ¿dónde está ese grandullón que no te cuida? Voy a tener que aplicarle un correctivo.

---Seguramente es una tontería, pero me están pasando cosas muy extrañas estos días.

---Pues la canción que suena es la adecuada ---señaló Álvaro tapándose la boca con la punta de los dedos en ese gesto tan suyo--- "Sin miedo" de Rosana, es para ahuyentarlo supongo, porque tienes la música a toda pastilla. Pensé que por eso no escuchabas el timbre.

---Por favor, no seas irónico, necesitaba ahuyentar mis fantasmas.

---Vamos a tranquilizarnos. No me estreses, por favor. Sabes que me sale sarpullido con el estrés.

---¡Puedes dejar de ser tan superficial, por una vez en tu vida!

Yolanda se enfadó de verdad. Álvaro reaccionó de forma extraña. Por un momento la mirada amable se tornó fría, tanto, que a Yoli le dio un escalofrío, nunca lo había visto así.

---Perdona, amor, solo quise gastarte una broma para relajarte. Ya veo que me equivoqué.

Volvía a ser el Álvaro de siempre. Yoli se abrazó de nuevo a él y sollozó sin poder contener tantas emociones acumuladas. No lloraba solo por los sucesos de la última semana. Lloraba por todo y por nada. Lloraba por su hermano, por su madre, por sus miedos, por sus fantasmas, por su soledad.

---Mi niña, llevas mucha carga tu sola ---la acariciaba Álvaro---. Vamos, cuéntale a Alvarito tus temores. Si te sentías así debiste llamarme. Siempre te lo digo y siempre tan cabezona, queriendo solucionar todo tú sola. No estás sola, y deberías saberlo.

Se sentaron en el sofá. Álvaro bajó el volumen de la música. Nunca había sido muy fan de Rosana, al contrario que Yoli, que si podía no se perdía ninguno de sus conciertos. Le dijo que le explicara con pelos y señales qué había pasado para estar así. Que no era tan grave que se hubiera caído una gorra de Ramiro de la percha.

Yolanda entre sollozos se dejó llevar. Había llegado al límite de sus fuerzas. Llevaba mucho tiempo aguantando el tipo, haciéndose la valiente, pero la resistencia se había resquebrajado. Álvaro le hizo un masaje relajante. La sentó al lado en el sofá y masajeó sus hombros con meditada calma. Desde detrás presionó unos puntos en las sienes, aquello la tranquilizó. Mientras realizaba sus prácticas le iba hablando en un tono monótono y muy bajo hasta que se quedó dormida.

Alex no salió muy convencido de casa de David. Le parecía muy extraño que la botella hubiese desaparecido, si como dijeron tanto la abuela como la hija, nadie había estado en la casa durante su estancia en el hospital. Caminaba cabizbajo, concentrado en sus pensamientos. Rodeaba la calle sin mirar cuando tropezó con el cubo de la basura. Con la patada la tapa cayó sobre su pie. Soltó un improperio. No eran horas para que la basura estuviese en la calle, pensó, tomando nota mentalmente para decírselo. Se había hecho daño en el pie derecho y se lo frotó con la pierna izquierda. La tapa del cubo se le había caído justo encima del dedo gordo. Al agacharse a recogerla vio un destello de cristal en el interior. Algo estaba mal envuelto en papel de diario. Se puso unos guantes que siempre, por precaución, llevaba en el bolsillo y cogió con cuidado el cuello de la botella. Era una botella de whisky

¿casualidad? Jhonny Walker etiqueta negra tal como había dicho David. Parecía que la habían envuelto con prisas y la habían metido en la basura para que no la encontrasen al volver a casa. ¿Había sido Aina? No lo creía. Además sabía a ciencia cierta que no había ido a la casa aquella noche, puesto que la había pasado en el hospital con su padre y su abuela, y no le había dado tiempo material de hacerlo. No sabía quién de las dos era más testaruda. Algo se le escapaba de todo aquello. Cada vez había más cabos sueltos en todo aquel embrollo, y estaba seguro que todo estaba relacionado entre sí. Su estómago rara vez se equivocaba y aquello le daba náuseas.

Estuvo indeciso si entrar con la botella o ir directamente al laboratorio. Estaba seguro que era de la que había bebido y alguien se había tomado la molestia de vaciarla. ¿Rebeka quizás? ¿Quién tenía llaves de la casa de David? ¿Quién tenía la necesidad de hacer pasar a David por un drogadicto? ¿Estaba ligado de alguna manera todo esto con el caso de Ramiro? Muchos interrogantes a los que tenía que dar respuesta.

Hizo lo correcto, que luego el comisario le podía expedientar y era lo último que necesitaba. Entró en la casa con la botella cogida con dos dedos, en el coche tenía bolsas de pruebas, pero quería informarles que la había encontrado y ver la reacción de cada uno de ellos.

Como esperaba las reacciones fueron de todo tipo. David respiró aliviado, como diciendo ¿ves como decía la verdad? Aunque a la vez no entendía que estuviese vacía y en la basura. Su madre se miraba de hito en hito tanto a su hijo como a su nieta, parecía decir: cuando se vaya el poli me tenéis que dar una explicación. La jovencita era la más expresiva, Alex supuso que no entendía nada, o pensaba que a quién habría llamado su padre o quizás su abuela para hacerla desaparecer, frunció el ceño pensativa. En su rostro se reflejó la pregunta, ¿Quién ha vaciado la botella? Definitivamente el que lo había hecho no estaba allí, el que había vaciado la botella sabía lo que había

dentro, esperaba que no la hubiese enjuagado y quedasen restos de las drogas que habían disuelto en ella.

Antes de pasar por comisaría llevó la botella al laboratorio, les dijo que era con carácter de urgencia, que necesitaba el informe "para ayer".

---Como siempre, si algún día no vienes con prisas pensaremos que te pasa algo.

El técnico de laboratorio empezó a buscar huellas bajo la atenta mirada de Alex.

---En cuanto tenga algo te aviso, déjame trabajar.

---No te estoy interrumpiendo.

---Me pones nervioso y puedes contaminar alguna prueba.

---Está bien, me voy, pero no lo dejes en cuanto salga por la puerta.

---¿Eso es lo que te preocupa? ¿Cuándo te he fallado?

Le pareció que se lo decía un tanto molesto, así que salió esperando que hiciera lo que decía. No era la primera vez que dejaban algún trabajo a medias por contentar a algún jerarca que les iba con las prisas habituales. Alex entendía que para cada uno su caso era el más importante, pero es que este lo era, necesitaba saber si el contenido de la botella coincidía con lo que había tomado David. A partir de ahí podría tener que redoblar la vigilancia. Al parecer había un asesino entre los habitantes del pueblo.

Yolanda se había quedado dormida con los masajes relajantes de Álvaro, también tuvo mucho que ver una tisana de hierbas relajantes que le había preparado. Al cabo de una hora más o menos Yolanda despertó somnolienta, un humo espeso y aromático se le metía por la nariz. Todavía bajo los efluvios del pesado sueño no entendía lo que olía, pero le costaba poner en marcha su mente, solo recordaba las palabras en un tono meloso y tranquilo de Álvaro. De pronto saltó de la cama, el humo entraba por debajo de la puerta de la habitación, un humo dulzón, extraño y denso. Corrió al comedor

descalza y con solo una camiseta de Ramiro por encima, no recordaba haberse desnudado. La cabeza le daba vueltas, ¿qué estaba pasando?

---Amor, ¿ya te has despertado?, ¿te sientes mejor?

---¿Qué es todo esta humareda? Pensé que se había prendido fuego.

---Tranquila, cariño, estoy realizando un ritual, un sahumerio por si hay algún espíritu rondando por aquí.

Yolanda tosió al penetrar el denso humo blanco en sus fosas nasales. Unas pesadas lágrimas descendían por sus mejillas y parecía que la humareda le dificultaba la respiración. Una mano la cogió del brazo y ella dio un respingo, esto de qué va a servir, pensaba, si ni siquiera creo en estas cosas, aunque tampoco se atrevía a decírselo a Álvaro, ya que se había tomado la molestia de hacerlo se lo agradecería.

---Por favor, abre las ventanas, me estoy mareando.

---Cariño, reza conmigo, esto es un sahumerio, si se va el humo no hará efecto.

Sonó el timbre de la puerta. Álvaro soltó una maldición. No esperaba tener interrupciones. Yoli le dijo que no se enfadase, que seguro no pasaba nada, podía ser algún vecino que hubiese visto el humo y pensase que se quemaba algo. Fue a abrir, no esperaba encontrarse a Alex, llevaba unos días bastante desaparecido, o eso pensaba ella ya que solo se habían visto un ratito el día anterior.

---¿Qué está pasando aquí?

---Tranquilo, es Álvaro que está haciendo un sahumerio, o eso dice él ---sonrió, en aquel momento se le habían pasado todas las neuras y los miedos de golpe.

---Parece peligroso, espero que sepa lo que hace.

Le dio un beso que les supo a poco a los dos, pero Yoli empezó a toser por culpa del humo. Alex sin el permiso de Álvaro se puso a abrir ventanas

alegando que el efecto seguro iba a ser el mismo y que si se ahogaban no necesitarían que hiciera efecto alguno. Después preguntó a qué se debía aquella escenificación de una ceremonia babilónica, y a quién se lo ofrecían, al sol o a la luna, bromeó.

---No te rías, se ofendió Álvaro, están pasando cosas y tenemos que cambiar las malas vibraciones por algo positivo, si Ramiro está intentando comunicarse con Yoli tenemos que limpiar la casa para que pueda estar tranquila y le lleguen los mensajes con claridad.

---Bueno, si tú lo dices, será, yo no creo en esas cosas, son chorradas.

Álvaro se dio media vuelta y de sus ojos salían chispas en contra de Alex, cómo se atrevía a dudar de sus conocimientos esotéricos y extrasensoriales. Aquello era algo muy serio.

---Creo que con esa actitud no ayudas ---contestó ofendido de verdad.

---No te lo tomes a mal, soy escéptico por naturaleza, soy policía.

---Gracias a tu intervención tendré que volver a empezar, estarás contento ---remató.

---¿Has hecho una escapada en mitad del servicio? ---Preguntó Yoli coqueta, quitando hierro entre los dos.

---En realidad vengo en, digamos que, misión especial.

Les explicó que en una de las primeras casas de la calle había una cámara de seguridad, "no pensaron sus dueños que tuviera nada importante y que después de tantos días no quedaría nada, pero mis compañeros del laboratorio son unos cracks y han limpiado de polvo y paja las imágenes guardadas", así que tenemos algo por donde empezar. Yoli se puso lívida, qué habrían encontrado. ¿A la persona que le hizo daño a su hermano? Un pellizco se le cogió al estómago. Se puso la mano en el pecho. Su respiración se aceleró, tanto, que Alex pensó que le estaba dando alguna especie de ataque de ansiedad.

---Tranquila. Es poco lo que tenemos, pero es algo por donde empezar a investigar. Estoy aquí porque necesito de tu colaboración ---sacó una foto que llevaba en una carpeta y se la enseñó---. ¿Reconoces este coche?

Álvaro asomó la cabeza por encima del hombro de Yolanda para mirar la foto.

---Es de David ---dijo con una seguridad pasmosa.

Pudo caerse en aquel momento el techo. Volver a la tierra los dinosaurios. Cualquier catástrofe, que ellos no se iban a enterar. Las bocas literalmente desencajadas. Yoli dejó caer la vista sobre la foto, no podía dejar de mirar, aunque estaba recortada y no se veía más que la parte de la rueda trasera y el maletero abierto en el que se advertía algo bastante borroso, pero que parecía una pierna. Vio que el pie no tenía la zapatilla deportiva, pero estaba segura que ese pie era de su hermano. Alex pasó la mano por su espalda, intentaba protegerla de lo que se le venía.

---¿Cómo sabes qué es el suyo? ---Preguntó Alex mirando fijamente a los ojos a Álvaro.

---Conozco bien ese coche. Alguna vez me ha dicho que lo quería vender. Era el de su mujer y lo tiene guardado en su garaje.

El silencio volvió a imperar en la sala. Había muchas cosas que podían inculpar a David, pero había algo que a Alex no le acababa de cuadrar. David no encajaba en el perfil de un asesino. Era egocéntrico, sí, pero asesino le costaba creerlo. Es más, por mucho que le desagradara, en el fondo le tenía cierto aprecio. Sabía perfectamente que eso no era ningún atenuante, pero seguía sin verlo como un asesino. Aunque por mucho que no cuadrara, su deber era detenerlo. Pediría una orden al juez y lo antes posible tenía que arrestarlo. ¿Tendrá algo que ver también con la violación de Mily? Lo primero sería comprobar los tatuajes que pudiera tener.

---Cielo, me tengo que ir ---se despedía de Yoli---. Espero que Álvaro te

cuide bien. Volveré en cuanto pueda, no voy a dejarte sola más de lo imprescindible.

---No puede ser. David no ha podido hacerme esto ---sollozó tapándose la cara con las manos.

Álvaro la cogió por los hombros, bajo la atenta mirada de Alex que se resistía a marcharse. La llevó a la cocina y le preparó una tisana, que ella rechazó.

---No quiero más brebajes, necesito estar despejada.

---Claro, amor, te entiendo.

---No quiero estar aquí, llévame a tu casa, por favor.

---¿A mi casa? ---Álvaro abrió los ojos como si le hubiese dicho que tenía un marciano detrás--- Cariño, hace semanas que no paso por allí, debe estar lleno de polvo. Sabes que me quedo la mayoría de los días en el SPA. Con tantas cosas ni tiempo de pasar por casa tengo. Mejor vemos una película, ¿quieres?

---No estoy para películas.

Yolanda sintió unas arcadas de pronto, se levantó y corrió al baño a vomitar.

El rostro y hasta la voz de Álvaro sufrieron una transformación. El dolor se reflejaba en él, por una vez en su vida no sabía cómo ayudar a su amiga.

El coche patrulla aparcó delante de la casa de David. No parecía haber nadie en la calle. De pronto un corrillo se empezó a formar en la acera de enfrente. Cuchicheos por doquier iban de oído en oído. Todo eran especulaciones. Cuando vieron salir a David esposado, una exclamación ahogada salió de cada una de las gargantas allí congregadas. Ahora sí tendrían tema para unos cuantos días, carroña, pensó Alex mientras le bajaba la cabeza con la mano para que al subir al coche patrulla no se diese en ella con el chasis, puesto que como a cualquier delincuente, el protocolo obliga a

la policía esposar a los detenidos.

David no entendía nada, o eso decía. Aseguraba por activa y por pasiva que él no había hecho nada, que no le podían acusar de nada. Alex le enseñó la foto de la cámara de seguridad. La lividez asomó a su rostro como si la vida se le escapase por momentos.

---El coche parece el mío. Pero no puede ser. A esa hora yo estaba acompañado.

---Piensa bien lo que dices. Cuando lleguemos a comisaría te tomarán declaración. Así que te aconsejo que permanezcas callado hasta entonces.

El trayecto lo hicieron en silencio tal como Alex le había recomendado. Al llegar le leyeron sus derechos y le dijeron que si no se podía pagar un abogado le proporcionarían uno de oficio. No hizo falta, en cuanto se lo llevaron de su casa su madre llamó al abogado de la familia.

Le hicieron pasar a una sala y le dijeron que todo quedaría grabado para que no hubiese malos entendidos. En ese momento llegó el abogado. Estaba prestando la primera declaración ya que David no se había negado a declarar, alegando que él era inocente.

---Ha llegado su abogado ---avisó el policía de guardia, asomando la cabeza por la puerta.

---Gracias. Hazlo pasar. Apenas estamos empezando.

Cuando entró el abogado en la sala hizo paralizar el interrogatorio. Alegó que tenía que hablar con su cliente primero arguyendo que si había dado su consentimiento era por ignorancia. Pararon las grabaciones y los dejaron solos en la sala para que David lo pudiera poner al tanto de lo que había pasado. Quiso saber también si lo habían tratado correctamente durante la detención o si por el contrario había habido abuso de poder.

---Sí, sí, me han tratado bien, y no tengo nada que esconder. Yo soy inocente. No me pueden acusar de algo que no he hecho.

---David, por favor, no seas ingenuo. Te pueden acusar de lo que quieran, eres tú el que debe demostrar que eres inocente. No te creas eso de "eres inocente mientras no se demuestre lo contrario" entrecomilló con dos dedos sus palabras. No siempre la ley funciona así.

---Me estás asustando.

---Es un poco la idea. Quiero que me cuentes todo. Si el coche es tuyo. Si lo hiciste tú o lo que sea que estuvieras haciendo esa tarde. Soy tu abogado y si quieres que te ayude no me puedes guardar ningún secreto. ¿Entendido?

---Por supuesto ---contestó con un hilo de voz, el abogado había conseguido atemorizarlo de verdad.

---Pues venga, empieza con el relato. ¿Dónde estabas la tarde en que desapareció Ramiro?

Casi tres horas después dieron por terminado el interrogatorio. El abogado preguntó y preguntó, incidió en algunos puntos que no veía claros, volvió sobre lo mismo una y otra vez, hasta que David le dijo que no podía más, se sentía sin fuerzas. "Por mucho que me preguntes no puedo decirte nada más, no puedo decirte algo que no sé", decía. "Repito por enésima vez, no estuve allí ese día ni a esa hora", concluyó.

---Cielo, ¿estás bien? ---preguntaba Álvaro detrás de la puerta del baño.

Yolanda salió limpiándose la cara con una toalla, se había echado agua fresca para que se le pasaran las arcadas. Aquello no podía estar pasando, se decía. David era su amigo. Siempre había sido algo introvertido, pero desde que desapareció su mujer tan de repente se había vuelto irascible. Le costó mucho asimilarlo, aunque últimamente parecía estar mejor. Se había volcado en su hija. Tenía algunas amistades femeninas, que no eran de su agrado, pero ella no tenía nada que decir al respecto, aunque David pensara que era muy discreto, el pueblo era pequeño y todo acababa sabiéndose, pero de eso a que él fuese el que se había llevado a su hermano, no, se negaba a creerlo.

---Sácame de aquí, Álvaro, por favor.

---Está bien. Coge una chaqueta por si refresca.

Salieron en silencio. Subieron al coche de Álvaro y enfilaron la carretera. Ninguno de los dos habló. Álvaro respetaba el dolor de Yolanda y ella le agradecía que no la quisiese consolar. Necesitaba silencio. Necesitaba soledad, pero no quería estar sola. Álvaro conocía sus intimidades y sabía en todo momento lo que necesitaba. Yolanda cerró los ojos y dejó que el vaivén del coche la meciera. No se dormiría, eso era imposible, pero tener los ojos cerrados le daba la calma que necesitaba. El coche paró. Había perdido la noción del tiempo. Abrió los ojos. Estaba delante de la residencia donde estaba ingresada su madre. Se giró hacia Álvaro y le dio un beso en la mejilla, "gracias".

Entró en la habitación. Su madre se la quedó mirando con la vista fija en algún horizonte lejano. En aquel momento no la reconoció, no estaba en el mundo terrenal, pero le dio igual, se abrazó a ella y lloró, lloró como la niña que era en aquel momento. Una niña indefensa. Una niña sola. Una niña necesitada de esa madre ausente.

## Capítulo 18

Yolanda estuvo hasta última hora en la residencia con su madre. Álvaro, como un caballero, la acompañó todo el tiempo, por mucho que ella insistió no la quiso dejar sola. Después de llorar un rato abrazada a su madre, esta empezó a ponerse nerviosa, en su oscuridad no entendía nada. Aunque no reconocía a la muchacha que lloraba abrazada a ella le hacía daño verla llorar. Al principio le acariciaba la cabeza hasta que empezó a llorar también, aquello no era bueno para Marina. Álvaro había llamado a la enfermera de turno explicándole por encima lo que pasaba, así que esta quiso darle un tranquilizante a Yolanda, a lo que se negó rotundamente, dijo que no necesitaba nada.

Poco a poco y con gran esfuerzo se fue calmando, al menos aparentemente. Seguía sin caberle en la cabeza que David hubiera podido hacer algo así. Hacía pocas semanas le había dicho que le gustaba, que si no estuviera con Alex le habría pedido para salir. En aquel momento Yolanda rió divertida ante aquella declaración. O sea, que hasta que no he empezado a salir con Alex no te has dado cuenta que existo, curioso, pensaba.

Salieron del centro a última hora de la tarde, cuando ya Marina estaba metida en la cama. Le costó dejarla. Le hacía tanta falta.

En el coche, silencio. De pronto Yolanda hace una pregunta: ¿Por qué no quieres que vaya a tu casa?

Álvaro se vio comprometido, no supo que contestar. Nunca llevaba a nadie a su casa. Le parecía que todo el mundo quería cotillear. ¿Cómo será la casa del gay del pueblo? ¿Será un *marujón*? Siempre le había dado pudor el qué dirán o el qué pensarán.

---Ya te dije que no está presentable.

---Esa es la versión oficial, pero no cuela, Álvaro. Nunca me has invitado a tu casa. Hasta ahora no me había dado cuenta.

---Soy un tanto raro, ya lo sabes.

Álvaro zanjó el tema. No le gustaba hablar de sus cosas, si no era cine o marujeo no hablaba, según con quién, lo hacía de libros, pero menos. En la peluquería había adoptado ese sistema, estar informado siempre de las revistas del corazón y los últimos estrenos de cine, así tenía a la parroquia contenta y no hacían preguntas personales que tanto lo incomodaban.

Llegaron bastante tarde. Yolanda estaba un tanto molesta y no le dijo que pasara, se despidieron en el umbral de la casa. Álvaro se quedó con ganas de entrar, ver una película, en definitiva lo que estaba acostumbrado a hacer, así que le sorprendió la negativa de Yoli. ¡Le había cerrado la puerta en las narices! Se dijo perplejo.

Boris pareció darse cuenta de que algo no andaba bien, en cuanto Yoli se dejó caer, desmadejada en el sofá, el minino se acurrucó a su lado y ronroneó dándole así el calor que ella parecía necesitar. No hacía frío, pero en la noche de Yoli parecían caer del cielo pedazos de hielo, puntas de estrellas rotas que seguramente habían visto mejores momentos.

Llamaron del laboratorio. Ya estaban los resultados del análisis de las muestras de la botella que había llevado Alex. "Según los restos, escasos, pero como soy el puto amo", se alababa sin pudor el técnico del laboratorio, "había de todo en aquella botella, si se descuidan lo que no hay es whisky", bromeó.

---Entonces, como imaginaba, había drogas, ¿en qué proporción más o menos?

---Muy alta. Lo peor de todo es que había mezcla de Metilmorfina, Fentanest y Meperidina para matar a un caballo. Había algo más, pero era tan

mínimo el porcentaje que no he podido determinar lo que era, estoy seguro que era un derivado de algún opiáceo, aunque no lo puedo determinar. No me extraña que tuviese alucinaciones, además, la mezcla de excitantes y relajantes no la suelen hacer los drogadictos, ellos saben muy bien que esas cosas no se mezclan.

---O sea, que alguien lo puso allí dentro con un propósito muy concreto.

---Para cargarse al que tomase de aquella botella ---acabó la frase el técnico---... o quisiera suicidarse.

---Gracias por la rapidez, te debo una.

---Me debes unas cervezas ---se carcajeó.

---Dalo por hecho. Gracias de nuevo, compañero.

Alex se quedó pensativo. Aquello cada vez se complicaba más. No encajaba en el perfil de David, pero tampoco tenía sentido. Si se hubiera querido suicidar no habría aparecido en comisaría de aquella manera. Se habría bebido la botella entera y en todo caso no la habría tirado a la basura. Aunque por otro lado, podía ser. David se estaba viendo acorralado, bien podía haber montado aquel número para despistar.

En comisaría los agentes retomaron los interrogatorios. El abogado estaba presente tal como la ley establecía. Las respuestas se sucedían unas a otras bajo la atenta mirada del letrado. David no cambiaba su discurso. Alex estaba tras el espejo de una sola dirección, estaba perplejo, nada encajaba en nada. David parecía muy seguro de lo que decía. El único punto oscuro era que no quería decir dónde y con quien estaba el veinticuatro por la tarde. Juraba por activa y por pasiva que estaba acompañado y que estaba fuera del pueblo, pero que no podía revelar con quien pasó la tarde. No quería poner en evidencia a esa persona.

---Esa persona, como tú dices, supongo que es una mujer.

David agachó la cabeza, respiró hondo y levantó la mirada lentamente.

Estaba agotado. Llevaba unas cuantas horas contestando una y otra vez a preguntas similares cuando no eran las mismas. Pensó que confesar que era mujer no le haría daño, pero no podía decir con quien estaba. Si lo decía le traería más problemas de los que ya tenía.

Por fin dieron por terminada la angustia. Las ojeras hicieron presa de su rostro. David estaba demacrado, despeinado y sudoroso. Los nervios le atenazaban el estómago. Una bola amarga y pesada subía y bajaba por su garganta. Se sentía culpable, sí él no había hecho nada ¿por qué tenía aquella sensación? Se estaba mareando. Le juntaron las manos. Lo esposaron y lo llevaron al calabozo. De momento los policías mientras un juez no lo dictaminara no lo podían dejar en libertad. Algo que según le dijo su abogado, supuso que para tranquilizarlo, no tardaría mucho en pasar.

Alex fue junto a sus compañeros a la sala de reunión en que se debatían los casos. La cara no era precisamente de satisfacción. Algo no le cuadraba en todo aquello. David parecía muy seguro, demasiado.

Mily poco a poco iba retomando su rutina habitual. Le costó, pero por fin se había atrevido a volver al gimnasio, necesitaba desentumecer los músculos. Habían sido muchos días con el miedo en el cuerpo, pero tenía que reponerse. Al fin y al cabo estaba viva y eso era lo que contaba. Otras en su situación no lo habían podido contar. Al entrar en el recinto de nuevo el corazón pareció querer parársele. Hizo acopio de todas sus fuerzas y entró en los vestuarios. Se cambió de ropa. La ropa deportiva le daba cierta seguridad. Fue a la sala de máquinas se subió a la bicicleta estática y empezó a pedalear con rabia. En pocos minutos jadeaba sudorosa. Se sentía mejor. Estaba sacando toda la rabia contenida. La adrenalina corría por su sangre. Lo que peor llevaba eran las miradas curiosas. Odiaba ser el centro de atención. No tenía modo de saber si estaban enteradas de lo que le había pasado, esperaba que no. Al menos el caso no había salido en ningún periódico local. Si le

preguntaban qué le había pasado siempre podía decir que no se encontraba bien. Veía muy improbable que eso sucediera puesto que apenas hablaba con nadie, pero siempre había cotillas en todas partes. Ella sabía que era considerada la rara, no le gustaba entablar conversación con las demás personas. Ella iba a lo suyo y se marchaba. No iba a socializar, solo a hacer deporte. Era consciente que todos la tenían por una *friki*, pero le importaba tanto como nada. Aunque también era consciente que suscitaba todo tipo de comentarios y especulaciones.

Terminó su ronda de ejercicios y se fue para las duchas. Estaba agotada. Quizá se había excedido al ser el primer día después de tantos sin ir, pero lo necesitaba. Se metió bajo el chorro de agua caliente y dejó que esta se deslizara por sus doloridos músculos. Cerró los ojos y disfrutó unos minutos del placer del calor y el relajante olor a romero del gel de baño. Cerró el grifo y se dispuso a secarse el pelo. Maldición, había olvidado el secador en casa. No le gustaba pedir favores, pero no le quedaba más remedio. Si salía con la cabeza mojada a aquella hora cogería una pulmonía. No es que hiciera demasiado frío, pero sus defensas no estaban para tirar cohetes. Miró en el vestidor de al lado, no vio a nadie, parecía ser que estaba sola. Era tarde. Estaba entrando en pánico. El acosador creía ella que la había seguido desde el gimnasio. Quiso repetir la misma hora más o menos porque debía superar sus temores, pero estos eran persistentes, volvían una y otra vez a su mente. Respiró hondo intentando armarse de valor. Salió a la sala de máquinas a preguntar si alguna persona, de las pocas que quedaban, le podía dejar un secador de pelo. Uno de los monitores le dijo que esperase un momento, que él tenía uno en su taquilla. Mily esperaba paciente en la puerta de los vestidores masculinos. Los brazos cruzados sobre el pecho. La mirada perdida en algún punto. Lo único que veía era un espejo idéntico a los que había en la zona femenina. De pronto algo le llamó la atención, había alguien.

No quería curiosear. No estaba en su naturaleza ser curiosa, pero lo que vio le puso los pelos de punta. El espejo reflejaba la imagen de un hombre con una toalla envolviendo sus caderas. La toalla resbaló y supuso que el que la llevaba no le dio importancia puesto que pensaba que estaba solo. Al caer la toalla, a Mily el aire se le escapó del cuerpo y no por lo que se pueda pensar. En el espejo se reflejaba la parte baja del estómago. La zona púbica se veía mal depilada, como si quisiera dejarse crecer el vello para tapar un tatuaje. Un tatuaje que era la única pista que tenía de su agresor, y el agresor estaba allí. Lo imaginaba, sabía que era alguien que conocía sus costumbres, pero no había querido creer que la hubiera seguido desde allí. Ahora no estaría segura en ningún sitio. Con lo que le había costado volver a su rutina. ¿Ahora qué? Estaba temblando. Le estaba costando respirar y no quería que el monitor se diera cuenta que le pasaba algo. Sus pies estaban anclados al suelo. Le era imposible moverse. Se llevó una mano al pecho y otra al estómago intentando respirar poco a poco como le habían enseñado durante la terapia.

Cuando salió el instructor con el secador de pelo, aunque le temblaba la mano, hizo ver que era a causa del frío por llevar el pelo mojado. Corrió a la zona en que se sentía segura. La zona femenina. Todavía temblando y respirando con dificultad se secó el pelo. Mientras lo hacía le daba vueltas a la cabeza. No había podido ver con claridad quién era. También pensaba que podía ser casualidad, que seguramente muchos tíos llevarían algún tatuaje similar. El problema es que estaba segura que era ese. Se había puesto tan nerviosa que no fue capaz de entrar en los vestuarios y verle la cara al desgraciado. Una rabia le subía desde las entrañas y las piernas casi no la sostenían. ¿Qué hacer ahora? Suponía que lo lógico era hablar con Alex y explicarle lo que había visto, pero estaba segura que el agresor ya se habría ido, ¿a buscar otra víctima? Se sentó en uno de los bancos de madera que había en el centro de los vestuarios, alineados delante de las taquillas, para

facilitar los cambios de ropa de los usuarios. Arqueó la espalda y puso la cabeza entre las manos. Intentó respirar hondo. El aire seguía negándose a entrar en sus pulmones.

Decidió irse a casa. Estaba aterrada, pero debía hacerlo. Una vez allí tomaría una decisión. Necesitaba la seguridad de su hogar. Hablar con su madre. Desahogarse de una vez por todas. Necesitaba pasar página, dejar de pensar, aunque sabía que no sería fácil.

Salió del gimnasio como alma que lleva el diablo. Al llegar a casa estaba exhausta. Sin mediar palabra se abrazó a su madre que la esperaba nerviosa. Desde que pudo explicarle el suceso Mily no era la misma.

Ella sabía que algo tenía, pero sabía que si la presionaba su hija se cerraría en banda, por eso era mejor dejarla y cuando estuviese preparada se abriría a ella, como así pasó.

---¿Estás bien, cielo? ¿Ha pasado algo?

---No, no ha pasado nada, lo he visto.

---¿A quién has visto? No me hables en clave, por favor.

---Al que me agredió, bueno, no lo he visto del todo, pero he visto su tatuaje.

---¿Y por qué no has llamado a alguien? Debías haber llamado a la policía en aquel momento. ¿No tienes el número del inspector?

---Me quedé paralizada, mamá. No pude, no pude reaccionar. Me sentí sucia. Volví a notar el sabor de...de...

Encarni, su madre, la abrazó con todas sus fuerzas a la vez que le susurraba que todo iba a estar bien. Al menos eso esperaba. Tenía un miedo atroz a que volviera a pasarle algo. Así que si no era aquella misma noche, por la mañana intentaría convencerla para que llamase a la policía. Si el agresor de su hija merodeaba por el gimnasio no podía dejar que le hiciera daño de nuevo a su hija o a cualquier otra joven.

---Mamá.

---Dime, cielo.

---¿Puedo dormir contigo esta noche? ---Mily estaba aterrada aunque quisiera dar la sensación de entereza. En ese momento era una niña que piensa que el monstruo está debajo de su cama.

---Por supuesto, dormiremos juntas como cuando eras pequeña y papá se acostaba en tu cuarto para que el fantasma no pudiera atraparte.

---Gracias, mamá. Te quiero ¿Te lo había dicho?

---Hoy todavía no.

Estuvieron un rato abrazadas. A Encarni le caían unas traicioneras lágrimas, adoraba a su hija y sufría con ella por todo lo que le pasaba. Su hija era lo único importante en su vida, sobre todo desde el fallecimiento su marido.

Durante la noche había convencido a Mily que tenía que hablar con Alex, que aquello no se podía quedar así. La amenazó veladamente con que sería ella la que acabaría hablando con el inspector si ella no lo hacía. Lo que había visto era muy serio, le dijo.

---Pero, ¿y si no es él? ---objetaba.

---Si no es él no te preocupes, no le va a pasar nada. La policía no es tonta, sabe lo que hace.

---Está bien, lo llamo ---concedió la joven a su madre.

Llamó a comisaría y preguntó por el inspector Moreno. Mily en aquel instante era un manojo de nervios. Le contestaron que no se encontraba en aquel momento, así que dijo que en cuanto volviera la llamase, por favor, que era urgente y estaba relacionado con el caso de una agresión, le aclaró al agente que estaba al otro lado del teléfono, cuando este le preguntó si podía ayudarle. Dio las gracias y respiró hondo. Había estado conteniendo el aliento sin saber por qué. En el fondo estaba segura que el tatuaje que vio era el de su

agresor. Era una corazonada y sus corazonadas no le solían fallar. Durante toda la mañana estuvo esperando al inspector sin querer moverse de su casa. No fue a clase, no se sentía con fuerzas, ya pediría prestados los apuntes.

En cuanto le dieron el aviso a Alex, este se presentó en casa de Mily, era casi mediodía. Prefirió ir él directamente que hacerla ir a ella de nuevo a comisaría, pensó que se sentiría más cómoda de esa manera. Al mirarla a la cara notó que estaba muy angustiada, se había acentuado su nerviosismo.

Al verlo de nuevo en su puerta le pareció estar reviviendo el caso una vez más. Alex le rogó que se tranquilizara. Intentó transmitirle confianza, le dijo que no le iba a pasar nada, que todo iba a estar bien. Poco a poco Mily se fue calmando y se vio con ánimos de relatar los sucesos de la noche anterior. El inspector tomaba nota de todo y cuando terminó le preguntó si se veía con fuerzas de ir a comisaría y hacer allí la declaración. Le dijo que solo tenía que repetir lo que le había dicho a él, pero era mejor que lo hicieran así para poder firmar la declaración y poner una nueva denuncia para pedir una orden y tener permiso para cachear a los que presuntamente encajaran en el perfil del agresor.

Salieron de la casa, Alex rodeó la cintura de Mily en un gesto de galantería y la hizo subir a su propio coche. Mily lloraba de nuevo, ella pensaba que había superado el suceso, pero no era así. Alex se giró y le secó con su dedo las lágrimas que silenciosas resbalaban por su mejilla.

---Gracias, eres muy amable conmigo.

---Ser policía no me hace ser menos persona ---contestó girándose hacia ella y abrazándola para tranquilizarla---. Todo va a estar bien, te lo prometo.

Después de realizar la declaración Mily sin saber por qué se sentía más tranquila. Alex le infundía esa paz que necesitaba. En el camino de vuelta se lo miraba de reojo. En un momento notó como al cambiar de marcha la mano de él rozó involuntariamente su pierna. El corazón se le aceleró como nunca

antes lo había hecho. La dejó en su casa de nuevo con la promesa que muy pronto atraparían a la persona que había hecho aquello, para que no pudiera volverlo a repetir, le dijo. Intentaré que pase el mayor tiempo posible en la cárcel, todos sabemos que este tipo de enfermos, porque no deja de ser una enfermedad, no se rehabilitan nunca, concluyó.

Antes de bajar del coche, Mily se volvió hacia él y le estampó un beso en la mejilla, pero muy cerca de la comisura de los labios. Alex rió pensando que la joven estaba agradecida por sus palabras. Ni por asomo se le pasó por la cabeza lo que la joven estaba sintiendo en aquel momento. Como tampoco se le pasó por la cabeza que aquel beso le trajese consecuencias.

Cuando terminó su jornada se dirigió hacia casa de Yoli, llevaba días que apenas se veían dos minutos y la estaba necesitando. Se paró donde Maruja y compró algo para la cena, en previsión de que ella no tuviese más que yogures en la nevera.

Yoli abrió la puerta y estuvo tentada de cerrarla de nuevo, pero ella no era así. Alex estaba con las manos en alto y una bolsa de compra en cada una. Sonreía bobaliconamente y parecía contento, cosa que a ella en aquel momento no le hacía ni puñetera gracia.

---¿Crees que me puedes comprar con una cena? ---espetó a bocajarro.

En aquel momento Yoli le habría dado un par de bofetadas. Presentarse allí después de haber estado con otra le pareció el colmo del cinismo. Boris pareció leer el pensamiento de su ama, se dejó ir hacia él y le mordió los tobillos con saña.

---¿Pero bueno, Boris, qué te pasa? ¿No te han dado de comer hoy?

Yoli se agachó y cogió a Boris en brazos para que dejara de atacar los tobillos de su salvador pero no por eso cambió el rictus de su cara. Le dio dos bofetadas y se lo miró desafiante. Lástima que las bofetadas eran mentales, porque en aquel momento era tanta la rabia que sentía que de buena gana se

las hubiera dado. ¿Cómo podía hacerle eso? ¿Cómo podía presentarse en su casa como si tal cosa? Además la chica del coche le pareció demasiado joven incluso para él. ¿Qué les pasaba a los hombres en aquel pueblo? Y morrarse dentro del coche como vulgares amantes. Si no hubiese dado la casualidad que pasase por allí en aquel momento, seguiría estando tan enamorada y tan engañada. Pues no, otra vez la misma historia no. Ella no era plato de segunda.

---No necesito que me alimentes, gracias.

---Pues al gato parece que te has olvidado de ponerle su ración.

---Boris, se llama Boris, ¿recuerdas? Se lo pusiste tú.

---¿Puedo saber a qué viene tanta hostilidad? ---Dijo intentando pasar mientras Yoli le barraba el paso con el cuerpo.

Alex quiso darle un beso y ella giró la cara sin soltar la puerta ni apartarse de ella.

---Te quiero, pero en verdad no sé qué he hecho. No entiendo este enfado. Quizás si me lo cuentas.

Yoli se lo quedó mirando con el rostro imperturbable mientras encontraba el modo de explicarle que lo que él sentía por ella no podía ser amor. El amor no admitía terceras personas.

---No te esfuerces, creo que tú y yo no tenemos nada en común.

---A ver, a ver. ¿Puedes explicarme qué ha pasado para este cambio de actitud? De verdad que no logro saber qué te pasa. Si he hecho algo mal dímelo, pero no me digas que no tenemos nada en común porque sabes perfectamente que eso no es cierto. Si es por la investigación te aseguro que estoy tras una pista importante.

---La investigación seguirá su curso seamos pareja o no. Me queda claro que en tu trabajo eres muy bueno, eso no te lo voy a negar. El problema es en tu vida privada.

Alex intentó acceder al interior de la casa para soltar las bolsas que le estaban pesando y tener así las manos libres para abrazarla y hacerle cambiar de opinión respecto a sus inseguridades.

---Adiós, Alex, no te esfuerces, aquí ya no se te ha perdido nada. Piensa lo que has hecho. Yo no puedo compartir mi vida con alguien así, lo siento.

En ese momento llegaba Álvaro al cual ella había llamado para explicarle su descubrimiento y su decepción. Se abrazó a él. Pasaron a la casa dejando a un Alex confundido y furibundo.

## Capítulo 19

Alex parecía haber emprendido una campaña por el orden en el trabajo. Llevaba días que parecía que le habían dado cuerda. Esa mañana en concreto buscaba el expediente de David. No lo encontraba. Revolvió la oficina entera. Gritó. Se desesperó, pero el expediente no aparecía. Pensó que la mejor opción era ordenar el caos que tenía por despacho. Sacó todo de los cajones y lo puso en el suelo. Cuando eso estuvo ordenado hizo lo mismo con la montaña de dossiers que tenía sobre la mesa, ni así aparecía aquel maldito expediente. Estaba histérico pero no quería ayuda, un par de veces el subinspector le había dicho al policía que tenían en prácticas que entrase a ver si podía ayudar. Lo escuchaban blasfemar por lo bajo y ninguno se atrevía a decir nada. El joven palideció cuando le dijo, por tercera vez, que fuese a ver si podía ayudarlo. Esta vez no gritó. Levantó la mirada de la montaña de papeles que tenía en las manos, los puso en alto, se los entregó y dijo: Ordénelos.

---Señor, ¿los... los quiere en algún orden específico?

---¡Ordenados! ¡Los quiero ordenados! Quiero el expediente de David Guillén y lo quiero para ayer.

Fuera del despacho estaban haciendo una porra. Les gustaría saber qué narices le había pasado para que llevase los últimos días tan insoportable, y con aquel humor de perros. Nadie se aventuró a preguntarle.

---Inspector, ese expediente lo tiene el comisario ---se atrevió a decir el joven policía.

---¿Se puede saber por qué no me lo había dicho antes?

---Usted no me preguntó, señor ---contestó con voz trémula---. No sabía

lo que buscaba.

Yoli había estado inquieta toda la noche. Después de contarle a Álvaro lo que había visto aquel día, necesitaba hablar con su amigo del alma. Ninguna amiga por amiga que fuese la entendía tanto como lo hacía Álvaro. Era su confidente, su paño de lágrimas. Por eso aunque alguna vez la hiciera enfadar no se lo podía tener en cuenta. Lo necesitaba a su lado. Necesitaba sus sabios consejos.

---Yoli, mi amor, con lo que me gustaba Alex para ti, me parecía tu mitad. Qué decepción ---le dijo mirándola con aquellos ojitos melosos que le ponía. Hizo una mueca muy típica de él y la abrazó---. Lloro, llora mi criaturita.

Ella se dejó ir. Allí estaba él, que la conocía tan bien. Lástima que no le gustasen las mujeres, se lo decía siempre, serías mi pareja perfecta, Alvarito, y lo sabes. Él se encogía de hombros y sonreía. En mi futura reencarnación seré muy macho, te lo prometo.

Se desperezó y se levantó. Laura y ella tenían que hacer un trabajo de fin de carrera y apenas habían pensado qué tema iban a tratar. Había quedado con su compañera de clase y de proyecto en la puerta de comisaría. Tenían permiso, pedido con antelación, para ir y recabar la información que necesitaban. Yoli no estaba contenta. Al principio le pareció una gran idea, pero ahora, después de haber roto su relación con Alex ya no se lo parecía tanto. Llegó un par de minutos tarde y sabía que su compañera estaría esperando. A veces la exasperaba lo puntual, metódica y ordenada que era. Todo lo contrario a mí, en algún momento debería tomar nota y empezar a organizarme, se decía.

Laura era su compañera desde primer curso de criminalística y con la que mejor se llevaba de toda la clase, una clase en la que el sesenta por ciento

eran hombres. Al ver llegar a su amiga caminó con decisión hasta la entrada.

---¡Laura!, espera.

Muack, muack, se dieron dos besos.

---¿Se puede saber qué te pasa? Por si no te has dado cuenta llevamos unos minutos de retraso.

---No estoy muy convencida que sea buena idea hacer el trabajo en esta comisaría.

---No lo entiendo, si estabas encantada de hacer el trabajo aquí... dijiste que tu Alex nos podía ayudar ---le dio un codazo de complicidad.

---He roto con Alex. Lo hemos dejado, por eso no me apetece nada entrar ahí.

---Ya me parecía que te pasaba algo, pero no quería ser indiscreta. Si te apetece hablar o lo necesitas, ya sabes, aquí me tienes. ¿Quieres que tomemos un café y me lo cuentas?

---No, no te preocupes. Entremos de una vez. No me gusta llegar tarde a las citas.

---Veo que conservas el buen humor ---dijo Laura con sarcasmo. Si algo tenía Yoli es que siempre llegaba por los pelos. Tarde, tarde no se podía decir que llegase, pero temprano tampoco.

---Venga, al mal paso darle prisa ---dijo Yoli mientras abría la puerta de la comisaría.

Nada mas entrar vio un movimiento inusual. Estaban preparando una rueda de reconocimiento. Dos agentes, uno de ellos Alex, escoltaban a una joven. ¡Vaya, es la chica del coche! Ahora resulta que el chico me ha salido señorito de compañía. El corazón le bombeaba sangre a una velocidad de vértigo. Inspiró hondo y expulsó el aire por la boca tal como le habían enseñado en un curso de primeros auxilios. El subinspector se acercó a ellas.

---Buenos días, soy el subinspector Rivera. Supongo que sois las

estudiantes. Estáis de suerte, tenemos rueda de reconocimiento. Venid conmigo.

Las dos jóvenes se encaminaron tras el subinspector libreta en mano. Las fotos les dijo que estaban terminantemente prohibidas.

---Cuando salgamos no te escaparas de explicarme qué ha pasado ---le susurró Laura al oído.

Entraron unos minutos en una sala donde había un enorme espejo de una sola dirección. En aquel momento entraban seis hombres más o menos del mismo peso y estatura. Los hombres se parecían entre sí, eran morenos y todos de ojos más bien oscuros. Aquello le pareció incluso cómico, se parecía tanto a las series de Netflix. Era una sala similar a cualquier escena de cualquier serie policiaca, el mismo comportamiento, los policías con aspecto fatigado se comportaban como en los muchos episodios que tanto le gustaban.

Se le escapó un suspiro al reconocer a David. Giró la cabeza interrogando al oficial que las acompañaba pero este no dio muestras de entendimiento. Seguramente, ese tipo de información no entraba en lo que ellas podían conocer del funcionamiento de una comisaría. Al fin y al cabo ellas tenían que ir al último piso, al laboratorio. El agente les hizo una especie de ruta turística por toda la comisaría antes de llevarlas a su destino final.

Alex al pasar por su lado con la testigo ni la miró. Cuando los ojos de ambos, por casualidad, se cruzaron, él giró la cabeza y continuó su camino. Lo que le había hecho no tenía nombre. Dejarlo sin ni siquiera dar una explicación, eso no se hace, se decía, así que no esperase que él le bailase el agua. En un primer momento se extrañó de verlas allí. Luego recordó que hacía días le había dicho que estaba preparando el trabajo de fin de carrera y que había pedido permiso para recabar información para su proyecto conjunto. Bueno, que lo hiciera pronto y se largara de allí. Esperaba que no le

entorpeciese el cotejo. Era consciente que entre ella y David no había nada, o eso creía él, pero si lo veía entre rejas era posible que despertase su lado sentimental y eso no lo soportaría. Ya bastante tenía con verla al lado del mariposón de Álvaro. Uff, Álvaro. Con Álvaro tenía sensaciones encontradas. Por un lado le había ayudado a desentrañar el caso de los anónimos, pero por otro lado no lo soportaba, sobre todo, cuando cada vez que tenía problemas con Yoli... allí estaba él. Los problemas de pareja se resolvían en pareja, se enfureció ante lo que él creía que era infantilismo por parte de Yoli, no contándoselos a tu peluquero.

El subinspector las dejó en manos de los técnicos y les dijo que cuando hubiesen terminado le avisaran para acompañarlas de nuevo a la salida. Yoli al sentirse despreciada por Alex creyó morirse, no esperaba que el primer encuentro después de su ruptura fuese así. Aquello significaba que le había importado bien poco. Respiró hondo, cambió el chip y se puso en modo empollona. Sacó de su mente todo aquello que no tuviera nada que ver con el trabajo. Laura la miraba de vez en cuando, se daba cuenta que la indiferencia de Alex había afectado a Yoli mucho más de lo que esta quería reconocer.

A Mily la habían llamado para decirle que querían que acudiese a una rueda de reconocimiento. Estaban por dejar ir a David. El juez determinó que las pruebas no parecían concluyentes y sin pruebas no lo podían retener en el calabozo más de dos o tres días. Resultó que cuando estaban por soltarlo tuvo la necesidad de orinar. El agente que lo custodiaba vio por casualidad un tatuaje que llevaba en el pubis. Sabía que estaban buscando a un hombre de aquella complexión con un tatuaje más o menos igual. Lo comunicó a sus superiores y como coincidía lo retuvieron con nuevos cargos.

La joven volvió a insistir en que ella no le había visto la cara, pero objetaron que no era la cara lo que tenía que reconocer, sino el tatuaje que llevaba el sospechoso. Le explicaron que habían detenido a un hombre que

coincidía con lo que ella había denunciado. Por mucho que ella dijera que estaba en el gimnasio aquella noche, la convencieron que por lo menos viera si podía ser la persona que tenían retenida.

Mily llegó y pasó directamente a la sala contigua. Se situaron, ella en el centro, y a cada lado un policía. A su derecha se colocó Alex, a su izquierda el subinspector. Fueron entrando los hombres escogidos para el reconocimiento. A una orden del oficial que los custodiaba allí dentro, en aquella especie de pecera enorme, o de escaparate, según se mirase, se pusieron todos de frente. Alex le dijo a Mily en un tono suave y amable que los mirase bien, que si había alguna cosa que pudiera encajar con el perfil del agresor lo dijese. Ella dijo que no, que apenas había visto a su agresor. Llevaba la cabeza cubierta, repitió. Además de atacarla por detrás y no poder darse la vuelta hasta el último momento y fue cuando el que la agredió provocó la felación. Lo que si recordaba era un hombre que no era de complexión gruesa, pero que tenía mucha fuerza y tenía los músculos bien definidos. Lo primero que le había venido a la cabeza había sido que la podía haber seguido desde el gimnasio, por eso cuando vio aquel tatuaje a través del espejo supo, o intuyó, que podía ser él.

---Por desgracia para todos nos hemos dado cuenta que hay mucha gente con tatuajes similares. Por eso te pido especialmente que te fijes mucho --- reiteró Alex.

Mily paseó la vista de uno a otro. Ninguno le sonaba de nada. Conocía a uno de ellos de haberlo visto por el gimnasio. Se puso nerviosa. Pensó que no sería capaz de identificar a nadie ¿Y si se equivocaba? Ella no podía enviar a un inocente a la cárcel. No le parecía justo. Con la cabeza negó reiteradamente. Lo siento, no puedo decir si fue uno de ellos, no le vi la cara - --repitió---. A una orden de Alex se abrieron los pantalones y dejaron los tatuajes a la vista.

A aquella hora la comisaría era un hervidero de gente que iba de aquí para allá, los teléfonos sonaban sin tregua. Una agente entraba con un joven esposado, un delincuente menor, con los ojos vidriosos de todo lo que se habría metido y sin poder coordinar dos palabras seguidas. La oficial, una mujer de edad indefinida, llevaba al ladronzuelo cogido de un brazo. Lo hizo sentar en un banco mientras rellenaba el expediente, era complicado que se sostuviese de pie. Yoli y su compañera bajaban con sus apuntes. Al ver la escena, Laura le dijo al oído que parecía una escena de *Ley y orden*. Yoli apenas se dio cuenta de que le estaba hablando. Miraba de reojo en todas direcciones esperando ver a Alex de nuevo, supuso que el reconocimiento habría terminado. Aun así esperaba verlo por última vez, se mintió. Laura le hablaba pero en su cabeza lo único que resonaba era la letra de una canción: "*Eres la persona correcta en el momento equivocado...*", cierto. Alex era la persona correcta en el momento equivocado.

Le hicieron dar unos pasos hacía el espejo. Mily se derrumbó al verlo de cerca. Con mucha precaución reconoció el tatuaje de uno de los hombres que se acercó hacía ella. Empezó a temblar. Estaba segura que ese era el tatuaje. Se tapó la cara con las manos. No esperaba que aquello pudiese ser tan duro. Alex que estaba a su lado le pasó la mano por el brazo. Mily se estremeció, le gustaba el contacto con aquel policía que a pesar de su tamaño la había tratado con tanta amabilidad. No sabía por qué había asociado su tamaño a la rudeza, pero no, no era nada rudo, más bien lo veía como un enorme osito de peluche.

Salieron de la sala de reconocimiento. Alex buscó con la mirada a Yoli. No estaba. No quería parecer ansioso ante sus compañeros. Dentro de su horario laboral estaban teniendo unos días muy cargantes. Parecía ser que era verdad eso de que la primavera la sangre altera. Todo el mundo se había puesto de acuerdo aquel día en llamar a la policía; unos con motivos

suficientes; otros por algo insignificante, pero que "creían que tenían el deber de denunciar". El caso fue que estaban desbordados y no quería que Mily se fuese sola a casa. La joven, haciéndose la valiente, no se había dejado acompañar de su madre, alegando que no hacía falta, que al fin y al cabo ella no podía entrar a la rueda de reconocimiento y no debía perder el día de trabajo por esa tontería.

Por fin se empezó a poner orden en el caos de aquella mañana y Alex pudo acompañarla a casa. Era lo mínimo que podía hacer por la joven después de hacerla esperar casi una hora hasta despejar un poco aquel barullo.

La persona a la que Mily había reconocido era David. A Alex no es que le hiciese gracia todo aquello, pero pensó que desde que lo había conocido se percataba de que algo escondía. Le pusieron las esposas y lo devolvieron al calabozo. Esta vez los cargos eran contundentes. Su abogado iba a tener que trabajar mucho si quería sacarlo de allí.

Cuando salieron las jóvenes de comisaría, con todo el material más o menos necesario, decidieron ir a casa de Laura, vivía más cerca de la oficina de policía y si necesitaban volver estaban a dos pasos, así que concluyeron organizar el trabajo desde allí. Pasaron el resto de la mañana planificando la actividad que realizaría cada una. El tema de búsqueda de información decidieron que se le daba mejor a Yoli. El tema de la redacción y confección del trabajo lo haría Laura, era más metódica y organizada. Al menos eso decía ella, aunque quizá su amiga no estuviese del todo de acuerdo. Por fin les quedó claro cómo iban a plantear el trabajo. Al día siguiente Yoli empezaría a pasar apuntes para que Laura intentase montarlo.

Se despidieron en la puerta de Laura. Se dieron dos besos y Yoli se encaminó hacia su coche. Estaba acomodando el material en el asiento del copiloto cuando un coche de policía, de los que se usan sin identificación, se

paró justo en un hueco que había delante de ella. Curiosa, miró a ver quién era. Quiso decirle que se alejara un poco, que no le dejaba suficiente espacio para salir con facilidad. En aquel momento vio a Mily apearse de él. Alex había salido primero y solícito dio la vuelta y le abrió la puerta. Aquello era el colmo. ¡Qué le había dado con aquella mocosa! Apoyó la mano en el claxon y pitó con rabia. Para postre, no pareció querer hacerle caso. Acompañó a la joven a la puerta de su casa y volvió a darle un beso. Bueno, para ser exactos la chica se levanto sobre las puntas de sus pies y le depositó un beso en la... ¿mejilla? No logró apreciarlo bien, pero para el caso aquello era irrelevante. Se había tomado el rol de guardaespaldas demasiado en serio.

Alex respingó al sentir el claxon. Miró quién pitaba de aquella manera tan infernal pensando incluso sancionar al causante de tal barullo. Yoli levantó la cabeza y lo miró desafiante. El inspector hizo otro tanto. Parecía un duelo de titanes, a ver quien aguantaba más.

---¿Te apartas, por favor? No puedo salir.

---He aparcado correctamente, así que ese no es mi problema

## Capítulo 20

El sol se ponía lentamente tiñendo el horizonte de dorada serenidad. Rebeke miraba pensativa el ocaso por la ventana de su habitación. Llevaba todo el día dando vueltas al problema. No podía callar por más tiempo. ¿Debería decir que estuvo con David aquella noche? Ella podía ser su coartada, aunque de momento no tenía datos concretos de la detención y se moría de angustia.

Había abordado a Aina por la calle y le había preguntado por qué habían detenido a su padre. Intentó ser amable. Ganarse su confianza de nuevo. Desde que ingresaron a David en el hospital, su hija se había vuelto desconfiada con ella, no entendía el motivo... o quizá sí. Aina sabía que entre su padre y ella había algo. Era joven, estaba de acuerdo, pero quería a David. Sabía que su relación era algo extraña, que se utilizaban mutuamente, pero también sabía que David la quería más de lo que estaba dispuesto a admitir. Siempre que tenía problemas emocionales la buscaba y ella hacía lo mismo. El problema había surgido al llegar aquel policía nuevo al pueblo. Se había enamorado de Yolanda, la pseudopija de la parte alta. La que se creía más que los demás. Y David se había visto impelido a conquistarla. Él no iba a ser menos que el poli. Si ese poli no hubiese llegado al pueblo, David nunca se habría obsesionado con Yoli, de eso estaba completamente segura.

Por fin se decidió. Se vistió, ya que estaba todavía en pijama y se dispuso a intentarlo por lo menos. Su madre había salido temprano, tan solo le dijo el consabido "espero que no te metas en líos". Había cumplido los dieciocho, por fin. Así que ahora sí que le resbalaba todo lo que le dijera. Ni siquiera pensaba volver al instituto, ya no tenía edad y la universidad no era lo suyo.

En realidad ni siquiera sabía qué hacer con su vida. Entendía que siempre había sido un estorbo para sus padres. Supo que lo era desde el mismo momento en que escuchó a su madre en aquella aciaga conversación, hacía ya unos años. Conversación que se le había quedado grabada en el cerebro y de tanto en tanto le martilleaba con un insistente run run. "Yo nunca quise hijos, durante el embarazo no fui capaz de salir a la calle. Aquel no era mi cuerpo. Parecía un monstruo con aquella barriga". Y lo que más le dolió "no tengo instinto maternal, no sé qué hacer con mi hija". "Los niños me dan dolor de cabeza". Desde entonces procuró estar el menor tiempo posible con su madre. A su padre, como aquel que decía, ni lo conocía. Nunca pareció preocuparle aquella hija díscola. Nunca hubo un beso de buenas noches. Ni siquiera un cachete cuando se portaba mal a propósito, con el único fin de que su padre tuviera, al menos, que hablar con ella para castigarla.

Al llegar a casa de Clara, la madre de David, no estaba segura de que lo que estaba por hacer fuese lo correcto, pero aún así debía intentarlo. Presionó el timbre, que resonó en el interior de la casa como un eco lejano. Unos pasos lentos y pesados se escucharon a través de la puerta cerrada, de Aina no eran, estaba segura, y con doña Clara no le apetecía hablar, sabía perfectamente lo que iba a decirle. Respiró hondo intentando tranquilizarse, aunque esperando lo peor.

---¿Qué haces aquí? Mi nieta no tiene nada que hablar contigo. No quiero que vuelva a estar contigo. No eres una buena influencia para ella.

---No es por Aina que he venido, es por David ---la cortó en un momento en que la buena mujer paró su diatriba para tomar aire.

---Tampoco se te ha perdido nada con David. Vete. No eres bien recibida en esta casa.

---¿No cree que eso debería decirlo su hijo? Señora.

---Mi hijo hará lo que yo le diga.

---Sí, lo sé, siempre bajo las faldas de mamá, así le va. Pero esta vez tengo algo que decir yo también. Venía a ofrecerle mi ayuda para sacarlo de la cárcel.

---No digas tonterías, cómo podría ayudar a mi hijo una niñata cómo tú.

---¿Puedo pasar? O dejamos que se entere todo el vecindario de lo que tengo que decirle.

Con un gesto de condescendencia se apartó ligeramente de la puerta para dejarla pasar. Rebeka conocía la casa por haber estado allí en alguna ocasión con Aina. El recibidor era amplio, un sillón y una mesita adosada a la pared le daban un aspecto regio y elegante. Al fondo una escalera llevaba a la parte superior de la casa, y, al otro lado, una puerta doble daba acceso al comedor. La hizo esperar en el zaguán. No la dejó pasar ni subir a la sala, lugar donde ella solía pasar su tiempo libre viendo la televisión o leyendo alguna novela de temática histórica que eran las únicas que le gustaba leer. La verdad era que en aquellas circunstancias ni televisión ni novelas, doña Clara no estaba para nada. Ver que su hijo seguía allí metido y no tener la certeza de que fuese inocente, ya que las pruebas lo incriminaban, la tenía rota de dolor.

---¡Está bien! Habla, pero procura ser breve.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Rebeka. El tono en que aquella mujer le había dicho que hablase le provocó respeto. No, respeto no, miedo era la palabra correcta.

---Yo... yo... solo quiero ayudar a David... se lo aseguro.

Clara levantó la cabeza altiva, la miró por encima de las gafas con una expresión adusta, incluso algo indulgente.

---¿Cómo se supone que podrías ayudarlo? No eres más que una mocosa malcriada.

---Ya está bien de insultos. A lo mejor nos tenemos que tratar más de lo que piensa, señora. Quiero declarar a favor de David. Puedo decir que estuvo

conmigo toda la noche.

Rebeka se fijó en el centro de flores que descansaba sobre la mesita del recibidor. Las flores debían haber sido cambiadas hacía días. Estaban mustias y había algunos pétalos caídos al pie del jarrón. Después de aquello la miró con atención. Las cosas debían estar peor de lo que en un primer momento pensó. Clara tenía las ojeras muy marcadas y apenas llevaba un poco de brillo en los labios. Esa dejadez no era nada normal en ella. Era una mujer que cuidaba mucho su aspecto físico y jamás saldría a la calle sin un maquillaje perfecto.

Desde el descansillo de la segunda planta se oyó la voz de Aina. Preguntaba a su abuela por qué no subía. No había escuchado el timbre y no sabía que tenían una visita, para su abuela, algo más que incómoda.

---¿Qué haces aquí? ---preguntó Aina desde lo alto de la escalera.

---Solo quiero ayudar... si me dejáis, claro ---esto último lo dijo entre dientes levantando altiva la cabeza.

---Ya te he dicho que no puedes hacer nada ---contestó Clara antes que lo hiciera Rebeka---. Lo que tienes que hacer es irte a tu casa y dejar que los mayores resolvamos nuestros problemas.

---Está bien, no quería tener que llegar a estos extremos, pero por David haré lo que sea. Estoy esperando un hijo suyo y no quiero que mi hijo tenga un padre en la cárcel.

Aquella noticia cayó sobre las dos como la bomba atómica sobre Hiroshima. Clara se tuvo que sentar. Aina bajó los escalones de dos en dos. Aquello era lo último que esperaba de Rebeka. Sabía que tonteaba con su padre. Pero esto no, esto no se lo esperaba, ni se lo podría perdonar a ninguno de los dos.

---Rebeka, no estamos para bromas ---dijo Aina mirándola fijamente a los ojos.

---Sabía que no me ibas a creer. Toma ---le entregó los resultados de una prueba de embarazo.

La madre de David se tapó la cara con las manos y sollozó impotente buscando una pared donde apoyarse.

---¿Si te hago una pregunta me respondes con sinceridad? ---se dirigió a Rebeka con un hilo de voz.

---Ya se lo he dicho, solo quiero que salga de la cárcel. Estoy segura que si declaro que estuvo conmigo lo dejarán salir.

---Y ¿estuvo contigo? No quiero falsos testimonios.

---Digamos que no toda la noche, pero sí parte de ella.

---Creo que mientes ---espetó Aina con ira.

---¿Por qué estás tan segura? ---Preguntó su abuela--- ¿Sabes algo que debería saber yo también? No me está gustando este juego del gato y el ratón. Ya basta del y tú también. Se supone que todas queremos ayudarlo, pero mintiendo no lo vamos a hacer.

---No miento ---contestó Rebeka mirando como se metía la punta de sus zapatos bajo la alfombra.

---Pero no es totalmente cierto ---señaló Aina---. ¿O me equivoco? Mi padre pasó parte de esa noche con nosotras. La policía lo sabe.

Yolanda llegó a su casa todavía enfadada, la rabia de ver a Alex con aquella mocosa no se la podía quitar de encima. Soltó todo sobre la mesa del comedor y se fue a la cocina a prepararse algo de comer. Al abrir la puerta de la nevera lo hizo con tanto ímpetu que se cayeron los huevos. Dio una patada en el suelo con rabia y se sentó a la mesa con la cara entre las manos llorando de impotencia. Le había afectado más de lo que quería reconocer. Estaba sensible, lo sabía. Para postre, le había bajado el periodo aquella mañana y se encontraba mal. Le dolía el vientre y tenía náuseas. Solía tener unas reglas muy dolorosas, pero desde que mantenía relaciones más o menos regulares

con Alex parecía que habían disminuido las molestias. Hasta eso tenía que agradecerle al muy capullo, pensó, mientras miraba al infinito a través de la rendija que quedaba en el centro de las dos partes de la cortina. Miraba sin ver nada hasta que la sacó de su ensoñación un coche de la policía. Aparcó delante de su puerta. En un primer momento pensó que fuera Alex, pero no, a los agentes que se bajaron no los conocía de nada.

Antes de que llamasen al timbre, Yoli ya les había abierto la puerta. Desde que salía con Alex consideraba al "cuerpo", como les decía él, como de la familia. Ilusa, pensó, mientras notaba como la sal escocía sus mejillas. Si hubo algo por su parte se acabó. Deberías haberte dado cuenta antes, se recriminaba a sí misma.

---¿Yolanda Duperly? ---preguntó el policía.

A Yoli le dio un vuelco el corazón. Aquello parecía serio.

---Sí... Soy yo. ¿Ocurre algo? ---Se alarmó.

---No, no pasa nada, necesitamos que nos responda a unas preguntas... de rutina.

Yolanda les hizo pasar, les dijo que si querían tomar alguna cosa. Los agentes respondieron negando con la cabeza.

---Gracias, estamos de servicio y será solo aclarar unas cuantas dudas.

Yolanda se puso en guardia. Ella no era tonta, estudiaba criminología y con buenas notas. Sabía perfectamente que allí estaban el poli bueno y el poli malo. Lo que no entendía era que después de tanto tiempo, más de cuatro meses desde que desapareció Ramiro, ahora tuvieran preguntas nuevas que hacerle.

---Ustedes dirán. Creo que he dicho todo lo que sé. ¿Hay alguna novedad? ---aventuró.

---Pues sí, hay alguna novedad. Nos dijo que no había salido de casa el veinticuatro en todo el día y creemos que no fue así ---este parecía el poli

malo.

---Estuve aquí preparando la cena de nochebuena. Venían mis hermanos a cenar... como cada año ---apostilló.

---Sí, sabemos que estuviste preparando la cena. Pero, ¿no saliste en ningún momento? ¿No necesitaste comprar nada? Tranquila, queremos ayudarte ---dijo el que suponía haría de poli bueno tuteándola.

---A ver, creo que a primera hora bajé a donde Maruja a comprar el pan. No tenía del que yo quería y tuve que ir al otro lado del pueblo, a la panadería que queda al final de la carretera.

---¿Podemos saber por qué no nos dijo eso en la declaración que le tomó el inspector Moreno?

---No lo sé... ---Yoli, relájate. Solo quieren ponerte nerviosa, se repetía--- fue algo rutinario, ni siquiera lo recordaba. Estaba muy nerviosa, Ramiro no aparecía y sigue sin aparecer. Igual alguien no está haciendo bien su trabajo --replicó mientras mantenía la mirada fija en los ojos del policía.

En el momento que dijo esa frase se arrepintió. Sabía que no debía decirles a los policías cómo desempeñar su labor. Estaba segura que esas palabras le pasarían factura.

"Se está vengando de mí". Este pensamiento se abría paso insistentemente en su mente. "Alex se está vengando de mí. Si no fuera así ¿por qué me tiene que enviar ahora a estos dos?" No entendía nada. No sabían por dónde investigar y ahora ¿le querrían echar las culpas a ella? Se estaba mareando. ¿Tanto la odiaba? Aquello no le podía estar pasando a ella.

---Por eso estamos aquí ---escuchó Yoli mientras volvía lentamente a la realidad---. Intentamos no pasar por alto ninguna pista por pequeña que esta sea ---comentó el agente haciendo que la afirmación sonase razonable, aunque ella sabía que aquello no era así. Algo no iba bien. Lo presentía.

---¿Estaba muy nerviosa ya desde por la mañana? La denuncia de su

desaparición se hizo pasadas las nueve de la noche. Por qué estaba tan nerviosa desde tan temprano, ¿nos lo puede explicar?

---A ver, no estaba nerviosa por Ramiro. A esa hora estaba nerviosa porque tenía que preparar la cena de nochebuena y llevaba mucho retraso. No entiendo a qué viene este interrogatorio. ¿Necesito un abogado?

---¿Ha hecho algo por lo que lo deba necesitar? ---Contestó el policía a su vez con otra pregunta.

---Por supuesto que no ---se apresuró a contestar---. Lo único que quiero es encontrar a mi hermano.

---Y por eso estamos aquí, te lo aseguro---contestó el que hacía de poli bueno.

---Escuche esto, por favor, y díganos si la voz y las palabras son tuyas.

El policía sacó un móvil, conectó un audio y lo dejó sobre la mesa. Aumentó el volumen al máximo para que Yolanda lo escuchara con comodidad. El audio empezaba cuando la joven se quejaba de que Ramiro llevaba unos días bastante desobediente. ---*Está insufrible, estoy cansada de que no me haga caso. No sabes lo harta que me tiene. Encima está mi madre, el trabajo, los estudios. De verdad que no puedo con todo. Ojalá alguno de mis hermanos se lo llevase una temporada. No puedo con él, ¿no crees que me merezco un respiro?*--- Se escuchaba quejarse en la grabación La conversación no era nada del otro jueves, pero sacada de contexto podía interpretarse como que estaba harta de su hermano y quería que desapareciera.

---¿Son tuyas esas palabras, señorita Duperly?

---Creo... creo que... sí, pero, pero yo hablaba con una amiga. Estaba agotada, mi madre había empeorado y me sentí colapsada ---se estaba justificando, lo sabía y sabía que la haría parecer culpable, pero no era capaz de dejar de hacerlo---. Mi hermano es como un niño, tiene días que se pone

difícil y ese día recuerdo que estuvo especialmente...

---¿Insoportable? ---terminó la frase por ella el agente.

---Qué tan harta estaba el veinticuatro ¿Su hermano solía estar a altas horas de la noche fuera de casa? Si era como un niño ¿por qué le dejaban estar todo el día balduendo?

---No, ya lo dije cuando puse la denuncia. Es un hombre, aunque su mentalidad no lo sea. No lo podemos tener las veinticuatro horas encerrado en casa. Aunque por otro lado es bastante autosuficiente. Es complicado de explicar. Son muchas cosas a la vez. Hay momentos en los que simplemente me desborda, pero son momentos. Vuelvo a repetir que adoro a mi hermano, lo juro.

Otra vez se daba cuenta que se justificaba, y, como les habían enseñado en la academia, no hay nadie más culpable que aquel que se justifica y no tiene coartada. De pronto le vino a la cabeza una pregunta: ¿De dónde habían sacado aquella grabación? Recordaba una conversación entre Maruja y ella. Le preguntó la panadera por cómo iban a pasar las fiestas y ella le estuvo explicando que aquel año entre su madre y su hermano, a ver. Recordó que le dijo que estaba muy cansada, pero aquello lo había grabado alguien y lo había sacado de contexto. Habían manipulado la conversación.

---¿De dónde ha salido esta grabación? Creo que tengo derecho a saberlo. La conversación era mucho más larga. Escuchando ese trozo solo parece una cosa que no es.

---Nos ha llegado anónimamente, en cuanto sepamos algo más serás la primera en saberlo.

---¿Me vais a detener por comentar mi estado anímico en un momento dado?

---No vamos a detener a nadie... al menos de momento. Eso sí, te aconsejamos que estés disponible por si necesitamos hacerte más preguntas.

Los agentes dieron media vuelta y caminaron hacia la puerta de salida.

## Capítulo 21

Yoli se sentía sucia. Ella no había hecho nada. No tenía por qué sentirse así, pero tampoco podía evitarlo. No entendía que alguien pudiera pensar una aberración semejante. En cuanto salieron los agentes por la puerta empezó a temblar como una pluma. Tiró la comida que se había preparado a la basura, se le había quitado el hambre. Se miró las manos. Abrió el grifo y las puso debajo del agua caliente. Prácticamente se las escaldó. Aún así seguía sintiéndose sucia. Aquellos policías le habían hecho sentir las manos llenas de sangre. Un hormiguelo se apoderó de ella. Salió corriendo al cuarto de baño y tal como se había lavado las manos se metió bajo el chorro del agua demasiado caliente, y empezó a frotarse hasta que el cuerpo se le enrojeció, tanto por la temperatura como por el guante de crin con el que casi se estaba despellejando. De pronto se dejó escurrir hasta quedar sentada en la ducha con las rodillas abrazadas y dejando que el agua se mezclase con las lágrimas.

Al cabo de un rato de aguantar la quemazón del agua cerró el grifo. Se levantó lentamente. ¿Por qué a ella? ¿Qué había pasado para que todo se torciera de aquella manera? Es Ramiro, por Dios. Cómo alguien en su sano juicio puede pensar que ella podía ser capaz de hacerle daño, hacía sus cábalas. A todos los niños hay que aplicarles un correctivo de vez en cuando, no por eso se les quiere menos. Con Ramiro era igual, tenía días buenos, pero otros había que castigarlo de algún modo y no por eso lo dejaba de querer. La gente había empezado a especular. Lo había notado los últimos días. Era llegar ella a algún que otro sitio y la gente callar de golpe. Estaba segura que eso no era bueno. Cuando empezaban las especulaciones siempre salía alguien perjudicado. En este caso estaba segura que sería ella. Si seguía así se

volvería loca, se dijo, intentando animarse a sí misma.

Otra herida abierta en su corazón era Alex. Se había enamorado como nunca pensó poder hacerlo. Al parecer Alex no estaba en la misma sintonía. Le había dolido verlo pavoneándose delante de aquella niña, porque era una niña. Patético. Aunque lo peor había sido que le enviase a aquellos policías, no tuvo agallas para venir él. Está bien, no lo necesito, pensaba, mientras de un manotazo se secaba las lágrimas que seguían libremente surcando sus mejillas. Se envolvió en una toalla y salió del baño. Entró en su habitación y casi se muere del susto. El armario estaba abierto y alguien hurgaba en él.

---¡¡Arrrggg!!

A Yoli casi le da un infarto. Lo que menos esperaba era ver surgir de su armario a Álvaro vestido con sus ropas. Se puso la mano en el pecho intentando acallar el furibundo corazón que amenazaba con escapar de su caja torácica. Aquello era lo último que le faltaba.

---¿Puedo saber qué haces aquí? ¿Y por qué llevas mi ropa puesta?

---Tranquila, amor, no te lo tomes a mal. Te estaba buscando.

---¿Dentro de mi armario?

Yolanda nunca había visto a Álvaro sonrojarse y en aquel momento parecía una grana. El agua escurría por sus piernas formando un charco bajo sus pies. La piel de Yoli seguía enrojecida. Álvaro intentó quitar importancia al asunto señalándola a ella.

---Cielito, ¿qué te ha pasado? Estás muy roja. ¿Tienes fiebre?

---No, no tengo fiebre. Sal, por favor, que quiero vestirme. Pero antes quítate mi ropa.

Los ojos de Álvaro se transformaron de pronto en gélidas canicas de un azul casi negro. Fue una milésima de segundo, pero en ese preciso instante un escalofrío recorrió la espina dorsal de Yolanda. Álvaro empezó a quitarse el vestido de ella. Al mirarlo de nuevo su cara volvía a ser la de siempre. "Estoy

alterada, mi mente me juega malas pasadas" se dijo Yoli sacudiendo la cabeza. La policía la había trastornado.

---Perdona, mi amor, ha sido un momento de debilidad. Ya sabes que eso eres para mí, una debilidad. ¿Me perdonas?

Álvaro enseguida se puso en situación. Le empezó a preguntar por qué estaba tan alterada.

---A mí no me engañas, a ti te ha pasado algo. Lo huelo. Qué te ha hecho el cavernícola de Alex esta vez.

Yoli se abrazó a él y derrumbándose entre hipidos y sollozos le contó lo que le había dicho la policía.

---¿Tú crees normal que me quieran inculpar a mí? Tú me conoces. Soy incapaz de matar una mosca. Cómo voy a hacerle daño a nadie y menos a mi hermano. ¡Esto es de locos!

En aquel momento, en que Álvaro estaba a medio vestir, Yoli se fijó en una marca que tenía en el bajo vientre.

---¿Qué te ha pasado? ¿De qué es esa irritación? Creo que deberías ir al médico, no tiene buena pinta.

---No te preocupes, cielo, ya fui, está todo controlado. Me estoy poniendo aceite de rosa mosqueta, es muy bueno para las marcas, en dos días ni rastro. le guiñó un ojo quitándole importancia con la mano.

---Pero ¿cómo te lo has hecho? Déjame ver.

Yolanda se agachó a mirar la señal que sobresalía por encima de la cintura del pequeño tanga que Álvaro llevaba a modo de slip.

---Amor, no seas curiosona. Mejor dime qué te pasa. Te conozco demasiado bien y sé que algo tienes. Si ha sido el indigno de Alex te juro que le arañé de abajo "*p'arriba*". Álvaro siempre intentaba sacarle una sonrisa cuando estaba deprimida con frases así. Decía alguna burrada y hacía que ella se olvidara de sus cuitas. Se acabaron de vestir. La abrazó como hubiese

abrazado a una hermana. Le dio unos besos en la frente y la arrastró al salón. Preparó unas copas. Puso una delante de cada uno y se sentó a su lado. Yoli se acurrucó sobre él. Era su postura favorita. Se sentía protegida. Se sentía en calma. Álvaro tenía esa facilidad para hacerle olvidar lo malo que le pasaba. Le masajé los hombros y el cuello. Entre el masaje y la copa acabó cerrando los ojos. Se relajó durmiéndose a continuación.

Alex seguía en su burbuja de incansable actividad. Por fin acababa de recibir la autorización del juez para registrar la casa de David. Le había costado convencerlo, pero lo había conseguido. Llamó a los agentes que se encargarían de ello y se encaminaron hacia allá sin demora. Uno de ellos era el joven desgarrado que estaba de guardia la noche del incidente. Lo había escogido porque era metódico en sus modos y no se saltaba ninguna de las normas. No quería fastidiar el registro. Desde entonces había mejorado mucho como policía. Por fin llegaron los de la científica y por desgracia también una furgoneta de la televisión local.

---¿Han encontrado nuevas pruebas que acusen al señor Guillén?

No les habían dejado ni sacar los maletines del coche que ya estaban los buitres carroñeros especulando. A saber qué querrán sacar en las noticias, pensaba Alex.

---No tenemos nada que decir, solo es rutina. En cuanto sepamos algo serán debidamente informados, gracias.

Para ser una televisión local habían desplegado a todo el personal disponible. Aquella siempre había sido una localidad tranquila en la que raramente pasaba algo de interés. La vida transcurría plácidamente hasta que desapareció Ramiro, así que aquella investigación estaba siendo retransmitida prácticamente en directo.

Los científicos escudriñaron con sus lámparas UV cada palmo de la casa. Recorrieron todas las habitaciones, los cuartos de baño, la cocina. Llenaron

de polvos manetas, picaportes cualquier tipo de asidero en el que pudieran haber huellas dactilares. Al parecer todas las que encontrasen serían identificadas para descartar las de los habitantes de la casa. Cuando cubrieron toda el área de la casa salieron al jardín. La parte trasera era bastante caótica, estaba en remodelación y parecía ser que llevaba así bastante tiempo. Las lluvias habían retrasado mucho la obra y el constructor al ser amigo de la familia le había pedido el favor de terminar una obra que era más urgente que una piscina. David accedió, solo le pidió que estuviera lista para el verano. Acuerdo al que llegaron con un apretón de manos.

La madre y la hija de David estaban presentes durante la investigación. No podían negarse, pero no querían que por alguna causa se pudieran manipular pruebas o incluso fabricarlas. Aina había visto muchos capítulos de CSI y pensaba que la policía con tal de incriminar a su padre podían ser capaces de sembrar alguna prueba falsa. Odiaba a Alex tanto como su padre, lo culpaba de toda su desgracia.

El registro en el jardín era complicado. La tierra estaba removida y con las lluvias aquello era un lodazal. Si había alguna huella desde luego sería muy complejo encontrarla. Los agentes llevaban prácticamente todo el día recogiendo muestras que Alex intuía que no les llevarían a ningún sitio. De pronto un agente de la científica metió el pie en una especie de agujero que se había formado justo al lado de lo que tenía que ser el foso de la piscina. Aquella tierra estaba mucho más blanda que las demás, por mucha lluvia que hubiese caído. Rociaron bien de Luminol por todas partes, tal como habían hecho dentro de la casa. Por el momento no había rastros de sangre.

La grabación de la cámara de seguridad de la vecina no evidenciaba que del golpe que había recibido Ramiro hubiese brotado sangre, era una posibilidad remota, pero había que intentarlo. Alex estaba nervioso. Aquel caso era especial para él por su implicación sentimental, aunque intentase

ocultarlo a su superior, cosa por otro lado imposible. Necesitaba resolverlo cuanto antes. Necesitaba recuperar la confianza de Yoli. Necesitaba paz en su vida y no la tendría mientras no le ofreciera la resolución del caso. Lo sabía. Dejó las cavilaciones cuando uno de los agentes empezó a pasar el Georadar por la zona blanda. En el aparato se veía claramente que había una zona más densa justo debajo de donde la tierra estaba más esponjosa. Llamaron al forense. En cuanto llegó dio comienzo otro tipo de rutina: se instalaron focos, se fotografió y documentó toda la zona y se dispusieron a cavar.

Mientras los de la científica cavaban, Alex estaba con todos los sentidos alerta. Había dos posibilidades, podía ser todo o nada. Se la jugaba al cincuenta por ciento, pero su estómago no solía fallarle. Estaba seguro que allí iban a encontrar algo, no sabía qué, pero intuía que algo había. No conseguía estarse quieto. Uno de los peritos le tendió un vaso de plástico, estuvo a punto de rechazarlo, pero se lo pensó mejor, un café le vendría bien, le mantendría las manos ocupadas ya que le habían prohibido cavar. Eran tan lentos. Sabía que era lo normal, no podían pasar por alto nada. Habían delimitado la zona en cuadrados y cada uno de ellos iba sacando paletadas de tierra con mucho cuidado. De pronto uno de los agentes del SECRIM, servicio de criminalística, se levantó y dijo que había encontrado algo. La tierra había cambiado de color. Allí había un cuerpo en descomposición. Montaron una cámara de vídeo y empezaron a grabar desde todos los ángulos. Alex y su compañero estaban uno al lado del otro, con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos. Aquello les parecía surrealista. Siguieron sacando tierra con mucho cuidado. El agente tenía las piernas entumecidas de estar en cuclillas tanto tiempo. Se incorporó un momento y cedió el sitio a un compañero mientras él aceptaba el café que le tendía Alex.

---¿De verdad crees que puede haber un cadáver ahí? ---preguntó Alex esperanzado.

---No te puedo decir con certeza que sea un cadáver, puede ser un animal. Lo que veo son los indicios de algo en descomposición.

---Inspector, aquí hay algo.

Había aparecido lo que parecía una gorra de visera. El forense se puso unos guates quirúrgicos, se arrodilló y la cogió con unas pinzas esperando que no se desintegrara.

La primavera estaba siendo húmeda y fría para la altura del año. El cielo se había oscurecido de golpe. Caía la tarde, pero aquella oscuridad no era por la hora. De pronto un aguacero primaveral, de aquellos que se llevan todo por delante, empezó a arreciar. Los agentes fueron a buscar una lona con que cubrir la parte donde se estaba trabajando. En un momento pasó a ser un lodazal. Tuvieron que dejar de cavar y posponerlo para el día siguiente. Tanto Aina como su abuela se mantenían, por orden judicial, al margen. Quisieron estar presentes y cómo era lógico les dejaron, era su casa, pero no podían tocar ni una mota de polvo que se posara en un mueble. Y por descontado aquella noche no podrían quedarse allí.

Después de muchas horas dieron por terminada la jornada y tan solo quedó una patrulla de guardia. A primera hora de la mañana volvería todo el equipo del SECRIM para seguir buscando.

Media hora después, Alex se encontraba sentado en la cocina con una taza de café en las manos y el expediente de Ramiro delante. Por muchas vueltas que le daba algo se le escapaba y no sabía qué era. Ramiro Duperly, 45 años, con una discapacidad mental estaba seguro que aparecería en cuanto escarbaran un poco más en aquel lodazal en que se había convertido el jardín de David. Pero ¿dónde encajaba David en todo eso? Le faltaba un móvil. Estaba implicado, seguro, pero seguían faltando piezas en el puzzle. Releyó el informe otras tres veces y siempre tropezaba con lo mismo. ¿Por qué David querría hacerle daño? Ramiro era una persona querida en todo el

pueblo. Sabía que a veces una persona con discapacidad podía ser molesta para algunos. Siempre había gente que se creían mejor que los demás por el hecho de ser "normales". No había llegado a conocer a Ramiro. Creía recordar haberlo visto alguna vez cruzar alguna calle, pero no le había prestado atención. Sencillamente lo consideró uno más de los habitantes del pueblo a los que había que proteger. Aunque pareciese un tópico, para él todos los ciudadanos eran iguales. Sus pensamientos pasaban de una cosa a otra mientras tamborileaba los dedos sobre el tablero de la mesa. De Ramiro a Yolanda. De David a Álvaro. De los restos que yacían en el agujero de la piscina otra vez a David, pero sin cerrar el círculo. Debería irse a dormir, no obstante, sabía que no podría conciliar el sueño. El hallazgo era demasiado importante, así que se puso un chándal, se calzó unas zapatillas deportivas y salió al fresco de la noche. Correría unos cuantos kilómetros a ver si aquello le ayudaba a despejar dudas y veía alguna salida a aquel galimatías. Al principio logró dejar la mente en blanco. A medida que cogía velocidad parecía que se le despejaba la cabeza. No quería pensar en el caso. Prefería oxigenar el cerebro y al día siguiente estar despejado para lo que viniese. Llevaba casi una hora corriendo y empezaba a notar el cansancio. Se agachó poniendo las manos en las rodillas y apaciguando la respiración. Levantó la vista y se dio cuenta que estaba en la calle de Yoli, su subconsciente lo había llevado hasta allí. Ya que estaba en su misma calle, y, aunque no era esa su idea, aprovecharía para reconstruir una vez más la escena del vídeo. El problema era que las imágenes estaban en un ángulo que apenas se veía la persona que conducía el coche. Debía ser un hombre. Aunque le pareció recordar unas manos que eran más bien finas para ser de hombre. Eso lo despistaba. Si era una mujer era alguien con mucha fuerza. ¿Acostumbrada a practicar deporte? Sacó el móvil del bolsillo y lo grabó para no olvidarlo. Al pararse se había enfriado. Ya no tenía ganas de seguir corriendo. Se sentó en

la acera a la altura de la casa de Yoli. Volvió a grabar en el móvil sus pesquisas. Una luz asomaba tímida por el resquicio de la persiana. Estaba despierta todavía. Quizás tenía compañía. Sintió celos de pronto. Un dulce sufrimiento le quemaba las entrañas. Se estaba convirtiendo en su propio enemigo. Pensar en ella le dolía y cuanto más le dolía más pensaba en ella. Debería marcharse de allí, lo sabía, pero algo lo inclinaba a seguir sentado imaginando a Yoli con otro. No podía dejar de pensar con quien estaría. No se la imaginaba con Álvaro, aquello pasó una vez y no volvería a caer en aquella trampa. Pero no era el comedor lo que tenía luz, ni la cocina, era el dormitorio. El mismo en el que ellos habían hecho el amor de un modo casi salvaje. Quienquiera que fuese ¿la estaría besando? ¿Habrían pasado ya de los preliminares? Debería alejarse de allí. Se estaba volviendo loco. Pero el cerebro no era capaz de hacer que las órdenes llegasen a sus piernas, estas se habían vuelto tan pesadas que le resultaba imposible dar un paso. ¿Estaría acariciando su piel de terciopelo? ¿Quién sería? Se hacía infinidad de preguntas para las cuales no tenía respuesta.

No supo el tiempo que permaneció allí delante pasmado, ensimismado, absorto. La humedad que había dejado la lluvia penetraba en sus huesos al igual que lo hacían sus negros pensamientos. Imposible no especular con lo que estaría ocurriendo tras los muros de aquella casa. Aquella penumbra lo incitaba a seguir elucubrando. Si alguno de sus superiores lo llegaba a ver allí le costaría un expediente. Aquello podía pasar por acoso, pero no era eso, eran celos. Celos de que la mirasen los amigos. Celos de los saludos de los vecinos. Sentía celos hasta de la ropa que rozaba su cuerpo. Cerró los ojos y visualizó por última vez las ropas por el suelo. La cama revuelta. La piel de otro hombre envolviendo la suya. Tenía que salir de allí. Le dio un puñetazo al árbol que tenía al lado. Una nube de pequeñas pelusas cayó sobre su cabeza. El dolor le hizo reaccionar. El calambre le había llegado al hombro y

los nudillos comenzaron a sangrar, pero pudo emprender el camino de vuelta a casa.

Estaba seguro que la había perdido para siempre y de lo que no estaba seguro era del porqué. Se daba cuenta de lo vacía que estaba su casa. Yoli tenía la magia de llenar con su presencia cualquier espacio. ¿Qué haría ahora que de nuevo volvía a estar solo? Había buscado la soledad, pero ya no, ya no la quería.

Yoli no podía dormir, en un primer momento se puso a repasar el trabajo que tenía que hacer con su compañera, pero la cabeza no le daba, así que quiso poner en práctica lo que le habían enseñado en la universidad. Recopiló toda la información sobre el caso de su hermano, la esparció sobre la cama y se dispuso a releer todo lo relativo al caso. Conforme leía iba haciendo su propio informe. Había descargado una aplicación para tomar notas y a medida que le daban información la contrastaba con las que tenía en su *Evernote*. Anotó todo lo que sabía, incluso lo que había salido en los diarios, aún sabiendo que eran noticias falsas. Estaba decidida, si Alex no era capaz de resolver el caso, lo haría ella.

Había cosas que no le cuadraban. No sabía qué estaban buscando en casa de David. Ni siquiera sabía si estaba relacionado con el caso de su hermano, pero por si acaso también lo añadió a la pila de informes que tenía. El día había sido muy intenso. Primero la policía, después Álvaro y para rematar se enteró que estaban excavando en el hueco de la futura piscina de la casa de David. Algo le escondía la policía. No le habían dicho que hubiera alguna pista que les llevase directamente a David. Hablaría muy seriamente con Alex, antes o después la iba a tener que escuchar. No podía seguir eludiendo su responsabilidad, ella era la tutora de su hermano y la tenían que tener informada de cualquier avance en la investigación. Un ruido la sobresaltó. Boris levantó las orejas, miró a Yoli y volvió a hacerse una rosca a los pies de

su ama. Yolanda saltó de la cama y se asomó por la rendija de la ventana. Era tarde y la calle parecía desierta. Alguien hacía *running* a aquellas horas de la noche. Ya son ganas, pensó. La noche estaba fresca y un agradable olor a tierra mojada penetró por sus fosas nasales. Se abrazó el cuerpo y volvió a la cama. Recogió todo el lío de papeles que había esparcido por toda la superficie, cerró el ordenador, apagó la luz e intentó conciliar el sueño al menos un par de horas.

## Capítulo 22

La actividad en el lugar de los hechos no descansaba. Desde muy temprana hora, la brigada del SECRIM había vuelto al lugar de trabajo. Empezaron a sembrar pequeñas escuadras regladas junto a los objetos que iban apareciendo. A cada nuevo hallazgo se le colocaba una de ellas y se la fotografiaba meticulosamente. Lo primero que apareció después de la gorra fue una zapatilla deportiva y un poco más abajo lo que parecían las ropas que llevaba Ramiro el día que desapareció. La corazonada de Alex, por desgracia, era buena. El cuerpo de Ramiro estaba allí. Siguieron pasando el Georadar por el resto del jardín. David se había metido en un buen lío. Lo que no entendía Alex era qué le habría pasado por la cabeza a David para enterrar a Ramiro en su propia casa. Si cómo parecían indicar las cintas grabadas por la cámara de seguridad de la vecina, había sido un accidente ¿Por qué no lo denunció a la policía? La condena habría sido mucho menor. El ángulo de la toma era muy justo. Las imágenes entraban y salían de cámara, ni siquiera estaba seguro de que sirvieran para el juicio. Por el momento bastante era que le habían concedido el permiso para registrar la casa.

El forense llegó justo cuando entraba la ambulancia que se llevaría los restos para analizar. Estaba molesto porque las lluvias de la noche anterior habían dejado toda la zona convertida en un lodazal y era complicado moverse entre tanta tierra removida sin estropear ninguna pista. Se calzó uno de los cubrezapatos estériles, de color verde como los de los hospitales, de la caja que tenían a la entrada, y, con sumo cuidado empezó a dar órdenes.

---¿El cadáver está completo? ---Preguntó al agente que tenía a su derecha.

---No lo hemos terminado de sacar, pero creemos que sí.

---¿Algún factor externo que pueda haber complicado la extracción?

---Creemos que no ---contestó Alex llegando a la altura del forense--- las obras de la piscina llevan paradas desde antes de navidad. Si como suponemos es Ramiro, este desapareció el día de nochebuena.

Con sumo cuidado fueron extrayendo la tierra que había sobre el cuerpo. Alex cada vez estaba más convencido de que era él. Las ropas coincidían con las que había descrito Yoli en la declaración. Lo único que no estaba descrito era la gorra, pero supuso que no recordaría que la llevaba, o se la puso sin que ella lo viera. De todos modos era un detalle menor.

Cuando depositaron el cuerpo en la funda de polietileno especialmente indicada para el traslado de cadáveres, el teniente de la guardia civil que estaba al mando ordenó que volvieran a pasar el Georadar por toda la zona. No había indicios de que pudiesen encontrar nada más, pero no quería dejar cabos sueltos.

Al cabo de una hora más o menos de pasar el aparato por toda el área de alrededor de la piscina y lo que sería o había sido el jardín, algo cambió en la pantalla. De nuevo un cambio en la estructura del suelo les hizo empezar a excavar en un lugar diametralmente opuesto a la otra zona de búsqueda. Lo que fuese que hubiera estaba bastante más hondo que el cadáver encontrado la tarde anterior. Alex consultó con el teniente, si era otro cuerpo tendrían que llamar a la UCO, algo en que los dos estuvieron de acuerdo. Alex intentaba no pensar en Yoli. No se lo podía permitir. En aquel momento era policía. No podía pensar en ella, la imaginaba sentada en su cocina tomando una taza de café, que era lo que mejor se le daba cocinar, como decía ella. No, debía tener los sentidos alerta. Debía darle respuestas y para ello no podía dejar pasar por alto ningún detalle. Aunque los expertos se encargaban de todo, a él le gustaba llevar una libreta encima. Le gustaba anotar cualquier detalle por

insignificante que pudiera ser y contrastar o comparar con los expertos.

---Cariño, ¿te has enterado? Dios, no me lo puedo creer. ---Espetó Álvaro nada más le descolgó el teléfono.

---Álvaro, no me hables en clave que no te sigo, por favor, de qué tengo que haberme enterado.

Álvaro pensaba que todo el mundo estaba al tanto de todo lo que pasaba en el pueblo como lo estaba él. Yolanda lo conocía y normalmente lo dejaba terminar la frase antes de pedir una aclaración. Siempre era igual, con su histrionismo hacía de todo una montaña.

---La casa de David, está tomada por la guardia civil, la policía local y algún que otro periodista. Cariño, aquello está más concurrido que la feria de abril.

Yoli se estremeció. ¿La guardia civil? Qué hacía allí la guardia civil, se preguntaba. Aquello parecía ser más serio de lo que pensó. Sabía que habían conseguido una orden de registro, pero si estaba allí criminalística, no podía ser otra cosa. Aquello se complicaba. Su orgullo no le dejaba llamar a Alex, aunque nada le impediría presentarse allí, no sabía en calidad de qué, pero lo que era seguro es que ella tenía que saber qué estaba pasando. Se levantó de un salto. Colgó el teléfono sin despedirse de Álvaro y salió disparada hacia la casa de David.

Al llegar, una barrera policial no la dejaba pasar. Había aparcado el coche una calle más abajo. Llegó a la casa caminando despacio, no quería parecer histérica. Tenía que aparentar serenidad. Igual la dejaban pasar en condición de estudiante de criminalística, pensó.

---No, ni siendo estudiante puede pasar, lo siento ---le dijo el agente que custodiaba la puerta.

---¡Alex! ¡Alex!

Empezó a gritar desde la calle. Estaba segura que él estaba allí. Como

estaba segura que aquello tenía que ver con su hermano. El periodista que se había quedado de guardia empezó a hacer fotos, pero a Yoli ni siquiera le importó.

---Por favor, deje de armar escándalo o tendré que arrestarla.

---Llame al inspector Moreno, por favor. Dígale que estoy aquí. Seguro que él me dejará pasar.

---Váyase a casa, señorita, se lo digo por su bien. Este no es un espectáculo agradable de ver.

---Estoy segura que tiene que ver con la desaparición de mi hermano, necesito verlo, por favor ---imploró al agente con lágrimas en los ojos.

Alex la había escuchado y en cuanto pudo acudió a su encuentro. Le dijo al oficial que él se haría cargo de ella. La dejó entrar a una sala de la casa que ya había sido revisada a fondo. La hizo sentar en un sofá. Se sentó a su lado intentando que se relajase.

---Sabes que no puedes estar aquí ¿verdad? Es el escenario de un crimen.

---Sabes que sé que es mi hermano. No puedo estar en otro sitio, además, puedo ayudar.

---No, no puedes ayudar. Te habrán dicho en la facultad que cuando está implicada la familia no nos podemos involucrar. No podríamos ser objetivos.

En aquel momento pasó Agustín, el joven agente que había asignado Alex. Con un movimiento de cabeza le dijo que se acercase.

---¿Me puedes conseguir un tila?, por favor.

---Por supuesto, inspector.

Salió raudo al puesto de mando. Una mesa plegable soportaba unos termos de café y agua caliente para que se fueran sirviendo los agentes. La jornada estaba siendo muy larga y tenían que recargar pilas. El joven puso una bolsita de tila en un vaso de plástico y llenó este de agua hirviendo del termo. Volvió a la sala donde se encontraba Alex tratando de tranquilizar a

Yolanda. Le tendió el vaso y un par de sobres con azúcar, no le habían dicho si lo tomaba dulce o no.

Alex cogió el vaso y se lo alargó a ella, que con un gesto, lo rechazó. La vio frágil, pero para nada quebradiza. Llevaba meses soportando la presión y era normal que estallase en algún momento y él tenía que estar preparado para contenerla. Hubiese querido cogerla de la mano. Acariciarle el pelo. Decirle que no pensara en nada, pero seguía siendo policía, así que solo le pudo decir que él se encargaría de encontrar al culpable y hacérselo pagar. Que era su deber.

---Quiero verlo.

---Eso no es posible. Ni siquiera podemos estar seguros al cien por cien que sea él.

---No me importa. Quiero verlo. Quiero ver dónde lo había enterrado ese... ese.

Yolanda no pudo terminar la frase.

---Deberías llamar a tus hermanos, o prefieres que lo haga yo. Ya sabes que no hay nada concreto, pero deben estar preparados... por si acaso.

---¿Cuándo me daréis el cuerpo? Necesito preparar todo... necesito...

No podía seguir hablando. En su cabeza se montaban las escenas más crueles en torno a la muerte de su hermano. Se recriminó a sí misma por no haberlo obligado a quedarse en casa. Se lo dijo unas cuantas veces, pero al final tenía tantas cosas en la cabeza que lo dejó marchar. Llevaría esa culpa con ella mientras viviera tal como le dijo Javier, su hermano mediano. Desde aquel día, cada vez que se veían, había una tensión en el ambiente que la hacía sentir culpable. Las miradas acusatorias. Las palabras susurradas a su espalda. Todo cuanto venía de él parecía decirle culpable, eres culpable. Estaba al límite de sus fuerzas.

Del jardín llegaron voces. Los agentes del SECRIM se movían con

presteza. Alex dijo a Yolanda que se fuese a casa, que en cuanto supieran algo más él la informaría.

---Confía en mí.

La abrazó y le retiró un mechón de pelo que le tapaba el ojo. Le dio un beso en la cabeza y cogiéndola suavemente por la cintura la acompañó a la salida. En la puerta distinguió a Álvaro. A ratos le caía bien y a ratos le daba grima, pero se la encomendó.

---Llévatela a casa, por favor.

En la acera, como cada vez que había algo fuera de lo normal, se empezaban a formar corrillos de curiosos. Los niños que habían salido del colegio y a aquella hora solían jugar en la calle encontraron una nueva diversión. Aparcaron sus bicicletas y patinetes mirando con ojos curiosos, haciendo apuestas a ver quién acertaba lo que había ocurrido en casa de Aina, que era como la llamaban ellos. La noticia había corrido como la pólvora por el pueblo entero. Yolanda estaba segura que en cuanto la casa quedase sola los chicos más osados se acercarían a mirar por las ventanas e inventarían historias que contar a los más timoratos. El mundo era mundo y siempre sería así.

---¿Estos niños no tienen consolas?

Era una pregunta retórica. Álvaro la dejó que hablara. Le haría bien pensar en los niños de la calle más que en Ramiro. Al cruzar la línea policial se les acercaba un periodista, grabadora en ristre. Álvaro no lo dejó acercarse. Cogió a Yoli por la cintura y la hizo subir a su coche casi de un empujón.

---Quiero hablar con David. Tengo el coche en la otra calle, déjame ahí.

---No puedes hablar con David y lo sabes.

---Encontraré la manera. Necesito una explicación y pienso encontrarla.

---Te diré lo que vamos a hacer. Te llevo a casa, te preparo algo que te relaje y pensamos qué hacer ¿Vale?

---No. No quiero ir a casa. Quiero ir a la cárcel. Quiero hablar con el asesino de mi hermano.

---Ya está en la cárcel. Ya no podrá hacer más daño.

Álvaro no hizo caso a Yoli. Siguió conduciendo hasta su casa. Yoli se lo quedó mirando antes de apearse del coche. Apuntándole con el dedo levantó la barbilla con determinación.

---Si no es ahora. Será mañana.

Álvaro sabía que si la seguía contradiciendo lo que conseguiría sería el efecto contrario del que buscaba. Se limitó a bajar del coche y acompañarla al interior de la casa. La hizo sentar en una butaca, la que sabía él que utilizaba para relajarse y se fue a la cocina a prepararle una infusión. Siempre llevaba encima unas gotas de homeopatía relajantes, así que le echó un buen chorro de ellas.

---Amor, tómate esto, te sentará bien.

---No me apetece. No me gustan los hierbajos. Solo los tengo para cuando vienes.

---Está bien, cómo quieras. ¿Te apetece ir a ver a tu madre? creo que te haría bien.

---No, hoy no. No quiero que me vea triste. Tengo que llamar a mis hermanos. Tienen que saberlo.

---Amor, todavía no sabemos si es él o no. No precipites los acontecimientos. ¿Te lo han dejado ver?

Mientras decía esto Álvaro iba dando sorbos a la infusión. Más parecía que el que necesitase calmarse fuera él y no Yoli.

Ella se levantó y fue a buscar una libreta y útiles de escritura. Era muy dada a hacer listas y eso mismo pensaba hacer en aquel momento. Sí, eso era, haría una lista de preguntas que habían quedado sin respuesta. Pensó hacer otra con los pasos a seguir según las directrices que sus profesores le habían

enseñado. Incluso se planteó hacer una lista de pros y contras en su relación con Alex. ¿Qué relación? Se preguntó después. Una sombra oscureció su semblante. Álvaro se dio cuenta y quiso distraerla, pero esta vez ella no se dejó.

El día estaba siendo pesado. Alex no había dormido bien la noche anterior y acusaba el cansancio. Se miró en el espejo del lavabo. Las ojeras habían invadido parte de su cara. Llenó el lavabo con agua helada y hundió la cara. La preocupación estaba consumiendo toda su energía. Estaba acostumbrado a largas y estresantes jornadas, pero en ninguna de ellas se había sentido tan impotente.

Lo que habían encontrado del segundo cuerpo era tan solo la osamenta. El forense a simple vista no podía establecer el sexo, la pelvis estaba muy deteriorada, aunque no descartaba que fuese una mujer. Las ropas que lo cubrían estaban tan estropeadas que tan solo quedaban jirones. Sería complicado establecer la identidad. Los ratones de campo habían roído partes de los huesos dejando unas estrías que podrían confundirse con cicatrices. El equipo forense se tendría que aplicar a fondo, aunque Alex sabía que lo conseguirían. Si había algo bueno en España eso eran los equipos de investigación de la Guardia Civil.

Sacaron el segundo cuerpo y volvieron a pasar el Georadar, al parecer no había nada más pero aún así cavaron todo el jardín. Querían descartar que fuese un posible asesino en serie.

Por fin pudo Alex pasar por comisaría. Estaba agotado. Redactó unos informes. Bostezó unas cuantas veces. Se desperezó otras tantas y a última hora se fue a casa. Tenía unas ganas terribles de ver a Yolanda, pero estaba tan cansado que no se veía con fuerzas de lidiar con ella. Entendía que estuviese rabiosa. Él no necesitaba el informe de la autopsia para saber que se trataba de Ramiro. Las ropas encajaban perfectamente con la descripción que

ella había hecho el día que desapareció. Por otro lado la había dejado al cuidado de Álvaro, eso le daba tranquilidad. Era un tipo raro, pero había colaborado en el caso de los anónimos y adoraba a Yolanda, para él con eso era suficiente. Así que se fue directamente a casa. Se hizo un batido de vitamina c y se tiró en la cama, a los dos segundos estaba profundamente dormido.

El estridente sonido del teléfono sonaba en su sueño. Dio un manotazo en su oreja, pero el desagradable zumbido no dejaba de molestar. Se giró y dobló la almohada sobre su cabeza. El ruido cesó. Sonrió en sueños y siguió durmiendo. Al cabo de unos minutos volvió a sonar y a vibrar algo dentro de la ¿cama? Se incorporó de un salto al darse cuenta que se había dormido con ropa y el molesto zumbido era el móvil que vibraba en su bolsillo.

Con la voz pastosa por el sueño interrumpido contestó la llamada.

---Diga.

---¿Alex?

No esperó a que terminara la frase. De un brinco estaba en pie mientras escuchaba a una compungida Yolanda.

---Estoy muy asustada. He recibido otra carta.

---No te muevas. No la toques. Voy para allá.

El abogado de David fue a visitarlo a la cárcel. Estaba muy molesto con él, no soportaba que le hubiese mentido.

---Si quieres que esto salga bien, tienes que decirme la verdad.

---Ya te lo he dicho. ¡NO HE MATADO A NADIE! ---gritó a todo pulmón.

---¿Cómo puedes decir eso si tu jardín es un puto cementerio?

La cara del abogado adquirió un tono entre rojizo y violáceo. Odiaba la mentira y si había aceptado el caso era por ser muy amigo de la familia, y, porque pensaba que era inocente. Pero aquello no se lo esperaba. El caso es

que David parecía muy convincente. No lo veía con la capacidad de encubrir varios asesinatos y mantener la calma durante años. No, eso no encajaba en el carácter de David. Y sin embargo las pruebas eran contundentes.

---¿Qué burrada estás diciendo?

---Lo que acabo de decir, que eres un psicópata. Has violado a una joven y ahora aparece Ramiro enterrado en tu jardín. ¿Qué quieres que piense? Que mientes muy bien, que tu actuación es de Óscar, es lo único que puedo pensar.

---¿Ramiro? ¿Qué Ramiro estaba enterrado en mi jardín? Esto debe tratarse de una broma.

David se levantó de la silla y empezó a dar vueltas en torno a sí mismo. Hizo el amago de volver a sentarse pero no llegó a hacerlo. Se levantó de nuevo. El espacio era notablemente reducido, así que caminaba de un lado al otro de la mesa como un animal enjaulado. En realidad era así como se sentía desde que había empezado aquella pesadilla. Se declaraba inocente una y otra vez, pero nadie le creía. Había empezado a pensar que debía ser sonámbulo y hacía las cosas en sueños. Por fin se dejó caer en la silla. Apoyó los codos en la mesa. Bajó la cabeza y empezó a mesarse el cabello balanceándose adelante y atrás hasta que dio un cabezazo contra la mesa de acero. El guardia que custodiaba la entrevista corrió a paralizarlo mientras pedía ayuda a sus compañeros.

En cuanto pudieron inmovilizarlo lo llevaron a la enfermería. Se había hecho una buena brecha en la frente y el médico tuvo que ponerle algunos puntos de sutura.

El abogado se fue. Había aceptado el caso por ser íntimo amigo de la familia, bueno, más bien de la madre de David. Desde que había enviudado no había estado con nadie más, hasta que se hizo presente el abogado. Se conocían de toda la vida. Era el abogado que llevaba los asuntos de la

empresa familiar. Se habían tratado como familia, hasta que un día Clara le dijo que si quería pasar una tarde a tomar café, le haría compañía. Siempre se había sentido sola. Su matrimonio había sido de altibajos hasta que entendió que su marido nunca iba a cambiar. Las mujeres le gustaban de todos los colores y maneras. Así que llegó a un acuerdo con él, cada uno haría su vida. Ella había aportado el dinero al matrimonio para empezar el negocio, pero tenía que reconocer que su difunto marido lo había hecho prosperar. Desde que llegaron al acuerdo dejó de sufrir por lo que sabía que no podía cambiar. Incluso a su manera era feliz. Su marido era atento y caballeroso con ella, lo único en lo que no era capaz de comulgar era con la fidelidad. La bragueta le podía. Así que ella lo pasaba por alto por su hijo y porque comprendió que en eso no lo iba a poder cambiar, pero tampoco podía perderlo. Solo le pidió que fuese discreto y en eso sí que le hizo caso.

El abogado le hacía mucha falta. Siempre lo había visto con ojos soñadores, pero no quería hacer lo que tanto odiaba de su marido, así que ella fue fiel hasta el final. Tampoco pensaba que fuese tan pronto, la vida a veces nos da segundas oportunidades que ni siquiera esperamos. De la noche a la mañana el padre de David enfermó. Leucemia. Nada que hacer. En dos meses murió. Clara se quedó viuda con cuarenta y dos años, un hijo y un próspero negocio. Y el abogado siguió siendo su mejor compañía.

No sabía como decirle a Clara que quería abandonar el caso. Él no era penalista y David necesitaría un buen especialista. Se armó de valor y le dijo lo que había pasado. Clara no entendía nada. Su hijo no podía haber hecho todo aquello de lo que se le acusaba. Ella no podía haber criado a un monstruo. Se culpaba de haber sido demasiado permisiva. No, imposible, se decía. David no era capaz de hacer una cosa así.

---Entonces ¿cómo te explicas el cementerio que hay en su jardín?

El abogado la abrazó y ella descansó la cabeza en su hombro. Las

lágrimas de impotencia y por qué no decirlo, miedo, resbalaban por sus mejillas mojando la americana de la persona que estaba siendo su mayor soporte.

---No lo sé. Está en obras. Alguien pudo hacerlo.

---Cariño, no seas ingenua. No es tan fácil.

---Está bien, consíguele un abogado penalista. El mejor. ¿Qué hice mal?

En qué fallé tanto para que mi hijo sea un... un ---no pudo terminar la frase.

## Capítulo 23

Alex tardó menos de diez minutos en llegar a casa de Yolanda después de colgar esta el teléfono. Aquello no le gustaba. ¿Quién sabía lo de las cartas? No había aparecido en ningún sitio, ni siquiera en la prensa local. Le costaba creer que Rebeka pudiera ser tan estúpida como para volver a escribir un anónimo. Se puso unos guantes de latex, abrió el buzón y extrajo la carta con sumo cuidado. Para nada esperaba la frase que allí estaba escrita. No era experto, pero aquella carta no tenía nada que ver con las anteriores. "Me quito el cráneo si esto lo ha vuelto a hacer la misma persona" pensaba emulando a Don Latino en Luces de Bohemia.

---¿Has visto algo o a alguien? Quiero decir cuando has encontrado la carta.

---No, he salido a despedir a Álvaro, que estaba conmigo, y al entrar me ha parecido ver algo en el buzón. En cuanto la he visto he sabido de qué se trataba.

---¿Álvaro estaba contigo? ---preguntó sin poder contener una mueca de fastidio.

---Tú le dijiste que me vigilase.

---No, le dije que te cuidase, no tergiverses.

---Puedes poner la palabra que quieras. El significado en este caso era el mismo.

---Y él ¿no ha visto nada?

---Supongo que no se ha fijado.

Alex no quiso seguir hablando de Álvaro. En aquel momento, pese a todo, lo único que quería era abrazarla, pero tenía que seguir en su papel de

policía. Yolanda no había dado muestras en ningún momento de querer un acercamiento.

Extendió la carta sobre la mesa del comedor estudiando la frase de nuevo.

*Las victorias sobre enemigos merecen himnos, sobre hermanos cantos fúnebres.*

No era un entendido en cine, pero no le sonaba de nada. La tendría que buscar en Internet. Esta vez no pensaba pedir ayuda a Álvaro, lo ponía celoso, aún sabiendo que era gay. Le agradecía su ayuda, pero cada vez más odiaba verlo cerca de Yoli.

---¿Qué te sugiere la frase? ¿Has reñido con alguno de tus hermanos?

---Te he explicado más de una vez que Juan me echa en cara lo que le ha pasado a Ramiro. Me hace sentir más culpable de lo que ya me siento.

---Mírame bien ---le puso dos dedos bajo la barbilla y le levantó la cara para que lo mirase---. Tú no eres culpable de nada. ¿Me oyes? El culpable es el que lo hizo. Y lo vamos a atrapar. Te lo prometo.

La abrazó como se abraza a un niño. El calor de su cuerpo fue suficiente para deshacer cualquier barrera que se hubiese interpuesto entre los dos. Eran igual de cabezotas y ninguno había querido ser el primero en pedir perdón. Sin pensarlo agachó la cabeza y la besó. No sabía cómo reaccionaría, pero le daba igual. La necesitaba tanto que no pensaba pedirle permiso. Ella le correspondió. Si él no la hubiese besado lo habría hecho ella, lo extrañaba tanto. Se sentía menos vulnerable cuando estaba entre sus brazos. La separó un poco de sí y durante unos minutos se limitó a contemplarla. No era la mujer que él había soñado que lo esperaría al volver del trabajo, pero era la mujer que amaba, y se había dado cuenta que la amaba más que a sí mismo. La besó de nuevo, de aquel modo tierno y suave que a ella tanto le gustaba. Se aceleraron los pulsos. Se paró el tiempo.

Amanecieron uno en brazos del otro. Las sábanas revueltas. Las piernas

entrelazadas. La cabeza sobre su pecho. Lo primero que escuchó Yoli fueron los regulares latidos de su corazón. Sonrió. A lo mejor las cosas se acomodaban del todo.

El trino de los pájaros ponía la nota de cuento de hadas al amanecer. Se arrebuja a su lado. Alex la abrazó con más fuerza y ella sintió la seguridad de aquel cuerpo fuerte y duro, pero suave y cálido al mismo tiempo. Sintió, de nuevo, una necesidad imperiosa de él. Su olor había impregnado sus fosas nasales y la había excitado antes que se despejasen del todo las brumas del sueño. Se subió la sábana hasta el cuello y metió la mano por debajo de ella. Empezó a explorarlo. Besó su torso firme. Sus labios recorrieron su piel poco a poco. Notó como a él se le aceleraba el corazón. Susurrándole al oído se subió a horcadas sobre él. Le cogió las manos haciendo lo que a él más le gustaba, llevar la iniciativa. Alex contemplaba sus ojos oscuros mientras ella lo besaba, esta vez ya no con la suavidad de antes, sino con exigencia y ardor. Notaba en ella una fuerza descarnada, un deseo desmedido. Yolanda se vio arrastrada a una oleada de frenética excitación. El control que había reinado hasta el momento desapareció. Rodaron sobre la cama y Alex siendo consciente siempre de su tamaño y su fuerza no pudo controlarla. Ella tomó de él lo que quiso hasta dejarlo temblando. Había llegado su turno. Alex siempre le había demostrado una ternura inusual, pero en aquel momento le iba a enseñar su lado oscuro, el lado peligroso de amarlo.

Al final los dos obtuvieron algo más que alivio. Yoli seguía jadeando cuando Alex recostó la cabeza entre sus pechos, introduciendo las manos en su pelo.

---Eres mejor antídoto que el café que me tomo por las mañanas ---le decía mientras dibujaba mariposas con un dedo en su piel.

---La carta ---recordó Yoli remoloneando---. Deberíamos hacer algo con ella ¿no crees?

---Sí, la carta. Lo más conveniente habría sido llevarla anoche a comisaría si no me hubieras seducido de la manera que lo hiciste.

---¡Ahora tengo yo la culpa de tu ineptitud!

---No empieces. Sabes que no aguantaba más tiempo sin ti. Soy tu marioneta.

Yolanda no respondió, pero una sonrisita curvó sus labios hacía arriba.

La urgencia se apresuró a entrar en la conversación. Se levantó y antes de que Alex se diera cuenta se había metido en el cuarto de baño. La siguió.

---Hay que ahorrar agua.

---Por supuesto, cabemos los dos.

Después de la acalorada ducha, y dos cafés cada uno, salieron para la comisaría con la carta en la correspondiente bolsa de pruebas.

---Deberías haberte quedado. Esto es cosa de la policía.

---Lo sé, pero la carta me la han enviado a mí y necesito hacer algo antes de volverme loca. Estoy a expensas de un delincuente que no sé qué puede querer de mí.

---De un psicópata ---la corrigió.

---Un psicópata que podría ser cualquiera.

---Lo vamos a atrapar. Deberías dejarnos hacer nuestro trabajo. Distanciarte un poco.

---No puedo. Estoy involucrada. Es mi hermano. ¡Maldición! No me pidas que me distancie.

---Por eso debes hacerlo, porque es tu hermano y ese vínculo te impide ser objetiva y que lo sea yo. No eres consciente de que estás interfiriendo en mi trabajo.

---No entiendo como.

---Muy fácil, si tengo que cuidar de ti no puedo tener los sentidos en otra cosa.

---¡Basta! ¡Maldita sea! Deja de pensar en mí como si fuera de porcelana. No soy una niña. Hace años que me cuido sola y creo que lo hago bastante bien. No te necesito como niño. No quiero que vengas a prepararme la cena como si no comiera si no lo haces.

---Está bien. ---Yoli se había levantado con ganas de pelea. Perfecto. Estaba dispuesto a dársela---. ¿Qué quieres?

---Quiero que me veas como una mujer. Quiero que dejes de verme como una niña que a cada paso que da necesita ayuda para no caerse.

---Sería fácil si supiera por donde pisas.

---Sé lo que hago y no necesito que nadie esté esperando para recogerme si me caigo. Soy adulta y responsable y creo que razonablemente inteligente.

---Lo eres, pero miras solo al frente y no ves a los lados. Esto es más serio de lo que parece y quien sea que lo ha hecho no va a parar hasta que consiga lo que quiere.

---Y tú ¿sabes lo que quiere?

---Es lo que estoy intentando averiguar. Por eso necesito que estés a salvo. Mis sentimientos no son de quita y pon.

---Eres policía.

---Y los dejo en casa cuando estoy de servicio. ¡¡¡Uff!!!

Alex quería ser razonable, lógico y equilibrado. Quería ser el Alex de antes de conocerla. De pronto se sintió exhausto. Aquella carta significaba algo y él tenía que encontrarlo. Buscaría la manera de tenderle una trampa al cabrón que estaba haciendo aquello. Se frotó los ojos con las manos y con resignación la dejó que lo acompañara.

En cuanto llegaron a comisaría Alex entregó el sobre de pruebas a un joven agente diciéndole agriamente que era urgente. El oficial al que se lo dio arqueó las cejas esbozando una mueca. Con Alex siempre era todo para ayer, pensaba, pero aquella mañana parecía más enfadado que de costumbre. Cogió el sobre y sin dilación lo llevó al laboratorio.

Entraron en su despacho y convocó a sus compañeros. Comentaron el caso y estuvieron de acuerdo que aquello, de un modo u otro, estaba relacionado con los cadáveres encontrados en el jardín de David. La pregunta era ¿cómo?, ¿de qué manera? y ¿por qué? Alex se levantó y se acercó al tablero en que tenían el esquema de lo que habían encontrado hasta el

momento.

---Quiero que pidas a los vecinos las grabaciones de las cámaras de seguridad de ayer ---le dijo al agente que tenía más cerca---. Quiero coger al cabrón que ha metido la carta en el buzón. Si lo pillamos a él tendremos mucho terreno ganado.

Alex abrió el cajón de su escritorio y empezó a revolver con urgencia. Aquello era un caos en toda su extensión, pero él sabía que había comprado un paquete y no se los había terminado. Dio un puñetazo en la mesa. Sentía una necesidad imperiosa de llevarse algo a la boca. El estrés le estaba pasando factura. Yoli lo miraba sin atreverse a decir nada. Cuando estuvo a punto de dar el segundo palmetazo y ella casi bota en la silla, Alex soltó un suspiro.

---¡Ajá! Sabía que no me los había acabado.

---¿Puedo preguntar qué buscas con tanto afán?

Sin mediar palabra enseñó triunfante un par de chupa chups de nata y fresa.

Yoli no sabía si reír o llorar. ¿Tanto revuelo por un par de chupa chups? ¿No sería demasiado infantil?, se preguntó viéndolo saborear uno de ellos.

---¿Quieres uno? ---le ofreció con una sonrisa--- Para ti no quedan ---se dirigió a su compañero.

---No, gracias, a mí se me pasó la hora de los caramelos con palito.

---Puedo preguntar ese vicio ¿desde cuando lo tienes? ---Inquirió Yoli curiosa.

---Desde que he dejado de fumar.

---¡Pero si tú no fumas!

Sin pretenderlo las mejillas de Alex se colorearon. Lo había pillado en una mentirijilla, según él, piadosa. Agachó la cabeza y empezó a repasar los informes que tenía del caso. Cualquier cosa antes que reconocer que le había

mentido, que desde que estaba con ella de vez en cuando necesitaba un pitillo para calmar la ansiedad que le producía no saber si ella estaba a salvo de aquel mal nacido.

Sonó le teléfono. Salvado por la campana, pensó Alex. Era del laboratorio. Tal como pensaba la carta no tenía nada que ver con las anteriores. ¿Un descuido? No, no lo creía. El que la había puesto sabía lo que hacía y pretendía despistarlo, de eso estaba seguro. ¿Tendría David un cómplice? No, tampoco lo veía. Lo que no le cuadraba era que David estaba encerrado y todo parecía indicar que la carta seguía el patrón de conducta del asesino de Ramiro. Estaba empezando a sospechar que había alguien más detrás de todo aquello. Activó el manos libres. Quería que lo escucharan todos los presentes, en especial Yoli. No tenía ganas de repetir todo lo que le dijera el técnico del laboratorio.

---Ya te haré un informe completo ---decía el técnico---, pero las letras no son de periódico, son de revistas del corazón. Por ahí empezaremos a trabajar. También tenemos una parte muy pequeña de una huella. Apenas nada, no sé si nos servirá de algo, no te hagas ilusiones. Esto solo es un informe preliminar para que no digas que no trabajo con la celeridad de un rayo.

---Te lo agradezco. Ya sabes, en cuanto tengas algo en firme, por favor, comunícamelo lo antes posible.

---Ok, sigo con la tarea. Te aviso si encuentro alguna cosa fuera de lo normal. Si no para mañana tendrás toda la información, te lo aseguro.

Yolanda no había movido un músculo. Estaba rígida, en tensión. No quería perderse ni una coma de lo que salía de aquel altavoz. Alex le lanzaba una mirada de soslayo de vez en cuando. Había salido de su casa con el pelo húmedo, pero al llegar a comisaría, para que no le estorbase lo había enrollado y recogido en la nuca con un lápiz. Con solo ese gesto fue capaz de

volverlo loco. Lo hacía de aquella manera tan natural. No se daba cuenta de lo seductora que se veía cuando hacía esos gestos. La camiseta king size que se había puesto se le había descolgado de un hombro y dejaba entrever una piel clara y aterciopelada. Alex giró la cabeza hacia otro lado. Tuvo que dejar de mirarla o se haría evidente las ganas que le habían entrado de poseerla allí mismo.

---Deberías irte a casa ---insistió.

---Está bien, no quiero importunarte más.

Alex no podía creerlo, al parecer iba a hacerle caso por una vez en la vida.

---Gracias, amor. Cierra bien con llave y no abras a nadie.

---Sí, papá ---contestó con retintín.

---Lo siento, no debí decir eso. Tengo miedo de que te pase algo, eso es todo.

Yolanda se acercó a él y le rozó los labios susurrándole al oído que no se preocupase, que pensaba tener cuidado. Lo que no le dijo era que tenía un plan y pensaba llevarlo a cabo.

Alex no podía estar tranquilo, la manera en que había aceptado irse a casa lo desconcertó. Empezaba a conocer a Yoli y tenía la sensación de que algo tramaba.

Un oficial llamó con los nudillos a la puerta y antes de decirle que entrase ya se había colado en el despacho.

---Inspector, traigo las grabaciones de las cámaras que me pidió del caso de Ramiro Duperly.

---Muchas gracias, démelas, voy a revisarlas ahora mismo.

Alex salió, seguido del oficial, a la sala de vídeo. Allí estaba la técnico. Una mujer joven; regordeta, con el pelo corto, unos ojos que no perdían detalle y las uñas rojo intenso. Tomó las cintas de manos de Alex y se

dispuso a visionarlas. Las cámaras estaban orientadas a la casa que vigilaban, pero al abrir la panorámica se podía apreciar parte de la casa de Yolanda. De momento en lo que llevaban visionado no se veía a nadie acercarse demasiado al buzón, que en definitiva era lo que buscaban. En una de las cintas se veía a Yoli trabajando en el jardín, pero nada más. El trabajo era tedioso y había que estar concentrado para no perder detalle. La técnico encargada del visionado les dijo que podían marcharse, que si encontraba algo los llamaría enseguida.

Yolanda se fue a la ciudad. Sabía que en el pueblo no iba a encontrar lo que buscaba, y tampoco le interesaba que se corriera la voz. Así que pasó del pueblo. Había pensado pedir las cosas por Internet, pero no estaba segura de lo que necesitaba, por lo tanto creyó más conveniente que la asesorara un especialista. Lo que sí había buscado por Internet era la tienda especializada que necesitaba: Espiamos, se llamaba. No se habían comido mucho el coco, pensó. Entró y se dedicó por unos minutos a mirar la cantidad de artilugios que había al alcance del público en general. Había aparatos mucho más sofisticados que con los que contaba la policía.

Estaba absorta mirando el material disponible cuando un señor de mediana edad; alto, enjuto y con el cabello cano se acercó a ella con tanto sigilo que le hizo dar un respingo.

---Perdón si la he asustado. ¿En qué puedo ayudarla?

---No se preocupe, solo pensaba que esto es el sueño de cualquier investigador.

---Desde luego que sí. Al menos es lo que pretendemos. Nuestros clientes suelen ser profesionales ---dijo la última frase con algo de retintín, pensó Yoli.

---Lo imagino, y por eso estoy aquí.

---Veamos entonces qué es lo que necesita.

---Quiero unas cámaras de vigilancia. Necesito controlar toda la casa.

---Sígame ---fue lo único que le dijo, parecía ser que la discreción también era un lema de la empresa.

Yoli lo siguió hasta una zona de monitores. El dependiente le iba indicando el alcance de cada cámara y la duración de cada cinta. Otras estaban directamente conectadas a un circuito cerrado de televisión, pero eran muy costosas y ella no se las podía permitir. Al final escogió unas que se conectaban al ordenador y este le servía de monitor. La pantalla se dividía en tantas partes como cámaras hubiera conectadas y las grabaciones quedaban en el disco duro. También compró un disco externo, con muchas gigas de memoria, para ir almacenando todo lo que las cámaras fuesen grabando. Cuando tuvo todo lo que en un principio esperaba necesitar, el dependiente le comentó que se lo podían instalar ellos. Yoli no estaba muy convencida, pero al final optó porque se lo instalaran, a ella le llevaría demasiado tiempo encontrar el ángulo más apropiado para las cámaras y conectarlo todo al ordenador quizá tampoco supiera hacerlo, así que aceptó contratar a uno de los técnicos que tenían para esos menesteres. Eso sí, les dijo que necesitaba que fuese muy discreto. Nadie podía saber que en aquella casa había cámaras. Las había escogido lo más discretas posibles y las camuflarían entre los enseres de la casa. Yoli indicó que era urgente y le dijeron que aquella misma tarde las tendría funcionando.

A última hora de la tarde sonó el timbre de la puerta. Yolanda dio un respingo. Desde que había aparecido la primera carta en el buzón estaba inquieta. Una idea rondaba por su cabeza y tenía miedo de que fuese cierta. Abrió y se topó de bruces con Alex. Se puso algo nerviosa. Por cinco minutos no se encontró con los instaladores de las cámaras y ella no quería dar explicaciones a nadie, al menos no de momento. Alex tenía las manos en alto. Yoli no supo interpretar aquel gesto y lo miró arqueando las cejas.

---No traigo cena. No quiero más reproches por preocuparme por ti.

---Idiota.

Le gustó aquel gesto. Parecía haber comprendido que no quería una niñera. Quería un hombre que estuviese a su lado, que la apoyase, pero que no solo estuviese pendiente por si se caía, si lo hacía dos veces se levantaría tres. Se abrazó a él y dejó que cerrase la puerta. Boris apareció en escena como cada vez que llegaba Alex, ya era como un ritual. Era un gatito muy tímido, se escondía de todo el mundo menos de su salvador. Yolanda a veces pensaba que lo reconocía como tal. Lo olió. Remoloneó un momento a su alrededor y volvió a su juguete preferido, un muñeco de peluche que le habían regalado a Yoli y del que se había hecho dueño y señor.

Yolanda le preguntó si había habido algún avance con respecto a las cintas de vídeo. Alex no pretendía hablar de trabajo. Había ido a verla porque la necesitaba, aunque a lo mejor no había sido buena idea.

Las cintas no dejaban claro nada en concreto, solo se veía una mano depositando la carta en el buzón, pero en ese punto la cámara empezaba a girar en el lado contrario y no se veía hacía donde se dirigía o de dónde había salido la persona en cuestión. Alex tenía una teoría, pero era tan inverosímil que mientras no tuviera algo tangible no pensaba contarle nada a Yoli.

---No pensemos en eso ahora. He venido a hablar contigo. Necesito aclarar cómo está nuestra relación.

---No tenemos nada que aclarar, solo pido que me quieras como soy.

---Por esa regla de tres debería decirte lo mismo. Yo también necesito que no me cuestiones.

---Estoy de acuerdo, pero comprenderás que este caso es "mí" caso ---se apuntó al pecho con el índice---, y no puedo permanecer indiferente. Necesito saber qué pasó. Necesito saber por qué David le ha hecho esto a mi hermano. No puedo dejar de pensar en ello. Ramiro nunca hizo nada malo.

---¿No has contemplado la posibilidad de que no haya sido él? ---al momento de decirlo Alex se arrepintió. No era su intención hablar con ella de su teoría. Ya tenía ella bastante con su cabecita como para meterle ideas nuevas.

---Lo he pensado, pero lo veo tan difícil. Es imposible que alguien haya utilizado el jardín de David para encubrir sus asesinatos.

---¿Y si fue un accidente?

Alex intentaba sembrarle dudas, otras teorías. Aunque las pruebas eran tan evidentes que prácticamente era imposible. Y lo que no le había dicho todavía era que el informe forense del segundo cadáver apuntaba a la esposa de David. Con estas pruebas tan contundentes su teoría no tenía fundamento, pero aún así, su estómago le decía que había algo más. O alguien más. ¿Un cómplice, quizá?

---Estoy algo aturdida, han sido muchas cosas juntas. ¿Qué te parece si cómo dices nos damos una tregua? Necesito desconectar por un rato. Te he echado tanto de menos ---confesó Yoli por fin.

Yolanda se frotó los brazos con las manos. Una especie de brisa había cruzado la estancia. Alex lo notó y la rodeó con su cuerpo agregando el calor que necesitaba y proporcionándole la seguridad que ella tanto anhelaba.

---¿Tienes frío? Deberías abrigarte. Ha refrescado un poco.

---Es verdad, pero estaba recogiendo la casa y estaba acalorada ---no quiso decirle que habían estado los técnicos.

---Estás preciosa con ropa... y sin ella.

Las mejillas se le colorearon. Esperaba que no se enfadase mucho cuando se enterase de lo que estaba haciendo. Un pensamiento cruzó por su cabeza. Ya que no había llevado cena, como empezaba a ser su costumbre, le diría de cenar fuera. Intentaría compensarlo por los malos ratos que le hacía pasar... y luego ya vería cómo terminaba la noche.

---Tengo hambre. ¿Qué te parece si vamos a cenar? Ya sabes que aquí no hay gran cosa.

---Te propongo algo mejor. ¿Pedimos una pizza?

Mientras le hacía la proposición Alex enroscaba un mechón de pelo en su dedo y buscaba con intención su boca. Yoli no pudo negarse. Le pareció mucho mejor plan que el suyo. En realidad no le apetecía salir. Era una persona bastante casera y acurrucarse con él en el sofá viendo una película romántica era lo que más le apetecía y esperaba que el plan se ajustase también a las ganas de Alex.

---Perfecto. ¿Cuatro estaciones? ---dijo ella cogiendo el teléfono.

---Hawaiana.

---¿De verdad te gusta la pizza con piña?

---Si te digo vegetal no vas a querer, ¿o sí?

---Hawaiana.

Alex soltó una tremenda carcajada. Le gustaba tanto sorprenderla. La sentía tan frágil en sus brazos y tan fuerte a la vez.

## Capítulo 24

Aina no había ido a visitar a su padre ninguna vez, aquello era algo que David no podía entender. Sabía que estaba lejos. Sabía que no era un sitio agradable, pero necesitaba a su hija. Cuando preguntaba a su madre o incluso a Rebeka, ella sí le había hecho alguna que otra visita, ninguna sabía decirle por qué no quería verlo su hija. Un pensamiento empezó a abrirse paso en su torturada mente. Aina le había cogido miedo, eso tenía que ser. ¡Aquel abogado cabrón que no era capaz de sacarlo de allí! Se mesaba el cabello para a continuación darse un cabezazo contra la pared. Los celadores le habían advertido que si seguía haciendo eso lo llevarían a una celda de castigo por tiempo indefinido. Le daba lo mismo. No entendía que no lo creyeran. ¿Cómo tenía que decirles que él era inocente? ¿Por qué nadie lo creía? Ni siquiera su hija era capaz de creerlo. Aquello no tenía sentido.

Rebeka había parado a Aina por la calle. Llevaba más de una hora esperando que pasara por allí. Sabía que en algún momento tendría que hacerlo. Rebeka a casa de la abuela no podía ir, ya le dijeron que allí nunca sería bien recibida y ella tampoco los necesitaba. Si David tenía que permanecer muchos años en la cárcel ella era muy capaz de criar a su hijo sola. No necesitaba de ningún hombre para eso. Sabía que en el fondo David la quería así que esperaba que se aclarase todo y tomaría una determinación. Con sus padres la situación era más tensa que de costumbre. Cuando les dijo que estaba embarazada a la histérica de su madre casi le da un ataque de ansiedad, pero lo peor era que no era por ella en sí, sino por lo que dirían los vecinos o las amistades cuando se enterasen. Le advirtió amenazante que en cuanto fuese visible su embarazo no la dejaría a la calle, se lo prohibía. Como

tantas otras veces las prohibiciones de su madre eran papel mojado para ella. Estaba segura que en un par de semanas se habría olvidado y se acordaría solo si se ponía de frente a ella. A veces pensaba que su madre no estaba demasiado bien de la cabeza. No era normal que antepusiera el qué dirían de sus amistades, aquellas que les habían dado de lado al quebrar las empresas, que a las necesidades de su propia hija. Había decidido pasar de llamar la atención de sus padres, al fin y al cabo nunca le había servido de nada.

---¡Aina! ---Llamó a su otrora amiga.

Al ver quién la llamaba se puso en guardia. La joven, a quién menos esperaba en aquel momento era a la amante de su padre, como la llamaba despectivamente.

---Por favor, necesito hablar contigo... sobre tu padre.

---¿Qué quieres? ¿Te envía él?

---No, no me envía nadie. Estoy aquí porque creo que tu padre te necesita.

---Qué sabrás tú. No necesito tus consejos.

---Fui a verle este fin de semana. Está muy deprimido, por eso creo que deberías visitarlo. No está allí por su gusto.

Aina levantó la cabeza con determinación. Estaba desolada por la situación que atravesaba su padre, pero las dudas la carcomían por dentro. Ella pensaba que era inocente, hasta que escuchó al abogado de su abuela que le decía que era un puto asesino. Todavía resonaban las palabras en su cabeza "El jardín es un cementerio". Ella había sido incapaz de volver a pisar aquella casa. Le daban arcadas cada vez que imaginaba el jardín lleno de fosas. Nadie quería decirle nada, pero ella no era tonta, aquella misma mañana había escuchado que el abogado de su abuela le decía que tenía que ser fuerte, pero que lo más probable era que el segundo cadáver fuese el de su madre. Tantos años pensando que la había abandonado y había sido su propio padre el que la había... la había... le dolía incluso pensar la palabra... asesinado. La bilis

subía y bajaba por su garganta cada vez que pensaba en ello.

---¡Escúchame! ---La zarandéó Rebeka---. Tu padre es inocente. Métetelo en la cabeza. Sé cómo te sientes, pero tu padre no ha matado a nadie. Te necesita ahora más que nunca.

La joven seguía sin pronunciar una palabra. Le era imposible. Unas traicioneras lágrimas se abrían paso mejillas abajo. Apretó la mandíbula alzando la cabeza. Quería ser fuerte. Necesitaba ser fuerte, pero aquello no lo soportaba. Su padre. El padre que ella adoraba. El padre que siempre había estado a su lado en todo momento resultó ser un asesino, un psicópata.

Quiso salir corriendo, pero la mano de Rebeka fue más rápida. La agarró por el brazo para que no pudiera salir huyendo. Estaba decidida a que la escuchara, después que hiciera lo que creyera que debía hacer, pero antes ella le diría lo que le tenía que decir.

---¡Déjame! ¿No te has dado cuenta que no quiero hablar contigo? ---Aina tironeaba del brazo que Rebeka tenía agarrado con dedos que a ella le parecían garras.

---Aina, somos amigas. Quizá no he sido todo lo sincera que debería haber sido contigo, pero quiero a tu padre, de verdad. No es algo pasajero, te lo aseguro. Tu padre lo está pasando muy mal. Deberías ir a verlo, aunque solo fuera por compasión. Sea lo que sea es tu padre.

---Mi padre es un asesino. No me digas que vaya a verlo. No me pidas algo así.

---Aunque no lo vayas a ver seguirá siendo tu padre. Eso no lo cambia nada ni nadie.

---¡Te crees que no lo sé! ---Se tapó la cara con las manos y susurró---, pero también es el asesino de mi madre.

---¿De dónde sacas eso?

El corazón de Rebeka se aceleró. El color desapareció de su cara. Un

vahído casi le hace perder el conocimiento. Sabía que habían encontrado un segundo cadáver, pero no esperaba que fuese Marta. Lo que había querido ser una conversación para convencer a Aina de que su padre era inocente se había convertido en una certeza indiscutible.

---Escuché al abogado de mi abuela que se lo decía. Dijo que era lo más probable y que por eso él no podía defenderlo. Mi padre es un asesino. No me pidas que vaya a verlo, no puedo hacer algo así, ¿lo entiendes ahora?

---Me cuesta creer algo así ---habló esta vez aunque sin tanta convicción. Estremeciéndose.

Aina la ayudó a sostenerse. Al fin y al cabo ella no tenía la culpa de haberse enamorado de su padre y que este la hubiera engañado como había hecho con ella y con su abuela. Unas arcadas acudieron al estómago de Rebeka. Aunque el embarazo iba bien, de vez en cuando tenía los típicos vómitos matutinos y ahora la boca se le había llenado de amarga saliva. Aina se asustó.

---¿Estás bien? ---Preguntó palideciendo ella también.

---No, me duele mucho el vientre.

Rebeka se apretó el vientre con las manos intentando enderezarse un poco. Aina la sujetaba, pero no sabía qué hacer. Nunca se había visto en una situación así. Acompañó a Rebeka a un bar que había cerca de ellas y después de ayudarla a sentarse le pidió un botellín de agua. Se lo abrió y le hizo beber unos sorbos.

---Creo que es mejor que llame a una ambulancia ---dijo la joven tímidamente.

---No, no hace falta, ya se me está pasando.

---¿Mi padre sabe que estás embarazada? ---Preguntó de pronto Aina.

Quizá aquella sería la primera vez que Rebeka se ruborizaba o se quedaba sin palabras. Aina por un momento pensó que no fuese cierto lo del embarazo

o que la criatura que esperaba no fuese de su padre. En realidad, esa era la esperanza que tenía, aunque conocía muy bien a Rebeka y sabía que podía ser como fuera, pero lo que sí sabía era que no le gustaba mentir.

---No sé cómo hacerlo... y con lo que me has dicho... Dejó la frase a medias. Aina asintió con la cabeza. Entendía que la situación era tan complicada como delicada.

---Si dices que está tan deprimido y es verdad eso de que está enamorado de ti, se pondrá contento con la noticia. A mi padre siempre le han gustado mucho los niños. Tendrá un motivo por el que luchar.

---¿Te estás oyendo? Acabas de decir que es un asesino.

---Y tú has dicho que no lo es. Ojalá tengas la razón.

Aina se levantó de la silla y dejó a Rebeka pensativa dando pequeños sorbos a la botella de agua, esperando que poco a poco se le acabase de pasar el malestar.

El siguiente fin de semana Rebeka fue a visitar a David. Le dijo que pidiera un vis a vis. Tenía algo que contarle. David le pidió que no lo dejase con aquella desazón, que le dijera lo que fuese en aquel momento. Rebeka se debatía entre la confianza que él le decía que tenía que tener en él y la duda que habían sembrado las palabras de Aina. Lo que era seguro es que ya no había marcha atrás. La criatura que venía en camino no tenía ninguna culpa de los errores que hubiesen cometido alguno de los dos. Era realista y sabía que ella también había cometido muchos errores, pero estaba dispuesta a redimirse.

Lo había encontrado tan demacrado, tan macilento y desmejorado que casi tuvo ganas de llorar. El embarazo la había cambiado. Cualquier cosa la alteraba y tenía la sensibilidad a flor de piel. David había envejecido diez años en el poco tiempo que llevaba encarcelado. No quería pensar si era culpable o no. Prefirió dejarlo a la justicia. Eso sí, no lo abandonaría en aquel

momento. Cuando la justicia dictase sentencia tendría que tomar una determinación y así sería, pero no antes.

Las pruebas del laboratorio ya habían llegado. Por fin tenían la certeza de quienes eran los cadáveres encontrados en el jardín. Por desgracia no se habían equivocado. Ni Alex tampoco. El primero, que estaba clarísimo desde el principio, pero lógicamente se necesitaba el informe forense, era el de Ramiro. El segundo, aunque menos claro, también era el acertado. El cadáver pertenecía a la esposa de David, Marta Ferrer. No había la más mínima duda. A David se le iba a caer el pelo, pensó Alex con tristeza. En el fondo no le caía tan mal como parecía. Siempre había pensado que era un pobre diablo, y, aunque en su carácter no encajaba aquello, las pruebas eran contundentes. Pensó en Aina, era una joven con mucho futuro por delante y aquel lastre la marcaría de por vida. Muy bueno tenía que ser el psicólogo que la tratase para que pudiera superar aquel estigma.

En cuanto tuvieron la documentación preparada se fue a hablar con David, esperaba sacarle una confesión. Aunque de todos modos, la cárcel iba a ser su casa por mucho tiempo.

---Tiene que ser un error ---repetía David una y otra vez--- Mi mujer se marchó con un tipo. Creo que vive en Canadá, tampoco estoy muy seguro, pero lo que sí es seguro son las postales que le envió a Aina por su cumpleaños. Pregúntale a ella. Ella te lo dirá. ¡Por Dios! ¡Tienes que creerme!

---Las pruebas nos cuentan todo lo contrario. Lo siento.

Alex llamó al celador y lo volvieron a llevar a su celda. A partir de ahora solo le quedaba que su abogado le consiguiera las mejores condiciones posibles. Salió de allí con una sensación de malestar. En realidad aquella era la peor parte de ser policía. Nunca entendería qué llevaba a un hombre joven, con futuro, una hija preciosa y no falta de dinero a cometer unos crímenes tan

atrocies. El ser humano puede ser el peor amigo de sí mismo.

---Clara, te traigo una mala noticia. Lo que nos temíamos se ha hecho realidad.

Carlos, el abogado y algo más que amigo, aunque le había recomendado a un compañero estaba muy al tanto del proceso y se había erigido en portavoz entre el penalista y Clara, intentaba suavizar al máximo la noticia que tenía que darle. Clara, por el tono de voz, supo que no era buena. El color empezó a huir de su cara. La cabeza le daba mil vueltas. El corazón golpeaba sin piedad su pecho. El aire dejó de entrar en sus pulmones. Todo se volvió negro de repente.

Cuando despertó estaba acostada en su cama y el médico que la había atendido estaba guardando el tensiómetro. Volvió a tomarle el pulso en la muñeca constatando que había recuperado algo de calor y de color.

---Se avecinan tiempos duros, Clara, no debes tomarte las cosas tan a pecho.

---El caso es que solo he confirmado algo que prácticamente era una evidencia ---aclaró Carlos.

---Lo sé, lo sé, por eso mismo se lo digo.

Le recetó un tranquilizante, pero solo si era estrictamente necesario, le recomendó. Salió de la habitación acompañado de Carlos y una vez fuera dirigieron sus pasos a la biblioteca para hablar con más tranquilidad.

---Gracias, por la discreción ---comentó un Carlos desvalido.

---Es una buena amiga, no tanto como lo es para ti, pero la aprecio mucho. Me pongo en su lugar y no sé si podría sobrellevarlo con la entereza que lo está haciendo ella.

---Cierto, parece muy entera, pero en estos meses ha envejecido de golpe. Clara ya no es la mujer que era.

---Estaré alerta por si me necesitas. Para eso están los amigos. En las

buenas está todo el mundo.

Cuando el abogado volvió al dormitorio se encontró a Clara sentada en la cama. La impresión la había tumbado, aunque el abogado ya le había dicho algo no lo habían confirmado. Tener la certeza de que era la mujer de su hijo, la que estaba enterrada en el jardín, la conmocionó más de lo que ella misma pensaba. Había intentado ser fuerte, que lo era, pero en el fondo de su alma había esperado que no fuese cierto.

---Que no se entere Aina, por favor.

---Tranquila, intentaremos que no lo sepa, aunque eso va a ser difícil.

---¿Qué es lo que no debo saber?

Aina llegaba en aquel momento y escuchó parte de la conversación. Estaba cansada de que la siguiesen tratando como a una niña. Podía entender a su abuela, pero eso no implicaba que debían mantenerla al margen de cualquier cosa desagradable que pasase en la familia. Al escucharla un ¡ay! escapó de la garganta de su abuela, que instintivamente se llevó la mano al cuello esperando que no hubiese salido de allí.

---No, no es nada, cariño... ---Empezó a decir la mujer.

---Abuela, ya no soy una niña y sé lo que está pasando. Es mi madre ¿verdad? ---afirmó antes de que pudieran inventarle más excusas.

Aina había madurado mucho. Ya no era aquella criatura temerosa que fue a avisar a su padre porque sus amigas habían hecho algo que ella entendía perfectamente que no estaba bien. Se había convertido en una joven responsable aunque no quisiera visitar a su padre, pero eso era porque no entendía por qué había hecho aquello. No le cabía en la cabeza.

En algún momento había llegado a pensar que la culpa del abandono de su madre la podía haber tenido ella. Cada vez que veía a su padre con una mujer pensaba que quizás era culpa suya que su madre no estuviera con ellos. No debía ser una buena hija y por eso su madre no la quería. Y ahora... ahora

resultaba que no se había ido. Salió de la habitación de su abuela y estuvo vagando por las empinadas calles de su barrio. Dio varias vueltas alrededor de su casa. Le era imposible entrar. Tampoco podía, las cintas policiales seguían acordonando la zona. Se paró en la acera de enfrente, unas rosas salían por encima de la valla vecina. No lo pensó. Cortó tres rosas blancas y las depositó delante de su puerta. Dos mujeres que pasaban hablando sobre el suceso callaron de pronto al verla. Aquello no era ni mucho menos una despedida, se dijo, ahora que sabía que su madre no la había abandonado, como siempre le hicieron creer, necesitaba saldar cuentas. Necesitaba estar en paz consigo misma.

## Capítulo 25

Después de todo no le había ido tan mal, pensaba Yolanda, viendo en el portátil las notas de los exámenes finales. Le había quedado una para septiembre, pero el resto las había aprobado todas. Se había sentado en el porche y estaba descansando mientras tomaba un poco el sol. Dejó el ordenador en la mesita que tenía al lado y cerró los ojos un momento... o eso pensó.

Algo se posó en sus labios. Una molesta mariposa. Estaba adormilada y con la mano intentaba espantar el insecto que le hacía cosquillas. Una sombra se interpuso entre el sol y ella. Abrió los ojos y allí estaba Álvaro, dándole besitos por toda la cara.

---¡Joder, Álvaro! ¡Qué susto me has dado! ---se quejó incorporándose en la hamaca.

---Cariño, solo te daba un besito fraternal. Estabas tan encantadora.

---Álvaro, no quiero que te enfades, pero me vas a tener que devolver la llave. No puedes entrar en mi casa como si nada. Ya van unas cuantas veces que entras sin decirme nada y eso no me gusta.

Álvaro se puso serio. No quería que se le notase pero aquello no le había gustado nada. Él la cuidaba. Miraba por ella. Se había convertido prácticamente en su sombra y ¿así le pagaba? Se sacó la llave del bolsillo y se la tiró con rabia sobre la mesilla.

---Me ha dolido, que lo sepas. Me he desvivido por ti. Me he quitado horas de sueño por ti. Qué ingrata es la vida con el diferente.

---No, Álvaro, no me vayas de víctima que no te pega. Sabes que no es eso. Te quiero mucho, pero esta es mi casa. Necesito mi privacidad.

---Claro, cómo ya tienes a tu Alex ---pronunció su nombre apretando la boca--- no me necesitas. Está bien, no te molestaré más.

Dio media vuelta y salió para la cancela. Al llegar se volvió hacia Yoli y le vaticinó: Cuando me necesites a lo mejor no me encontrarás.

---¡Álvaro, Álvaro! ---Gritó.

Álvaro no quiso saber nada más. Se había enfadado, y mucho, así que cogió el coche y salió a toda velocidad.

Yolanda se quedó pensativa. Aquella reacción no se la esperaba de él, pero tampoco podía dejarlo que hiciera lo que le diera la gana. Era su casa y estaba sola. No le parecía bien el comportamiento de los últimos días. Álvaro estaba raro, no sabía qué le pasaba, pero no era el Álvaro de siempre. Al entrar en la casa notó cosas fuera de lugar. ¿Tan dormida estaba que no se había dado cuenta que alguien había entrado en la casa? Ella solía tener el sueño ligero. No entendía nada. Se fue al portátil y se conectó a las cámaras de seguridad. Había muchas horas de grabación en que no pasaba nada, así que hizo avanzar rápido las imágenes. En un principio todo era igual, solo se la veía a ella haciendo las tareas de la casa; saliendo de la ducha, saliendo para la universidad. Vamos, la vida cotidiana. Hasta que llegó a aquella mañana. Había estado trabajando en el jardín que lo tenía muy descuidado por falta de tiempo y al terminar como hacía un día estupendo se sentó en el porche a tomar el sol y un refresco. En la cámara se veía como el calor y el cansancio fueron relajando sus miembros y sus párpados se cerraban en un delicioso sopor. Al poco se veía como entraba alguien en la casa. No se le reconocía demasiado bien porque entró con la cabeza agachada. Se quedó paralizada. Por un momento pensó que era David. Si no supiera que estaba en la cárcel habría jurado que era él. El tamaño, la estructura ósea era la misma. Podía haber pasado por su gemelo. Descargó las imágenes en un pen drive y se dispuso a llevarlas a comisaría, pero se lo pensó mejor.

Alex no estaba tranquilo, así que había asignado un agente de paisano para que vigilase, o más bien, cuidase de Yolanda. Había visto entrar a Álvaro en la casa y se quedó por allá. No era sospechoso, pero pertenecía a los amigos íntimos de Yoli, así que siguiendo las instrucciones del inspector se acercó al máximo. Había visto como se adentraba en la casa mientras ella dormitaba en la hamaca. Le pareció demasiada confianza. Al ver que ella se enfadaba por su atrevimiento sonrió. Ya le parecía que era muy lanzado aquel tipo. Yolanda salió de la casa y subió a su utilitario. Casi se le escapa. Había salido tan deprisa que apenas le dio tiempo a llegar a su coche. La siguió, sorteando hábilmente la circulación, que a aquella hora era intensa, era hora punta. Yoli se paró delante del centro de belleza de Álvaro, entró y preguntó algo a la recepcionista. Volvió a salir. Buscó un contacto en el móvil y llamó. No parecía contestar nadie puesto que dio una patada en el suelo y volvió a subir al coche, todo esto bajo la atenta mirada del agente. Volvió a seguirla. Esta vez se paró delante de un bloque de pisos de alto standing. El agente silbó al ver al lugar al que se dirigía su protegida. Al entrar Yoli en el bloque, el agente se decidió a hacer una llamada. Sabía perfectamente quien vivía allí.

El portero no la quería dejar subir, aunque cuando Yoli quería podía ser muy convincente. Le dijo que si le avisaba no le podría sorprender y de eso se trataba. Por fin accedió a dejarla subir sin avisar.

Cuando escuchó el timbre no podía creerlo. A su casa no iba nadie. A él no le gustaba recibir visitas. ¿Por qué el portero no le había avisado de que subía alguien? Le llamaría la atención, aquello era una falta de respeto a los inquilinos o abandono del puesto de trabajo si es que no estaba donde le correspondía.

Alex recibió un exhaustivo informe del laboratorio. Las letras de la última carta no eran de las mismas revistas que las anteriores. Estas eran de revistas del corazón, y habían encontrado un pequeño rastro de tinte para el pelo en

una de ellas. A partir de ahí habían cotejado la pequeñísima parte de huella que tenían y ¡bingo! Es de alguien conocido, le dijo el técnico cuando Alex llamó para hablar directamente con él. Aquello le dejó bastante fuera de onda. ¿Qué pintaba la huella de Álvaro en aquella carta? Se hacía la pregunta una y otra vez. Sonó el teléfono de nuevo, era el agente que tenía vigilando a Yoli, cuando le dijo hacia dónde se dirigía no se lo pensó un segundo.

---¿Dónde está? ---preguntó al agente antes casi de bajar del coche.

---Ha subido. No sé cómo lo habrá hecho, pero el portero la ha dejado entrar, supongo que será conocida.

---Ve pidiendo una orden de registro ---ordenó Alex Entraron los dos en el edificio. Al ver el portero que subían sin más les llamó la atención.

---Perdonen, ¿a dónde van? Tengo que comunicarlo.

No le dio tiempo a decir nada más. Alex le enseñó la placa. El portero se hizo a un lado preguntándose con curiosidad qué habría pasado.

Al llegar al ático que era dónde tenía su residencia Álvaro, y a la que nunca había ido nadie, encontró a Yolanda golpeando la puerta.

---¡Abre, sé que estás ahí!

---¿Qué estás haciendo aquí? ---preguntó Alex que llegaba en aquel momento.

Yoli no se lo esperaba. Se sobresaltó. Sabía que debía haber ido a la comisaría primero, o como mucho haberlo llamado, pero le hubiera gustado arreglar aquello a ella sola. ¿Cómo se habría enterado Alex que estaba allí? Por un instante se quedó en blanco, no entendía nada.

Alex volvió a llamar al timbre. Viendo que seguía sin responder aporreó la puerta al tiempo que anunciaba que era la policía. Que si no abría en aquel momento llamaría a los bomberos y la echarían abajo, anunció a través de la puerta.

Al cabo de unos minutos que parecieron horas, por la tensión que

acumulaban los dos, se abrió la puerta. Una rendija por la que asomaba una cara pálida y demacrada. Álvaro no se esperaba para nada aquello. Lo había cogido por sorpresa.

---Abre del todo ---dijo Alex colocando el pie entre la puerta y el marco para que no pudiese volver a cerrarla.

---Alex, Yoli, ¿Qué hacéis aquí? ---preguntó haciéndose el sorprendido.

---Necesitamos hacerte unas preguntas ---informó Alex haciendo presión en la puerta.

---Está bien, pasad.

Se hizo a un lado sin convicción. Los ojos se movían buscando una respuesta entre los policías y Yoli. Entraron, pero al no tener todavía la orden de registro no era mucho lo que podían hacer, así que se sentaron a esperar mientras Alex empezaba a preguntar.

---¿Qué fuiste a hacer la noche del miércoles de la semana pasada a casa de Yolanda?

Álvaro se tranquilizó un poco, pensó que aquello era una rabieta por celos, sí, eso era. Había montado todo aquello para que se alejara de ella, seguro. Pues no lo haría. Yoli era suya y siempre lo sería. Qué se había creído aquel payaso.

---Te he hecho una pregunta, contesta, por favor.

---Fui a visitar a mi amiga, como tantas veces.

---¿Cómo hoy? Por ejemplo.

---No me dirás que has ido a quejarte al poli porque he entrado en tu casa sin avisar ---se dirigió a Yoli en un intento de desviar la atención--- te han escoltado y todo, que poderío, nena.

---Yo he venido por mi cuenta. Nos hemos encontrado aquí ---reconoció ella.

---¿Queréis una copa?

Alex se daba cuenta que intentaba ganar tiempo.

---Queremos una respuesta, no una copa, y la queremos ahora.

---Te lo he dicho, estuve visitando a mi Yoli. Sabes perfectamente que voy muy a menudo. La adoro.

---¿Por eso le depositaste una carta anónima en el buzón antes de entrar?

---¿Una carta? No sé de qué me hablas.

---Y por eso has estado removiendo toda mi casa esta mañana mientras yo tomaba el sol. No, no me digas que no ---levantó el pen drive--- lo tengo todo grabado.

Mientras tanto el compañero de Alex miraba unas fotos que había bocabajo en el estante del mueble, todas eran de Yoli en diferentes épocas de su vida.

---Solo he ordenado algunas cosillas que estaban mal puestas... el Feng shui, ya sabes.

---¿Me tomas por idiota, Álvaro? Estabas haciendo lo mismo que la otra vez, lo he visto claro. Tú moviste los cuadros para que se cayeran. Al igual que tú descolgaste la gorra de Ramiro para que pareciera que se había caído sola. Fuiste muy hábil, pero ya ves, no se puede cometer el mismo crimen dos veces.

Al escuchar la palabra crimen de la boca de Yoli empezó a temblar, pero no de miedo, sus ojos destilaban odio.

En aquel momento llegaba otra patrulla con la orden de registro firmada por el juez. Ahora nada les impedía buscar pistas de las cartas que según la teoría de Alex hábilmente había hecho que pusieran Rebeka y sus amigas. El problema era que seguía sin entender el por qué. Esperaba encontrar muchas respuestas aquella tarde y en aquel lugar.

---¿Qué has querido decir con esa afirmación? ---le preguntó Alex a Yoli.

Esta relató lo que había pasado poco tiempo después que desapareciera

Ramiro; lo del cuadro que se cayó solo, lo de la gorra que también se cayó sola de la percha de la pared en la que llevaba todo el tiempo colgada, también de la figurita que se había precipitado al abrir la puerta de la vitrina. Todo cosas que llevaban una vida en el mismo sitio y qué casualidad que todas deciden caerse el mismo día. Y la comedia del sahumero. Eso era lo que ella no entendía, por qué le hacía todo eso si ella se consideraba su amiga y habría dado todo por él.

---¡Porque nunca me has visto como un hombre!

Aquella declaración sin esperarla les sobrecogió a todos. Alex se puso pálido. Su estómago no le engañaba. Tenía motivos para tener celos de él.

Yolanda empezó a mirar las fotos que soltaba Agustín, el agente que acompañaba a Alex, le pareció ver en su cara pintado el asombro. Lo entendió al ver que todas las fotos que estaban sobre los estantes eran suyas. Aquello no era ni medio normal. ¿Qué le pasaba a Álvaro? ¿De dónde había sacado aquellas fotos? Mientras las miraba iba descubriendo que muchas las había dado por perdidas. Mirando más a fondo descubrió que no solo había fotos suyas, también había algunos objetos que ella pensaba que había extraviado. Encontró una pulsera, un foulard, incluso una diadema del pelo. No podía creerlo, si quería algo suyo ¿por qué no se lo había pedido? Se lo habría dado con gusto.

---¿Qué has querido decir con eso? ---Inquirió Alex cogiéndolo por la pechera de la camisa.

---Lo que he dicho.

---¡Empezad a buscar! ---ordenó a los agentes con más brusquedad de la debida.

---Inspector, qué se supone que tenemos que buscar.

---Cualquier cosa que lo incrimine con el caso de las cartas anónimas. Si no lo encontramos aquí lo haremos en el centro de estética ---advirtió

sosteniéndole la mirada.

---No vas a encontrar nada ---dijo con una voz completamente distinta de la que usaba normalmente. Su voz no tenía nada de afectación---. Sabes perfectamente que no tengo nada que ver con todo eso.

Alex empezaba a comprender que estaba ante alguien completamente diferente del Álvaro que se hacía pasar por gay. Allí había mucho más de lo que pensaba y lo iba a averiguar.

---¡Inspector! ---llamó un agente desde el fondo.

Al fondo del pasillo había una puerta cerrada con llave. No era muy normal que una persona que vive sola tenga una habitación cerrada a cal y canto.

---Abre esta puerta ---ordenó.

Álvaro se resistía a querer abrirla. Los agentes fueron hacia la habitación para hacer presión a ver si la cerradura saltaba. Momento en que Álvaro aprovechó para coger un abrecartas que había sobre un escritorio Art Deco original. Todo en aquel piso era lujoso, desde los sofás de brocado a unas sillas, que si Yoli no estaba equivocada, eran Biedermeier. En la situación que se encontraba no podía pensar en otra cosa que en la originalidad de los muebles. Se había quedado tan descolocada con las declaraciones de Álvaro que no era capaz de reaccionar. Le parecía estar viviendo una película surrealista de las que tanto le gustaban a él.

Álvaro tenía la vista fija en Yoli. Esta no se había dado cuenta de su maniobra. Se acercó por detrás. Le rodeó la cabeza con el brazo inmovilizándola y poniéndole el abrecartas en el cuello. Demasiado asustada para estar aturdida intentó separar la mano que la sujetaba, al hacerlo, Álvaro presionó con más fuerza. Se le escapó un chillido al notar el metal punzante abrirse paso a través de la piel. Alex al escucharla gritar salió corriendo dándose cuenta del error que había cometido. Un error de principiante al no

dejar ningún agente custodiándolo.

Al llegar al salón se quedó petrificado. No esperaba que la amenazase precisamente a ella.

---¡Suéltala, cabrón! ---Gritó desde la puerta.

---Si dejas que me vaya.

---Sabes que eso no es posible. El delito no es tan grave... a menos que haya algo más.

Álvaro iba retrocediendo hasta la puerta con el abrecartas rasgando la piel de Yolanda. Una fina hebra de sangre resbalaba cuello abajo. Alex se mortificaba pensando que había sido culpa suya. Yolanda había dejado de resistirse. Apenas era capaz de respirar, supuso que si no ofrecía resistencia Álvaro se calmaría y la dejaría marchar.

Desde el interior llegaron unos golpes, la puerta por fin había cedido. Álvaro se vio acorralado. Nadie esperaba encontrar lo que allí había. Se vio perdido. Soltó a Yoli de un empujón y se puso el abrecartas, que a pesar de lo que era estaba bastante afilado, en su yugular. Alex vio el movimiento y se dejó ir casi en plancha. Una de las majestuosas sillas cayó al suelo al mismo tiempo en que Alex le hacía saltar de la mano el abrecartas. El corte no era demasiado profundo, pero manaba bastante sangre. Le rompió unas tiras de la camiseta y le envolvió el cuello mientras ordenaba a uno de los agentes que llamase una ambulancia. Le puso unas bridas en las muñecas para que no pudiera volver a hacer ni hacerse daño y ordenó que siguieran con el registro.

Abrazó a Yoli de tal modo que casi le corta la respiración. Le enmarcó la cara con las manos mientras le daba besos. Yoli estaba pálida. Le faltaba el aire, pero necesitaba mostrarse fuerte, al igual que necesitaba sentirse segura entre sus brazos. Estaba conmocionada, Álvaro no podía ser el tipo que quería hacerle daño. No, Álvaro no era así. Ese no era el Álvaro que ella conocía y al que adoraba. En realidad no podía pensar. Estaba en shock.

---Quédate aquí, no te muevas. Te lo pido por favor. No vuelvas a cometer otra estupidez.

---¿Eso crees? ¿Que soy una estúpida?

---No he dicho eso y lo sabes. No empieces. Te amo y te necesito viva.

Yoli no contestó, se dio media vuelta. En el fondo estaba culpándolo por dejarla sola. Sabía que no era culpa suya, pero aún así lo sentía culpable por no estar allí. Por no protegerla.

Esta vez aunque sabía que no podría hacer nada dejó un agente vigilando hasta que llegase la ambulancia. Fue a lo que esperaba que fuese el mueble de las bebidas y sacó una botella de brandy, llenó una copa por la mitad y se la hizo beber a Yolanda.

---Esto te sentará bien, bebe.

Ella la cogió con manos temblorosas y dio un pequeño sorbo haciendo un mohín, nunca le había gustado el brandy. Le quemaba la garganta, pero notaba como su cuerpo volvía a entrar en calor. Alex sabía lo que hacía, se contradijo a sí misma. Su cabeza en aquel momento era un caos, se dividía entre la realidad y lo que ella quería que hubiese pasado.

---Debería ver esto, inspector ---dijo uno de los agentes.

Llegaron los sanitarios, pero Alex viendo lo que había en aquella habitación impidió que se lo llevaran. Le curaron la herida y custodiado por un oficial le hicieron esperar que llegasen los agentes de la UCO.

## Capítulo 26

Por fin habían concedido un vis a vis a David. Estaba nervioso, si podía estarlo más. Desde que estaba en la cárcel su vida era un infierno. Su cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo que le había pasado y, por si fuera poco, ahora Rebeka quería un vis a vis. Era una criatura adorable y tenía que reconocer que estaba loco por ella. La cárcel daba para mucho. Había hecho un repaso por su vida y se daba cuenta que llevaba tiempo comportándose como un autentico adolescente. Había jugado con los sentimientos de Rebeka sin querer reconocer que estaba enamorado. Que era muy joven, pero a pesar de lo que la gente pensaba era una joven madura y responsable. Se lo había demostrado con creces. Rebeka era la única persona además de su madre que lo había creído. Y su madre empezaba a flojear, lo había notado en su última visita.

En cuanto llegó Rebe la hicieron pasar al cubículo reservado para que los presos pudieran mantener relaciones con sus parejas. La "habitación" constaba de un catre con un colchón, las sábanas se las daban al visitante en la puerta. Era bastante patético, pero era más la intriga que sentía por lo que Rebeka quería hablar con él.

Se abrazaron y aunque ya se había dado cuenta de lo desmejorado que estaba David, al abrazarlo casi podía contarle las costillas. Había perdido tanto peso que creyó que se le iba a romper. Lo besó por todas partes. Ahora más que nunca lo necesitaba y lo quería con ella. Estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio con tal de sacarlo de allí.

---Estoy bien, no es tan malo como parece.

---Mentiroso. Mírate cómo estás. Eres todo huesos, si hacemos el amor

me los vas a clavar todos.

---Rebeka ---empezó a decir David--- no estoy precisamente...

---Shhh ---le tapó la boca con dos dedos--- tranquilo, no he venido a eso.

---¿Entonces? ---preguntó descolocado.

---Vas a ser papá.

Se lo dijo bajito. Lo decía como si le diera vergüenza, bajando la cabeza y mirando el suelo. David se quedó sin palabras y Rebeka lo interpretó negativamente. Cogió aire esperando no llorar. Aunque siempre había hecho gala de ser una persona fuerte, sobre todo de cara a la gente, a solas era otra cosa, además el embarazo la tenía con la sensibilidad a flor de piel.

---¿He escuchado bien?

David no sabía qué decir. Le costaría asimilar aquella noticia. Viendo la cara que ponía Rebeka se dio cuenta que se había equivocado con el comentario. Aunque ella debía entender que él se hubiese sorprendido. No le decían a uno cada día que iba a ser padre y menos sin pretenderlo. Sin pretenderlo, pero sintiendo un cosquilleo en el estómago. Una sensación que no sabía describir. Alegría por un lado. Por otro se podía decir que miedo, más que miedo pánico. Su situación no era precisamente para criar a un hijo. Aún así sonrió levantándole la cabeza a la futura mamá y besándola dulcemente en los labios.

---¿No estás enfadado? ---Preguntó tímidamente--- ya sé que no somos una pareja al uso. También sé que no he sido siempre la más leal de las mujeres, pero cuando he obrado mal ha sido por impulso, por instinto de conservación. Sabes que siempre te he querido y ahora mucho más. También sabes, y si no lo imaginabas te lo digo ahora, has sido, eres y serás el único hombre para mí.

David no dijo nada. Le enmarcó la cara con las manos y la besó. No harían el amor, no tenía fuerzas para ello y Rebeka tampoco se lo pidió. Se

quedaron los dos sentados en el catre. Permanecieron en silencio. Abrazados. David se aventuró a poner la mano en el vientre de ella. Era poco lo que se notaba. Era una joven delgada, pero la curva de la tripita era para David una tabla de salvación. Tenía que luchar por aquel hijo que venía en camino. Tenía que luchar por su futuro. Ahora tenía algo más por lo que luchar. Tenía que ser fuerte por sus hijos. Qué bonito sonaba. Siempre había querido tener una familia numerosa, pero Marta tuvo un embarazo muy complicado y no quiso volver a repetir. Tenía pánico a pasar de nuevo por aquello, así que se conformó con su niña, su preciosa Aina, a la que tanto echaba de menos.

Llamaron a la puerta. El tiempo asignado para el vis a vis se había terminado. Se volvieron a besar. Rebeka salió mirando hacía atrás y con los ojos vidriosos.

Aina no hacía más que pensar en las palabras que le había dicho su antes amiga Rebeka y ahora algo incalificable para ella. ¿De verdad creía ciegamente en su padre? Por qué ella no podía hacerlo. No lo entendía, ella adoraba a su padre. La complicidad que tenían desde que... desde que... no podía ni pensarlo... desde que su madre... pensar que la había odiado tanto y que siempre había estado tan cerca. No, ella no podía creer en su padre tan ciegamente como Rebe. Luego estaba lo del intento de violación de la chica del gimnasio. Su padre. No, ella no podía perdonarlo. Aquello marcaría su existencia para siempre. Estaba segura que sería un antes y un después en sus vidas.

Cogió el bolso y salió a la calle, no llevaba una dirección determinada. El corazón le aconsejaba que debiera buscar respuestas. La cabeza le decía que quizás esas respuestas no le iban a gustar. Le sonó el móvil dentro del bolso. Lo sacó y miró quien era. Su abuela. La controlaba demasiado. Pensaba que seguía siendo una niña, pero es que su abuela seguía considerando a su padre como un adolescente. Su abuela era así, controladora. Todo tenía que pasar

por sus manos, sobre todo desde que murió el abuelo, al que apenas conoció. Según tenía entendido el abuelo era todo un personaje, y además mujeriego. Por eso no le extrañaba que su padre lo fuera. Había salido al abuelo.

De pronto con aquellos pensamientos tomó una determinación. Recordaba la dirección de la chica a la que decían que su padre había agredido. Hablaría con ella. Necesitaba aclarar su mente. No sabía si sería lo mejor o no, lo que sí sabía era que necesitaba otro tipo de respuestas además de las que le daba la policía. Al llegar ante la puerta de Mily sintió miedo. Lo más probable era que la rechazara cuando se enterase de quien era ella. Pero si no lo intentaba nunca sabría si lo hubiese podido lograr.

Llamó al timbre y se dispuso a esperar. Pasaron algunos segundos que le parecieron horas. Nadie salía a abrir. Empezaba a pensar que no había nadie en la casa cuando se oyó un arrastrar de pies. El cerrojo fue descorrido desde dentro y apareció una Mily despeinada y somnolienta.

---¿Qué has hecho con las...? ---Dejó la frase a medias---. Perdón, pensé que era mi madre. ¿Puedo ayudarte en algo?

---Hola ---le tendió la mano, no sabía cómo presentarse--- soy... soy Aina Guillén.

---¿Te conozco de algo? Por favor, dime que quieres, tengo prisa.

---Solo quería conocerte. Entender...

---Guillén, tu apellido me suena. ¡Claro! ¿Qué coño has venido a hacer a mi casa? ¿Te envía el depravado de tu padre?

---No, no te enfades. No debí venir, lo siento. Lo siento.

Aina empezó a dar media vuelta, los ojos vidriosos no captaban bien lo que había a su alrededor. Tropezó con el bordillo del zaguán, suerte que Mily estuvo presta a cogerla del brazo y no llegó a caer. La hizo pasar dentro. No tenía ni idea de lo que podía querer de ella, pero ahora le picaba la curiosidad. Sabía que era la hija de su agresor. Así que le preguntaría qué buscaba en su

casa. Aquello no le gustaba nada. Y para postre estaba sola. Si antes le costaba salir, desde el suceso le daba pánico. Si salía era para que su madre no se preocupase, que bastante había tenido ya.

---Ya que estás aquí dime a qué has venido y quién te envía. No creo que esto haya sido iniciativa tuya.

---No... no me envía nadie... te lo juro.

Aina se arrepentía de haber ido, su natural inseguridad se acentuaba ante aquella joven que no era mucho mayor que ella. Pero claro, eso tampoco era eximente puesto que su padre estaba enamorado, o eso decía, de su amiga, que tan solo era dos años mayor que ella. Necesitaba saber cómo lo reconoció. Necesitaba entender qué pasó por la cabeza de su padre para hacer semejante locura. Su padre no era así, pero claro, por lo que había leído sobre el tema los psicópatas parecían gente de lo más normal. Y ella llevaba toda la vida viviendo con uno sin darse cuenta. Por mucho que Rebeka lo creyera ella no podía. Por eso tenía que hablar con Mily. Por eso estaba allí.

---Entonces no entiendo qué haces aquí.

---Necesito respuestas.

---No creo que yo pueda dártelas. Pregúntale a él, es el único que puede saber por qué lo hizo.

---Lo sé, pero no puedo. No he podido ir a verlo. Su novia dice que él no ha sido.

---¡Claro!, y tú la crees a ella.

---No sé qué pensar. Es mi padre. Y el padre que yo conozco nunca haría una cosa así.

---Entonces qué esperas que te diga. ¿Qué no fue él? La cara no se la vi, pero el tatuaje se me quedó grabado.

---Te puedo enseñar unas fotos. Tatuajes como el suyo los debe llevar mucha gente.

---Supongo. Deberías irte, yo no te puedo decir nada que no haya dicho ya.

---Puedes decirme por qué estás tan segura que era mi padre, si ni siquiera le viste la cara.

---Ya te lo he dicho, reconocí el tatuaje.

---Pero no creo que eso sea suficiente. Tatuajes como ese ya te he dicho que hay mucha gente que los lleva.

---Lo vi en el gimnasio. Era él, estoy casi segura.

---Casi, pero falta el casi. ¿Y si no fue él? Habrás enviado a un inocente a la cárcel.

---Pero si es él, hay un psicópata menos en la calle.

Aina no aguantó más. Había sido una mala idea ir hasta allí. Estaba más confundida que antes, y seguía sin tener el ánimo suficiente para visitar a su padre. Al ir a salir le empezó a faltar el aire. Una sensación de ahogo le constreñía el pecho. Se puso la mano en la frente. Se estaba mareando. Mily al notarlo no estaba segura que no fuese comedia. Seguía sin entender qué esperaba encontrar allí. Qué esperaba que podía decirle ella. Le pareció que trastabillaba.

---¿Estás bien?

---Sí, sí, solo un poco mareada. Ya se me pasa.

La hizo sentar y fue a buscarle un vaso de agua.

---Bebe ---le ofreció.

---Gracias ---dijo tomando el vaso y llevándoselo a los labios con manos temblorosas---. Ya se me pasa.

En cuanto pudo, Aina se puso en pie y se volvió a despedir de Mily. Todavía con la cabeza algo aturdida salió de la casa. Una vez en la calle el aire fresco la fue despejando poco a poco.

Mily quedó pensativa. Aquella chica abogaba por su padre, de eso estaba

segura, pero le hizo pensar. ¿Y si tenía razón? ¿Se habría equivocado? Con lo que le estaba costando dejar de pensar en todo aquello y ahora venía y le removía todo de nuevo. ¿Debería comentarlo con la psicóloga que la trataba? Otra vez las dudas. Se sentó en la cama y se abrazó las rodillas meciéndose. Al llegar su madre la encontró allí. Hacía tiempo que parecía haber salido del encierro que se había impuesto. Al verla de aquella manera se asustó.

---Cariño, ¿ocurre algo?

Mily no se había dado cuenta que su madre la estaba observando. Las tareas que tenía asignadas diariamente estaban sin hacer. Aquello era un retroceso en su recuperación.

---Mamá, ¿crees que me pude equivocar?

Encarni, su madre, no entendía nada. Desde el suceso había adelgazado y se veía bastante demacrada. En su interior se sentía atormentada por no haber sabido cuidar de su hija. Desde que falleció su marido todo fue cuesta abajo. Para poder seguir pagando la hipoteca de la casa, ella sola, había tenido que hacer todas las horas que le salían. Mily lo poco que ganaba trabajando los fines de semana en una hamburguesería lo necesitaba para sus gastos. La universidad era cara y ella no quería que su hija tuviese que dejar de estudiar por no poder darle lo que necesitaba. Encarni era una mujer todavía joven, pero en poco tiempo había dado un bajón. Ya ni siquiera tenía ganas de arreglarse demasiado, para qué, pensaba, o para quién, se decía. Echaba tanto de menos a su marido. Había intentado quedar con algún compañero de trabajo, pero solo querían lo que querían todos y desde lo de su hija ella también había cogido miedo. A tomar un café aún había quedado alguna vez, pero de momento nada más. Nunca sabes a quien puedes meter en tu casa.

---Cielo, no sé de qué me hablas. ¿Ha pasado algo que deba saber? --- preguntó cada vez más angustiada.

---Ha estado aquí la hija.

---La hija de quién, por favor, Mily, me estás asustando, qué ha pasado, ¿quién ha venido?

---La hija de David Guillén. Me ha preguntado si estaba segura que fue su padre. ¿Y si me equivoqué? Me dijo que podía haber metido a un inocente en la cárcel.

Encarni se sentó al lado de su hija y la atrajo hacia ella acunándola entre sus brazos. Mily al sentirse segura empezó a llorar seguida por su madre.

---Mi amor, eran muchas cosas. Había muchas pruebas en su contra, no fue solo tu declaración. Además todavía no se ha celebrado el juicio. Si no es culpable en el juicio se verá.

---Gracias, mamá, gracias por estar por mí.

Encarni no dijo nada, se limitó a abrazarla más fuerte y darle besos en la cabeza arrullándola como cuando era una niña. Para ella siempre sería su niña.

Aina caminaba sin rumbo. No quería regresar a casa todavía, la perspectiva de tener a su abuela bombardeándola a preguntas no le resultaba nada atractiva. Desde que habían detenido a su padre su vida había cambiado drásticamente. Lo que ella sentía como hogar había sufrido grandes alteraciones. Se sentó en un parque cercano a la casa de Mily. Sintió un inmediato alivio cuando el ruido del tráfico se fue alejando y el olor a hierba recién cortada inundó sus fosas nasales. Había llegado el momento, se dijo, de visitar a su padre.

## Capítulo 27

Cuando los policías entraron en la habitación para nada esperaban encontrar lo que allí había. En la sala, Yolanda miraba a Álvaro como si no lo hubiese visto antes. Tenía sentimientos contradictorios hacía él, por un lado quería acunarlo, y, como había hecho él en numerosas ocasiones, decirle que todo iba a estar bien, que aquello era una horrible pesadilla y que en cuanto abriera los ojos volvería a estar en su centro de belleza y ella estudiando para recuperar su asignatura. Por otro lado solo con mirarlo sentía un miedo atroz de aquella masa informe que se balanceaba en el sofá murmurando algo ininteligible.

Mientras llegaban los de la científica los policías que se encontraban allí grabaron todo con el móvil, que no pudiera decir que habían tocado o manipulado alguna prueba. Aquello era nuevo para los agentes locales. Nunca habían tenido que interrogar a ningún acosador, todo lo más algún homicidio involuntario en algún accidente de tráfico.

Álvaro levantó la vista hacia Yoli que lo miraba, a su vez, fijamente. Esta, todavía sin poder asimilar nada de lo que estaba pasando contenía a duras penas los temblores, que de vez en cuando, la asaltaban sin piedad. Un joven agente se interpuso en el ángulo de visión de los dos, pero ninguno pareció percatarse. Ambos estaban en trance. Tan solo reaccionaron al acercarse el policía a Álvaro para decirle que lo tenía que acompañar. Necesitaban ver su reacción ante lo que contenía. Mejor dicho, Alex quería ver su reacción ante lo que parecía ser un santuario escondido en aquella habitación. Cientos de fotos empapelaban las paredes. Cientos de fotos de Yolanda, de David, de los que parecían ser los padres de Álvaro y de las que partían el resto de

imágenes. Las fotos estaban conectadas por flechas que señalaban unas anotaciones bajo cada imagen. Alex se fijó de pronto en una que estaba debajo del resto y tenía unas flechas a cada lado del rostro. Era una fotografía suya dentro de la casa de Yoli. La cabeza casi le estalla. El muy cabrón los había estado espiando.

---Acercad al detenido ---ordenó el teniente de la guardia civil--- espero que esté en condiciones de explicarnos esto.

Álvaro no daba muestras de entender lo que le decían. Tenía la vista fija en Yoli que, viendo que no mostraba signos de cordura y sin poder soportarlo, se había vuelto de espaldas. No podía aguantar que la mirase de aquella manera sin poder hacer nada. Ella quiso adelantarse y entrar en la habitación antes que él, ya que Alex había dado órdenes de que no entrase. No quería que bajo ningún concepto ella viese lo que había allí. El problema era que Yolanda no pensaba salir de allí sin ver qué era aquello que Alex intentaba, por todos los medios, que ella no viera.

Al llegar a la puerta de la habitación se le escapó un grito. Esperaba encontrar algo macabro y debería haberlo intuido. Quizá no sirvo para la criminología, se dijo. Con lo que había fuera, aquello debería haber sido obvio, pero nadie está preparado para ver fotos suyas por toda una pared.

Recorrió con la vista la macabra habitación. Al fondo había una especie de altar con varias velas encendidas. A mitad de la pared colgaba un crucifijo. Bajo el crucifijo tres fotos, algo que le llamó la atención era que estaban los padres de Álvaro, uno a cada lado de una foto del padre de David. Al acercarse descubrió que había algo escrito. Entre interrogantes sobre la foto del abuelo de Aina ponía ¿Papá? Álvaro parecía haber sufrido una transformación. Su mirada era fría y distante, no parecía estar allí. No respondía a ninguna pregunta y no colaboraba con nada, lo único que repetía era que ella le había dicho lo que tenía que hacer.

En la pared de la izquierda, también llena de fotos, se repetían las tres del altar. Esta vez de ellas salían flechas que señalaban otras fotos. Al principio parecía que todo tenía un orden. En cada foto una anotación, en todas menos en una, en la foto de su madre no había anotaciones, solo una flecha que salía hacia la foto de una Yolanda muy jovencita en la que había dibujado un corazón.

Una ráfaga de viento apagó las velas. Un escalofrío recorrió la espalda de todos los presentes. Aquella habitación no tenía ventanas y las del resto del apartamento estaban cerradas. Yoli empezó a tiritar. No hacía frío, pero a ella le castañeteaban los dientes. Al verla allí, Alex le rodeó la cintura con el brazo y suave, pero firmemente, la sacó de aquel lugar. Aunque al principio se resistió un poco, lo cierto es que lo agradeció. Aquello era una cámara de los horrores. Dejaron que la científica trabajara. Alex pidió permiso a su superior para llevar a Yoli a su casa.

---Te acompaño a casa ---le dijo mientras la abrazaba transmitiéndole parte de su calor--- aquí no podemos hacer nada más.

Salieron de allí seguidos por una patrulla que se llevaba a Álvaro a comisaría. Intentarían tomarle declaración aunque no parecía querer, o poder, colaborar. A pesar de la hora que era, en el portal se había formado un remolino de gente. Cada uno tenía una teoría. Ahora todo el mundo había notado algo raro en Álvaro, pero hasta aquel momento todos coincidían en que era un vecino modélico.

---Te voy a llevar a mi casa esta noche ---le dijo Alex a Yolanda---, no quiero que te quedes sola.

---Gracias ---fue lo único que acertó a contestar.

---¿Quieres que pasemos por tu casa? ¿Necesitas coger algo?

---No, no necesito nada. Con saber que estás a mi lado tengo suficiente. ¿Por qué tenía todas esas fotos? ---dijo de pronto--- No entiendo nada.

---Tranquila, ya lo entenderemos. Creo que Álvaro tiene algún trastorno. Es posible que sufra doble personalidad, o alguna cosa por el estilo. Aunque a mí me parece que esa habitación tiene toda la pinta de pertenecer a un psicópata. Cariño, ¿nunca has notado nada raro en su comportamiento?

---No, Álvaro es la persona más noble que yo he conocido.

Alex no quiso contestar. Se daba cuenta que Yoli también sufría un trastorno provocado por el cariño que le tenía a Álvaro. Algo parecido al síndrome de Estocolmo, lo había leído en alguna parte, pero no era capaz de recordar el nombre del trastorno. Es el trastorno que sufren las personas que viven con psicópatas, piensan que la persona que tienen al lado es perfecta y que las que hacen las cosas mal son ellas. Lo peor de todo es lo mucho que les cuesta desvincularse de sus maltratadores. Veía en Yolanda ese mismo trastorno. Veía cómo le estaba costando asimilar que su mejor amigo no era lo que parecía y se temía que se avecinaban muchas más sorpresas. Aunque por el momento intentaría distraerla de alguna manera, que no pensase en lo que habían encontrado. Sería difícil, pero tenía que intentarlo.

---Quería preguntarte algo ¿Por qué fuiste a casa de Álvaro?

Quizá no era el momento, pero no pudo resistirse a hacerlo. Y aún tenía otra pregunta que le rondaba por la cabeza. ¿De quién era la foto que había en medio y que ponía papá? Bueno, por la mañana seguro se aclararía todo. Ahora estaban los de las Unidades Especiales a cargo del caso.

---Entró en mi casa ---contestó Yoli cuando ya pensaba que no lo iba a hacer--- puse cámaras, sabía que alguien entraba y movía mis cosas.

Hablaba mientras en su mente se iban sucediendo las imágenes de las cámaras. Álvaro poniéndose su ropa. Álvaro tocando los recuerdos de su hermano. Y lo peor, Álvaro manipulando la bombona del gas. ¡Menos mal que lo vio antes de encender la cocina!

---¿Se puede saber por qué no me habías dicho nada?! ---Dijo alzando la

voz algo más de lo necesario--- Yoli, ¿te das cuenta que te podía haber matado? ¡Dios mío!, eres una irresponsable.

---Pero es Álvaro. Mi cuarto hermano... Mi amigo... Mi confidente. Puede que sea una irresponsable, pero tenía que hacerlo. No lo entiendes, si me lo hubieses dicho tú no te habría creído. En realidad todavía no lo puedo creer. Seguro le obligaron. Él no me haría daño. Álvaro no.

El cansancio y el sueño restaban coherencia a sus comentarios. Mientras estaban en casa de Álvaro había caído una tormenta. La humedad, provocada por la cercanía del río, mezclada con la alta temperatura nada normal para la época, la hacía sudar. Aunque también podía ser fruto de los nervios. Alex se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Yoli empezó a sentirse segura, aunque también empezó a ser consciente de lo que significaba aquel hallazgo. Yoli se giró rodeándole el cuello con los brazos y besándolo a continuación. Alex la deseaba con desesperación pero no osaba pedírselo. No le pareció que fuera el momento adecuado. No creía que ella tuviera ganas de hacer el amor, pero al parecer, ella hasta para eso era imprevisible.

---Alex, ¿Tú me quieres? ---preguntó Yoli de pronto.

---Sabes que sí ¿A qué viene esta pregunta?

---Necesitaba escucharlo, necesito saber que alguien me quiere.

Aquel comentario le dolió. De pronto sintió una garra que le oprimía el corazón.

---Ya veo, ahora para ti solo soy alguien. ¡Menos mal!

---No quise decir eso y lo sabes. Te pido perdón, estoy alterada. ¿Me abrazas, por favor?

No tuvo que decir nada más. Dolido como estaba por lo que le había dicho, la abrazó como si pudiera mantenerla de por vida dentro de ese abrazo. Sin mediar palabra la levantó en brazos y la llevó al dormitorio. Necesitaba demostrarle que él no era solo alguien, era la persona que más la quería. Él

era ese alguien que la amaba con locura. La depositó con sumo cuidado en el lecho acercando sus labios a la jugosa boca de ella. Los ojos de Yoli se tornaron casi transparentes, y, por un momento, Alex pensó que se volvían vidriosos. Era así, pero Yoli se controló, él no merecía unas lágrimas que nada tenían que ver con ellos dos. Alex puso un CD en el equipo de música y apagó la mitad de las luces. El piano de Yiruma inundó la habitación con las románticas notas de su *Rivers Flows in you*.

Con mucha suavidad, pero con suma intensidad la poseyó. Yoli susurró su nombre. El sonido lo llenó tanto como el deseo que retorció con un doloroso nudo su estómago. El amor hacía brillar los ojos de Alex. Saber que lo deseaba de la misma manera que él a ella hizo hervir la sangre en sus venas.

A primera hora de la mañana se presentaron los dos en comisaría. Por mucho que insistió en que se quedase, ya había experimentado en otras ocasiones su terquedad, ella no se apeó ni un ápice de su necesidad de ver, o al menos saber, qué significaba todo aquello. Hizo esperar en su despacho a Yoli y se dirigió al despacho del comisario, su jefe.

El suboficial que había estado interrogando a Álvaro toda la noche estaba exhausto. Al contrario que Álvaro, que parecía que hubiese dormido plácidamente.

---¿Qué explicación ha dado de todo aquello? ---preguntó Alex en cuanto vio a su compañero.

---Lo único que contesta una y otra vez es que ella se lo dijo, pero no le da la gana de decir quién es ella.

Una vez en el despacho del comisario, este sacó una carpeta y extendió sobre la mesa una infinidad de fotografías de las paredes. En ellas se apreciaba que al principio todo era ordenado, pero que poco a poco se había ido convirtiendo en un galimatías. Las flechas señalaban a todas partes y la

mayoría de anotaciones carecían de sentido para ellos, y, por desgracia, de momento no había manera de que dijera nada coherente.

---Las he enviado al departamento telemático para que las digitalicen a ver si desde el ordenador vemos algún detalle que nos de alguna pista ---les comentó.

---Señor, ¿puedo pedirle a Yoli que las vea?, es posible que ella nos pueda aclarar alguna cosa y tengamos por dónde empezar ---pidió permiso a su superior---. Además acaba de terminar criminología, será su primer caso de verdad.

---Yoli es su novia, ¿verdad?

Alex se ruborizó de arriba abajo. Los compañeros lo sabían, pero no pensó que para el comisario fuese tan evidente.

---Sí, señor.

---Tranquilo, hombre. Se nota a la legua. Le brillan los ojos de una manera especial cuando habla de ella. Dígale que pase, toda ayuda es bienvenida.

Viendo que se intensificaba el rubor de su subordinado soltó una sonora carcajada.

---Gracias, comisario.

Salió a buscarla. Yoli no perdía detalle. Tenía la intención de poder colaborar con la policía en cuanto aprobase el último examen. Eso y poder ayudar a encerrar de por vida al asesino de su hermano la hizo sentirse orgullosa de sí misma.

---Permítame que les presente; comisario, Yolanda Duperli. Yolanda; el comisario Pascual.

El comisario se puso de pie estrechando la mano que le tendía Yoli.

---Bienvenida al equipo ---le dijo apretando con fuerza su mano y haciéndola sentir una más---. Hechas las presentaciones vamos a trabajar en

serio.

---Gracias, comisario, espero poder ser de ayuda.

---Pues venga, pongámonos a ello.

El comisario era un puro nervio, una de esas personas que no pueden tener las manos quietas mientras hablan. Cogió un lápiz y empezó a darle vueltas en los dedos captando así toda la atención de los presentes. A pesar de su nerviosismo era un hombre muy metódico. En algunas de las fotos había ido rodeando con un círculo las anotaciones que había bajo cada rostro.

---Me gustaría saber si a usted, señorita Duperli, le dicen algo estas fotos y estas frases. ¿Sabría decirnos qué significa la foto de David Guillén, padre, que está con un papá entre interrogantes?

Yolanda cogió las fotos y las miró fijamente algunos minutos.

---Conozco a todo el mundo, pero supongo que eso ya lo sabe. Lo que no entiendo es a qué vienen esos interrogantes.

---Sí, lo sé, por eso he accedido a la petición del inspector. Espero que pueda arrojar algo de luz al caso.

---Bueno, no soy capaz de dilucidar qué hace la foto del padre de David entre los padres de Álvaro. Se conocen desde niños, pero nunca han tenido buena relación.

---Hemos buscado información sobre los padres de Álvaro y David, al parecer la madre de Álvaro trabajó unos años en casa de los padres de David como empleada domestica.

Yoli no recordaba que hubiese estado trabajando la madre de Álvaro para los padres de David, de ahí podía venir la animadversión que este sentía hacia todos ellos. Aunque pensándolo bien y teniendo en cuenta que ella no era una experta, allí había algo más que se les escapaba. Desde que encontraron aquella habitación a Yolanda se le habían aclarado algunos puntos con respecto a Álvaro, el que creía ella que era su gran amigo, su otro hermano

como se había definido él en alguna ocasión. Ahora entendía por qué nunca la había dejado subir a su casa. Siempre que lo había propuesto él había inventado alguna excusa para no hacerlo.

---No entiendo nada ---se aventuró a decir Yoli---. Pensé que conocía bien a Álvaro, pero esto no me lo esperaba. No logro entender esos interrogantes. Si se fija bien, comisario, en esta foto de aquí ---señaló una esquina de la foto que tenía delante empujándola hacía el comisario---, si se fija bien, hay otro interrogante. Se ve muy difuminado, parece que lo haya querido borrar. Por si no lo han reconocido es David de adolescente. En esta foto no tendría más de trece años.

En ese momento tocaron a la puerta, el comisario dio permiso y entró un oficial con algo en un sobre de plástico transparente. Lo puso sobre la mesa delante del comisario y explicó que era algo que habían encontrado en casa de Álvaro. En la bolsa de pruebas se podían apreciar unas hojas de revista a las que les habían recortado algunas partes. Cuando lo vio mejor se dio cuenta que lo que faltaban eran líneas completas y en otras solo algunas letras. Aquello había sido un descuido por su parte. Al no dejar entrar a nadie en su casa no llegó a pensar que alguien pudiera encontrarlas. Su ego le impidió ser más cauto.

---Creo que esta es la prueba definitiva que necesitábamos para acusarlo de acoso e intimidación, aunque estoy seguro que esconde algo más.

---¡Rivera! ---Llamó al subinspector cuando este salía por la puerta--- Lleve al detenido a la sala de interrogatorios.

Mientras tanto Yoli seguía mirando las fotos que le había sacado el comisario. De pronto cayó en la cuenta que había una de Ramiro, bastante escondida y con una fecha. Veinticuatro de diciembre de dos mil diecisiete. Lo peor vino cuando vio la hora siete y diecinueve de la tarde. Una bola amarga y espesa se acumuló en su garganta y se negó a dejar salir su voz.

Alex se giró hacia ella notando el esfuerzo que hacía por dejar pasar el aire en sus pulmones.

---¡Yoli!, ¿qué te ocurre? ¿Qué has visto en esa foto? ---mientras decía esto le cogía la foto de las manos desviando la mirada hacía donde señalaba la vista de ella.

El comisario Pascual dejó de dar órdenes por teléfono. Había dedicado más tiempo del necesario preguntando detalles sobre el detenido. Al ver la cara de angustia de Alex y las dificultades de la joven se levantó de su asiento, rodeó el escritorio y preguntó qué estaba pasando. Los dos tenían la vista fija en un punto de la foto y viendo el color de la cara de Yoli pensó que se iba a desmayar. Cogió un vaso de papel y lo llenó con agua de la fuente que tenía en la oficina, se lo alargó.

---Bebe ---casi ordenó---, y ahora me explicas qué has visto en esa foto para haberte puesto así. Quizá no haya sido buena idea dejarte colaborar. Estás demasiado implicada en el caso.

---Es por la fecha que está escrita en la foto ---respondió Alex por ella--- coincide con el día y la hora en que desapareció Ramiro Duperli, comisario.

El comisario Pascual sacó una lupa del cajón de su escritorio, le gustaba recurrir a métodos tradicionales, eso y que su vista empezaba a "madurar", como él decía. Miró más de cerca la foto buscando otros detalles, aunque no encontró ninguno que revelase nada que no hubiesen visto antes. Cogió todas las fotos de nuevo, las metió en el sobre y se dirigió con ellas a la sala de interrogatorios a la cual habían llevado a Álvaro. Lo habían dejado solo más de una hora. La intención era dejarlo unas cuantas más, pero necesitaban respuestas y las necesitaban ya.

En la sala de interrogatorios entraron el comisario y el subcomisario. Yolanda y Alex se quedaron detrás, en la sala contigua, la de los espejos. El comisario quería que observasen bien los gestos ya que de todos ellos la que

mejor lo conocía era Yoli.

El inspector se quedó en la puerta. El subinspector a primera vista causaba más respeto, ya que era un hombre corpulento y de casi dos metros de altura. Tenía el cabello entreverado de unas canas prematuras y se estaba dejando barba, tal como estaba de moda. Aunque lo que más intimidaba eran sus ojos. Unos ojos negros como el azabache y que cuando tenía delante a algún delincuente se tornaban tan fríos que podían congelar la sangre en las venas del que no lo conociera.

El detenido parecía haber recobrado la cordura perdida la noche anterior. Se había recostado en la silla y parecía que incluso se lo estaba pasando bien.

Álvaro esperó a que el policía se sentase frente a él. Se irguió en la silla y miró fijamente al subinspector. Retador. Echó el cuerpo hacia delante sosteniendo la vista fija en los ojos del policía. Una mueca que se parecía a una sonrisa le apareció en la comisura de la boca.

---¿Dónde está Yoli? ---Preguntó antes, incluso, de que hablase el subinspector Rivera.

El comisario se acercó y se sentó al lado del subinspector. Le estaba dando la impresión que Álvaro se estaba divirtiendo con la situación. Abrió el sobre que habían puesto encima de la mesa y desparramó las fotografías delante de Álvaro.

---¿Qué tienes que decirnos sobre esto? ---inquirió ignorando la pregunta del detenido.

---Solo hablaré delante de Yolanda. Sé que está detrás del espejo. La conozco tanto como si la hubiese parido.

---La señorita Duperly no está aquí. Ella no pertenece al cuerpo.

---¡Cállese! No soy estúpido. Solo le hablaré a ella. Si lo quiere lo toma y si no lo deja. ¿Está claro?

El subinspector se puso de pie con las dos manos sobre la mesa y mirando

fijamente al detenido. El comisario puso la mano en su hombro y sin decir nada lo hizo sentar. No le interesaba que se pusiera más nervioso. Aquella comedia no duraría mucho. Ellos debían parecer más calmados que él.

---No está en condiciones de negociar, señor Roldán. No sé si se ha dado cuenta de la situación en la que se encuentra.

---Creo que los que no entienden son ustedes. No tengo nada que decir, y si quieren que diga algo ha de ser en presencia de Yolanda.

---Si no tienes nada que decir, ¿para qué quieres a Yolanda aquí?

---Para contestar a sus preguntas. Puedo explicar el por qué de cada una de esas fotos.

---Pues empieza, si no quieres pasar en la cárcel el resto de tu vida ---le conminó el comisario.

Álvaro se retrepó para atrás en la silla y dirigió la vista al techo. Señal inequívoca de que no tenía prisa y que podía estar allí el tiempo que hiciera falta.

El comisario hizo salir al subinspector con él. Una vez fuera de la sala se les acercaron Yoli y Alex. Aquello no empezaba nada bien. Viendo que parecía haber recobrado la cordura esperaban que colaborase, pero no parecía ser esa la intención de Álvaro. Se fueron a comer. El comisario dio órdenes de que lo dejaran allí, esposado a la mesa metálica de la sala de interrogatorios sin comida ni agua durante dos o tres horas. Esperaban que de ese modo cuando tuviese hambre o sed, o incluso ganas de ir al baño, se mostrase más comunicativo.

Al principio se lo tomó con calma, demasiada calma, pensó el subinspector al que habían dejado vigilando detrás del cristal unidireccional. Álvaro se puso cómodo, no parecía importarle. Se miraba las uñas, limpiándoselas en el pantalón. Miraba al espejo y reía, indicando que sabía que había alguien allí detrás. Hasta que no pasó una hora no empezó a dar

muestras de nerviosismo. Parecía que le molestaba el trasero ya que no se podía levantar de la silla, puesto que estaba anclada al suelo y él sujeto a ella. Empezó a revolverse cada vez más inquieto. Por fin se decidió a decir lo que le pasaba.

---¡El que esté ahí detrás, necesito ir al lavabo! ---gritó al espejo.

Al ver que nadie le hacía caso empezó a dar patadas en el suelo. No se trataba de torturarlo, le había dicho al policía que se quedó de guardia, sino de ablandarlo un poquito.

---Deberíamos volver, ¿no cree, comisario? ---preguntaba Yoli viendo que este se pedía postre también.

---Tranquila, apenas lleva solo poco más de una hora. Si queremos que hable tenemos que macerarlo un poco más.

---Puedo estar dentro con ustedes, si eso es lo que pide. De verdad que no me importa, es más, me gustaría escuchar lo que tiene que decir.

---Es por tu seguridad ---contestó Alex.

Yoli lo miró como si hubiese visto una aparición. Si algo le molestaba, y creía que Alex lo sabía, era que le dijeran que era por su seguridad, o por su integridad. Le había dicho miles de veces que ella era capaz de cuidarse sola. Al fin y al cabo tenían una profesión muy similar y ella no estaba todo el día vigilando su seguridad ni su integridad.

---No me vuelvas a decir que haces algo por mi seguridad. Sabes que no lo soporto. No necesito niñera, te lo he dicho muchas veces.

---Yolanda, creo que te estás pasando. Sabes perfectamente lo que he querido decir.

El comisario los miraba de hito en hito. Aquellas rencillas de enamorados lo transportaban a su juventud. Su mujer se parecía mucho a Yoli. Le gustaba aquella joven para la comisaría y para el inspector, sonrió para sí.

## Capítulo 28

Al cabo de tres horas Álvaro dijo que hablaría. Cuando llegó el subinspector para llevarlo al lavabo notó un fuerte olor a amoníaco. Miró fríamente al detenido y este encogiéndose de hombros dijo que no había podido aguantar más. El subinspector no supo si era verdad o lo había hecho a propósito. Para el caso era lo mismo, debajo de la silla había un charco de orina.

---Te tendría que hacer que lo limpiases con la lengua.

Álvaro, provocador, sacó la lengua en una burla a la que el policía no quería, mejor dicho, no podía entrar al trapo. Ganas no le faltaron de cantarle unas cuantas, pero por algo era policía, para guardar el orden, no para dejarse provocar por los delincuentes. Miró para otro lado y llamó para que fuese alguien a limpiar aquello, era muy incómodo estar allí dentro con aquel olor tan desagradable. Bastante tenía con aguantarlo a él.

Yolanda logró convencer al comisario de que la dejase entrar en el interrogatorio de Álvaro. El comisario accedió a regañadientes y contra el criterio de Alex, que dijo no estar de acuerdo.

---Lo siento, cielo, no podré estar en el sepelio de Ramiro ---ironizó Álvaro al verla entrar.

Al escucharlo, una bilis amarga se agolpó en la boca de Yoli. No lo pensó y nadie esperaba su reacción. Se dejó ir hacia el detenido y le estampó una sonora bofetada. Los dos hombres que la acompañaban, comisario e inspector, la retuvieron impidiendo que pudiera cometer una locura.

---Tranquilos, estoy bien. Ha sido un arrebató, no volverá a pasar.

Mientras hablaba no podía apartar la vista de la cara de Álvaro. Sus ojos

eran brasas ardientes. Yoli nunca había sido una mujer rencorosa, pero en aquel momento solo tenía ganas de matar a Álvaro por su traición.

---Por este motivo y otros que puedan salir es por lo que no quería que estuvieras presente ---puntualizó el comisario---. ¿Estás segura que podrás controlar la situación? Si ves que no puedes estás a tiempo de marcharte.

---Le aseguro que puedo, comisario ---dijo entornando los ojos para disimular una contrariada y torva mirada.

Este dio por zanjado el incidente y se sentó delante de Álvaro, entre Alex y Yolanda.

El comisario se quedó mirando a Álvaro. Le dijo que lo que dijera sería grabado en vídeo y que si colaboraba podría negociar con el juez una rebaja de pena. Mientras, este le miraba con aquella cínica sonrisa que se le había quedado desde que lo detuvieron el día anterior. Alex se estaba conteniendo. En realidad le habría gustado ser él el que le propinase la bofetada. Lástima que el uniforme se lo impedía.

---Está bien, ya tienes aquí a Yolanda. Habla. ¿Qué significan todas estas fotos? ---Preguntó el comisario Pascual desplegando ante él las fotos de las paredes--- ¿Por qué tenías las fotos de David y toda su familia? Y Ramiro. ¿Qué puedes decir de la desaparición de Ramiro. ¿Sabías que David lo había enterrado en su jardín?

---¿Fuiste tú, verdad? ---Lo sorprendió Yoli.

---Bingo ---dijo levantando las manos esposadas--- te aplaudiría, pero como ves, no puedo.

Los ojos de Yolanda Duperly eran brasas ardientes fijas en un Álvaro al que desconocía completamente. Aquella revelación, que se había negado a creer, aunque desde que puso las cámaras de vigilancia en su casa lo había empezado a sospechar, la había destrozado. ¿Por qué a Ramiro? No lo entendía. Ramiro lo quería tanto como ella. Cuando estaba en casa se

desvivía por Álvaro. Más incluso que por sus propios hermanos, ya que a estos apenas los veía dos o tres veces al año y en días señalados. Cada uno tenía su vida y con un telefonazo de vez en cuando tenían bastante. Álvaro no. Álvaro estaba allí y parecía entenderse bien con él. Entonces se volvía a preguntar ¿por qué?

---Lo de Ramiro fue un accidente. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

---¿David es tu cómplice? ---preguntó Víctor Pascual.

---¿Cómplice? ---se carcajeó---. Ese bueno para nada. David es solo un usurpador. Me quitó lo que me pertenecía. Pero yo le quité todo. Mi plan era perfecto.

Hablaba como para sí mismo. Parecía que no hubiera nadie más en la sala de interrogatorios. Álvaro tenía la vista fija en un punto de la pared, pero el comisario estaba seguro que no veía nada. En aquel momento parecía que le habían dado cuerda, ahora solo faltaba armar las piezas del puzzle. Lo que decía carecía de lógica.

Yolanda seguía atentamente las palabras de Álvaro. Alex por otro lado se acercó al comisario y le dijo al oído que quizá se habían equivocado con David.

---Eso mismo estoy pensando yo ---contestó el comisario Pascual.

---¿Por qué tenía que ser todo para él? ---Continuaba diciendo Álvaro---. Me lo dijo mi madre. La mitad de lo que tiene te pertenece. Tú también eres su hijo. Por eso le quité a su mujer. Si no hubiese venido ese mierda de policía de la capital nadie se hubiese enterado de nada ---continuaba con su diatriba---. Pero llegó metiendo las narices dónde nadie le llamaba. Hasta fingí ser su amigo. Qué fácil me resultó. Le ayudé a desentrañar el enigma de las cartas. Si sabría yo quién las había puesto ---una cínica risotada retumbó por toda la sala---. Yo sembré la semilla en la cabeza de Rebeka. Tan dura

que se cree y tan manipulable que es. Puedo hacer con ella lo que quiero. Lo que no me gustó fue que se enamorase de mi hermano. No, eso no me salió bien. Eso no estaba en el plan principal, aunque luego reconozco que me fue muy útil, ya lo creo que sí.

El comisario con la mirada contenía a Alex que se dominaba apretando fuertemente los puños para no golpearlo como si fuese su saco de boxeo.

Al escuchar lo de hermano todos se pusieron alerta. Álvaro no tenía hermanos, tuvo una hermana pero murió de niña. Se ahogó en la piscina y desde entonces su madre se trastornó hasta que se suicidó. Álvaro debía haber perdido el juicio del todo.

---¿A qué te refieres con tu hermano? ---Preguntó Alex, que yo sepa no tienes hermanos.

Álvaro se lo quedó mirando como si el inspector estuviese medio loco.

A los allí presentes se les hacía extremadamente raro escuchar a Álvaro sin aquella voz meliflua a la que tenía acostumbrados a todos. Su voz era fuerte y segura, sin nada de afectación. Hasta qué punto de locura había llegado que nadie pudo sospechar en ningún momento que llevaba tantos años representando un papel.

---¡Pero que torpes sois! En qué gastáis el dinero de los contribuyentes, si no sois capaces de entender que David es mi hermano. Sí, no me mires cómo si estuviese diciendo una estupidez. No estoy loco ---volvió a reír con aquella risa que helaba la sangre a todos. El único que no se daba cuenta de su locura era él mismo. La frialdad cortante de su voz seguía desgranando sus crímenes como si se tratase de una de aquellas películas de Hitchcock que tanto le gustaban.

---¿Tu hermano? ---Preguntó el comisario que era el que llevaba el interrogatorio esta vez---. ¿Me lo puedes explicar? No podéis ser hermanos, tenéis casi la misma edad, os lleváis meses y que yo sepa la madre de David

solo se embarazó una vez.

---La madre de David no es mi madre, mi parentesco viene del cabrón de su padre.

---Creo que tus delirios te están jugando una mala pasada. ¿De dónde sacas que tu padre es el mismo que el de David?

Yoli estaba atónita, no entendía nada de lo que estaba escuchando. Conocía a Álvaro de toda la vida. Siempre le había dicho que era su mejor amiga. Que para él era una hermana y nunca, nunca se hubiese imaginado una cosa así. La cabeza le daba vueltas y sentía que en cualquier momento despertaría de aquella horrible pesadilla.

---Yo no dejo cabos sueltos ---se jactó--- Yoli, tú sabes lo meticulado que soy. Mi madre me lo dijo poco antes de quitarse la vida. No pudo soportar tanta ignominia. En cuanto pude me hice un estudio de ADN. Positivo en un noventa y nueve por ciento. Vamos que los genes de papá David ---hablaba con un rencor que daba miedo--- eran bien potentes. Cogió a mi madre, la violó y la dejó tirada como si de un trapo se tratara. Al fin y al cabo para él solo era la criada. Yo le juré que la vengaría y desde entonces ella me dice lo que tengo que hacer.

---Creo que no estoy entendiendo ¿Quién violó a quién? ---preguntó Alex sin poder contenerse.

El comisario se giró hacia él haciéndolo callar. Miró a Yoli y con la mirada le preguntó si quería salir. Ella negó con la cabeza. Aquello era tan doloroso. Cada palabra de Álvaro era como una daga clavada en su corazón, pero era necesario y debía estar allí si quería cerrar aquel deshonesto capítulo de su vida.

---¿Quién podía ser? ---Casi vomitó el nombre--- David Guillén, padre. Mi madre trabajaba en la casa de los "señores" que de señores no tenían nada, al menos él. El embarazo de Clara, su mujer, no iba bien. Los médicos le

hicieron guardar reposo o corría el riesgo de perder al bebé. El mundo no hubiera perdido gran cosa ---decía esto mirando a Yoli, como si todo lo que contaba fuese una justificación hacia ella. Al resto apenas los notaba. Contestaba mecánicamente, como si le hubiesen dado cuerda.

Aquello estaba resultando por una parte más fácil de lo que pensaron. Se había negado a declarar tantas veces que no imaginaron que fuese a hacerlo. Pero al parecer para él no era una declaración, o no lo veía como tal. Aquello era una confesión hacia Yolanda. Cuando hablaba lo hacía mirándola a ella. Alex pensaba que Álvaro en aquel momento solo la veía a ella. El resto de policías no le importaban. Parecía buscar la aprobación de Yolanda. Su intuición no solía fallarle, la primera vez que lo vio pensó que estaba enamorado de ella. Ahora sus palabras y sus actos, aunque con la impronta que daba la locura que padecía, corroboraban su amor por ella. Un escalofrío recorrió su espalda. Se levantó a comprobar la temperatura del aire acondicionado. Ni siquiera estaba conectado, el frío que sentía salía de su interior como un mal presagio.

---¿Qué puedes decirme de esta foto? ¿Qué tienes que decirnos sobre Emilia García? ¿Estabas de acuerdo con David Guillén para decirle quién salía sola del gimnasio y quién no? ¡Contesta!

---Podría decir que fue David, pero no lo voy a hacer. Con Yoli no podía follar, para ella soy homosexual. ¿A qué se me da bien el papel? ---Preguntó con una melancólica sonrisa--- por eso no podía estar con ella y tenía ganas, muchas ganas. Estabais allí los dos en el sofá. Alex te acariciaba el pelo y tú sonreías y lo mirabas con esos ojos con los que nunca me has mirado a mí --- contestaba directamente a Yoli como si la pregunta la hubiese hecho ella.

---Nunca me di cuenta que estuvieses enamorado de mí ---Contestó Yoli alargando la mano por encima de la mesa intentando acariciar su brazo. Le era imposible ver a Álvaro como a un psicópata.

Álvaro la esquivó.

---No me toques, tus manos ya no son puras. No desde que te has acostado con ese.

---¡Contesta a la pregunta! ---Se impacientaba el comisario ---¿Hablaste con David sobre Mily?

---Ella me dijo que era mi oportunidad. Yo siempre le hago caso. Si ella me lo dice tengo que hacerlo.

---¿Ella? ¿Quién es ella? Oportunidad de qué.

---Mi madre, mi madre me lo dijo ---divagaba---. Ella siempre sabe cuando tengo ganas. Siempre me busca chicas guapas para que me hagan pasar un buen rato.

Yoli no pudo soportarlo por más tiempo. Se levantó de su asiento y salió al baño. Se mojó la cara y la nuca con agua fría. Estaba aturdida, temblando. Aunque no quisiera reconocerlo la declaración de Álvaro la había descolocado completamente. No estaba segura de poder aguantar mucho tiempo y lo que era peor, no podría soportar muchas revelaciones como aquellas. Cuando volvió a la sala Álvaro estaba bebiendo agua de un vaso de plástico. Al verla entrar levantó la vista y aunque fue solo un segundo le pareció que le hacía un gesto obscuro con los ojos y la boca. Soltó el vaso sobre la fría superficie de la mesa de acero y las volvió a colocar sobre las piernas. Al llevar las esposas puestas no tenía mucho margen de maniobra. Estiró las piernas buscando una posición más cómoda. Llevaban unas cuantas horas de interrogatorio y todos estaban exhaustos.

---¿Tu madre te dijo que hablaras de Emilia con David? ---repitió el comisario esperando que dijese algo coherente. Estaba claro que había sido David el violador de Mily, pero debía haber una conexión entre los dos, estaba seguro. Supuso que ya que confesaba quería arrojarse todos los méritos o en este caso deméritos. Una vez puesto Álvaro quería toda la

notoriedad que le fuera posible. El detenido puso cara de disgusto pero al comisario no pareció importarle, al contrario, sentía que había vuelto a la cordura por un momento y pensaba aprovecharlo. Estaba cansado, llevaban casi todo el día interrogándolo. Ni siquiera habían comido y no sabía si lo que Álvaro confesaba fuese cierto o fruto de su imaginación. Yoli lo había tenido al corriente del avance de las investigaciones. Por lo tanto aquello bien podía ser fruto de su locura, o del papel que representaba en cada momento.

---No entiendo cómo ha podido llegar a comisario ---quiso mofarse de él-- , se lo he dicho bien claro. Mi madre me dijo que Mily era mi oportunidad. Siempre viene sola al gym, solo tuve que vestirme con algo parecido a lo que llevaba David aquel día. No es difícil, su estilo es siempre el mismo. Desde luego no ha sacado el gusto de papá por un buen corte, ni el mío por lo más trendy. Así que siempre tenía en mi despacho una muda igual a alguna que llevase mi hermano. Supongo que no os habéis fijado, pero vistos por detrás somos prácticamente iguales ---se carcajeó de su brillantez.

---No fuiste tú. Mily reconoció a David por el tatuaje que lleva sobre el pubis.

---Un lobo aullando a la luna. Se lo hizo porque yo se lo insinué. Es tan maleable.

---Él llevaba un tatuaje en la misma zona, pero se lo ha quitado ---dijo Yoli para sorpresa de todos.

---¿Por qué no nos lo habías dicho antes? ---Cuestionó Alex mirando acusador a Yolanda--- Supongo que sabes lo que eso significa.

---No sabía lo que era. Cuando le pregunté qué le pasaba me dijo que era una erupción. Solo le vi de pasada una marca roja un día que se cambiaba de ropa en mi casa.

Yoli no quiso entrar en detalles de la ropa que se había puesto. Tanto Alex como el comisario se la quedaron mirando fijamente, aunque cada uno

sacó sus propias conclusiones.

---Reconozco que Mily se me resistió y pensé que no se había fijado. En realidad pensaba que estaba muerta, pero al parecer no lo estaba. Mi madre me decía que la rematará. Pero pasaron un par de coches y la dejé allí. No me dio tiempo a sacarla de en medio.

---¿Y lo dices así, cabrón?! ---Alex se levantó de un salto y lo cogió por la pechera. De buena gana le habría dado su merecido, pero el comisario lo hizo soltar.

---¡Ya basta, inspector Moreno!, nosotros solo estamos para tomar declaración. Del castigo se encargará el juez.

Alex lo soltó con una rabia que no podía disimular. Incluso miró acusadoramente a Yoli. Parecía recriminarle que tuviera como amigo a aquel energúmeno.

---¿Cómo la violaste? Sigo sin tener claro que fueras tú ---insistió el comisario.

---¿Queréis los detalles? La seguí desde el gimnasio. No era la primera vez que la seguía. La tenía controlada y sabía que cogía aquel atajo para llegar a su casa. Cuando llegué a su altura fue fácil. Le tapé la boca y la tiré al suelo. Intenté hacérselo por detrás, pero no pude. La muy perra no paraba de chillar. Me puso nervioso y como siempre que me pongo nervioso no se me levantó. Se giró y supongo que fue cuándo me vio el tatuaje. Le di un bofetón y se cayó de espaldas. Supongo que no le di lo bastante fuerte. Solo se quedó inconsciente. ¿Algún detalle más? ¿Queréis saber cómo me hice una paja después?

---No es necesario. Háblame de Ramiro ---preguntó Alex que quería que aquello terminase cuanto antes, sobre todo por Yolanda que notaba como cada vez estaba más pálida.

---Ramiro, pobre Ramiro. Sencillamente estaba dónde no debía.

---¿Dónde no debía? ---Yoli lo miró acusadora--- Ramiro te adoraba. No tenías ningún derecho ---le gritó. Se levantó encarándolo y sosteniéndole la mirada.

Álvaro pareció reaccionar y bajó ligeramente la cabeza. Se miró las esposas que empezaban a dejar una marca bastante profunda en sus muñecas. Esquivó la mirada de Yoli. Levantó las manos, las puso sobre la mesa y agachando la cabeza se mesó el cabello como pudo.

---Tengo la boca seca. Me estáis haciendo hablar demasiado. Quiero agua ---pidió con exigencia.

---Acabas de beber ---denegó el comisario.

---Lo siento. No puedo seguir hablando. No tengo saliva ---chantajeó.

Yoli se levantó y depositó con rabia, frente a él, un vaso de plástico como el anterior. Álvaro la miraba con aquella sonrisa de suficiencia que desesperaba a Alex.

---Gracias, amor.

---¡No me llames amor! ---rugió Yoli con los dientes apretados---. Dime por qué mataste a Ramiro. Él nunca hizo daño a nadie y a ti menos. ¿Por qué lo hiciste? No puedo entenderlo.

---Ya te lo he dicho, estaba dónde no debía. Me vio en actitud, digamos, comprometida con alguien. Me amenazó ¿te lo puedes creer? Ramiro me amenazó con contárselo a su madre. Esa fue su sentencia de muerte. No podía dejar que nadie se enterase de mis problemas sexuales. Así que aquella tarde era perfecta para sacarlo de en medio. La tarde era oscura y amenazaba tormenta. Todo el mundo estaba celebrando la nochebuena y él salió del club más tarde de lo normal. Lo seguí y ya sabéis el resto. No quiero me apetece gastar más saliva. No merece la pena.

---Así que ahora no merece la pena.

Yolanda no daba crédito a lo que estaba escuchando. Se dejó ir hacia él

con intención de agredirlo. La tuvieron que sostener antes de que cometiera una locura.

Tanto el comisario como Alex sentían que estaban ante un monstruo. Estaba confesando su crimen como si de una hazaña se tratase.

---¿Por qué lo enterraste en el jardín de David? ¿Sabías que estaba enterrada Marta allí mismo?

---Pues claro que lo sabía. La enterré yo jajaja. Eso sí que no os lo esperabais. A la mujer de David también la maté yo. No quiso acostarse conmigo. Le parecí poca cosa. Entonces todavía no tenía mi gimnasio. Era solo un peluquero más, eso me dijo, con esas palabras, "*solo eres un pobre peluquero*", pero yo la tenía que poseer, ella era la mujer de David, y todo lo que era de David me pertenecía, como decía mi madre, al menos la mitad. Y ya que estamos confesando crímenes, os puedo decir que también me cargué a Gloria. Otra que no debió inmiscuirse en mi vida. Otra que lo pagó con la suya.

---¿Gloria? A quién te refieres ¿a Gloria Reyes? ¿La mujer que encontramos en el monte?

---Pobre infeliz. Nadie la echó nunca de menos. Ella fue la primera. No me salió nada mal ---se jactó---. Otra que estaba dónde no debía. Quién le mandaba husmear en mi vida. Si no hubieseis venido a mi casa David se habría podrido en la cárcel, pero mi Yoli es demasiado lista ---se calló y se puso a mirar absorto a Yolanda que por momentos se estaba desmoronando.

Alex se puso tras ella. Le dijo al oído que se marchase, a lo que ella negó con la cabeza. Le masajeó un poco los hombros y volvió a su sitio. Álvaro parecía haber contado todo, así que estaba callado. Se había echado hacia delante, los antebrazos descansando en el borde de la mesa y entre las manos el vaso en el que todavía quedaba un poco de agua.

---Una última pregunta ---dijo Alex---. ¿Y el coche? El coche que se veía

en las imágenes era el de David. ¿Cómo es que conducías tú?

---Ya sabes, todo lo que tiene David me pertenece. Mi madre me lo dice todo el tiempo. Y la casa de David me gusta, me gusta mucho. Cuando no está me gusta ir allí y usar sus coches y sus cosas.

Puso los ojos en blanco. Sonrió con una sonrisa que helaba la sangre. En aquel momento ninguno de los allí presentes era capaz de entender nada. Mucho menos podían entender dónde estaba su cabeza.

Yoli se sobresaltó, ni siquiera recordaba que llevaba el móvil en el bolsillo. Llevaban tantas horas allí dentro que había perdido la noción del tiempo. Se levantó apartándose un poco de ellos y dio paso a la llamada.

El comisario dio por terminada la declaración de Álvaro.

---Inspector, lléveselo ---ordenó a Alex---. Y tramite con el juez la orden para excarcelar a David Guillén. Dígale que Álvaro Roldán ha confesado todos sus crímenes, y son unos cuantos.

Alex llamó a los oficiales que estaban de servicio y les encomendó la custodia de Álvaro. Estos lo cogieron cada uno por un brazo y lo devolvieron a su celda en el calabozo.

---¿Ocurre algo? ---Preguntó Alex al ver que Yolanda se ponía nerviosa.

---Me acaban de llamar de la residencia. Me piden que vaya urgentemente.

---Voy contigo.

## Capítulo 29

Cuando llegaron a la residencia Juan y Javier, sus hermanos, ya estaban allí. Nadie había esperado algo así. El Alzheimer había avanzado mucho los últimos días, pero físicamente su madre estaba bien. Aunque no tan bien como parecía se dijo Yoli para sus adentros. Marina Delgado había sido encontrada muerta en su cama de la residencia. No había sufrido, dijeron los médicos, sencillamente se había apagado como la llama de una vela. Las cuidadoras la habían acostado para hacer la siesta como cada día y a la hora de la merienda había ido una de ellas a levantarla para darle un yogur, ya que todo lo que comía tenía que ser líquido o triturado, había olvidado masticar, al ir a despertarla la encontró inerte. La movió un poco. Todavía conservaba algo de calor en su cuerpo, pero por mucho que lo intentó ya no estaba entre nosotros.

La dejaron en la habitación hasta que llegaron sus hijos y pudieran despedirse de ella. Parecía que dormía. Un pensamiento acudió a la mente de Yoli. Aquella mañana le había llegado la notificación del forense y ya podían dar eterna sepultura al cuerpo de Ramiro. Su madre había esperado por él, estaba segura. Ahora volvían a estar juntos como siempre. Ramiro la había reclamado desde el cielo y allí había ido ella corriendo a cuidar de su niño eternamente grande. Yolanda se abrazó al cuerpo sin vida de su madre. Sus hermanos ya se habían despedido, o lo habían intentado. Es tan difícil despedir al ser que te da la vida. Dada la fuerte relación que tenían ellas dos, dejaron que Yoli se despidiera tranquila y a solas. Sabían que le costaría asimilar tantas cosas juntas. Lo de Álvaro no se lo podían creer, había cogido a todos con el pie cambiado.

Al cabo de más de una hora en la que Yoli era incapaz de dejar de acariciar la cara de su madre, Alex se acercó a ella. Una enfermera le dijo que se la tenían que llevar y prepararla para cuando llegasen los de la funeraria.

---Yoli, debemos irnos ---dijo con suavidad.

---Un poco más, dejadme un poco más, por favor ---las lágrimas corrían libremente por su añorado rostro.

Esta vez fue Juan, su hermano mayor, el que la cogió del brazo y poco a poco pero con firmeza la levantó y la hizo salir de la habitación.

---No podemos hacer nada más ---esta vez fue Javier el que habló rodeándola con el brazo.

Los tres hermanos se fundieron en un abrazo y, seguidos por Alex, caminaron, con la cabeza gacha, por el desierto pasillo de la residencia hacia la salida.

---La voy a llevar a comer algo ---dijo Alex a sus futuros cuñados---. Lleva todo el día sin probar bocado. Temo que se desmaje.

---Te lo agradezco ---contestó Juan---. Yo voy a buscar a mi mujer. Mañana nos vemos. Tenemos que tramitar todo para enterrarlos. A ser posible queremos que estén juntos.

---En lo que pueda ayudar, aquí me tienes ---comentó Alex abrazándolo y dándole unas palmadas en la espalda.

Al abrazo se sumó Javier, que aunque no lo quisiera reconocer, la muerte tan repentina de su madre lo había dejado en shock. Aunque pareciese materialista en el fondo era un sentimental. Había tenido sus rencillas con su hermana y llevaba días sin visitar a su madre. No sabía si se lo podría perdonar. Yoli sí, estaba seguro, pero él no se perdonaría nunca haber sido tan egoísta cuando su familia más lo necesitaba. Por desgracia se estaba dando cuenta un poco tarde.

Yoli no tenía hambre. Se le había cerrado el estómago, así que denegó el

ofrecimiento.

---No te lo estoy preguntando, y no acepto un no por respuesta. Te tomarás aunque sea una taza de caldo.

---¡Qué parte de que no tengo hambre no entiendes! ---Rugió Yoli con rabia.

---A ver, aunque no comas no vas a solucionar nada ---le decía Alex con paciencia---. Lo único que conseguirás es ponerte enferma ahora que es cuando más te necesitamos.

---Ya no me necesita nadie ---balbuceó---. Cada uno tiene su vida. Yo estorbo en todas partes.

---No te permito que digas eso. ¿En qué lugar me pone eso a mí? Ya van dos veces que me dices que no soy nadie para ti. Si es así, mejor me lo dices y me aparto. Sabías que este momento tenía que llegar más temprano que tarde, y me tienes a mí, que sabes que te necesito.

Yolanda se dio cuenta de lo injusta que estaba siendo. Se abrazó a Alex y lloró impregnando su camisa de toda la tristeza que acumulaba en su interior y que no había sido capaz de soltar hasta aquel momento.

Al día siguiente la funeraria parecía que era solo para ellos. Nunca habían tenido dos féretros juntos para un mismo entierro. Prácticamente todo el pueblo se volcó en dar el pésame a los hermanos Duperly. Aquello había sido demasiado grande para que no se corriera la voz. En la parroquia pusieron una esquila con la hora del sepelio, que tendría lugar al día siguiente a las once de la mañana en la iglesia de Santa Engracia, la patrona del pueblo.

Unos iban a dar las condolencias con verdadera pena, como Maruja y Manolo que querían a los hermanos como si fueran hijos, ya que ellos nunca tuvieron y eran muy amigos de Marina, que al quedarse sola con cuatro hijos suerte tuvo de ellos. Otros solo iban por el morbo de ver los dos ataúdes juntos. Uno cerrado con una foto de Ramiro de cabecera. El otro abierto con

una Marina que parecía que dormía. Hasta guapa estaba, le dijo Maruja a Yoli intentando animarla un poco ya que parecía que de un momento a otro se iba a desmoronar. Yolanda en medio de sus dos hermanos, como siempre. Alex siempre cerca, sin perder detalle, por si hiciera falta en algo, y, aunque en segundo plano, siempre dando su apoyo.

La noche se hizo eterna. La casa estaba llena de gente, pero carecía de vida.

A primera hora de la mañana se presentaron de nuevo en el tanatorio. Sin pensarlo se habían puesto los tres hermanos de un riguroso luto. Los tres sabían que eso no estaba de moda, pero no estaban para modas. Vestir de negro era lo que les pedía el cuerpo. En unas horas ya nunca más verían el rostro dulce y afable de su madre, ni el eterno niño que habitaba dentro de Ramiro. El párroco ofició una ceremonia emotiva y sencilla, recalcando lo generosa que había sido Marina para con la comunidad y lo que significaba Ramiro para todos ellos. No aludió para nada a Álvaro, ni siquiera para decir que había sido el que había arrebatado la vida de Ramiro sin piedad. Yolanda esperaba alguna alusión, pero su hermano mayor le dijo que no era necesario. Juan abrazándola le dijo que se tenía que dar su tiempo, pero que tenía que sacar a Álvaro de su vida.

---No dejes que lo que ha pasado te controle. Yoli, tienes que empezar a vivir para ti, no para los demás y eso es lo que has estado haciendo. Reconozco que he debido estar más por vosotras, al fin y al cabo soy el mayor y no he estado a la altura, te he dejado cargar con todo el peso a ti sola.

---No te disculpes, yo lo he hecho con gusto.

---Lo sé, pero no hemos sido justos contigo. Ni Javier ni yo.

Se abrazaron antes de que la gente empezase a dar la mano y el pésame a cada uno de los hermanos puestos en fila a la salida de la iglesia.

De pronto Alex se perdió de vista. El teléfono empezó a sonar y no quiso interrumpir. Era el comisario. Le decía que en cuanto pudiera fuese para la comisaría. Había pasado algo bastante grave.

Nada más terminar el sepelio les encomendó a Yoli a sus hermanos y se dirigió a comisaría. Una vez allí entró directamente en el despacho del comisario que ya lo estaba esperando.

---Álvaro Roldán se ha suicidado ---espetó a bocajarro.

Alex era lo último que esperaba. Se quedó sin habla. ¿Cómo había podido pasar una cosa así?, se preguntaba. El comisario leyó su pensamiento.

---Con la sábana. Se ha colgado de la sábana.

---Pero en la celda es imposible. No tiene como ---objetó.

---Eso pensábamos, bueno, no lo pensábamos, no se nos pasó por la cabeza que pudiera hacer algo así. Lo peor de todo es que ha dejado un mensaje para Yolanda.

---¿Cómo? Será desgraciado, hasta para suicidarse ha tenido que joderla. ¿Puedo saber qué ponía el mensaje? Y otra cosa, dónde escribió el mensaje ¿Quién le dio papel y lápiz?

---Nadie le dio nada. Tuvo trabajo toda la noche al parecer. Lo escribió en la pared de su celda... con heces.

---Hostia, puta ---no se pudo contener y soltó el exabrupto.

---Y lo más complicado. Se colgó pasando la sábana por la reja de la puerta y sentándose en el suelo. Hay que tener mucha fuerza de voluntad para suicidarse así.

---Comisario, ¿puedo preguntar qué ponía en la nota?

El comisario le dijo que lo siguiera para que lo viera por sí mismo.

Al llegar a la celda en la pared de la izquierda, al lado del sanitario había escrito, suponían que con su propio dedo: *Todo lo hice por ti, Yoli. Esto es lo último que te dedico, mi vida siempre estuvo en tus manos.*

---Será hijo de puta ---exclamó Alex al verlo.

---Vamos a mi despacho ---ordenó el comisario---, hablaremos mejor.

# Epílogo

Llegaron a San Sebastián casi a mediodía.

El mes había pasado con la cabeza entre brumas. Yolanda hacía las cosas de forma mecánica.

Poco a poco la vida en el pueblo estaba volviendo a la normalidad, para todos menos para ella que cada vez que pasaba por el centro de estética, ahora regentado por una franquicia de moda, un escalofrío recorría su cuerpo y era incapaz de pasar sin elevar la vista al cielo. No sabía bien por qué hacía aquello, pero aunque no quisiera, el reflejo era inmediato. Alex estaba pendiente de ella y ella se lo agradecía, pero le faltaba aquella chispa de cuando la conoció.

A Alex le debían unos días en su trabajo, así que habló con su superior y le dijo que necesitaba un cambio de aires. El comisario estuvo de acuerdo y allí estaban.

Esperaba que su hermana, que tantas veces le había dicho que a ver cuando la visitaba no lo encontrase inoportuno, ya que no le había dicho nada. Quería que fuese una grata sorpresa para las dos. A Yoli tampoco le había hablado nunca de su hermana. Había llegado el momento de limar asperezas.

Aparcó en la puerta de una casa que, solitaria, contrastaba con el resto de la zona. Parecía una mancha sombría sacada de una película de misterio. Era una casa oscurecida por el tiempo y las lluvias, por la cual subían unas enredaderas que habían enraizado como lo había hecho su hermana en aquel lugar. Alex tocó el claxon. Salieron del auto esperando que alguien acudiera al estruendo rodeando el coche para sacar el equipaje. No llevaban muchos

bultos. Le había dicho a Yoli que ya compararían lo que necesitasen, así que fueron suficientes un par de bolsas de viaje con la ropa y un neceser de mano con las cosas de aseo. El de Alex estaba dentro de la bolsa, no necesitaba gran cosa. Le gustaba viajar ligero de equipaje.

Una mujer de edad indefinida. Una copia femenina de Alex, alta, morena, con unos ojos enormes, guapísima, pensó Yoli abrumada, salió a la puerta al escuchar el alboroto. Se frotó los ojos con las manos como si lo que estaba viendo fuera algo imposible, irracional, de otro mundo.

---¡No! ¡No puede ser! ¡Alejandro, eres túúú!

---Y dale con llamarme Alejandro. ¿A qué me voy otra vez?

Se fundieron en un abrazo cargado de risas, lágrimas y mucho más sentimiento del que habrían querido ninguno de los dos.

---Pero bueno, qué desconsiderado eres, ¿no me vas a presentar a esta hermosa mujer?

Yoli se acercaba con la mano extendida y una tímida sonrisa. Tenía tanto miedo de no gustarle a la hermana de Alex que sentía que se encogía por momentos. Natalia, Lía, como la llamaban en casa cariñosamente, ignoró la mano y la abrazó como si se conocieran de toda la vida. La alejó un poco de ella y se la quedó mirando bien.

---¡Qué guapa eres, cuñada! ¿De dónde te ha sacado el idiota de mi hermano? Me tienes que contar muchas cosas. Pero pasad, pasad, no nos vamos a quedar en la puerta. ¡Qué alegría! Este es el mejor regalo que me podía hacer nadie. Hoy es mi cumpleaños. Supongo que ni te has acordado --- se dirigió a Alex---. Perdona, tampoco me has dicho tu nombre ---le decía esta vez a Yoli---. Es que hablo mucho, ya te irás dando cuenta.

A todo esto la fue empujando hacía dentro y haciendo preguntas que muchas veces se contestaba ella misma. Yolanda no necesitó más de diez minutos para sentirse de la familia. Aquel cambio de aires les vendría bien a

los dos. En un mes empezarían a trabajar en la comisaría de un pueblo cercano a San Sebastián. El comisario ya lo había arreglado todo. Alex pensó que era lo mejor para empezar de cero y que Yoli pudiera olvidar aquella aciaga navidad.

Los hermanos se pusieron al día y Yoli se enteró de que su cuñada estaba separada de su marido y que por ese motivo habían estado distanciados. El exmarido de Lía era un maltratador y Alex no soportaba su prepotencia para con su única hermana. Ahora que había pasado todo ella vivía en una casa demasiado grande para ella sola, pero no le importaba. Allí daba clases de arte a niños y adolescentes y era feliz. Después de enseñarles todo y asignarles un cuarto les dijo que se podían quedar allí, que había sitio para todos. Alex abrazó a Lía y le dijo que abusarían de su hospitalidad pero solo por un tiempo.

---¿Recuerdas la casa de los abuelos? ---Preguntó a su hermana.

---Ya lo creo. ¡Debe estar en ruinas!

---No tanto. Envié un arquitecto para que la valorase cuando me enteré que estaba en venta. La restauraremos a nuestro modo. Espero que te guste, mi amor ---se dirigió a Yoli con una enorme sonrisa en los labios---. La compré para nosotros. Será mi regalo de boda cuando nos casemos.

Yoli se quedó sin habla. Nunca habían hablado de matrimonio y ahora lo decía así.

---¿Es una declaración de amor?

---Totalmente. ¿Aceptas?

Lía cruzó los dedos. No conocía tanto a Yolanda como para poder interpretar su cara, pero cuando la vio engancharse al cuello de su hermano y besarlo como si se acabase el mundo respiró tranquila.

---¡Acepto! ¡Claro que acepto!

Se fundieron en un beso que haría sonrojar al mismísimo Grey. Casi un

año después de aquel día para olvidar la vida para ellos volvía a tener sentido.

# Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todas aquellas personas que he tenido el privilegio de contar con su ayuda y amistad.

En primer lugar a mi familia por aguantar todos mis altibajos y aún así seguir soportándome.

También agradecer a mis lectoras alfa que se suman aportando su granito de arena para que salga con los menores errores posibles. Al menos lo intentamos. Agradezco a Ana M. Gené Oto, Teresa Dominguez Bermudez, Myrian González Britos, Natalia Martínez y Encarni Castillo por creer en mí mucho más que yo.

Mención especial a Mara Marley, compañera de taller en [Desafiosliterarios.com](http://Desafiosliterarios.com), y, cómo no, al súper profe Enrique Brossa, que si está un poquito mejor escrito que los anteriores se lo debo a él, por sus sabias lecciones.

Y por último pero no menos importante a mis sufridas lectoras, puesto que sin su insistencia no sé si este libro habría visto la luz. Se os quiere a todas y cada una de vosotras.

## Otros libros de la autora

\*Otoño en la piel, primavera en la sangre

\*En tu ausencia

\*Destino: Granada

\*Cl@ndestinos

Todos ellos disponibles en Amazon.

2019 Teresa Mateo Arenas

Todos los derechos reservados  
Incluyendo el derecho de reproducción en su totalidad O en parte de cualquier forma  
Registro legal Safe Creative 1909181956535